

# Madre que estás en los cielos

A  
&



PABLO  
SIMONETTI



A los setenta y siete años, Julia Bartolini descubre que padece un cáncer terminal. Tomando por sorpresa a su familia, se niega a recibir el tratamiento que podría prolongar su vida: más tarde o más temprano, deberá enfrentarse a la muerte de igual manera. En lugar de ello, Julia se dedica a rehacer el camino que siguió su vida, reencontrándose con las flores y las ruinas de su existencia.

Armado de una prosa cuidada y de un sofisticado manejo del lenguaje, Pablo Simonetti nos entrega una fascinante historia de rupturas familiares y redes de apoyo que nos entrega una verdadera lección de vida, como uno de los mejores escritores de la nueva literatura latinoamericana.



006296V



9 789562 275511

Autores Españoles e Iberoamericanos

Madre que estás en los cielos

883  
SIM

AE  
& I

Madre que estás  
en los cielos

Autores Españoles e Iberoamericanos

0270  
Silm  
063  
C-1

*A mi madre, Eliana Borgheresi*

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

© 2004, Pablo Simonetti

Diseño de cubierta: Peter Tjebbes  
Diagramación: Antonio Leiva

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para:  
todos los países de lengua castellana  
© 2004, Editorial Planeta Chilena S.A.  
Avda. 11 de Septiembre 2353, 16º piso. Santiago, Chile.

1ª edición: septiembre 2004  
13ª edición: julio 2008

Inscripción Nº 141.715  
ISBN: 956-247-351-1

Impreso en: Quebecor World Chile S.A.

*Salimos de la adolescencia con un modo,  
con una impronta, con un gesto vital.  
Nuestros actos y deliberaciones no son otra  
cosa que metamorfosis de este gesto y la  
culpa posterior que inevitablemente lo  
acompaña.*

JULIA BARTOLINI.



No deseo pasar por el final que me espera. Los doctores me indicaron un tratamiento de quimioterapias para vivir un par de años en condiciones razonables. La sola mención de esa palabra insípida me llenó de molestia. ¿Quién más que yo podía juzgar lo que era "razonable"? Tendida en la aparatosa cama de la clínica, les exigí que precisaran su significado: la sensación en el cuerpo, los efectos secundarios de la terapia, el dolor, la independencia para moverme, cuánto tiempo de conciencia despejada, los principales indicios de la muerte cercana, incluso pedí que me relataran cómo sería el final desde el punto de vista de mis hijos. Durante la misma conversación, indagué acerca del rumbo que tomarían las cosas si no me sometía al tratamiento: cuatro meses sintiéndome bien, con una sensación de cansancio en aumento y episodios de dolor; luego un desarreglo progresivo hasta morir a más tardar dentro de ocho meses.

Lo único placentero de esa entrevista fue observar la tensión en los rostros de los doctores. A cada pregunta, a cada nueva precisión requerida, en sus ojos asomaba una mezcla de rigor científico sujeto a examen con un brote de alarma, de moral escandalizada. No están acostumbrados a que sus 'recomendaciones' sean puestas en entredicho.

¿Por qué fui tan lejos? La explicación es sencilla: mi madre murió de cáncer. Yo la vi morir, cada día, cada hora, durante lo que se suponía también serían dos razonables años. Nadie puede borrar de mi memoria el

dolor en sus ojos enturbiados, ni la confusión de su mente al estar bajo los efectos de la morfina; tampoco nadie logrará hacerme olvidar su humillación cuando no consiguió ir al baño por sí sola. Gracias a Dios, después de cada vejación a su pudor, de cada punzada, de cada pérdida de conciencia, me devolvió la calma con una sonrisa. De ella aprendí que uno también muere para los demás.

Ya sola en la habitación, giré la cabeza hacia un crucifijo de bronce que colgaba junto a la cama. Buscaba consuelo. El símbolo conservó su aspecto ferroso, sin ofrecerme siquiera un destello de su pulimentada superficie como indicio de la presencia de Dios. Desde la primera consulta al doctor intuí que se trataba de algo grave. Su mirada huidiza, el ceño fruncido, las palabras escogidas con exceso de cuidado. Los semblantes de los radiólogos dijeron lo mismo. Durante una ecotomografía, uno de ellos llamó a una improvisada junta médica para que observaran la pantalla. Yo no quise mirar.

Llega el final: sólo esta idea ocupaba mis pensamientos y rebotaba en las paredes del cuarto hospitalario esa mañana. Llega el final, me decía, y la reacción a tal noticia era nula. Ni llanto, ni un agobio repentino por haber dejado algún cabo suelto, ni una natural desesperación por extender la vida, por volver a creerme inmortal. Se acaba —me dije—, *finito*, ya no hay nada que hacer, sólo esperar a que el pulso termine por extinguirse.

Por un capricho de la luz artificial, mi rostro se reflejaba en el vidrio que cubría una deslavada reproducción de Renoir. Un óvalo, dos ágatas, un desordenado marco de bucles negros. Mi piel mediterránea se había vuelto escamosa a causa de la calefacción. Pero era el olor a desinfectante, el olor a enfermedad, lo que más me desagradaba. La vista desde el noveno piso, el piso de los cáncerosos, dominaba el sur de Santiago y no contribuía

a levantar el espíritu. Un cielo cerrado imperaba sobre bodegas y pequeñas industrias, una oxidada composición de techos de zinc en diversas pendientes, interrumpida por algunos edificios del peor gusto arquitectónico.

Regresaron mis hijos. Al verlos entrar experimenté el primer sentimiento reconocible frente a lo que ocurría: me apenó la idea de perderlos, presentir el dolor que les ocasionaría mi muerte. Sus cuerpos se recortaron en el blanco de las paredes. Se habían reunido con los doctores en la sala de visitas, al final del pasillo. Seguramente cada uno se había formado una opinión sobre lo que yo debía hacer.

El primero en hablar fue Juan Alberto, el mayor. El pelo rubio cayéndole suelto sobre la frente y su delgadez lo hacían verse menor que sus cincuenta y cinco años. No estaban de acuerdo. Cuando deseaban transmitirme una opinión de consenso recurrían a la complicidad que María del Pilar, la segunda, había mantenido conmigo desde que era niña. No me fue difícil anticipar cuál sería el consejo de Juan Alberto. Se esfuerza por vencer su humana naturaleza con la razón y aunque se trate de circunstancias complejas, donde los sentimientos y las pasiones toman parte, busca dar con un principio racional que regule el desarrollo futuro en torno al asunto. Es obvio entonces que tampoco pueda soportar la irracionalidad que demuestra el cuerpo humano al enfermarse. A medida que ha envejecido se ha vuelto hipocondríaco y su afición a la medicina lo tiene convertido en consejero médico de la familia y de sus amigos. Domina casi todas las especialidades. No sería precisamente ésa la ocasión de cambiar su modo de enfrentar las cosas.

—Mamá, usted debe confiar en los doctores. Ellos saben lo que hacen y lo hacen cien veces al mes. Confíe, las quimioterapias han mejorado y no son tan desagradables

como antes. Ya no se pierde el pelo. Estuve averiguando si en Estados Unidos hay drogas mejores que acá para este tipo de cáncer, pero me aseguraron que son las mismas. Ayer llamé a la Clínica del doctor Hermanssen en Nueva York.

—¿Ayer ya lo sabías? —lo interrumpí.

—No con seguridad, pero nos advirtieron que era lo más probable. Hermanssen es el principal especialista en cáncer al colon con metástasis en el hígado. El tratamiento es el mismo. El oncólogo que la ve llegó de Estados Unidos hace menos de un año y está al tanto de todo lo nuevo que ha salido. Dos años, mamá, es mucho tiempo y pueden descubrirse nuevos tratamientos.

El foco de sus apáticos ojos azules no coincidió ni por un instante con la línea de los míos. Su exposición era una forma de aplacar el miedo, de evitar el vacío en el estómago, era una estrategia para no sufrir.

Los demás permanecían cabizbajos: el desacuerdo era grande, sin duda. De inmediato acudí a tranquilizar a María Teresa con una mirada conciliadora. De los cuatro es la que más se violenta ante cualquier discrepancia. Su personalidad explosiva, la incapacidad de mantenerse dentro de contexto, las sumas y restas de un carácter rencoroso, le impiden razonar. El cuerpo de vedette no es otra cosa que el reflejo exterior de la intensidad de sus emociones. Su mente hierve y sólo un arrebato le permite seguir respirando, sólo la herida que provoca el filo de sus palabras parece calmarla. Cuando vi que se aprestaba a hablar temí que de un par de insultos hiciera trizas la frágil armonía que hasta el momento había imperado.

—No, mi amor, no diga nada, ya sé, ya sé que piensa de otra manera, pero no se exalte.

—No estoy exaltada, mamá, no se preocupe. A veces puedo hablar sin decir brutalidades —afirmó. Se acercó a la cama y me dio un beso en la frente.

Sentí un nudo en la garganta. Su gesto era la más clara constatación de la gravedad del momento y me hizo absorber de golpe la idea de que estaba desahuciada. Ese gesto de la Tere fue más explícito que la clínica descripción de los doctores.

—Yo no puedo darle un consejo —dijo con la voz agrietada—. Es su decisión. Antes del diagnóstico le pregunté a otra gente, y me aseguraron que esta cuestión de las quimios es para ganar plata. Incluso hablé con un gastroenterólogo amigo y me dijo que su cáncer es muy grave. Seis meses, dos años... ¡Ay! Mamita... que sea su decisión. No sé si quiere pasar por las quimios, usted siempre pregonó que después de la agonía de la abuela, prefería no hacer nada si le daba cáncer. Yo no sé, a la Chabela las quimios no le hacen mal, en cambio he visto a otras muriéndose...

—Mamá —interrumpió Pilar—, la Tere tiene razón —han sido buenas hermanas—, nadie más que usted puede decidir. Yo sé que ha dicho que no se haría nada. Quizá es una buena idea que se haga la primera quimio y vea cómo se siente. No sé, puede que hasta el cáncer se detenga. Vaya uno a saber. Si se siente mal, las deja y punto.

El aire ecuánime de María del Pilar, alojado en un rostro más claro que el mío, de líneas definidas y aire de limpieza, me mortificó. Aun tratándose de la muerte de su madre daba con la exacta nota de sensatez.

Andrés se hallaba en una esquina de la habitación, sentado en un estrecho sofá. Él es mi debilidad, mi concho. Se fue de Chile hace veinte años y no había regresado hasta ahora. Vive en Nueva York. A pesar de sus cuarenta y cinco años, todavía lo siento como si fuera mi niño. Cuando se enteró que estaba enferma, se vino a Chile de inmediato. Ayer me aseguró que se quedará hasta que me sañe o me muera. Le rogué que no lo hiciera: "Ya he vivido, hijo, no hay necesidad de que

postergues tu vida por mí". Está empeinado en quedarse, quizá como una manera de compensar un sentimiento de culpa por no haber estado aquí durante tanto tiempo.

Mientras hablaban sus hermanos, sus ojos negros absorbían la luz en vez de reflejarla. De su mirada surge por lo común la esperanza, sin ningún pudor ni el menor sentido de la realidad. Tantas veces vi apagarse ese fulgor ingenuo, contrariado por la agresividad de la vida, pero cada vez volvió a brotar milagrosamente. En ese momento su mirada parecía no hallar su generosa fuente. Una de mis tareas, antes de irme, consistirá en dejar el camino abierto para que el brillo retorne a esos ojos. Para mí será una forma de inmortalidad.

Andrés se demoró en hablar un segundo más allá del ritmo establecido por los demás. Al notarlo, sus hermanos se volvieron hacia él, molestos por los aires de estrella que le endilgan. Le gusta llamar la atención, no puedo negarlo, pero en esas circunstancias su natural exhibicionismo se hallaba postergado por otros instintos y lo que en verdad sucedía es que no tenía claro cómo actuar ni qué decir. Ya lo había visto reaccionar así durante la niñez. Si el problema superaba su comprensión, o mejor dicho, si no era capaz de incorporarlo al flujo de sus emociones, se paralizaba. Unos instantes después, se alzó con dificultad del sofá donde se había atrincherado, se acercó a un lado de la cama, me tomó una mano y me miró implorante, como si pidiera permiso para no dar su opinión.

—Todo va a ser para mejor. Confía en el Señor, acuérdate de confiar —dije.

—Estoy tranquilo, mamá —respondió con voz grave, mientras me acariciaba el dorso de la mano.

Este diálogo de seguro molestó a Juan Alberto; desde siempre despreció la fragilidad de Andrés y su afán de

protagonismo en los asuntos familiares. Yo me moría y, sin embargo, me preocupaba de que Andrés estuviera tranquilo —era con seguridad el juicio de Juan Alberto y no estaba lejos de la verdad—.

Aprecié el esfuerzo que hicieron para no explotar en mutuas recriminaciones. Pasar por una conversación trascendente, dándose espacio para que cada uno expresara su opinión, debió ser un ejercicio difícil. Y se los agradezco: al menos, todavía, la idea de tener la misma madre los apacigua, o tal vez me engaño y el apaciguamiento se debió a la presencia de la muerte. Por lo general, ninguno de mis hijos tolera que se diga una frase completa que discrepe de su punto de vista sin interrumpir a su interlocutor, más aún si es un tema en que me hallo involucrada. Cada uno lucha por que yo sea "su" madre, y que con mi manera de pensar o a través de mis decisiones demuestre que mi halo maternal recae sobre él, sobre ella, dejando fuera a los demás. Cada uno lee entre líneas si yo privilegio su manera de ver la vida por sobre las visiones de los otros. Está más allá de sus posibilidades aceptar que todos estuvieron en mi vientre; es su campo de batalla, su Jerusalén, cada cual lo reclama como suyo. No me envanezco de ello. A veces intento consolarme pensando que, embarcada en la audaz empresa de tener una familia feliz, les di demasiado, tanto como para que ahora exijan todo para sí. Pero no me presto a engaño: el gesto vital que repetí una y otra vez para que una familia deformada como la mía se constituyera, es una verdad que no voy a eludir ahora que terminan mis días. Por eso escribo. No se trata de una indagación morbosa... es tan sólo que... quisiera pedir perdón y, si es posible, perdonarme. Quisiera entrar en la muerte sin miedo y sin culpa. Quisiera en estas páginas recorrer el camino que siguió mi familia hasta su lamentable estado actual. ¿Cómo se gestaron rencores tan



hondos y separaciones insalvables, a pesar de haberme entregado en cuerpo y alma a lograr lo contrario? ¿Por qué mis hijos ven en la familia un campo minado más que un refugio? ¿Por qué cada uno ha decidido vivir su vida fuera del alcance de la vista de los demás? Son todas preguntas que me acosan: ahora que debo aguardar la muerte con obligada paciencia y reconcentrada humildad, tal vez halle una nueva perspectiva que me permita acercarme a sus respuestas.

Cité a mi habitación al gastroenterólogo, al oncólogo, al cirujano, al doctor jefe del piso y a los jóvenes residentes a cargo de los controles diarios. Continuaba en la clínica, a pesar de haber expresado mi deseo de volver a la casa. Su insistencia en pasarme hasta por la última máquina de su "avanzado" centro de diagnóstico me mantenía cautiva.

La forma de reaccionar frente a mi decisión fue un espectáculo gracioso y sanador. Se lanzaron sobre mí, como si estuviera privándolos del derecho a ejercer su santa profesión, como si la sencilla respuesta, "no voy a hacerme nada", fuera una falta de respeto. Me inclino a pensar que les arrebaté la posibilidad de vivir un trozo de su vida, que sería reemplazado, sólo minutos más tarde, con otro paciente. Al negarme, les infligí una pequeña muerte. Se enfrentaron al abismo por una milésima de segundo, su biografía estuvo en entredicho en esa fracción de tiempo. Esos eminentes doctores, acostumbrados a la crueldad de la muerte, se horrorizaron al encarar el fugaz demonio; y ninguno de ellos encontró espacio en medio de su sorpresa para notar que yo, una vieja de setenta y siete años, en el mismo instante en que ellos alzaban sus ruegos al cielo para curarme de una pasajera locura, hacía frente a un demonio que no me abandonaría hasta el último minuto de conciencia.

Cuando les comuniqué a mis hijos la decisión que había tomado, Juan Alberto salió del cuarto sin decir palabra. Y lo entiendo, cómo no lo voy a entender, si es mi hijo, el mayor, a quien he podido pesar, más que a

ningún otro, en la balanza de mis observaciones. Tiene miedo. Sin duda piensa que sus consejos son lo mejor para mí. Es su manera de expresarme cariño. Volverá a estudiar mi "cuadro" e insistirá otra vez, y me veré obligada a decirle, "hijo, soy yo la enferma, déjeme en paz". Y saldrá de la habitación donde estaré desfalleciendo con la certeza de que estoy loca, que hizo lo que estuvo en sus manos, que no tiene la responsabilidad de tener por familia a un atado de dementes, y se alejará del problema hasta sentir una incuestionable distancia. No es mi madre la que muere, se dirá, es la loca que habita en ella la que desea morir. Y enfrentará el fin desde una ribera segura. Y cuando a través de un catalejo vea naufragar a sus hermanos, también los culpará por su insensatez.

A los cuatro que quedamos en la habitación, nos tomó un instante recomponer nuestro ánimo. No éramos tan desalmados como para no sentir que con Juan Alberto una parte de nosotros salía por la puerta. Mis adoradas hijas soltaron lágrimas sin cambiar el rostro. Cuánto hubiese deseado ahorrarles esas lágrimas, como tantas veces lo hice, con una promesa, una canción, un abrazo. Ya ninguno de los que estaban ahí contaba con la inocencia suficiente para que su dolor se disipara gracias a la magia del consuelo materno. Aun Andrés, el niño eterno, se hallaba indefenso ante la muerte y yo nada podía hacer. Les ofrecí mis brazos. Cómo me reconfortó sentir sus olores, el roce de la oreja de Andrés, las mejillas húmedas de mis hijas. Lloramos un rato y luego acaricié sus rostros, mientras ellos acariciaban el lugar de mi cuerpo que les quedaba más cerca. Me pregunto si sienten lo mismo que yo cuando toco sus pieles. Todavía recuerdo la suavidad y el aroma de la piel de mi madre. Ni siquiera después de muerta, mientras la vestía, perdió esas cualidades.

Me había preparado para hablarles. Deseaba expresarles mis sentimientos y cómo quería que tomaran las cosas.

—Haremos esto bien. Ya he vivido toda una vida y lo que no hice ya no lo hice. Mis equivocaciones con ustedes no las puedo enmendar. Deseo que me perdonen. Echo de menos a su padre y, desde que se fue, no le he encontrado mayor asunto a la vida. Lo único que me queda verdaderamente vivo son ustedes, pero ya cada uno tiene su propio mundo y yo tengo que contentarme con lo que me quieran contar, cuando les alcanza el tiempo para hacerlo. No se los reprocho, es natural, pero comprendan que me aburro *abbastanza*. Todas esas cosas entretenidas en que ustedes están embarcados, sus familias, sus proyectos, son en mi caso parte de un pasado lejano. Su padre estuvo enfermo ocho años, murió hace doce. Ya mi vida quedó atrás. Prefiero morir tranquila, sin aferrarme. Me quiero ir, nada más. Ustedes me podrán guardar en su corazón, no necesitan estar conmigo. Búsquenme en sus hermanos, yo estoy en cada uno de ustedes, también en Juan Alberto.

—Si las cosas fueran tan sencillas —intervino Andrés—, no estaríamos llorando. Deje que cada uno pase por este trance a su manera, ya es bastante difícil como para además poner buena cara.

—No quise decir eso, Andrés...

—Ya, mamá, usted tiene que hallarle el lado bueno a todo. Deje que lloremos un poco, y también dése permiso para llorar —intercedió la Pili, fiel a su práctica honestidad.

—Es que no estoy desesperada. Claro que tengo pena —y esto lo dije con un par de lágrimas en los ojos—. Si ustedes son todo lo que tengo.

—Yo voy a llorar y hartito —dijo la Tere con una risa entrecortada por las lágrimas—, le guste o no.



Los árboles habían estallado en hojas durante mi estancia en la clínica. Del polvillo verde depositado en las ramas de los plátanos orientales de la Costanera —cuatro días antes, cuando iba hacia la clínica acompañada de María del Pilar, sin la menor sospecha de lo que ocurriría— había nacido un verdor que me hirió la vista. Cuánto dolor y emoción he experimentado a lo largo de la vida durante el tránsito del invierno a la primavera, cuánta felicidad y martirio han estado unidos a estos pasos del frío a la luz, de los troncos desnudos a la redondez de sus renuevos. Me emocioné ese día en el auto, con María del Pilar nuevamente junto a mí, no por la muerte próxima, sino por esos árboles; no porque contemplaría su despertar por última vez, sino por ese verdor innato, esa madera noble que se recrea año tras año; me sobrecogía el paisaje por lo mismo que me ha sobrecogido desde niña: la fragilidad de la belleza, la instantánea revelación de Dios.

Por muchos años evité acercarme a la primera rosa que abría en mi jardín. Al verla me ahogaba una especie de angustia que escondía como un secreto vergonzoso. Su aroma contenido, su timidez, su gloria, su valentía, su humildad de debutante, su intimidad, su color franco, su tacto. Esa rosa moriría dentro de una semana, tal vez dos si el clima se mantenía fresco, y yo lamentaba su pérdida de antemano; Dios me había dado su esplendor para perderlo, para enseñarme cuán lejos me hallaba de él. De qué espíritu me hablan —me decía—, de qué maravillosas virtudes, de qué sacrificios, nada en mí puede

igualarse a esa rosa, nada, ni la mayor de las misericordias. Esa tarde pensaba en la rosa y no en mi muerte. Es extraño, lo sé, pero al recorrer los parques con la mirada desde la ventanilla del auto de María del Pilar, lloraba porque una vez más era primavera.

Volver a la casa a encontrarme con los lugares y objetos que han sido mis compañeros de viaje, no resultó fácil. El primero que surgió en el camino fue mi barrio por más de cuarenta y cinco años, la cuadrícula detrás de la iglesia de la Inmaculada Concepción, entre avenida Vitacura y Américo Vespucio. Los potreros que rodeaban la casa recién estrenada el año 54, calcinados por el sol del verano y plenos de pastos y flores silvestres en la primavera, se fueron poblando de construcciones lujosas como la nuestra y también de casas pareadas que se levantaron gracias a la Ley Pereira. Las calles son arboladas y su comercio amable. Aún subsisten el Almac, las empanadas Don Matías y la panadería rosada. Lamentablemente, hace unos años autorizaron construir en altura y los edificios se han ido acercando más y más a nuestra cuadra. El insoportable ruido de las obras y las detonaciones hace pensar que una manada de elefantes con patas de concreto avanza en nuestra dirección.

Cuando llegamos a la casa, el estilo moderno de un piso, siempre joven gracias a una acertada arquitectura, con su extenso techo horizontal que va más allá de sus muros exteriores, mostró por primera vez ante mis ojos los signos de la edad. Mi época y su arquitectura de pronto se revelaban añejas, dueñas sólo de un valor testimonial. El barniz de las maderas se descascaraba, los helechos de la entrada semejaban reseca plumas de vódevil y en la piedra bajo mis pies florecían manchas, derrames de todo tipo: aceite, helado, una botella de vino, el vómito de un perro vago, leche, la sangre de Andrés

por una caída en bicicleta. Aquí he vivido, me dije, como un epitafio que debiera grabarse junto a la puerta de las casas que han sido amadas.

Al moverme en ella siento una comodidad que va más allá de la amplitud de los pasillos y de las proporciones de los recintos. Esta casa es una prolongación de mí misma, una traza de mi vida tan valiosa como espero que sean estas páginas. Y voy por los dormitorios y sus secretos, por el living y sus fiestas, por el comedor y su actual silencio. Creo estar oyendo a Alberto llegar con muebles y objetos adquiridos en remates, acompañado de su pandilla: el cura Pérez, único sacerdote no holandés de la parroquia de Vitacura, y Bob Sutter, su gran amigo, el hombre que más sabía en Chile de mueblería y arte colonial. Y en el reverso de esta imagen, lo veo ya enfermo, contemplando uno u otro de esos muebles, como si en ellos buscara la clave para recuperar su pasado.

Lo mío no es un apego material. Me gustaría morir aquí, no lo niego, pero no me importa perder esta casa a manos de la muerte. Cuando me cierren los ojos, ya nada de esto tendrá sentido y mis recuerdos y mis sentimientos, y los pasillos y camas de esta casa, viajarán conmigo adonde me toque ir y no me los arrebatarán jamás. Que vengan las constructoras y la demuelan, que la hagan explotar por los aires, que acumulen piso sobre piso en esta tierra acostumbrada a una carga más ligera, ya no estaré y a nadie le importará, menos a mí, que me encontraré ocupada en otros afanes.

Antes de ir a mi habitación le pedí a María del Pilar que me acompañara a dar un paseo por el jardín. Eran alrededor de las cinco y media y la luz se filtraba a través de los árboles del poniente. Deseaba ver mis azaleas y mis camelias en flor y, si era posible, traer conmigo al escritorio la primera rosa. Me sentía tan atraída hacia ella, sin

siquiera haberla visto, que cualquier pena me parecía soportable. Allí estaba, más altanera de lo que imaginé. Quizá fue el color malva, sólo posible gracias a decenas de hibridaciones, el que me hizo pensar que había orgullo en ella. Sin embargo, cuando me acerqué para cortarla, su virtud venció mis aprensiones. Si mi vida hubiese sido la de una rosa, estaría conforme. En este instante la tengo frente a mí, junto a la pantalla del computador. Aún tiemblan sus pétalos cuando deajo entrar el aire en la mañana. Todavía percibo su aroma al cortarla con mi nariz. Durará un día más sometida al calor de la calefacción, pero me ha regalado su belleza como estímulo para seguir adelante. Mi vida no ha sido la de una rosa, pero al menos la he tenido por ejemplo.

Al entrar a mi dormitorio me recibió su aroma característico que, según quiero creer, todavía conserva huellas de la colonia de Alberto. Me alegré de hallarme en ese entorno más benévolo que la clínica, logrado gracias a la calidez de las texturas y la luz ruinososa que se cuele por la tarde a través de los ventanales que miran hacia la cordillera. Mi dormitorio es un lugar bastante particular: fotos familiares sobre una mesa baja donde descansa la televisión; indulgencias de los últimos tres Papas, la del Papa Luciani sin firmar; una colección de imágenes religiosas desplegada en la pared donde está la puerta de entrada y del baño, a la derecha de la cama —en la otra corren las ventanas—; sobre el respaldo de la cama cuelga un cristo de marfil que Alberto compró en un remate de los años sesenta; en la pared opuesta, un gran cuadro quiteño de una virgen mestiza custodia el sofá para las visitas de enfermo. Me va a ser de utilidad en los próximos meses.

Mientras recorría ese mundo privado, de un modo fugaz imaginé la escena de mi muerte. Mis hijos en torno a la cama. Quizá mis yernos sentados más atrás, en el

sofá. Me reconfortó pensar que todo ocurriría entre esas paredes. Me hizo sentir que pasaría de un abrazo a otro, desde mis cosas y personas más queridas hacia una naturaleza distinta del amor. Desperté de la imagen como de un sueño infinitesimal, llamé a María del Pilar que se había rezagado en la cocina y me puse en sus manos para las labores de embellecimiento. Cuando llegaran el resto de mis hijos y mis nietos, quería proyectar la imagen de una mujer optimista y, sobre todo, sana.



La espera no es grata. Es una de las razones que me han impulsado a escribir. Será una distracción para no caer en el vicio de acechar el avance de la enfermedad. Los doctores me aseguraron cuatro meses "razonablemente" buenos y, creo, por lo bien que me siento —los malestares no pasan de una que otra indigestión—, que pueden ser todavía más. Escribir será una forma de meditación y recapitular el pasado me hará sentir acompañada. Planeo escribir durante las mañanas, cuando esté sola, mientras sienta el flujo de la vida en las manos. Qué otra cosa podría hacer al final de mis días sino esto. Si algo hice, aparte de ser madre a tiempo completo, fue escribir. Las horas libres en el escritorio —el mismo en el que me hallo ahora—, cuando los niños ya dormían, el trájín de Olimpia en la cocina se había extinguido y Alberto oía la radio o veía la televisión por la noche, eran momentos atesorados. Los peligros del día, las amenazas sobre mis hijos, la ausencia de mi marido, cedían paso a la satisfacción de tenerlos a todos al alcance del oído, protegidos por mi vigilia. Experimentaba, cómo no, la misma alegría de quien regresa a casa después de un productivo día de trabajo. Otro día más se sumaba a la empresa de la vida. Esa paz, personificada por la acogedora luz del escritorio, se traducían en un potente estímulo.

Así es como me he pasado parte de la existencia escribiendo cartas. Sí, simples y ordinarias cartas. De todos mis correspondientes, mi hermano Joaquín ha sido el más pródigo y persistente: vive en Tucson, Arizona. Se

fue de Chile hace más de cuarenta años. No volveré a verlo. Detesta los aviones, o mejor dicho, cualquier cosa que se mueva. Cuando partió junto a su esposa y sus tres hijos todavía niños, decidió viajar en barco, seguro de que le sentaría mejor que un viaje de veintitrés horas con seis escalas, encerrado en la asfixiante cabina de un avión. Al llegar a su destino me escribió jurándome que nunca más cometería la estupidez de viajar lejos, cualquiera fuese el medio de transporte. La mayor parte de la travesía se la había pasado sometido a las traiciones repentinas de su estómago. Hasta hoy ha mantenido su promesa. Su aversión al movimiento es tan visceral que ni aun cuando maneja su auto se siente tranquilo; no pasa de los sesenta kilómetros por hora y no se atreve a entrar en las *freeways*: las serpientes atronadoras, como las llama. Ya me anunció que no vendrá. Como compensación enviará dos cartas a la semana en vez de una, como lo ha hecho sin falta desde que se fue. Le propuse que tuviéramos correspondencia por e-mail, pero se negó. Mi querido hermano es anticuado, enamorado de las formas, y para él escribir pasa tanto por el contenido como por la caligrafía. Ha reunido una admirable colección de estilográficas. Me escribe con una Parker 51, alimentada con una tinta azul casi negra que encarga por correo a una casa especializada. Le he contado de mi deseo de escribir acerca de nuestra niñez y la casa paterna. Se lo he planteado en estos términos, como una simple rememoración. A pesar de la intimidad que nos ha dado la correspondencia, además del amor que nos profesamos, no veo la necesidad de revelararle mis verdaderos motivos.

Joaquín tiene una memoria prodigiosa, es capaz de recordar el nombre de nuestros vecinos cuando vivíamos en la calle Viña del Mar, el número de los tranvías que abordábamos en la esquina, por avenida Vicuña

Mackenna, el tres y el seis según me indica en una de sus últimas cartas, el nombre de las personas que visitaban la casa, si eran socialistas, radicales o derechistas, cuál era su apariencia, incluso recuerda los zapatos con florcitas de seda que usaba la tía Susana Insunza, pariente lejana de nuestra madre: "una extravagancia para una mujer que se decía comunista". Sus cartas han sido siempre memoriosas, llenas de anécdotas que me alegra recordar. Ahora que sabe de mi proyecto, ya ha enviado tres cartas extensísimas y organizadas por épocas, separadas unas de otras por los principales hitos de la familia. Una de ellas trae un dibujo a grafito del rostro de la mamá cuando era joven y en otra ha dibujado en tinta china una perspectiva de las fachadas victorianas de la calle Viña del Mar, entre ellas la de nuestra casa en el número catorce. En cada misiva me cuenta una anécdota. En la primera relató el día de mi nacimiento. Es cuatro años mayor que yo. No guarda recuerdos directos de la ocasión, pero sabe perfectamente que nací en la casa, "con la ayuda del doctor Canales y de la matrona Núñez, que, como dijo la abuela, no llevaba el pelo recogido como hubiese sido de esperar". Me abruma su inmensa capacidad para describir, para dar cuenta del más mínimo detalle o incidente. Estas cartas son un regalo para mi imaginación. Yo las infiltro de emociones, no las más espontáneas y observables, sino aquellas que conjeturamos. Joaquín, en cambio, las deja fuera. No creo que las ignore, estamos hechos de la misma fibra, sólo las omite. Se contenta con entregar el material extenso y minucioso de sus recuerdos, porque el ancho cauce de las emociones, para él, y esto lo he sentido desde que éramos niños, se parece mucho a una *freeway*, una "serpiente atronadora", de la cual, una vez adentro, es imposible salir.

Joaquín vive para recordar y por lo mismo odia la modernidad, a los punks, a los homosexuales, a los demócratas. Todos ellos amenazan con exterminar el mundo donde él alguna vez fue feliz. Lo satisface que se mantenga el orden de las cosas. Orden, ése es el código genético que nos une. Mis experiencias en este sentido lo atestiguan. Por razones que no he conseguido describir, de pronto todo converge —por obra de una epidemia de miedo a cualquier cosa, a todo, a lo que aún no se constituye— hacia un estricto sentido del orden. Cada vez que soy asaltada por ese miedo, todo a mi alrededor es posible sujeto de ser ordenado, desde el escritorio y el closet hasta la vida de mis hijos.

Es una pena que no vaya a utilizar gran parte del material que Joaquín me ha comenzado a enviar, que se torna abrumador si además considero las centenas de cartas que mantengo en cajas en el último closet. De todos modos, me alegra tener un registro inmejorable de esos tiempos, con las más acabadas descripciones de personajes y escenarios.

Tal vez pueda rescatar algunas nociones que me ayuden a entender lo que ocurrió con la familia que Alberto y yo formamos.



El intercambio epistolar más valioso lo he mantenido con Andrés, mi hijo menor. Hace veinte años abandonó Chile y de no mediar la noticia de la enfermedad no habría considerado volver. No le tiene amor a su país. Tampoco a su familia. Guarda malos recuerdos de su padre, mantiene una relación cariñosa pero distante con sus hermanas, y siente una profunda animadversión hacia Juan Alberto. Conmigo se lleva bien, luego de haberme sometido a continuas pruebas de amor, fidelidad y renuncia. Cuando recién partió tampoco quería saber nada de mí. Creo que fue mi persistencia en el correo la responsable de su cambio de actitud. Alejado de todo lo que le era conocido y cercano, mi voz a través de una carta semanal debió cooperar a su rendición. Cada vez que habla de Chile, afirma que es un país que le hizo mal y que todo lo que hoy tiene de bueno su existencia se lo debe a su decisión de partir, cuando tenía veinticinco años.

Andrés fue un niño ordenado, obediente y dado a la erudición. Esta manera de ser le brindaba buenos resultados en los estudios. Cursó los doce años en el colegio del Verbo Divino y desde cuarta preparatoria en adelante sacó las mejores notas de su curso. Los curas celebraban su genio para las matemáticas y su sobresaliente capacidad de concentración. Lo más asombroso era el escaso tiempo que dedicaba al estudio. Según sus profesores, su atención a lo expuesto en clases era tan intensa, que luego le bastaba con hojear sus cuadernos a modo de repaso. De los cuatro, Andrés fue el que menos



trabajo me dio en cuanto a los estudios. Juan Alberto, en cambio, me tuvo encima como un canchero durante los dos últimos años de enseñanza media, única manera de que alcanzara notas satisfactorias. Llegado el momento, esas notas le facilitaron su ingreso a la Escuela de Ingeniería de la Universidad Católica. Con mis hijas fue diferente. A María del Pilar le iba bastante bien, pero igual me pedía ayuda; creo que apreciaba la compañía mientras hacía las tareas. No dedicaba mucho tiempo a los cuadernos y su interés por lo general recaía en algún juego que había ideado para después de su hora de estudio. María Teresa, en cambio, permanecía sentada durante horas frente a su pequeño escritorio. El resultado era injusto, si se consideraban las horas invertidas por una y la otra. María del Pilar estaba entre las cinco mejores alumnas. María Teresa, a pesar de todos sus esfuerzos, ni siquiera alcanzaba la media del curso inferior. Si le ofrecía ayuda, se enojaba y me decía que podía hacerlo sola. Para suma de males, las monjas teresianas evidenciaban su predilección por María del Pilar. Más que en las notas, ésta se basaba en la conducta y en la apariencia. María del Pilar era una niña con un rostro fino y agraciado, impecable para vestir y peinarse; sus indisciplinas, que de seguro las tenía, pasaban inadvertidas a la vigilancia de las monjas. El rostro de María Teresa era menos delicado, de rasgos más gruesos, aunque llegó a ser tan atractiva como María del Pilar cuando se hizo mujer. De niña causaba una sensación extraña al mirarla. Su carácter inquieto, la voz sonora y su imposibilidad de mantener el uniforme limpio y el peinado en orden terminaban de condenarla ante los ojos severos de las religiosas. Y como si lo anterior no fuera suficiente, también era dada a la risa, una risa estentórea, muy propia de sus genes italianos. De tanto en tanto recibía un llamado de la madre rectora para darme un mal informe

de María Teresa. Mi sentido del orden se despertaba con la llamada y María Teresa recibía alguna forma de castigo. Sus llantos, altisonantes como su risa, con los años dejaron de conmoverme. Si no era una buena alumna al igual que su hermana, al menos sería una señorita de modales impecables.

Alberto era quien exigía las buenas notas; él mismo fue un alumno destacado en el Instituto Nacional, sin embargo sus padres no le permitieron entrar a la universidad. Era el mayor entre sus primos y su aprendizaje debía ser en la empresa familiar, la mueblería que manejaban sus tíos. Como consecuencia de aquella decisión tan estúpida como arbitraria, siempre añoré ser profesional y llegó a idolatrar la enseñanza que se entrega en las aulas universitarias. Por estas razones, una condición sine qua non impuesta a cada hijo cuando alcanzó los cursos de humanidades, fue concentrarse en los estudios, porque su deber era ingresar a la universidad a una carrera prestigiosa.

A mí tampoco me permitieron asistir a la universidad. Recuerdo a mi padre, en una de las lúgubres cenas familiares, dictando la sentencia: "La universidad no es para mujeres". Las monjas de la Compañía de María, congregación a cargo del colegio donde estudié las humanidades, le rogaron a mi madre que intercediera ante él. Ellas tenían grandes expectativas puestas en mí. Era la segunda del curso. Pero no hubo manera de hacerlo cambiar de parecer. Años más tarde, supe por Joaquín que la superiora, como último recurso, había visitado el local de la calle Monjitas. Mi padre, Maurizio Bartolini Onetto, un italiano de tomo y lomo, taciturno y todavía endurecido por los esfuerzos de su familia para surgir luego de inmigrar a Chile, no le ofreció ni una silla para sentarse a la octogenaria madre Jacinta, una mujer artrítica que de sólo verla despertaba compasión.

A los ruegos de la religiosa en pro de mis estudios universitarios, al parecer mi padre le habría respondido: "Les agradezco la educación que le han dado a Julia, pero ella dejó de ser asunto de ustedes. Ahora le pediría que se fuera, no creo que a los clientes les parezca apropiado que una religiosa esté dentro de la tienda".

Con sus buenas artes, mi madre logró durante el verano que siguió a estos intentos, que me permitiera estudiar contabilidad y secretariado bilingüe en un instituto conocido por aceptar sólo a señoritas de buen estatus social. El argumento de mi madre fue más o menos el siguiente: "Si a esta niña le sucede una desgracia, si se queda viuda o si hay una guerra, será necesario que sepa valerse por sí misma". Viudez, desgracia, guerra, conceptos que resquebrajaron la cerrada visión que mi padre mantenía acerca del asunto.

Ella había calibrado su argumento con precisión para no arriesgarse a una nueva derrota. Doña Assunta Onetto, mi abuela paterna, había quedado viuda en 1893, con mi padre en su vientre, al ser acuchillado mi abuelo por un asaltante en uno de los muelles de Génova, desde donde zarpaban los barcos de inmigrantes. No pudo permanecer en Italia; había vendido todas sus pertenencias con el fin de reunir el dinero que terminó en el bolsillo del ladrón. El hermano de mi abuelo, el tío Giancarlo, lo trajo consigo a Chile con tres meses de embarazo. Mi padre nació en Valparaíso el 23 de octubre de 1893, mientras la familia daba sus primeros pasos en nuestro país. Por lo tanto, viudez y desgracia eran para él realidades cercanas. En cuanto a la posibilidad de verme inmersa en una guerra futura, él nació en un país que comenzaba a dejar atrás una guerra civil. Pero la que más pesaba en su juicio era la Primera Guerra Mundial, causante de que mi abuela y él perdieran el rastro de sus parientes en Italia. El único sueño que esa

triste mujer podía albergar, el retorno a su país, quedó sepultado bajo los escombros europeos.

Mi abuela Assunta vivió con nosotros desde que tuve uso de razón. Era una mujer seca, tan distinta a mí que yo no llegaba a reconocer nuestra consanguinidad ni en su físico ni en sus gestos. De corta estatura, con un mentón dominante, llevaba siempre un vestido negro hasta el suelo, de género basto y pliegues amplios en el faldón; usaba su pelo desde luego sin teñir recogido en un tomate y prácticamente no hablaba. Sus ojos suaves traicionaban esa dureza. No era descariñada ni mucho menos, permanecía atenta a las necesidades de los demás, especialmente a las de Joaquín y las mías. Murió en su cuarto, ubicado al otro lado del patio, cuando yo tenía diez años. Sentí una profunda pena al perderla, era un corazón que palpitaba a mi lado. Pero no me aferré a ella como lo hice con mi madre. La dejé ir sin desesperación: algún sentido común me aclaró que ella deseaba la muerte. Ese año infausto de 1893, cuando de un mismo golpe perdió a su marido y a Italia, debió también significar la pérdida de su interés por la vida.

Ya a los ocho años, Andrés se había convertido en un ávido lector de diarios y espectador de las noticias de la recién estrenada televisión; manejaba información tan insólita como el precio de las principales acciones de la bolsa de comercio; leía también de cine, de literatura, de forma inconexa, por supuesto, pero cuando entraba en un tema, por lo general sabía de lo que hablaba. Sus hermanos detestaban esta cualidad y creo que Alberto también. "Por qué este niño no podrá ser como los demás, todo lo sabe, todo lo argumenta, todo lo discute, a veces me dan ganas de darle un buen tapaboca. Sería bastante más natural que le gustara jugar al fútbol en vez de ver tantas películas o leerse esos libros de la Segunda Guerra que te dio por comprar". Cuando, en medio de una conversación en la mesa, Andrés salía con alguno de sus elaborados pensamientos, me saltaba el corazón de orgullo. No por su erudición, sino más bien porque decía cosas sensatas, que yo había pensado antes y no encontraba momento para expresarlas o que me hubiese gustado saber y no me había dado el tiempo de aprender. Sentía además que compartíamos la misma necesidad de conocer el mundo que nos rodeaba. Junto con sorprenderme, me avergonzaba: advertía la mirada molesta de los demás recayendo sobre él; para contrarrestarlas, Andrés se parapetaba tras un desagradable modo de niño sabelotodo. Cuando iba muy lejos, Alberto lo hacía callar y me dolía el alma verlo retraerse. Fui alimentando el miedo de que un día cualquiera Alberto le haría saltar la comida de la boca de un golpe.

La rabia hervía en sus ojos. Deseaba hijos académicamente excelentes, pero no una persecución de conocimientos dentro de su propia casa. Creo que también se sentía indefenso, puesto en duda en su calidad de sabio supremo.

La tensión durante los almuerzos de los sábados y domingos se tornó casi corpórea cuando Andrés cumplió diez años: la furia de Alberto lo hacía pararse de la mesa antes del postre. Lleno de ansiedad, Andrés se fue transformando en una marioneta que hablaba sin parar; y los demás, en especial Juan Alberto, comenzaron a burlarse de él, formulándole preguntas que lo incitaban aún más a la perorata. Llegado un punto, me vi en la necesidad de hablarle. Una mañana de sábado, en que pensaba que las cosas se iban a salir de cauce, me senté en su cama y esperé a que despertara. Apenas lo sentí moverse, comencé a acariciar su pelo negro y suave, semejante al mío. Remoloneó otro rato, se dejaba querer. Luego se dio vuelta, con el cuello del pijama a punto de cortarle la respiración. Abrí las cortinas, puse el almohadón detrás de su cabeza, le ordené el pijama y le despejé la chasquilla del rostro. Ya he alabado los ojos de Andrés, así fueron desde que nació. En esos años era un niño un tanto pasado de peso y no relucían del mismo modo que ahora en ese rostro redondeado. Su mirada, en todo caso, era igualmente dulce.

—Mi Andresito —esta era mi mayor expresión de ternura y la llave para hablar con él sin que se pusiera a la defensiva—, hoy es sábado y le voy a pedir un favor. Quiero que en la mesa hable menos; deje hablar a los demás y no muestre todo lo que sabe. A sus hermanos no les gusta que usted les explique hasta cómo se reproducen las tortugas —este ejemplo resultaba apropiado; la Ramona, la tortuga de la casa, había puesto un huevo dos semanas atrás y Andrés había investigado en detalle su

forma de reproducirse—. Si quiere hablar, no hay problema, cuéntenos del colegio o las cosas que le pasan a usted, pero no todo en la vida sale de una enciclopedia.

No conseguí notar el efecto de mis palabras en su rostro. Mi tono era cariñoso, no dejé de acariciarlo, deseaba que se sintiera querido. Sólo cuando callé, su rostro se contrajo de un modo extraño: arriscó sus labios en el lado izquierdo y el ojo del mismo lado se cerró. Luego me preguntó:

—¿Al papá le molesta que yo hable tanto en la mesa?

—No es eso, Andresito, es que la mesa es para hablar de cualquier tema, no es una clase, es un momento de... intimidad, no una hora de estudio.

Me arriesgué con este argumento, que juzgaba abstracto, porque reflejaba mi manera de pensar y Andrés quizá lo comprendiera.

—Yo lo hacía para mejor.

—Sí sé, mi amor, todos hacemos lo mejor que podemos.

—Pero el papá no me quiere.

—No, cómo se le ocurre, su papá lo adora —me había acercado para abrazarlo, había emoción en su voz—. Al papá lo que le pasa es que trabaja demasiado y los fines de semana le gusta estar con ustedes y descansar. Si lo hacen pensar mucho se molesta, es eso nada más. Hasta cuando yo le pido algo para la casa me mira con mala cara. Pero su papá lo quiere, nos quiere a todos.

Se había puesto a llorar, su cuerpecito aún tibio se estremecía. Todavía me duele el recuerdo de su sufrimiento.

—El papá no me quiere.

—Andrés, no llore por eso, su papá lo quiere más que a nadie en el mundo —me percaté del esfuerzo que hacía para lograr que las palabras surgieran entre el llanto.

—Quiere más a Juan Alberto.

—No, no, cómo dice una cosa así, su papá los quiere a todos igual. Por Dios, Andresito, no piense así.

Su llanto se hizo más espeso y doliente. Nos quedamos abrazados un rato hasta que se calmó. Durante el almuerzo guardó silencio. Sus ojos enrojecidos, volcados sobre la comida que apenas probó, en contraste con la pronta risa de Alberto frente a un comentario de su hijo mayor, me han quedado grabados en la memoria.



Mantengo un vivo recuerdo de las tardes de semana, en algún momento de la década de los treinta, cuando el país apenas despertaba de la gran recesión. Asomada a la ventana del escritorio, esperaba a que mi madre regresara del trabajo. La veía venir, vestida con el uniforme de la gran tienda Gath & Chaves que entallaba su pródiga corpulencia. Era conocida entre la gente de la tienda como la señora Victoria Campos de Bartolini. Había llegado a ser en poco tiempo la encargada del departamento de moda. A él acudían en busca de sus vestidos de fiesta las señoras de la alta sociedad. La dulzura de mi madre las conquistaba en la primera entrevista y se convertían en clientas fieles. Me sentía orgullosa de ella. Se había visto obligada a buscar trabajo cuando mi padre tuvo que vender el local de Ahumada, el más valioso bien de la familia, para pagar sus deudas. La tienda Bartolini Ltda., donde vendía instrumentos de precisión, permaneció cerrada durante dos años en toda su historia, 1933-1934. Luego reabrió en Monjitas. Recuerdo que la bodega del fondo se llenó de cajas y raros instrumentos, como balanzas y dispensadores de aceite y gasolina. A veces acompañaba a Joaquín en sus incursiones a ese mundo extraño. Él sabía con exactitud a qué correspondía cada caja y cuál era su procedencia. Acostumbraba a soñar con países lejanos.

Cuando estalló la recesión, aún era pobre mi discernimiento como para apreciar si nosotros seríamos golpeados por ella. En mi colegio algunas compañeras de curso se retiraron a mitad de año. Una con la cual había

trabado amistad, me confesó que en su casa habían vendido los muebles durante el fin de semana. Se irían a un campo cercano a Santa Cruz. Cuando se lo conté a mi madre, movió su cabeza a lado y lado, entristecida. "A todos nos va a afectar, hija, a todos".

A mediados de 1931, acogimos a la señora Susana Insunza, la comunista de los zapatos extravagantes que mencionaba Joaquín en una de sus cartas. Ella y mi madre eran primas hermanas por el lado Campos y pertenecían a una antigua familia de clase media, originaria de Concepción. Se instaló en el escritorio junto a su hija, Susanita, que tendría unos nueve años. Debido a la escasez de trabajo, su marido y sus tres hijos adolescentes habían decidido regresar a las riberas del Bío-Bío, en busca de alguna oportunidad, ya fuera ésta agitar a los mineros del carbón y comer gracias a los fondos del partido, o cualquier otra labor que se presentase. Según las noticias que a lo lejos recibía tía Susana, estaban por esos días en la cordillera de la zona de Los Ángeles, trabajando en la tala de bosques. Años más tarde, por una coincidencia larga de relatar, me enteré de que ningún trabajo los había llevado a lugares tan apartados; se hallaban prófugos de la justicia a causa de sus actividades subversivas.

Fue una época emocionante y mi madre es la heroína de la historia. Tengo un vago recuerdo de una conversación en el comedor en algún momento de 1932. Estoy segura de que para entonces Ibáñez había caído, porque la inolvidable borrachera de tía Susana ya había tomado lugar. "¡Muerte al dictador!", gritaba pegada a la radio el día que El Caballo entregó el gobierno, mientras se llevaba a los labios una copa de guindado. A cada nueva confirmación de la noticia, balanceaba su menuda contextura en la silla, rellenaba la copa y lanzaba un nuevo "muera". "No tomes más, Susana", le de-

cía mi madre con voz comprensiva, pero ella no prestaba oídos sino a las declaraciones políticas que surgían de la radio. También estoy segura de que fue después de las elecciones ganadas por Juan Esteban Montero. La tía Susana lo llamaba "el monigote".

La tarde de la que hablo, las cinco mujeres de la casa nos habíamos refugiado en el comedor, para evitar la virulencia con que el sol estival golpeaba las estancias que daban al norte y a la calle. Nos hallábamos reunidas en torno a la mesa ovalada de madera oscura. En ese entonces no era costumbre tomar vacaciones, al menos entre la gente de nuestra posición social. Mientras no asistíamos al colegio, Joaquín ayudaba con los mandados en la tienda y yo permanecía en la casa, ocupada en tareas domésticas. La fuente de luz natural del comedor era una amplia ventana que daba al patio interior. Para ocultar la grosera vista —ahí se colgaba la ropa—, las ventanucas de la cuadrícula estaban hechas de cristal catedralicio, en diversos colores, logrando un efecto de luz semejante al de un vitral. Sin embargo, no era suficiente para liberar el comedor de un manto de penumbra y nos veíamos obligadas a encender la araña de bronce para realizar nuestras labores. El ocio no era visto con buenos ojos.

Voy a intentar una recreación del diálogo que mantuvieron mi madre y la tía Susana.

—No podemos permanecer sentadas mientras la mitad de Chile se muere de hambre —dijo mi madre rompiendo el atareado silencio mientras dejaba el bordado. Mi abuela desgranaba porotos con la espalda recta y yo aprovechaba la tela de saco harinero para confeccionar unos paños de cocina. Tía Susana y su hija remendaban.

—La derecha de este país se robó todo —dijo tía Susana sin levantar la vista—. El monigote se encargó de

repartir la poca plata que dejó Ibáñez. Si los comunistas tuvieran el poder las cosas serían distintas. Apuesto que habría más dinero para los pobres.

—No hables tonteras, Susana. Me refiero a que nosotras hagamos algo.

—¿Nosotras? —exclamó deteniendo su labor de golpe y mirando a mi madre con alarma—. ¿Y qué vamos a hacer, nosotras?

—Deberíamos organizar una olla común y dar de comer.

—¿En este barrio? Si aquí la gente no necesita que se le dé de comer —afirmó, dando un par de tirones al hilo con la aguja.

—¿No has visto a quienes pasan pidiendo a la puerta todos los días? Esa gente sí lo necesita.

—Pero, Victoria, a tus vecinos no les gustaría tener una fila de cesantes afuera de sus casas. Perdona, tu idea no me gusta. No sé, tal vez debiéramos reunir ropa usada, remendarla —dijo, levantando la camisa que tenía sobre la falda— y darla a la caridad de la Gratitude Nacional. Esos curas italianos son unos mentirosos, pero no se roban las cosas.

—Susana, no tienes arreglo. Esa lengua te va a jugar una mala pasada uno de estos días. Vamos a hacer una olla común —sentenció mi madre golpeando la mesa con la palma de la mano—. Tengo una olla grande donde puedo preparar comida para unas veinte personas. Nos dividiremos las tareas. Joaquín irá a la esquina de Vicuña Mackenna a anunciarla. Mañana martes comenzaremos.

—Victoria, no tienes dinero para dar de comer a más gente. Me vas a hacer sentir mal. Yo sé que apenas te alcanza con la Susanita y conmigo.

Mi madre la miró incrédula. Luego soltó una risa, mezcla del entusiasmo que la desbordaba y la lástima que le producía su prima. Se puso de pie, fue hasta la cocina y sacó una gran olla para mermeladas. La golpeó

con una cuchara de palo y todas nos levantamos en un acto reflejo. Me sentí llamada a defender mi país. La depresión era algo de lo cual hablaba toda la gente, que trastornaba de una u otra forma la vida de los demás y estar fuera de algo tan amplio, que alcanzaba al mundo entero, había sido hasta ese minuto una especie de martirio para una niña idealista de ocho años como yo. La primera comida serían los porotos granados de la abuela. En un comienzo, no había necesidad de preparar grandes cantidades.

Joaquín me ha enviado una carta describiendo esta época y por eso he podido revivirla con bastante detalle. A la una de la tarde del martes, bajo un sol que caía a plomo sobre nuestras cabezas, mi madre se paró en la vereda con un cucharón en la mano. A su lado ascendía el vapor desde la olla que descansaba en una silla de madera. No había asomo de timidez en su semblante. Mi madre vencerá la gran depresión, pensé mirándola hacia arriba, apegada a su falda. La abuela contemplaba la escena con los brazos cruzados sobre el pecho, de pie en el descanso de la entrada. Era una versión anciana, severa y negra de un ángel de la guarda. Llegaron dos hombres y una mujer, atraídos por los llamados de Joaquín. En sus rostros había desconfianza, pero el aroma de la comida los hizo desprenderse de sus reservas. “Mañana traiga un plato y cubiertos”, les decía mi madre mientras vertía la comida en platos de la casa. Tía Susana les daba un vaso con agua. Mi misión era entregar un durazno.

Esta práctica, que luego se extendió por todo Santiago, aún no había prendido en los barrios. Según Joaquín, mi madre fue una de las precursoras. De cualquier forma, muchas otras surgieron al mismo tiempo, como una reacción múltiple y espontánea al hambre que asolaba la ciudad.

Al día siguiente, alrededor de la una, se había formado una fila de unas quince personas. La voz había corrido más rápido de lo que pensábamos. Debimos improvisar más comida.

—No se preocupen, es cosa de echarle más agua al caldo —voceaba mi madre mientras cruzaba la cocina con su pecho en alto.

—¡Ay!, Victoria, esto es una locura. Mira esa gente con los platos en las manos. Mañana habrá más de cien. No sé qué vamos a hacer.

Las protestas de tía Susana se convirtieron en una especie de letanía. El más simple movimiento le hacía proferir una queja. Sin embargo, el entusiasmo la encumbraba como a todas, iba de aquí para allá con su delantal manchado, con una vivacidad sólo posible en un cuerpo pequeño y fibroso como el suyo.

Mi madre fue a conversar con el párroco de la Gracitud Nacional, donde asistíamos a misa la mayoría de las familias de inmigrantes italianos, y le habló de la olla común. Ya se había dado cuenta de que no daría abasto. El párroco, un salesiano proveniente de Italia, de apellido Negri, utilizó sus influencias entre los más ricos de la colonia para conseguir enseres. La sacristía se convirtió en una bodega de alimentos y una camioneta aparecía por nuestra casa todas las tardes a dejar el pedido.

Mi padre fingía no enterarse de nada. Salía temprano, llegaba a la tienda a las ocho en punto cada día, almorzaba en el centro y regresaba a cenar. El modesto local de Ahumada en esa época aún mantenía sus puertas abiertas y no tengo recuerdos de que nuestro nivel de vida se hubiese visto notoriamente afectado. Los fines de semana se instalaba a leer el diario en el living —su sagrado escritorio lo ocupaban las Insunza—, a la espera de que se sirviera el almuerzo en la calle. Cuando terminábamos, se sentaba a la mesa con nosotras y

Joaquín, y recibía en su plato la misma comida que se servía a los cesantes. No se involucró en nada, creo que no lo oí dar un consejo o una opinión, sin embargo su silencio constituía, como ya sabíamos, una forma de anuencia.

La fila comenzó a crecer. Usábamos dos grandes ollas la otra era de la parroquia, y aun así no alcanzaba para todos. No sé si a petición de mi madre o por propia iniciativa, otras vecinas de la calle ofrecieron su ayuda y comenzaron a dar comida, abastecidas también por la parroquia. La angosta vía de un solo sentido y de una sola cuadra de largo se transformaba en un hormiguero medida que se acercaba la hora de almuerzo. Aun cuando eran cuatro las casas que daban de comer a más de una centena de personas, cada vez llegaba más gente y se veían desbordadas. Las colas se formaban temprano y no había paz a ninguna hora de la mañana. A un mes de partir, cuando dos hombres se trezaron a golpes por el último cucharón de comida frente a los ojos espantado de mi madre, ella decidió terminar con la olla común. Se organizó con las vecinas y otras mujeres, consiguieron dos cocinas, dos heladeras, ollas, utensilios y todo lo requerido con unos empresarios que, por lo demás, no tenían a quién venderle sus productos, y trasladaron la olla común a la Gracitud Nacional. Allí contaron con la ayuda de la juventud italiana —la JISA— para mantener el orden. Así terminó uno de los episodios más excitantes de mi niñez. De todos mis recuerdos creo que es el que refleja de mejor manera la admiración que le tenía a mi madre. Un ser sólido e invencible, dueña de una fuerza que la ponía por encima de las adversidades. Desde mi mirada infantil, mi madre nunca sería una víctima.





La mayoría de los inmigrantes de la península llegaron a Chile entre 1880 y 1920, antes que el fascismo prendiera en el pueblo. La contingencia política de Italia parecía tener sin cuidado a esta gente sencilla, cuya única preocupación aparente era trabajar y surgir. Numerosas familias se habían destacado en la industria y el comercio y sus raíces italianas habían pasado a ser poco más que un dato biográfico; se sentían tan chilenas como cualquier otra. Sin embargo, cuando la guerra se hizo inminente, una poderosa ola de apoyo al Duce se propagó al interior de la colonia. En sus corazones aún palpitaba un patriotismo ciego que despertó su lealtad al régimen de Mussolini. Mientras escribo, pienso que debió constituir una manera de regresar, de sentirse nuevamente parte del país que amaban y que habían dejado obligados por el hambre. La nostalgia fue el más apropiado caldo de cultivo para el germen fascista.

En nuestra casa, el teléfono comenzó a sonar con insistencia y cada día recibíamos llamadas de mujeres conocidas de mi madre para pedirle que se uniera a las obras de recaudación de fondos para el gobierno fascista, o que donara su argolla de matrimonio y aceptara a cambio una argolla de fierro, como reconocimiento a su contribución. A mi padre le ocurría algo similar en el local de Monjitas.

Gracias a Dios, en los claustros de la Compañía de María donde yo estudiaba, la mayor parte del alumnado era de origen criollo. Mis compañeras, pertenecientes a

familias de clase media, apoyaban a los aliados en su mayoría, pero ninguna le daba demasiada importancia al asunto. De vez en cuando me llamaban "bachicha", pero no pasaban de eso, seguramente ignorantes de la intensidad del fenómeno que me tocaba apreciar en la casa.

A pesar de las dificultades —negarse a cooperar era visto como una traición y cerraba muchas puertas—, mi padre se mantuvo incólume en su determinación de pensar libremente: "Estos bocones no me van a decir qué hacer ni qué pensar. Se pasan la vida hablando en vez de trabajar. Si les importa tanto la guerra que vayan a pelear a Italia. Yo no les voy a dar un peso". La tienda estuvo sometida al asedio de los fanáticos. Dos veces en menos de un mes, una piedra lanzada en pleno día desde un automóvil en movimiento hizo trizas el cristal de la vitrina. En esa misma época, la cortina metálica amaneció pintada en varias oportunidades con la palabra *traditore*. Mi padre no decía una sola palabra acerca de estos atentados. Me enteraba por Joaquín que por ese entonces había comenzado a trabajar en la tienda. Entre sus confidencias me contó que en la pequeña oficina donde mi padre sacaba las cuentas, había desplegado un mapa de Europa en la pared y seguía con alfileres de distintos colores los movimientos de los aliados y el Eje, según lo que las noticias de la radio le permitían inferir. Escuchar el noticiero de la una se había convertido en un rito para él. Joaquín memorizaba todo lo que oía y leía y, con ayuda de un mapa de enciclopedia, me relataba batallas, avances y derrotas. Nosotros nos sentíamos pro aliados y Joaquín me confesó que nuestro padre también, pero era un gran secreto que nadie debía saber. Lo había escuchado decir: "Cómo esta gente no se da cuenta de que Hitler y Mussolini son un par de locos. Ya quisieran verse con uno

de ellos como dictador de Chile. Sería peor que Ibáñez y que Dávila juntos. Tendrían que irse a otro país y volver a empezar. Por Dios..., la estupidez es contagiosa".

Desde esos tiempos, Joaquín ha conservado un conocimiento extenso de la Segunda Guerra Mundial. Conoce el armamento de ambos bandos, el nombre de los generales, las batallas, las fechas, y terminada la guerra no hubo guarismo que resumiera la desmesurada barbarie que pasara inadvertido ante sus ojos. El horror del Holocausto comenzó a revelarse el año 1945, cuando se formaba la apasionada conciencia política de Joaquín. A sus veinticuatro años, se grabó en él como la máxima expresión de la crueldad del hombre. "No confíes", se transformó en su frase más recurrida. Creo que la guerra le arrebató una buena porción de su fe en el género humano, que ya le era esquiva por genes. El resto desapareció cuando supo la verdad sobre mi padre. Pensándolo de este modo, su casa en Tucson no es más que la ermita que eligió para retirarse. Lleva más de cuarenta años encerrado en ella y, como él mismo afirma, nunca más saldrá de ahí.

En los años venideros, la renuencia de mi padre a participar en los alardes de patriotismo de sus paisanos mostraría sus beneficios. Al declarar Juan Antonio Ríos la guerra al Eje, en los años finales de la guerra, se creó una lista negra, donde fueron a dar quienes habían demostrado pública simpatía por las causas nazi y fascista y, sobre todo, quienes representaban los intereses económicos de los países integrantes del Eje en Chile. El ejemplo que aún se recuerda en ciertos círculos fue el cierre y la expropiación de los activos del Deutsche Bank y las gestiones necesarias para salvar al Banco Italiano de un destino similar. Si alguien establecía relaciones comerciales o contrataba a una persona marcada, pasaba automáticamente a formar parte de

la lista. Para librarse de las nefastas consecuencias, quien caía en ella debía firmar una declaración que condenaba el régimen de Hitler o de Mussolini, según fuera el caso. Entre los italianos, hacerlo era considerado traición. Las familias en esa lista pasaron a integrar una nueva clase de leprosos. Si una persona era sorprendida conversando en la calle con uno de ellos, caía bajo sospecha y los soplones no faltaban. Para evitarse estos malos ratos, había quienes cruzaban a la acera del frente para no verse obligados a saludar a algún amigo contagioso.

El caso de los Carducci fue para nosotros el más notorio. Los veíamos en misa cada domingo, sentados en la primera fila de la Gracitán Nacional, y por su aspecto distinguido y su manifiesta riqueza formaban una especie de familia real dentro de la colonia. Giovanni Carducci, importador entre otras cosas de maquinaria industrial de origen italiano y principal financista de la *Fascio* en Chile, perdió su imperio comercial y su lujosa casa de la calle Miguel Claro de un año para otro. El hecho de ser uno de los contados inmigrantes que había accedido al exclusivo ambiente de la oligarquía local —poseedora de un claro tinte pro-nazi en los primeros años de la guerra— no le sirvió de nada cuando realmente lo necesitó. Los miembros de la tornadiza aristocracia lo dejaron caer desde su provinciano Parnaso sin dar la menor muestra de lealtad: a las hijas no se les volvió a invitar a las fiestas donde acostumbraban brillar; doña Silvia dejó de aparecer retratada en la revista *Zig-Zag*, donde era admirada y envidiada por sus amigas italianas, y don Giovanni fue expulsado del Club de la Unión para nunca recuperar el nivel que alguna vez alcanzó en la sociedad.

En los sesenta me tocó tratar con la hija que me correspondía en edad. Era una excelente costurera y me

mandaba a hacer la mayoría de los vestidos con ella. Aún conservaba una actitud desenvuelta y mundana cuando me recibía en su modesto departamento de la calle Mac-Iver con Merced, pero, una vez encorvada sobre la Singer para dar algún toque final a la prenda, su espalda parecía enrostrarme cuán injusto había sido su destino.

A principios de 1938 cumplí catorce años. Aunque mi cuerpo era aún el de una niña, mi carácter había adquirido una madurez prematura: me sentía responsable de mí misma, capaz de enfrentar sola la mayoría de los desafíos. La época de privación que dejábamos atrás me había infundido un agudo sentido del deber. A esto se añadía la amenaza de la guerra, que me despertaba un vago temor a la orfandad y también a la miseria. En mi mente no había vuelos de mariposa ni sueños de princesa, por el contrario, crecía para enfrentar una vida dura e impredecible. Dado que mi madre trabajaba —cumplía ya cinco años en Gath & Chaves— y mi abuela había muerto cuatro años antes, yo me hice cargo de las labores de la casa. Apenas regresaba del colegio, me unía a Claudia —una empleada que mi madre había contratado por medio día— para darle los últimos toques al almuerzo. Mi padre y Joaquín venían a almorzar a la casa en esa época. A mi madre no le era posible. Tomaba una colación en el trabajo, en un improvisado comedor tras los probadores, acompañada de algunas costureras.

Entre tanto, los almuerzos en casa eran silenciosos, sólo interrumpidos por los comentarios de Joaquín respecto a la tienda. Mi padre contestaba la mayor parte de las veces con monosílabos, a no ser que estuviera interesado en enseñarle algo para el futuro, su futuro como jefe de la tienda. Si veía una oportunidad de esa índole en la conversación, manteniendo su estilo conciso, le hacía ver los matices del asunto, de modo que no se dejara guiar por la apariencia de las cosas. “No te

hagas opinión tan rápido, hijo, deja que la flor eche su aroma”.

Hacia unos meses había entrado a trabajar en la tienda, como ayudante administrativa, una prima lejana de mi madre, esta vez por el lado materno. Oriana Mesina se llamaba. Tendría unos cuarenta años. Aunque baja y delgada, la armonía de sus rasgos y su piel morena le conferían cierta belleza. Una persona como ella, con habilidades como secretaria, liberaría a mi padre de una serie de tareas de oficina que le impedían dedicarse por completo a vender.

Me preguntaba cómo un hombre huraño, enemigo de las palabras y de rostro severo, podía ser un buen vendedor. Joaquín me explicaba su modo de hacerlo, animado por una gran admiración. Recibía a los clientes con un saludo serio e inquiría por lo que buscaban. De ahí en adelante se mezclaba una particular sensibilidad para captar las necesidades del cliente con un conocimiento vivo, vasto y, por supuesto, preciso, que llenaba el espacio recubierto de altas estanterías de madera de un aire sacro, capaz de encender el alma de un neófito. Esos instrumentos eran para mi padre la manera de alcanzar una visión más exacta del mundo. Creo que de modo indirecto, o quizá simplemente por vía genética, él me legó el amor por el conocimiento. Como mi hijo Andrés lo heredó de mí. Pienso que sólo acompañados del saber se puede gozar el mundo, en sus particulares expresiones, en el amplio marco de sus posibilidades.

Por ejemplo, este sesgo me llevó a interesarme en botánica cuando hice el jardín de esta casa, donde hoy escribo, hace ya más de cuarenta años. Durante el tiempo que duró la construcción estudié lo que cayera en mis manos en relación con el tema. Cuando Alberto salía de viaje le encargaba libros americanos, italianos, españoles, en busca de una nueva perspectiva que pudiera ayu-

darme a tener una mirada más amplia y así no incurrir en la simple repetición de los jardines vecinos. Llegué a estudiar un libro titulado *How to know the ferns*, a propósito de los helechos que plantaría a la entrada de la casa, un sector orientado hacia el sur, cubierto por un ancho alero, donde reinaban las sombras. No recuerdo lo que esperaba encontrar en él y lo menciono solamente porque lo tengo aquí, en las estanterías del escritorio, al alcance de mis ojos. Fui feliz durante ese tiempo. El conocimiento ha sido desde entonces una fuente de alegría. He tomado clases de piano, teología —en especial lo que se refiere a la historia y las traducciones de los textos bíblicos—, historia del arte, literatura y teatro grecolatino, política internacional y algún otro curso que en este minuto no recuerdo. Ah, ikebana. También participé en un vivificante grupo de estudio formado por mujeres de una cultura muy superior a la mía. Lamento haber perdido contacto con ellas, en especial con la señora Fischer. Ella me guió en un comienzo, cuando mi sentido de orientación en el mapa de la cultura universal era todavía pobre. Durante esa época me sentí una mujer valiosa y plena. Aún existen temas que me apasionan y que la ignorancia respecto a ellos me provoca una sensación de enclaustramiento. Ya no me será posible entrar y recorrer sus caminos como hubiese deseado. Guardo la esperanza de que en el Cielo se nos dé el conocimiento pleno. Así lo afirman las escrituras, aunque me parece que el profesor de teología le dio una interpretación no literal a este enunciado.

Conocí a la señora Oriana el día en que fue a pedirle a mi madre que le ayudara a encontrar trabajo. La saludé con un beso en la mejilla como era la costumbre cuando se trataba de un familiar, aunque mi madre nunca dio con una línea de parentesco que me dejara en claro

el origen de esta relación. Su espeso perfume se adhirió a mi piel. Estuve ante ella en tres ocasiones durante su visita, al momento de saludar, al traer el té y para despedirme cuando ya se iba. Llevaba puesta una blusa blanca bajo un traje de dos piezas de lana gris, sin cuello ni solapa. Mantenía la cartera sobre la falda, con ambas manos en el mango, como si se aferrara a una baranda, y permanecía sentada al borde del sofá. Tenía un rostro redondeado, la nariz era pequeña y recta, y llevaba el pelo negro —alisado, sin duda— hasta los hombros, con la caída hacia adelante. Su única trasgresión al recato era la falda ajustada, que le confería un aire vulgar. Entre las preguntas que le hice a mi madre sobre su desconocida prima, aquella que más instigaba mi curiosidad era por qué no se había casado. Para una mujer atractiva era oprobioso ser soltera, hacía suponer algún escándalo en su pasado, o un impedimento oculto y doloroso, o bien un hijo natural. Mi madre no me dio una respuesta. Ella tampoco se lo explicaba. La señora Oriana había tenido varios pretendientes, entre los cuales hubo quienes fueron rechazados por ella y otros que se alejaron sin dar mayores explicaciones a la familia. "Habrá sido mala suerte, hija, aunque soy de las que piensan que la suerte depende de uno mismo". Mi madre declaraba cada vez que tenía ocasión que una vez que estuvo segura de amar a mi padre, se aferró a él con todas sus fuerzas y no lo dejó escapar.

Mi próximo recuerdo en el cual esta mujer tiene presencia es después de un almuerzo de semana. Joaquín y mi padre tomaban un pequeño descanso en el escritorio. El lugar era presidido por los retratos de mis abuelos Campos, realizados por un desconocido pintor de Concepción. Yo traía el café desde la cocina. Durante el almuerzo habíamos comido pastelera de choclo, por lo que calculo que era pleno verano, a principios de 1938.

Joaquín era un adolescente todavía, dieciocho años, torpe aún en su aproximación al asunto de las mujeres. Las palabras llegaban a mis oídos a través del pasillo:

—Papá, la señora Oriana es una mujer atractiva, ¿no cree...?

Intuí que deseaba mostrarse como un hombre hecho y derecho ante mi padre. Luego agregó en tono irresoluto:

—El otro día se subió a una escalera y le miré las piernas... y un poco más. Bien rica...

En ese momento entraba yo a la habitación y vi a mi padre levantarse de su asiento y descargar una bofetada en su rostro. La fuerza del golpe le sacó lágrimas de los ojos. Me tuve que contener para no llorar. Mi padre nunca nos había golpeado: su mayor castigo era una prolongada indiferencia. No dijo una palabra, volvió a su asiento y me pidió su café; la bandeja me tiritaba entre las manos. Tomó el contenido de un sorbo y se dispuso a salir a la calle. Joaquín lo siguió con un lado del rostro enrojecido y la mirada perpleja.



Un sábado no muy lejano de aquel día cargado de malos presagios, mi madre y yo decidimos ir de compras. Desde hacía unos meses había notado que ella contaba con dinero para cosas más allá de las imprescindibles. Era una mañana nítida, apenas despuntaba la primavera. Recuerdo ese día más que cualquier otro de mi adolescencia. Ocupaban las portadas de los diarios las próximas elecciones de presidente, con Ross, Aguirre Cerda e Ibáñez como candidatos. Nuestro plan consistía en comprar algo especial para el 18 de septiembre. Alguna nueva blusa, un jarro de agua para la mesa, tal vez servilletas; acaso teníamos suerte de encontrar algo que nos gustara en la casa de bordados. Nuestro destino inevitable era el centro. Nos subimos al tranvía con entusiasmo: "Sube, Julia, sube", me dijo con una sonrisa mientras me empujaba por la cintura. La calle Ahumada nos recibió con su estimulante ajetreo. La arquitectura de los edificios aún mantenía un aire afrancesado. De no ser por la propaganda política y el entramado de cables, hubiésemos apreciado la estrecha y noble perspectiva que ofrecía la calle desde la Alameda. Nos gustaba caminar tomadas del brazo y parloteábamos de cualquier idea que cruzara nuestra mente. Era nuestro recreo, el momento en que podíamos permitirnos un brote de frivolidad. Los comentarios frente a las vitrinas se transformaban en verdaderas conversaciones.

A pesar de sus casi ochenta kilos de peso, mi madre conservaba un evidente atractivo para los hombres. Ante los piropos, sonreía complacida. Esa fría mañana

primaveral, con el aire puro e hiriente, parecía incitar a los hombres a volverse a su paso. Si tuviese que explicar ese fenómeno, pues claramente mi madre no era una belleza tradicional, diría que la rodeaba una radiante aura de feminidad. Su caminar era coqueto y aún lucía una estrecha cintura que sabía resaltar. La cabeza en alto, el cuello alargado y su pecho al frente le conferían un porte digno de admirarse. A sus atributos se añadía la tradición popular que aseguraba que al hombre chileno le gustaban las mujeres entradas en carnes, "para tener donde agarrarse". Por ese entonces yo no sabía nada de las preferencias masculinas y tampoco me parecía raro que mi madre fuese acompañada de silbidos por la calle. Como la mayoría de las hijas de catorce años, consideraba a mi madre una de las mujeres más bellas del mundo. A su lado, me sentía como un gusano moreno, pero no me importaba, no entraba en la competencia, y mi orgullo de ir tomada de su brazo sofocaba cualquier asomo de mi propia vanidad.

La cosecha de nuestro paseo estuvo constituida por un helado bañado en chocolate para cada una, de la Gelateria de don Giorgio, y por un nuevo mantel deshilado y su correspondiente juego de servilletas. Ambas nos enamoramos de él apenas lo tuvimos a la vista. Comentábamos sobre la expresión de los demás cuando lo estrenáramos para el Dieciocho. La hermana de mi madre y su familia pasaban esas fiestas con nosotros, además de las infaltables Insunza. Mi padre y Joaquín no nos brindarían más que una mueca, una mezcla de desconfianza, reprobación por el gasto y algo así como un "será".

Cerca de la hora de almuerzo decidimos volver. Retornamos a paso rápido hasta la Alameda. En el paradero, una brisa me puso la piel de gallina. Nos apegamos una a la otra. La estela de aire levantada por los autos

volvía aún más inhóspita la avenida. Vimos acercarse el tranvía como si se tratase de nuestro salvador y, como siempre, fui la primera en subir.

No creo que haya gritado o algo parecido, sólo me limité a volverse hacia ella para evitar que subiera el último peldaño y se percatara de lo que yo había visto. Fue inútil. Mi madre ya tenía la mirada fija en los labios de Oriana, que musitaban algo al oído de mi padre. Tuve el impulso de bajarme. Ella no se movió. Sus ojos seguían los sutiles vaivenes de esas cabezas, una junto a la otra, que secreteaban. Luego adelantó el cuerpo, como si quisiese remontar el último peldaño. Me asió de la cintura, me obligó a girar, avanzó y le entregó el dinero al cobrador. Mientras recibía el vuelto me tomó de la mano con fuerza. Ella primero, yo detrás, recorrimos los dos metros que nos separaban del asiento donde estaban mi padre y la mujer. Dos metros que creía imposibles de salvar. Ahora él había levantado la vista y miraba en dirección a mi madre. Oriana siguió su mirada y al reconocernos dio un respingo. En ningún instante noté que mi madre bajara la vista hacia ellos. Mantenía la cabeza en alto, como si su único interés y destino fuera el otro extremo del tranvía. Un paso más atrás, arrastrada prácticamente a la fuerza, no vi otra alternativa que imitar su actitud. Ningún otro comportamiento parecía posible. Pasé junto al hombro de Oriana —al punto de percibir su incisivo perfume— con la vista al frente, los pulmones sin aire y la cabeza en blanco. Nos detuvimos. Con una mano se aferró mi madre a un pilar y con la otra estrujaba la mía. Los movimientos del tranvía parecían batir el espacio a su antojo. De pronto tuve la espantosa visión de que nunca dejaríamos de movernos, de que las sacudidas irían en aumento hasta ser expulsadas por las ventanas. Sólo la existencia de otros pasajeros, igual de zarandeados



que nosotros, me trajo de vuelta a la realidad. La masa de hierro crujió. Poco a poco, como si mis pensamientos hubiesen invocado una tregua, el carro fue aquietándose. Por fin se detenía. Mi madre no daba signos de reaccionar. De pronto, aprovechando la parada, me arrastró escalera abajo y saltamos al pavimento. Permanecemos de espaldas al tranvía mientras se alejaba, enfrentando el sentido del tránsito que nos embestía en su avance fragoroso hacia el oriente de la ciudad. Me abracé a ella y rompí a llorar. Me acariciaba casi con furia. No había lágrimas en sus ojos. Me alejé de su cuerpo y vi dibujarse en su rostro una mezcla de pánico y responsabilidad, de concentración y desvarío, de grito y silencio.

—Ni una palabra de esto a Joaquín. Julia, escúchame —me remeció mientras alzaba la voz para hacerse oír por sobre el ruidoso tránsito—, esto es importante, ni una sola palabra a Joaquín.

Me volvió a abrazar. No sabía si me causaba más incertidumbre lo que había visto o la reacción de mi madre. Me tomó de la mano una vez más y comenzamos a caminar en dirección a la casa, a paso urgente. Sentía que me obligaba a seguir su camino. En las esquinas, mientras esperábamos para cruzar la calle, me pasaba el brazo por los hombros y me daba besos en la frente, uno tras otro, sin cesar. Su rostro continuaba trastornado y sus ojos reflejaban espanto y convencimiento. En medio de la desintegración, parecía marchar decidida hacia un futuro materializado ante ella.

María Teresa llegó a la pubertad con su rostro dibujado por una mano confusa, a tal punto que la gente en la calle se volvía a mirarla por segunda vez. Había algo en esa composición de facciones que atraía la vista y luego despertaba incomodidad. Una mirada, enseguida una segunda, y ya los ojos no volvían a posarse en ella.

Desearía afirmar que nunca me molestó, que debido a su apariencia o a su manera de ser mi amor por María Teresa no sufrió menoscabo. Tenía una figura tosca, como si hubiese nacido para ser una labriega: caderas anchas, muslos gruesos, senos de mujer preñada. Sus modales no habían mejorado, a pesar de mi lucha por convertirla en una mujercita dócil. El cinturón de Alberto tampoco la disuadió. Su naturaleza nos resultaba tan apartada de lo normal, de lo que nos había tocado experimentar en nuestras familias, de lo que nos tocaba vivir con Juan Alberto y María del Pilar. A medida que crecía se acentuaba su carácter explosivo, volcado hacia la vehemencia o la ira. El pulso de sus descargas se propagaba por la casa derribando las reglas del orden, la ponderación y las buenas costumbres.

En varias ocasiones le había insinuado a Alberto la posibilidad de llevarla a una psicóloga infantil. Su respuesta era una negativa rotunda, sin flancos descubiertos. La palabra "psicología" le provocaba desconfianza. A pesar de mi inmejorable experiencia con un psiquiatra en los primeros años de matrimonio, él no se avenía con la idea de que una niña sufriera trastornos de conducta que debiesen ser tratados. Creía en una educación

firme que a la postre domeñaría hasta el más rebelde de los caracteres.

El problema de Teresa se agravó con la llegada de las menstruaciones. Comenzaba a hacerse mujer a una velocidad asombrosa. Los síndromes premenstruales —en esos años no los llamábamos así— eran de tal violencia que, después de algunas de sus horribles inflamaciones del temperamento, quedaba casi inconsciente. Los dolores la martirizaban. María del Pilar a veces se compadecía y se entregaba al intento de mitigarlos con guateros, masajes en la espalda, cibalgina y largas conversaciones.

Poco a poco, lo que había sido un enfrentamiento entre una forma de conducta y una educación estricta se fue transformando en la mente de María Teresa en algo más hondo: Tomó el aspecto del resentimiento hacia nosotros y hacia sus hermanos, que recibían el amor tan anhelado por ella de manera gratuita. Era el momento de llevarla a la psicóloga y así se lo impuse a Alberto.

Ya de grande, María Teresa me contó cuánto había bregado para dar con la norma, cuánto se tuvo que controlar, cómo luchaba cada día por no llegar con el delantal manchado del colegio, cómo era capaz de estudiar de madrugada para mejorar sus notas y darnos un gusto. Nada de ese silencioso esfuerzo se nos hizo evidente y con qué dolor debo reconocer mi ceguera. Le hicimos amarga la vida y tuvieron que ocurrir hechos dolorosos para que yo lo aceptara y ella me perdona-se. ¿Cuál fue el germen de mi error? Al desear lo mejor para ella, en el fondo buscaba lo mejor para mí. No tuve la lucidez suficiente para darme cuenta de que eran dos cosas distintas.

La opinión de la psicóloga fue que María Teresa era una niña normal, sin trastornos de importancia. Pero había observado una extrema dualidad —sometimiento y rebeldía interior— frente a la autoridad de sus pa-

dres. El sustrato de rencor hacia nosotros seguramente explotaría avanzada la adolescencia. “María Teresa es consciente, más allá de lo normal, de la calidad de los afectos de sus padres y de sus hermanos. Ella se siente perjudicada y guarda una gran libreta en su mente donde anota cada una de las postergaciones a que se ve sometida”.

Salí de la consulta a un mediodía caluroso. Había polvo en el aire, año seco, no llovía hacía meses. Fui hasta un local con teléfono público, algo inusual en mí, llamé a la fábrica y apenas salió Alberto al teléfono le rogué que volviera a la casa lo antes posible. No llegó hasta las nueve de la noche. Mientras le trasmitía el diagnóstico, se paseaba intranquilo por la habitación. De tanto en tanto se detenía unos segundos y levantaba la vista para seguir mi relato. Yo disparaba las palabras con rabia; su tardanza me había dado una buena excusa para emplear ese tono. Secretamente lo culpaba de todo. Yo estaba de pie junto a una lámpara que había encendido al entrar, la única fuente de luz en todo el cuarto. Las figuras religiosas recibían una luz fantasmal. Alberto era poco más que una sombra. Tan sólo el reflejo de la luz en sus ojos grises le daba vida. Llegado un punto se detuvo, me miró y me asusté al percibir su enojo.

—¡Qué tienes que ir a meterte a una psicóloga! —gritó—, para qué, para llenarte la cabeza de remordimientos. Nosotros hemos sido buenos padres, los niños han tenido lo que han querido y sobre todo han tenido amor. Hicimos lo que unos padres comunes y corrientes harían. Yo no me arrepiento. Esa niña es una endemoniada cuando quiere hacerle la vida infeliz a alguien.

—Baja la voz, nos pueden estar escuchando. Y quién te dice que los endemoniados no somos nosotros con todas nuestras reglas, nuestra pulcritud, nuestro deseo de ser perfectos.

—Quién ha dicho tamaña estupidez. Yo no he querido ser perfecto y tampoco quiero que mis hijos lo sean. Sí quiero que se porten bien en la mesa, que les vaya bien en el colegio, que sean alegres, educados y sanos. Eso quiero, pero si tengo una hija rebelde no es culpa mía.

—Alberto, por Dios, ten un poco de compasión. Ella no tiene la culpa de ser así.

—Claro que es culpable, todo lo hace para sacarnos de las casillas. Si estamos afuera en el pasto les tira agua con la manguera a sus hermanos, si tenemos invitados come con la boca abierta. ¿No te das cuenta? Se muere de rabia de que lo pasemos bien si ella no es el personaje principal. A veces eres crédula e ingenua, Julia. Esa psicóloga, que no sé de dónde la sacaste, no tiene la menor idea de lo que habla. ¿Tú le contaste estas cosas? Ay, mujer, yo me voy a encargar de enrielar a María Teresa, te guste o no.

Sus argumentos eran incontrarrestables; yo era testigo de la habilidad de nuestra hija para echar a perder los momentos más simples de nuestra felicidad. ¿Pero era posible que fuese tan sagaz como para engañar a la psicóloga y sólo mostrarle su lado de las cosas? Al mismo tiempo me preguntaba si su comportamiento destructivo no era sino la expresión del fondo de rencor del cual la psicóloga me habló. Cómo saber si lo hacía para obtener la atención que su carácter le escamoteaba. Tomé hora nuevamente. La psicóloga se llamaba Carolina Blanco. Le di los argumentos que Alberto me había enrostrado, como si fueran ideas propias. Y mientras lo hacía, sometida a la brutalidad del rostro imperterritito de la mujer, con un dejo de ironía asomando en una curva de la comisura izquierda de sus labios, me desollaba viva al verme obligada a hablar mal de mi hija. Un brusco giro de conciencia me esclareció que nada

en el mundo le haría cambiar su diagnóstico. Se colgaría de mis palabras para darle aún mayor fundamento. Poco a poco esta idea fue tornándose evidente, hasta que dejé de hablar. Antes de que ella pronunciara la primera palabra, dije:

—Señorita Blanco, no se dé el trabajo de contestarme. Fue un gran desahogo hablar con usted.

Me puse de pie y salí de la consulta dando un portazo.



Mi madre no almorzó aquel día después del encuentro con Oriana y el papá. Se echó a la cama apenas llegamos. Verla reaccionar de manera comprensible me devolvió en parte la calma. En ese instante me preocupaba sólo ella y no había tiempo para pensar en lo que ocurría en mi interior. Si algo me habitaba, era un vago temor a que la madre que había tenido hasta entonces cambiara de constitución y abandonara su amorosa vigilia en torno a mí. Me senté a su lado, tomé unas fundas de almohadón y comencé a bordar. Ella dormitaba. Por primera vez elegí motivos que no fuesen flores. Me decidí por una sucesión de olas superpuestas en hilos azul y celeste. Necesitaba estar con ella, era la única persona que conocía el nuevo mundo, en el cual ya no había certezas y el futuro sería una especie de acertijo renovado a cada segundo.

Por la tarde se le declaró un resfrío y la voz se le pegó a la garganta. Tenía fiebre. Unos cuidados distintos a los imaginados me ocuparon. Limonada tibia con miel, toallas frías, un guatero, correr a la botica a comprar mentolatum. Frotaciones en el pecho, en la frente, en la espalda.

Mi padre llegó a la hora de siempre, como si se tratara de un día cualquiera. Con el paso de la tarde mi rabia contra él se había solidificado. Subió al dormitorio, entró y me ordenó salir sin siquiera saludarme. Nada que yo lograra interpretar como una disculpa surgió de esa puerta cerrada. Hasta mis oídos llegaba solamente la vibración de su voz grave. De pronto salió al rellano,

me hice a un lado, y enfiló hacia la escalera. Los peldaños crujieron a su paso. Me asomé para ver lo que hacía. Tomó el auricular del teléfono y me ordenó con un gesto de su mano libre ir a acompañar a mi madre. Oí dar vueltas a la manivela y pedir el número. Luego preguntó por el doctor con voz estentórea. Eso fue todo, para mí no hubo explicaciones.

Dos días más tarde, lunes 5 de septiembre, mi padre llegó a la casa antes de la hora de almuerzo.

—Dicen que hay golpe de Estado —nos espetó al entrar con cierto apuro al dormitorio donde nos hallábamos mi madre y yo. Detrás de él venía Joaquín:

—Un grupo de nazistas se tomó la Universidad de Chile y el Seguro Obrero. Es frente a La Moneda. Apoyan a Ibáñez.

—No es nada, seguramente. Mantendremos la radio encendida —zanjó mi padre.

—¿Qué va a pasar, Maurizio? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Nada grave, Victoria. Nosotros no tenemos nada que temer. Quédese tranquila.

Pasamos la tarde pegados al equipo de radio que mi padre y Joaquín subieron desde el living. No había información precisa. La radio nacionalista había sido intervenida por el gobierno. Al parecer el ejército no apoyaba a los insurgentes. Mi padre se mostró extrañado. Supuestamente, el ejército era leal a Ibáñez. Había rumores de que los ocupantes de la Universidad de Chile se habían rendido. A las cinco o seis de la tarde, informaron que unos treinta jóvenes habían sido conducidos con las manos detrás de la cabeza desde la Casa Central hasta el edificio del Seguro Obrero. En su interior aún luchaban sus compañeros, parapetados en un piso alto. La ocupación de la Universidad había terminado.

La vigilia que mantuvimos en torno a la radio, la única que rompía la quietud y la oscuridad —por precaución decidimos mantenernos a oscuras, y por las calles no circulaba ni un alma—, permanece teñida en mi recuerdo por la voz abatida del locutor cuando ya entrada la noche anunció: “Están muertos. Están todos muertos”.

De las escasas fotografías tomadas al interior del edificio, es una la que no olvido. Un baño de flash insinúa los cadáveres de muchachos jóvenes, de la edad de Joaquín, dieciocho, veinte años, entreverados unos con otros, derramándose por un tramo de escalera. Se afirmó que habían muerto en un cruento duelo con carabineros. Sin embargo, corrió la noticia que habían sido acribillados. Dos o tres jóvenes, que simulaban estar muertos mientras los carabineros se paseaban entre los cuerpos rematando a los supervivientes, lo atestiguaron días después.

El dolor de mi madre y el mío se fraguaron con el horror de la matanza. Para mí, una situación no existe sin la otra. Maurizio Bartolini ya no era un hombre de fiar, el presidente Alessandri era un tirano y la vida era cruel, especialmente si se era joven e idealista. Nada en adelante se libraría de mis sospechas. La más mínima expresión apasionada sería vista como una fuente de peligro: la pasión y la muerte, dos manifestaciones de una sola naturaleza.

Mi madre estuvo en cama alrededor de un mes. Fueron días aciagos. A menudo hablaba con una crudeza que no le conocía y me relataba situaciones conflictivas a las cuales nunca antes se había referido. Hubo una conversación en especial que me marcó para toda la vida. No deseo hablar de ella.

Mi padre se cambió a dormir al cuarto de mi abuela, que había permanecido vacío desde su muerte. Claudia pasó de trabajar medio día a día completo y yo

me entregué a la atención de mi madre. En ocasiones, la compadecía como si fuera yo la que estaba postrada, pero en otras su novelesco desfallecimiento me enfurecía. Fuera cual fuese mi estado de ánimo, me preocupaba de que se alimentara bien y recobrará las fuerzas. La gripe cedió a la segunda semana. Si la veía animada, la ayudaba a dar una vuelta por la habitación. A los pocos minutos, sin embargo, se derrumbaba sobre la cama. En ese mes perdió alrededor de siete kilos y ni siquiera la delgadez tan deseada en otros tiempos le infundió ánimo. Las ojeras de la familia estaban marcadas a carbón en su rostro y no conseguía fijar la mirada del todo. El doctor entregó un nuevo diagnóstico: depresión. Le recetó algunos remedios que le ayudarían a descansar y una estricta rutina de infusiones de hierbas. Después de la visita, oí a mi padre rogarle que dejara Gath & Chaves: "Ya no es necesario que trabaje, Victoria, me va muy bien, usted debe tomar las cosas con mayor tranquilidad". Ella accedió. En la tienda se habían mostrado comprensivos, cosa rara en esa época: la depresión era un mal que infundía miedo y creaba suspiraciones. Mi madre renunció a través de una carta que le envió por mi mano al jefe de tienda, un hombre flaco con la cabeza en forma de ampolleta, que leyó la carta con emoción. "Qué pena perderla. Dile a tu madre que la echaremos de menos, que nos venga a ver cuando se sienta bien. Dile además que le pagaremos una indemnización. Se lo merece de sobra, este departamento floreció gracias a ella". El antiguo orgullo que me llenaba cuando la veía venir con su uniforme renació y me habitó por unos segundos.

Han pasado más de sesenta años y este arco de episodios no deja de burbujear dentro de mí. Hubiese deseado hablar de tantas cosas en ese período, con mi padre, con mi madre, o quizá hacerlo algunos años más

tarde. De seguro me refrenó el resultado del único intento que hice. Habían pasado dos años desde el incidente del tranvía; a la edad de dieciséis me sentía firme como para tener una conversación con mi padre al respecto. Él continuaba viéndose con Oriana: ella no había dejado de trabajar en la tienda, mi padre llegaba después de las nueve de la noche a comer —la tienda cerraba a las seis— y los sábados en la tarde no se aparecía por la casa. Por lo demás, continuaba durmiendo en la habitación de la abuela. Nada en mí justificaba un comportamiento tan abominable. La sola idea de mi padre junto a esa mujer me doblegaba. Un odio recóndito contra el género masculino también encontraba su lugar entre las contenidas recriminaciones.

Mi madre ya se había restablecido y parecía aceptar el estado de cosas con resignación. Se dedicó cada vez con más ardor a las labores sociales de la parroquia, asistía a misa cada día y visitaba un hogar de ancianos a pocas cuadras de la casa. Les leía a los viejitos, durante una hora, una novela o un reportaje de alguna revista. Las cenas, sin embargo, cargadas de silencio, eran aún más tristes y ominosas que la reunión de una familia que espera la muerte de uno de los suyos.

Un domingo de octubre, aprovechando que Joaquín había ido de pesca con unos amigos y mi madre había sido invitada a un té en la casa de las Montero, un trío de hermanas solteronas, conocidas suyas de la caridad, reuní fuerzas para hablar con mi padre. La casa silenciosa me dio la calma necesaria. Como era su costumbre cada domingo, leía el diario en el escritorio. Gastaba parte de la tarde en esta tarea. Me senté en el bergère de cuero verde inglés desocupado —el par lo ocupaba mi padre—, puse las manos entre mis rodillas, enderecé la espalda y esperé. Llegado un punto bajó la parte superior del diario con un movimiento simultáneo de sus

dedos índices y se quedó mirándome con expresión interrogante:

—Dígame, Julia.

—Papá, me gustaría conversar con usted —la inquietud se apoderó de mis pies.

—Sí, dígame.

—¿Cómo...? ¿Cómo puede usted hacerle esto a la mamá?

Mis palabras salieron en medio de una inestable combustión entre miedo y rencor. No sabía cuál podía ser la reacción de mi padre: nunca había puesto en tela de juicio una actitud suya, una orden, ni siquiera una frase dicha al pasar.

—¿Hacerle qué?

—Usted sabe a lo que me refiero.

—No veo por qué deba darle explicaciones.

—Papá, usted tiene otra mujer, ¿no le parece suficiente razón?

Fue como haberme desembarazado de un bulto que arrastraba desde aquella mañana en el tranvía. Su rostro se mantuvo imperturbable.

—¿Le he fallado a usted en algo, hija?

—Eh... No.

—A su madre no le he faltado en esta casa ni un solo día desde que nos casamos. ¿No es así?

No sabía si en sus palabras había ironía, si iba a explotar en un acceso de ira, o si bien seguía un camino de fría reflexión. La incertidumbre no hacía más que acrecentar una sensación de desmayo.

—Sí, papá.

—Hay cosas que usted no sabe, que no entiende y que no tiene por qué saber. Si alguna vez faltó en esta casa, si alguna vez no estoy aquí para ustedes, es libre de pensar lo que quiera de mí, mientras tanto le pido que no me juzgue. Eso es todo lo que le pido, hija, no me juzgue.

—Pero, papá...

Se desprendió del diario y llevó uno de sus enormes dedos a mis labios exigiéndome silencio.

—Vaya, hija, seguro tiene algo más para hacer que estar sentada en ese sillón, que por lo demás le queda grande.



Los veranos pertenecían a Oriana, aunque él se cuidaba de regresar a dormir cada noche para no despertar las sospechas de Joaquín. Me resulta inverosímil que mi hermano no se percatara de nada en la tienda. Una mirada detenida más de lo necesario, una decisión arbitraria de mi padre en favor de ella, un beso furtivo en la oficina. Ahora bien, no es tan extraño, a pesar de todo. Si mi padre consiguió ser un meticuloso marido infiel, también podía ser un amante meticuloso. Imagino su actitud impertérrita frente a Oriana, su inalterable posición de jefe, de dueño, conminándola a no olvidar que ella era la secretaria. Sus órdenes, su indiferencia, su trato sin un punto de ternura, deben haber sido para ella un calvario. Mi padre no cedió a sus ruegos, que seguramente tomaban lugar en esa casa de la calle Sazié que él había comprado. *Por qué me tratas así, Maurizio, por qué eres tan frío, cómo no te escapas un minuto del mostrador a darme un beso, sólo un beso; no es mucho pedir, Maurizio.* Estas peticiones deben haberse estrellado contra un muro pragmático, sin mayores explicaciones: *No insistas, Oriana, el trabajo es el trabajo, y además está mi hijo; no insistas, eres la secretaria de la tienda, para lo demás tenemos esta casa.*

Mi madre y yo partíamos a Concón el día 2 de enero —el cruce de la sobrecogedora cuesta de Las Chilcas, camino al norte, entre enormes rocas colgando de los áridos cerros, era el punto culminante del viaje— y regresábamos a días de mi entrada al colegio. Esos dos meses, en los cuales recibíamos tres visitas de mi padre, una al momento de dejarnos allá, otra durante el cambio de mes y la tercera cuando nos venía a recoger, eran una forma de separación entre ellos. Una separación concertada, según mi sentido común me llevó a concluir. A veces, a propósito de algún detalle sin importancia, fantaseaba que mi padre había abandonado a

Oriana, o que en último término mi madre estaba convencida de que así era y por esa razón actuaba como actuaba, o, mejor dicho, permitía que mi padre actuara como actuaba. Pero luego caía en la más obvia de las pruebas, Oriana continuaba trabajando en la tienda. Elucubraba durante horas cuál podía ser la razón para que mi madre permitiera que esa situación tomara visos de normalidad. El peor mes era febrero: Joaquín se unía a nosotras en Concón. Yo no podía soportar la idea de que mi padre y Oriana estuviesen solos en la tienda y que pasaran juntos las noches. Dado que aún no conocía la existencia de la casa de Sazié, los imaginaba en un hotel de cuarta categoría, entre sábanas sucias, y veía la antes egregia figura de mi padre convertida en una estatua contrahecha cubierta de polvo. Me horrorizaba pensar que podían reunirse en nuestra casa. Se escurrían los días de febrero y crecía en mí el convencimiento de que a nuestro regreso, mi padre nos habría dejado para siempre. Seríamos hijos de separados, ese estigma que caía sobre unos pocos. Entre mis compañeras de colegio no había nadie en esa condición, al menos que yo supiera. Una nueva amenaza se cernía sobre nuestras ya sitiadas vidas.

Así tomó arraigo un enfermizo miedo al abandono. Y desde entonces vivo aferrada a los míos, sufriendo delirios, celándolos, necesitando, exigiéndoles continuas muestras de amor. Por eso no tengo muchas amigas, sólo dos o tres, y de ellas espero lealtad, cercanía y la certeza de que están continuamente pensando en mí. Por esta precisa razón, la primera vez que Alberto hizo un viaje de negocios lloré cada noche durante un mes, a pesar de recibir una carta suya a diario. No saber dónde estaba en el preciso momento en que leía la carta me abatía. No importaba que me hubiera escrito diez días atrás desde Roma, quería saber dónde y cómo



estaba en el preciso instante en que su recuerdo surgía en mis pensamientos. Alberto sufría por mí en este sentido y no daba con la forma de tranquilizarme, de darme todas las seguridades posibles de que volvería, de que no le pasaría nada, de que no me engañaría, de que cuando regresara todo volvería a ser igual que antes. Cuando nuestra situación económica mejoró, Alberto determinó que yo iría con él a todas partes. Pero el miedo al abandono se esparce sigilosamente a todo el amplio marco de nuestros sentimientos. Días antes del viaje, comenzaba a llorar porque abandonaría a mis hijos. Los dejábamos al cuidado de una mujer que contaba con las mejores recomendaciones de conocidos nuestros. En cada viaje ella demostró ser competente. Pero cómo podía estar tranquila: la anticipación era uno de mis talentos y cuando se trataba de mis hijos lo utilizaba con maestría. Me bastaba mirarlos llegar de la calle para saber que si no los metía de inmediato a una tina caliente se resfriarían. Esa mujer tampoco sabría interpretar los matices de sus miradas y menos actuar con energía cuando fuese necesario. Me torturaba la idea de que al volver iba a encontrarlos cambiados, alejados de mí, prescindentes. Sus costumbres mostrarían sesgos desconocidos; me pedirían comidas distintas, desearían hacer otras cosas, cambiarían sus hábitos de estudio. Me sentía dividida en dos y por días acarreamos un rencor punzante hacia Alberto por obligarme a partir. El viaje en avión y los dos primeros días eran igualmente crueles; sin embargo, y éste es el prodigio que Alberto obró sobre mí en nuestros cuarenta y cuatro años de casados, sin mediar razón, de pronto, el sufrimiento cesaba, volvía a sentirme segura, dejaba de atormentarme con las miles de posibilidades de que algo malo les ocurriera a mis hijos. Ese prodigio se daba gracias a la intimidad que experimentábamos durante los viajes. Desde ya, pa-

sábamos muchísimo más tiempo juntos que en Santiago y contábamos con numerosos momentos a solas. Sentía que Alberto se volcaba hacia mí, que permanecía atento a las vibraciones de mi estado de ánimo. Salía a reuniones, naturalmente, a veces sus proveedores de maquinarias nos invitaban a comer, pero yo percibía que el viaje estaba dedicado a mí, que yo era la diosa a la cual Alberto se encomendaba. Nuestras giras se hicieron periódicas, viajábamos por tres o cuatro meses. Arrendábamos un auto y recorriamos Europa. Miles y miles de kilómetros de íntima compañía, en la cabina de un Fiat, de un Citroën, plena yo de la sensación de que el hombre que estaba a mi lado, y su amor y sus pensamientos, no me abandonaban ni un solo segundo del día. Alberto era un compañero de viaje espléndido. Su entusiasmo era contagioso, su avidez por aprender superaba a la mía, su pasmosa memoria mantenía vivas las experiencias por semanas. Manejar era una de sus mayores entretenimientos, y tenía un natural sentido de ubicación geográfica. Organizaba el tiempo con rapidez y espontaneidad. Nuestros viajes eran abundantes en experiencias: festivales, fiestas, conciertos, óperas, algún carnaval; pero, sobre todo, eran una larga y extendida convivencia. Alberto gozaba de mí todo lo que en Santiago no le permitían el trabajo y los niños. Algo similar me ocurría, volvía a experimentar las razones por las cuales me enamoré de él, de nuevo iba por el mundo en brazos del más acogedor de los hombres y nada, ni la más bella de las italianas ni la fuente más esplendorosa, conseguía que me sacara los ojos de encima.

Durante el último de esos viajes, hace ya veinte años, Alberto sufrió los primeros síntomas de su enfermedad. Estábamos en un cuarto de hotel en Amsterdam. Regresábamos del parque Keukenhof, visita obligada cada vez

que llegábamos a la ciudad en la época apropiada. Era un parque dedicado al cultivo de bulbos; creo que todavía existe. Tulipanes, jacintos y narcisos estaban en plena floración. Salida de invierno, temprana primavera. Aún conservo un pequeño libro de fotografías que compramos ese día. Me gusta hojearlo de vez en cuando, su fuerte colorido me recuerda la vitalidad de esos años. En la habitación predominaban los tonos café oscuro con vivos naranja, como si se hubieran empecinado en achatar el espíritu de los huéspedes. Reinaba un toque modernista, pocos elementos, entre ellos un par de lámparas de velador que semejaban hongos acerados. Yo descansaba sobre la cama después de hacer el amor. Alberto se había levantado al baño. De pronto lo oí decir algo con un tono de voz irreconocible. Le pregunté si me necesitaba. Continuaba hablando y tuve la impresión de que protestaba contra un insecto, o contra un ratón, aunque sonaba como un combate de mayor envergadura. Llegado un instante, profirió una especie de quejido pavoroso. Fui hasta el baño, arrebujiándome en una bata. Al entrar vi a Alberto desnudo, sentado en el excusado con la mirada alterada, como si no me reconociese. Debatía consigo mismo, como un enajenado.

—Alberto, ¿qué te pasa?

—Sale, sale —dijo agitando su brazo izquierdo como si ahuyentase a un animal. Era evidente que no me había reconocido.

—¿Alberto? Soy yo, Julia, no me asustes.

—Putá, conchatumadre..., putá, conchatumadre... putá, conchatumadre...

—Alberto —dije con ternura y miedo. No lo había escuchado decir garabatos delante de mí, a no ser por un golpe en un dedo o algo semejante. Intenté acercarme a él, le hice cariño en la cabeza; no conseguía mantenerla en su sitio—. Alberto, mi amor, tranquilízate, soy

yo, Julia, tu mujer, no pasa nada, no hay nadie más en el baño.

Mientras decía esto, levantó la vista hacia mí, se irguió a medias y me descargó una violenta bofetada en el rostro al tiempo que me empujaba con la otra mano. Fui a dar al suelo y me golpeé la cabeza contra el piso de baldosa. El estupor encerró un grito en mi garganta. Temí que continuara golpeándome. Salí a gatas del baño, comencé a repetir su nombre sin parar: "Alberto, Alberto, Alberto...". Iba rumbo a la cama y al teléfono.

—¿Julia? —me llamó. Me senté en la cama—. ¿Negra, qué pasó?

De sus ojos brotaba el desconcierto. Estaba apoyado en el marco de la puerta del baño. Se veía como un jorobado. No me atrevía a hablar o a moverme por miedo a impacientarlo.

—Negra, dime qué pasó.

El encierro de su potente voz dentro del cuarto me provocó una convulsión. Comencé a llorar y a implorar. Vino hacia mí y me abrazó. Creo que él tampoco me había visto en ese estado.

—Negra, Negrita —decía mientras me besaba las lágrimas y me acariciaba—, Negra, por favor, dime qué pasó, Negra... no sé qué pasó... ¡no sé qué pasó!

De pronto, se puso a llorar. Estaba arrodillado frente a mí sobre la cama, aún desnudo, con la cabeza colgando, los brazos vencidos, estremecido por el llanto. Nunca lo había visto llorar. Era la más viva imagen de un hombre asustado, de sesenta años. Comencé a acariciarlo suavemente hasta poner su cabeza en mi regazo. No olvidaría nunca esa imagen. Cada vez que mis fuerzas flaquearon mientras cuidé de él, recordé su indefensión, ahí, frente a mí, mientras yo aún temblaba de miedo. A veces en una imagen se condensa el futuro, y los ocho años que nos tocaría vivir en adelante estaban allí

representados: Alberto vencido por la enfermedad, y yo a su lado, cuidando de él, intentando dominar el miedo.

Decidimos quedarnos en el hotel. Pedimos algo de comer a la habitación. Alberto no probó bocado. Su instinto predominante, comer —no dejaba de comer bajo ninguna circunstancia—, se había retraído luego de que le relatara lo que había ocurrido. Me pedía que se lo contara una y otra vez, me instaba a recordar hasta el último detalle. Estábamos ambos apoyados en el respaldo de la cama.

—Tengo miedo, Negra.

—Yo también.

—Júrame que nunca le vas a contar esto a nadie, a nadie, ni a tu psiquiatra, y menos a los niños. Julia, júramelo.

Giró la cabeza y me miró. No pude evitar que surgiera el recuerdo de mi madre en la Alameda, remeciéndome: "Ni una palabra de esto a Joaquín".

—Te lo juro. Pero debemos contárselo a un doctor.

—¿A un doctor? ¿A un psiquiatra? Ni muerto. No creo en los psiquiatras.

—No debe ser cosa de psiquiatras.

—No vamos a contarle esto a nadie. Negra, por favor —dijo tomando mis manos mientras me lanzaba una mirada suplicante—. Sucedió sólo una vez, no tiene por qué volver a ocurrir.

—Alberto —dije con la mayor ternura que pude reunir—, tenemos que enfrentarlo, no sacamos nada con hacernos los desentendidos. Esto puede volver a pasar. No lo digo por mí, sino por ti, imagínate que te ocurra algo así en la fábrica, o con un cliente, o cuando sales con uno de tus hijos. Quizá no es nada, pero debemos pedirle la opinión a un doctor.

—No podría soportar la vergüenza, no podría soportar la idea de que otra persona supiera que te golpeé.

A la mañana siguiente reanudamos nuestro viaje con destino a Bélgica. Llegamos a Brujas a eso de las tres de la tarde. Quedaban sólo dos horas de luz. Caminamos sin detenernos entre canales y plazas. La ciudad, a pesar de su magia, me dejó fría. Me sentía fuera de lugar, ya nada me interesaba; Alberto también había perdido su espíritu indagador y ni la más sublime obra de arte arrancaba un comentario de sus labios. Cuando regresábamos al auto, un Citroën azul, el famoso "sapo", me dijo:

—Volvamos a Santiago ahora mismo.

—¿Podríamos?

—Es cosa de manejar seis horas a París e intentar subirnos al vuelo de Air France de mañana.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres hacer?

—Sí. No puedes andar con un loco como yo, sola por Europa. No podría soportar hacerte daño otra vez. Volvamos, apenas lleguemos tomaré hora con un neurólogo. Pero que nadie lo sepa, Julia, no quiero que nadie sepa de esto, ni del doctor, ni si me diagnostican una enfermedad.

Sólo me animé a asentir. Luego nos abrazamos, bajo un tropel de nubes que corría a asombrosa velocidad sobre la planicie belga.

El episodio de Amsterdam fue un ataque de epilepsia de importancia, asociado a un cuadro general de Alzheimer. El cerebro de Alberto había entrado en una etapa de deterioro. Aparte del riesgo de sufrir nuevos ataques, perdería progresivamente la razón.

Mantuvimos el secreto durante un tiempo. Andrés fue la única persona, aparte del neurólogo, que se enteró al poco andar, por circunstancias que relataré más adelante. Entre nuestras preocupaciones se hallaba la continuidad de la fábrica. Alberto mantenía el poder de decisión en su mano y manejaba en persona la relación con los

distribuidores. Juan Alberto, a pesar de llevar diez años a cargo de la fabricación de los muebles, no sabía nada del área comercial y financiera. Andrés sólo tenía un año de experiencia y aún muchísimo por aprender.

La enfermedad dejó de ser un secreto dos años más tarde, cuando Alberto se desmayó en su oficina. Juan Alberto lo encontró doblado sobre el escritorio. Habíamos convenido que si sufría un ataque como el de Amsterdam les contaríamos a nuestros hijos y él entregaría el mando de la fábrica. Esa misma tarde, después de una visita al Instituto de Neurocirugía, les expusimos a Juan Alberto y María del Pilar todo lo que sabíamos y cómo se anunciaba el futuro. Juan Alberto se haría cargo de la fábrica de ese día en adelante. Andrés y María Teresa no estaban en esa reunión; ella no le hablaba a su padre y mi hijo menor ya se había ido de Chile. María del Pilar se abrazó a Alberto por un largo rato mientras le hacía cariño en la nuca. Nunca antes se había dejado abrazar así por nadie que no fuera yo. Cuando se hizo de noche llamé a María Teresa. Debía de estar de vuelta a esas horas de sus recorridos de venta. No hubo una reacción clara de su parte en el teléfono. Recuerdo que me hizo una serie de preguntas. Su voz delataba preocupación, dentro de un tono monocorde. "Me da pena por ti, mamá", me dijo al colgar.

Ya han sido suficientes los malos recuerdos para unas pocas jornadas de escritura. Me he despertado en la noche asustada, he soñado con los peores momentos de la enfermedad de Alberto y volví a sentir una rebeldía contra Dios y la condición humana que no me asaltaba hacía años. No deseo morir, como no quise que Alberto enfermara y muriera humillado, como tampoco quiero experimentar un final degradante. No entiendo por qué debemos terminar así. Luego de una vida de sufrimientos, es una verdadera majadería.

Cumplí dieciocho años el 23 de marzo de 1942. Había ingresado en esos días al Instituto de Administración Bilingüe y los estudios me ocupaban la mayor parte del tiempo. La situación del país no era tan mala como se podía esperar con el mundo en guerra; predominaban los ánimos de trabajo y austeridad. Quizá la consecuencia más apreciable era la escasez de petróleo que obligó a restringir la circulación de los vehículos que no estuvieran destinados al trabajo. Mi madre solía afirmar que el buen pie en que nos hallábamos se debía al acertado gobierno de Pedro Aguirre Cerda. Murió al cumplir dos años en la presidencia. Ella lloró su muerte y se convirtió en una entusiasta admiradora del Frente Popular. A pesar de no tener derecho a voto, apoyó la candidatura de Juan Antonio Ríos en contra de Ibáñez, y celebró el día que algunos miembros de la derecha liberal se negaron a apoyar al ex dictador: Alababa el humanismo de los radicales. Era, diríamos, una expresión política cercana a sus principios. Con todo lo piadosa que mostraba ser, me parecía contradictorio que se declarara complacida con gobernantes ateos. Las monjas estaban en alerta roja. Y qué razón tenía mi madre y qué equivocadas estaban las monjas. Pero basta de política, me quedan tantos episodios por relatar, cada uno inmerso en alguna candente situación pública, que si me dejo llevar por estos derroteros no voy a llegar al final. Uno de mis nietos, hijo de María del Pilar, el genio de la familia —curso un doctorado en sociología en la Universidad de Cambridge—, me comentó una vez que la

mayoría de las leyes en Chile se han promulgado en medio de un álgido momento político. Y eso las convierte en una transacción de poder más que en una regulación precisa. Este punto de vista me llevó a meditar acerca de cuantas decisiones erradas tomamos como individuos cuando enfrentamos un conflicto. Mi intención ha sido no dejarme arrastrar por la borrasca. No me ha resultado fácil y lamento, sobre todo acerca de decisiones que tomé con respecto a Andrés y a María Teresa, no haber logrado ser fiel a esa intención. En ambos casos, en el origen mismo del problema estaba yo y no tuve la lucidez o la valentía de reconocerlo.

A pesar del ambiente sombrío, me las arreglaba para pasarlo bien. Mi gran amiga, Bruna Orsini, era mi compañera de salidas. Ir a tomar té al Hotel Crillón, los sábados en la tarde, constituía una de nuestras mayores entretenimientos. Nos gustaba proyectar la imagen de mujeres adultas. Los rostros ya perfilados por la fuerza de los genes italianos y nuestros cuerpos de contornos curvos y definidos se prestaban a la ilusión. El noble salón de té era un escenario perfecto para llevar a cabo el simulacro. Elegíamos atuendos con un toque fuera de lo común, como un sombrero de terciopelo negro con velo de rejilla, o unos anteojos gatunos, accesorios que tomábamos del ropero de mi madre y que ella había dejado de usar. El objetivo era sentirse extranjeras, libres del canon de modales impuesto en Chile a las jóvenes de nuestra edad. Nos gustaba fumar, reírnos un tono más alto de lo debido, cruzar la pierna con cierto descaro. Mi madre no sabía de estas salidas y las probabilidades de encontrarse con alguien conocido en el Crillón eran escasas. Nadie tan joven iba a un lugar como ése y en esencia era un centro de reunión de la clase alta, a la cual las relaciones de nuestros padres no

pertenecían. Acentuaba la diversión el hecho de que no habíamos dejado de ser adolescentes. Deseábamos fantasear que Bruna era en verdad Bette Davis, y yo, Joan Crawford. La culminación del juego llegaba cuando algún hombre caía víctima de nuestros encantos, enviándonos un presente a la mesa, o pagándonos la cuenta. Le agradecíamos con una sonrisa, pero no con coquetería, como seguramente pensaba el interesado, sino como un prelude a las carcajadas aún infantiles que nos llenarían el alma más tarde, en nuestra caminata de vuelta a la casa por el Parque Forestal.

Cuando llegábamos a la Plaza Italia, a la hora del crepúsculo, nos dedicábamos a admirar al carabinero que dirigía el tránsito. "Es tan buen mozo", decía Bruna lánguidamente. Sus movimientos semejaban un baile y su gallardía se veía resaltada por las bandas de cuero. Para llamar su atención imitábamos sus movimientos. Desconcentrarlo por un segundo de su rutina nos dejaba satisfechas.

Otra de mis entretenimientos era asistir a la vermouth del recién inaugurado teatro Metro, los domingos, acompañada de Joaquín. Caminar por la Alameda a su lado me llenaba de orgullo. A sus veintidós años, ya era todo un hombre, dueño de una apostura que lo destacaba entre los demás. Las amigas de mi madre se admiraban de ver en su rostro la luminosidad de las estrellas de cine. Su parecido con Montgomery Clift, una belleza altiva pero herida por la melancolía, llegaba a ser sorprendente y le preguntaban a menudo si alguien ya se lo había hecho notar. Por alguna confabulación genética, los hombres de nuestra familia —incluyo a mis hijos— se desarrollaron tarde físicamente. A los diecisiete años, Joaquín le preguntaba a mi madre por qué a todos sus compañeros les salían músculos y pelos y a él no. Sus genes se dignaron a revelar lo que guardaban cuando

cumplió veinte años. Mientras caminábamos hacia el teatro —volvíamos en un taxi—, ya de noche en invierno o al atardecer durante las medias estaciones, mujeres de todas las edades se volvían a mirarlo. Una adolescencia sintiéndose el patito feo lo mantuvo a salvo de envanecerse. Caminar a su lado me infundía, además de seguridad, la sensación de que nuestros sufrimientos habían quedado atrás. Serían tal vez las películas que me hacían fantasear, o bien la donosura de mi hermano, o quizá la certeza de ser jóvenes, fuertes y bellos, preparados para encarar, sin lastres, los años por venir.

Al final de ese año, fui invitada a la fiesta de presentación en sociedad de una amiga de Bruna con la cual yo había tenido algún contacto. Se trataba también de una descendiente de italianos. Oportunidades como aquella eran escasas. Por lo pronto, ni mis padres, y tampoco los de Bruna, nos darían una fiesta de presentación. Mi padre era un declarado enemigo de la vida social. La consideraba aburrida, deshonesta y fútil. Su rechazo se tornaba aún más categórico cuando se trataba de vida social al interior de la colonia italiana: "Si vamos a vivir en Chile —decía—, seremos chilenos y no nos vamos a pasar la vida rezongando entre una tropa de bachichas". Mi madre estaba de acuerdo. Sus ancestros eran por completo criollos y ciertas características de personalidad de los italianos, su verbo exagerado, una notoria tendencia a la presunción y el exceso de ornamento en el vestir, le chocaban. Mi padre era un ser excepcional en este sentido. En las tardes que pasé junto a ella durante su enfermedad, me contaba que una de las cosas que le llamó la atención de él, aparte de sus "buenos huesos" —medía un metro ochenta y cinco, espaldas anchas, piernas largas y rostro clásico—, fue su falta de adornos, la total ausencia de aparato. Nada en él so-

braba, ni al momento de vestirse, ni al hablar ni al moverse. Cumplía con una ley de mínima disipación de energía. Su vestir, un traje de tres piezas para el trabajo, o chaqueta, pantalón y corbata para las ocasiones informales, era de una sobriedad indiscutible. Sus corbatas no salían del azul marino o el rojo italiano, y las telas de sus trajes eran de colores neutros. Iba siempre sin una mancha, sin una arruga, con los zapatos perfectamente lustrados. La impecabilidad era el único lujo que se permitía.

Obtener de mi padre permiso para ir a la fiesta fue una tarea difícil. Gracias al sorpresivo despertar de antiguas ilusiones juveniles en el corazón de mi madre, conté con una poderosa aliada. No asistí a las deliberaciones, pero puedo imaginar el vigor de sus argumentos. De seguro no le fue fácil abrirse camino en ese bosque de prejuicios.

Cuando los padres de Bruna pasaron a buscarme, ella y yo nos examinamos de hito en hito, alarmadas por la similitud de nuestros vestidos. Al día siguiente nos enteramos de que nuestras madres se habían puesto de acuerdo para que fueran del mismo corte: "Para no despertar envidias entre ustedes". Por la buena amistad que conservaba con sus antiguos compañeros de trabajo en Gath & Chaves, mi madre había comprado una tela italiana, algo así como un raso de seda —mi vestido de color turquesa, el de Bruna, con un toque de rosado— y luego los había confeccionado a escondidas mientras yo no estaba en la casa. Nos salvaba de ser una copia de la otra el hecho de que Bruna era una mujer rubia, de pómulos prominentes, ojos azules y baja estatura. Una belleza "petit". Si bien mi piel mediterránea no lucía por sí misma, me confería una ventaja: hacía resaltar mis ojos. Me avergüenza presumir de algún atributo de mi cuerpo, pero han sido tantas las alabanzas a la profundidad

de la mirada, al aire hindú de mis esfumadas ojeras, que me atrevo a mencionarlo sin miedo a parecer vanidosa. Todavía conservo las ojeras, pero la piel se ha arrugado por completo en torno al misterio que les atribuían.

Nos veíamos etéreas, como hadas adolescentes. Si bien los trajes respetaban el pudor familiar, pienso que mi madre albergaba ciertas intenciones para mí en ese baile. Lo digo por los colores —resultaban llamativos al contraste de nuestras pieles—, tanto como por el escote. No dejaba ver mi pecho, pero sí mostraba los hombros y parte de la espalda. Al probármelo, mi madre dijo: "Lo bonito hay que mostrarlo. Muestre los hombros y la espalda cada vez que pueda, no tiene por qué avergonzarse, es su mejor atributo y no ofende a nadie". Después de una educación severa, aquel comentario fue por decir lo menos desconcertante.

Llegamos a la fiesta. Me chocó la fachada palaciega. Parecía insertada a la fuerza entre las modestas casas vecinas. La mayoría de los hombres venían por su cuenta. Se veían automóviles con seis o siete empaquetados dentro, abusando del único que tenía permiso para manejar y un padre con automóvil. El atuendo para ellos era traje oscuro, azul o gris marengo.

Luego del atrincheramiento habitual de los sexos se inició el baile. Era mi fascinación. A veces bailábamos con mi madre mientras hacíamos el aseo o cocinábamos, al son de alguna melodía que brotaba de la radio. Desde niña me enseñó a seguir, "ritmo y docilidad" me repetía mientras dábamos vueltas por la habitación donde nos asaltaban las ganas de bailar.

Cuatro o cinco parejas se aventuraron a bailar en la sala del comedor. Una lámpara formada por centenas de gotas de cristal pendía en el centro, a una altura que impedía el paso. Los hombres estaban del otro lado de la lámpara y los destellos de luz no permitían distinguir

sus rostros. Me contenté con seguir a las parejas que iban y venían, pero no daban un buen espectáculo. Imaginar la posibilidad de que no me pidieran un baile me inquietó. Era la más alta de las mujeres y por lo que había observado, los hombres descendientes de la amada Italia no se destacaban por su estatura. Me molestó la perspectiva de que en mi primera fiesta no pudiese lucir mis habilidades. De improviso, como si entre las gotas de luz mis pensamientos lo hubiesen materializado, se presentó ante mí un hombre; resalto "un hombre" porque su apariencia y sus modos revelaban que era mayor que el resto de los muchachos. ¡Y era al menos cinco centímetros más bajo que yo! Me quedó mirando con una sonrisa apenas insinuada, con la barbilla en alto, alejado por completo de la costumbre adolescente de mostrar los dientes o esconder la mirada al pedir un baile. Llevaba un traje negro, camisa blanca y corbata azul gris, un desafío a las costumbres. Me ofreció su mano, sin decir palabra, sin presentarse, un acto de galantería un tanto pasado de tono para una fiesta como ésta y que en mi inexperiencia juzgué osado. Sin embargo, no tuve miedo, la confianza en sí mismo me tranquilizó. Bastaron dos pasos para apreciar que era diestro en el baile: me llevaba con una suave tensión, sus movimientos podían ser anticipados gracias al ritmo que los regía. Entre una canción y otra me dedicaba a escrutar sus facciones: pelo negro peinado a la gomina, ojos grises, pupilas gatunas, la quijada prominente. Sus labios eran finos, su piel imberbe, alba; con sólo un toque de sombra bajo los ojos hubiese dado la nota de un novelesco conde rumano. En su perfil destacaba el arco de las cejas y el labio superior. Era tan distinto a todo lo que había visto hasta entonces, era tan distinto a mí. Su delgadez daba la impresión de ser la más natural de las formas.

Mientras lo observaba, sufrí un acceso de risa al detenerme en sus orejas: se proyectaban fuera de la línea de la cabeza, dándole un toque caricaturesco.

Bailamos cinco canciones seguidas, proceder un tanto inapropiado a esas alturas de la fiesta; las parejas fijas acostumbraban a formarse más tarde. Bruna comenzó a acosarme con morisquetas, pero el baile me había transportado a otros placeres y me sentía inmune a su capacidad de hacerme reír.

Un hilo de transpiración corrió bajo uno de mis brazos. Me avergoncé violentamente. Dejé de bailar antes que terminara la canción. Mis hombros desnudos lo hacían sentir como un hilo frío y grosero. Me horrorizó la posibilidad de que él hubiese visto la gota deslizarse sobre mi piel. Sin siquiera disculparme, corrí al baño para evitar el desastre, una mancha en el vestido me arruinaría la noche. Pasados los años, en ciertos momentos de intimidad, volvería a experimentar igual rechazo hacia mi cuerpo. Bruna me siguió al baño y se sentó en la tapa del excusado. Encendió un cigarrillo. Un acceso de llanto estaba a punto de brotar de mi garganta. La falta de higiene que revelaban las superficies del baño acentuó la sensación de estar sucia.

—Qué pasa, loca —me punzó en tono de broma mirándome a través del espejo.

—Bruna, no te rías de mí, por favor, estoy transpirando.

—Bueno, ¿la señorita no quería bailar? —Un soplo acompañado una descarga de humo. El color amarillento de las paredes se imponía, incluso nuestros vestidos habían perdido sus destellos—. Te sacaste la lotería, porque Sartori baila como ninguno.

—¿Cómo se llama?

—¿No te dijo su nombre? Se llama Alberto Sartori, tiene veintidós años, trabaja con unos tíos y ya es rico. No tiene buena reputación, eso sí.

—Te pregunté cómo se llamaba, no un informe de la policía secreta.

—Oye —se puso de pie junto a mí y mientras ordenaba el relleno de su peinado ante el espejo, me dio un golpe de complicidad con el codo—, no te pongas susceptible. ¿Tanto te gusta ya?

—Por Dios, Bruna, las cosas que piensas —la reprendí aún hablándole a través del espejo—. No me gusta, no sé nada de él y seguramente no lo voy a volver a ver. Me gustó como bailaba, eso es todo.

Bruna me brindó la más pícaro de sus miradas y soltamos una carcajada al unísono. Fue mi turno de sentarme en la tapa del excusado. No paramos de reír durante un rato; la risa nos sacó lágrimas.

Gracias a Dios, Bruna ha estado cerca de mí a lo largo de los años. Son tantas las situaciones en que su liviandad de ánimo me ha ayudado a quitarle peso a las cosas. Nada es tan grave; esa risa ha sido la mayor fuente de sentido común a la que he podido recurrir.

Volvimos a la fiesta y nos ubicamos en la zona femenina, con nuestras manos ocupadas con un refresco que un mozo ofrecía con exceso de gesticulación. Sartori no estaba a la vista y yo tenía la seguridad de que había interpretado mi partida repentina como una señal de rechazo. En cierto modo me pareció conveniente: no deseaba alentar en él falsas expectativas; lo sentía ajeno a mi mundo; su estatura era un impedimento; el hombre de mis sueños no era más bajo que yo, eso estaba claro. Estos juicios se deslizaban por la superficie de mi conciencia y se veían reforzados por la "mala reputación" mencionada por Bruna al pasar. Nadie a los dieciocho años desea echarse problemas encima. De todos modos, lamentaba no tener una nueva oportunidad para bailar con él. Había sido revitalizador y placentero, fuera del marco de mis experiencias habituales.



Como si no lo intimidaran las miradas que caían sobre cada hombre que se acercaba al grupo de mujeres, Alberto se abrió paso y me dijo con voz firme, como si estuviéramos solos:

—Hola, no nos habíamos presentado. Me llamo Alberto Sartori. Fue un placer bailar contigo, bailas muy bien —y en ese momento acercó su boca a mi oído y dijo susurrando—: mejor que todas las demás. —Me sonrojé de golpe. Su labio superior había tocado imperceptiblemente el lóbulo de mi oreja.

—Gracias, también eres un buen... bailarín —cómo oíé esa palabra, pero ninguna otra se dignó a salir de mi boca—. Me llamo Julia Bartolini. —Extendí mi mano en un gesto oficinesco. Él la tomó, la giró en noventa grados y la besó en el dorso. El contacto de sus labios me hizo sentir cierta incomodidad, algo así como una puntada de angustia.

—¿Te gustaría bailar esta canción?

Era el momento de rechazarlo, si no me vería obligada a pasar con él el resto de la noche y no tendría oportunidad de conocer a otros jóvenes. Dos o tres me habían concedido una mirada más detenida de lo habitual. Nada en ese hombre me traía la paz de lo afín, de lo cercano, de lo conocido. Al momento de responder, dije:

—Por supuesto —y me puse de pie con entusiasmo, anticipando los placeres del baile.

Confianza en sí mismo y un afinado sentido musical: esas fueron las virtudes que introdujeron a Alberto en mi vida para siempre.

Durante las primeras semanas de nuestra amistad, Alberto se contentaba con visitarme los viernes en la tarde, después del trabajo. Mi madre intercambiaba con él algunas palabras convencionales y luego nos dejaba a solas. Al acercarse la hora de arribo de mi padre, ella lo invitaba a marcharse y a volver otro día. Alberto era un hábil conversador y trataba los temas con humor y soltura. Recuerdo su particular interés por hablar de su familia, de los enfrentamientos con su hermana Quena, de la partida de su padre a luchar por Italia en la Primera Guerra, de las manías de su madre, una depredadora del desorden y la suciedad. Mi aporte a este tipo de conversación se limitaba a aventurar los motivos que explicaran el comportamiento tal o cual de los suyos, o bien, a engrandecer el marco donde los tenía encasillados. En cuanto a mis intereses, no me parecía apropiado abrirle todavía el camino a mi intimidad. Le hacía gracia mi afición a los modelos psicológicos de personalidad y a la búsqueda de patrones que dieran con el perfil de quien hablábamos; la atención que ponía a mis palabras se hizo notoria cuando percibí que incorporaba esta forma de pensar en sus comentarios.

El primer mes no tuvimos ningún contacto físico, la única cercanía se daba al saludarnos y al despedirnos. Me besaba en la mejilla y posaba su mano libre —en la otra sostenía el sombrero— en mi cintura. Cuando me daba a pensar en este ámbito de nuestra amistad, me replegaba y consideraba que nuestras reuniones eran

tiempo malgastado. No me sentía atraída hacia él. Cierta vez, junto a la puerta de calle —mi madre se había despedido para ir con urgencia a la cocina—, me tomó del mentón con dedos firmes y me forzó a enfrentar su rostro. Luego me besó en los labios. El calor abandonó mis miembros al sentir su lengua y la presión de su cuerpo. Lo rechacé. Debo haberle ofrecido una mirada severa. Entonces dijo:

—Perdona.

—Está bien, pero vamos más despacio. No tenemos ningún apuro.

—Sí, claro —por primera vez lo vi dudar, darle vueltas al sombrero entre sus manos. Luego levantó la vista y me brindó una mirada llena de adoración—. Yo estoy seguro de lo que siento por ti —dijo.

Deseaba arrancar, o quizá abrazarlo para que no sintiera que lo dejaba pendiendo de un hilo. De mi cuerpo no surgió el menor gesto de cariño o de rechazo y me rodeé de silencio.

—Julia... —exhaló, buscando mis ojos.

—Tu seguridad es un buen comienzo. Puede que me ayude a sentirme segura de mis sentimientos.

Mi lenguaje me traicionaba. Esa formalidad no era propia de mí.

—Pero sientes algo...

—No te daría esperanzas si así no fuera.

Me volvió a abrazar y esta vez su lengua se abrió camino entre mis labios. Me apretó contra él y me sentí contrariada. Me separé con firmeza. En su boca se había dibujado una sonrisa de sátiro, de hombre vulgar.

—Alberto —dije en tono vehemente—, borra esa sonrisa de tu cara, esto no significa nada.

—Bueno, mi negrita —fue la primera vez que me llamó de ese modo—, lo que usted diga —su sonrisa, ahora depurada de aidez, le desbordaba el rostro—, lo que

usted mande. Pero no se olvide nunca de que yo la quiero mucho.

Me dio un último beso en la mejilla y salió de la casa a la carrera.

El deseo sexual no me era algo desconocido. Mi cuerpo había madurado pronto y no me extrañaba el efecto que producía en los hombres. La conciencia de la relación de mi padre con Oriana me había obligado a no distraerme en sueños románticos. Sentía un profundo rechazo hacia la iniciativa animal. Alberto no era una excepción, lo atestiguaban el acecho de sus ojos sobre mis piernas o el apremio de su mano en mi cintura. Yo deseaba hacer de la vida una secuencia de buenos días, de calmas temporadas, de épocas prósperas, sin la amenaza de un lobo en la comarca. Eso era el sexo, un mal necesario, que había que domesticar como al resto de los instintos. Ya mi madre había sufrido demasiado por esta causa. No había otra explicación posible a la infidelidad de mi padre. Que amara a esa mujer no estaba dentro de las posibilidades. Cómo hervía de indignación al pensarlo. Cómo se sucedían unos a otros los planes para deshacerse de ella. Ese robo del bienestar diario se asoció de manera inconsciente al asedio de la sexualidad. Ambos fantasmas se mezclaron, sus halos ominosos se confundieron, y desde esos días en adelante me mantuve en alerta, atenta hasta del más mínimo crujido que amenazara mi tranquilidad.

Con los años llegué a desarrollar una facultad especial. Olfateaba en el aire el deseo inconfeso, la voluptuosidad compartida por amantes ilegítimos. Mirándolo desde este escritorio, en esta época y con la muerte ad portas, me doy cuenta de que mi relación con el sexo puede ser juzgada como una forma de paranoia. Pero no voy a pedir perdón ahora, así fui criada, así salí al

mundo, y constituyó uno de los ejes de mi vida, el lugar desde donde brotaba mi fuerza.

Con todo, me han venido a la mente dos situaciones que ilustran el grado de intolerancia a que podía llegar. Una de ellas ocurrió en algún punto de la primera mitad de la década de los sesenta. Alberto había hecho amistad con un grupo de conspicuos personajes, la mayoría directores de la Cámara Chilena de la Construcción y también algunos políticos, miembros del partido demócrata cristiano. Asistíamos a cenas lujosas donde la conversación era ágil y sofisticada. Significaban un grado de entretenimiento para nosotros, una ventana al gran mundo. Alberto recurría a su rapidez mental, que se asociaba a un fino sentido de la ironía, para provocar olas de carcajadas entre esa gente de vinosos apellidos. Durante ese período nos acompañó una gran riqueza. Llegaron los cuadros, las alfombras, nuestra mesa era una de las mejores puestas: loza alemana, fuentes de plata maciza, mantelería italiana. No nos acoplamos a la regla aristocrática: cuchillería Christofle, loza inglesa y otro sinnúmero de patrones que eran seguidos por la mayoría. Nosotros no éramos aristócratas, éramos descendientes de italianos y no íbamos a rendirnos a las costumbres establecidas para ascender socialmente. Si ascendíamos era por nuestros méritos y por el valor de nuestra diferencia.

En una de esas cenas, que se volvieron habituales, el dueño de casa, en ese entonces presidente de la Cámara, me dio un abrazo de saludo un punto más largo de lo debido y una de sus manos se movió imperceptiblemente en mi espalda semidescubierta. Al separarnos percibí el deseo en sus gestos y sus palabras adulatorias. El salón y el comedor eran amplios, relucientes, monótonos. Una repetición de caoba, plata y felpa. No hablé más que lo necesario durante la cena. En varias ocasio-

nes los ojos altaneros de ese hombre se deslizaron por mi cuerpo o intentaron un contacto de miradas. Apenas nos levantamos de la mesa, le rogué a Alberto que nos fuéramos; aduje un dolor de cabeza. El anfitrión me abrazó con descaro al momento de despedirse. No quise hacer un escándalo; su mujer había sido encantadora conmigo. Desde un principio me considero un miembro más del exclusivo grupo de mujeres. Salimos de ahí y no volví a verlos. Alberto no dejó de protestar mientras regresábamos a casa. Para él constituían relaciones importantes, incluso se hablaba de que podría ser el sucesor en la presidencia de la Cámara. Al acostarnos, cada uno tomó su lectura, en clara señal de distanciamiento. La cercana luz de los apliques distorsionaba nuestros rostros y creaba un violento contraste con la oscuridad que abundaba en el cuarto. La ruta del silencio no me acomodó. Dejé el libro abierto sobre mis piernas, me saqué los anteojos para leer y dije:

—Si quieres ser presidente de la Cámara, almuerza con ellos cuando quieras, pero no cuentes conmigo. Todos en ese grupo son permisivos. La risa de la Angelita Eyzaguirre no es inocente. Esa mujer es capaz de meterse a la cama con cualquiera. Es una descarada.

—Por Dios, Julia, no conozco persona más desconfiada que tú. La Angelita es de lo más beata —una sonrisa cruzó sus labios.

—No es para la risa. Yo sé de lo que hablo, no son gente buena para nosotros. Además, siempre van a sentirse superiores. Si nos ensalzan es un trato tan tiránico como si nos estuvieran pisoteando.

—¿Y cuál es el problema?! Son simpáticos, poderosos, están en medio de las cosas, qué importa si se creen dioses. A mí también me gusta estar en medio de las cosas y si esa es la compañía que me toca, bienvenida sea. No está nada de mal.

—Estoy de acuerdo. Pero eso es muy distinto a que mister President se crea tan superior como para pensar que puede acariciar a tu señora.

—Ese anda detrás de ti desde que te vio por primera vez —la achispada ligereza desapareció de su voz.

—¡Alberto! Cómo te atreves a hablar así.

—¿Qué te hizo? —inquirió, girando su cuerpo hacia mí.

—Nada, sólo me puso la mano en la espalda. No hace falta más para darse a entender.

—¡Pero si andabas con un escote casi hasta la cintura! Qué querías que hiciera el pobre vejstorio.

—No me digas que soy paranoica, porque te va a llegar un zapatazo en la cabeza.

—No se me enoje, mi Negra, venga para acá —el alcohol seguía corriendo por sus venas—, lo que pasa es que usted es más rica que todas esas pitucas. Estos tipos no habían visto nada tan bueno como usted. Creían que las mujeres eran o flacas o gordas, hasta que la vieron a usted.

Me dejé llevar por su abrazo. Su admiración siempre lograba conmoverme.

—De todos modos, te dejas adular por esos farsantes —dije en un tono más pacífico—. Qué presidencia ni que ocho cuartos. Tú naciste para ser empresario, no para sentarte detrás de una testera. Ellos te quieren ahí para bañarse en tu riqueza.

—Julia, mi amor, no sigas protestando. Eres una sarta de prejuicios. No todos son inútiles y no todos son decadentes. mister President, aparte de tener la mano torpe o frescolina, es un hombre admirable.

—No sé cómo puedes admirar a un patán como él.

—Bueno, no lo admiro, lo odio.

—...

—Me encanta cuando te enojas, mi negra rica.

—Alberto, no ahora.

—Ahora.

—Por ningún motivo.

El segundo episodio fue más doloroso. No se trató de mi suspicacia, sino de algo crudo y concreto. Ocurrió hace pocos meses, una mañana del invierno pasado. 1999. Desde nuestros tiempos de riqueza trabajaron en la casa los mismos empleados. José, el jardinero, cumplió treinta y cinco años con nosotros. Ni siquiera nos dejó al ganar una suma nada despreciable en la Polla Gol, unos veinte años atrás. Es un hombre de contextura robusta: si la atención se centrara en su rostro envejecido, sería absurdo pensar que más abajo hay un cuerpo capaz de arrancar un arbusto bien enraizado de un solo envión. Está casado, es padre de seis hijos y dos de ellos son profesionales. José y yo compartimos el amor por las plantas. No hay desidia en su trabajo, el bienestar de una planta es para él como lo es para mí, una constante preocupación. Otra de sus virtudes era el deseo de aprender. A pesar de no haber cursado más allá de sexta preparatoria, llegó a conocer los nombres científicos de las plantas y cómo obtener un mejor resultado con una u otra especie. Desarrollamos nuevas formas de cultivo con rododendros y azaleas y llegamos a tener una de las mejores colecciones de la ciudad, que incluía variedades supuestamente imposibles de cultivar en el clima de Santiago. Cada vez que obtuvimos un premio en la muestra floral del Club de Jardines, fuimos juntos a recibirlo.

En nuestra casa también trabajaba Olimpia, la otra protagonista. Si siguiera conmigo, llevaría algo así como treinta años de trabajo puertas adentro. Llegó muy joven, a los dieciocho años, desde Villarrica, donde pasábamos nuestros veranos. Un tío suyo trabajó varias temporadas para nosotros en la casa del lago. Era una mujer bonita y mi temor cuando la contratamos fue que se formara una fila de hombres en la puerta de servicio. Mis condiciones fueron claras: "Los hombres fuera de la

casa. Si tienes un pretendiente en tus días libres no hay problema y si quieres casarte alabado sea Dios. Pero no voy a permitir que les des un mal ejemplo a mis hijas". Olimpia se volvió una gran ayuda para mí. Su interés por aprender igualaba al de José y su desinterés por los hombres resultaba tan sospechoso como conveniente. En pocos años se hizo cargo del funcionamiento de la casa. Hacia el final, debo decirlo, se había vuelto un tanto tiránica y ya no hacía mucho caso a mis órdenes.

Esa mañana del invierno pasado, cerca de las siete y media, desperté sobresaltada. A esas horas, Olimpia debía estar dedicada al aseo de los recibos. Pero la casa estaba en silencio. Desde que vivía acompañada sólo de ella, creía ser el blanco perfecto para un asalto. Un sofisticado sistema de alarma protege la casa, pero existía la posibilidad de que Olimpia lo hubiera desactivado para abrir puertas y ventanas durante la limpieza. Llevé conmigo el botón antipánico. En la cocina no había rastro de actividad ni de ladrones; concluí que, por primera vez en tantos años, Olimpia se había quedado dormida. La novedad me alegró. Fui hasta su dormitorio a despertarla, para darle un susto y celebrar su atraso. Al abrir la puerta vi sus piernas arqueadas en el aire y a José sobre ella, con los pantalones abajo. Apreté el botón involuntariamente. La bocina exterior comenzó a aullar. Saltaron de la cama e intentaron cubrirse. Olimpia dejó escapar un rosario de lamentos y disculpas. José se cerró la bragueta y me miró con una mezcla de rabia y temor.

—Olimpia, deja de hacer alharaca —le ordené con la voz reseca.

—Señora, por favor, perdóneme.

—José, salga de aquí.

—Señora, yo tengo la culpa, José no tuvo nada que ver.

—José, salga.

—Si tiene algo que decir, señora Julia, yo quiero oírlo —dijo él.

—¿Creen que pueden revolcarse como bestias en esta casa?

El teléfono comenzó a sonar. Fui a mi habitación mientras los lamentos de Olimpia se apagaban a mis espaldas. Siempre tuvo tendencia a la exageración. José debió contestar la llamada de la empresa de alarmas; conocía la contraseña. Me senté en la cama con la cabeza retumbándome. Segundos más tarde entró Olimpia y al verme fue de inmediato a buscar las pastillas para bajar la presión. Me puso una bajo la lengua y me dio aire con una revista. José observaba la operación desde el umbral. Recuerdo la dureza de las líneas en su rostro.

Ya más calmada, y molesta con los gimoteos de Olimpia, les dije:

—Los quiero fuera de mi casa, hoy mismo.

—Pero, señora, son tantos años... —protestó ella en medio de su interminable lloriqueo.

—Ustedes traicionaron mi confianza.

—Déjala, Olimpia, déjala que se calme —intervino José.

—Estoy calmada, José —dije en un tono frío—, sé lo que estoy diciendo y sé lo que significa para mí y para ustedes. No quiero verles más la cara, ¿les queda claro?

—Ven, Olimpia, déjala sola —insistió él, y salieron.

Para que no me quedara sola en la casa, María del Pilar se ofreció a dormir conmigo esa noche. Vino a mi cuarto; llevaba una camisa de noche rosada que yo le había regalado. Se sentó junto a mí en la cama, me tomó de la mano y dijo:

—Si ellos se van es como si se muriera alguien. Se va a sentir sola. No justifico lo que hicieron, pero no se deje llevar por el orgullo.

—No es orgullo, hija, es asco.

—Mamá, no es para tanto.

—¿Y la señora de José? Cómo podría mirar a los ojos a la señora de José si permito que estos dos se anden toqueteando en mi casa. Aunque quisiera, no puedo, hija, no puedo.

La perspectiva que me han dado los meses no me ha llevado a arrepentirme de mi decisión. No podría tenerlos a ambos trabajando bajo mi techo. A uno de ellos tal vez, pero no a los dos. Y como no puedo ser injusta, me tengo que conformar. En el fondo de mi alma guardo un mayor rencor hacia Olimpia. Desde siempre he pensado que las mujeres son las que manejan la llave. Cada vez que he dicho esto en presencia de alguno de mis hijos me he llevado una reprimenda por pensar de manera "políticamente incorrecta". No me importa, estoy convencida de que una mujer puede dar la mano como una señora o como una prostituta. Una mujer tiene el poder de seducir prácticamente a cualquier hombre y está en ella hacerse respetar: Olimpia sabía que José era casado y que al coquetear con él ponía en peligro una familia. Una mujer decente no puede permitirse un egoísmo de ese calibre. Sobre todo ella, que ha añorado una familia propia. Y qué más podía pedir José a sus sesenta años que probar por enésima vez su hombría con una "chiquilla" de cuarenta y ocho.

Los extraño a los dos. A Olimpia por su diligencia y su conversación vivaz. Me gustaba algunas noches quedarme en la salita a ver una película con ella. Sus impresiones eran novedosas y nos divertía comentar los motivos de los personajes. Por supuesto que me hacía sentir menos sola y le daba a la casa un movimiento que apagaba la vibración ominosa de la soledad. Mis hijas me acompañaron durante la primera semana, Pilar de noche, Teresa de día, pero cuando llegó una reemplazan-

te, esa compañía se acabó. Es una buena mujer, pero tengo nada que hablar con ella, aparte de las cosas de casa. He tenido el impulso en dos o tres ocasiones de llamar a Olimpia por teléfono, para saber cómo está, para compartir algo de lo que antes compartíamos, para hablarle de mi enfermedad. Una resistencia interior me detenido al momento de levantar el teléfono.

A José lo extraño aún más. Mis días en el jardín eran parte importante de mi felicidad. Las horas pasaban en alarde y conversábamos de cada planta como si fuera un ser querido. He notado las secuelas de su ausencia. El jardín tiene un aspecto avejentado. Algunas plantas han perdido su vigor. Ya no salgo seguido. Temo resfriarme, temo apenarme, temo constatar que todo se acaba. El jardín ya no tiene sentido si no está José por ahí, entre los arbustos, junto al ritmo acompasado de sus tijeras cuando podar.

Durante la próxima visita, Alberto le pidió permiso a mi madre para verme a menudo. "La pedida" era más formal que la petición de pololeo de hoy, y los padres participaban en el consentimiento. Ella y yo hablábamos de Alberto con frecuencia, pero no le había mencionado mis experiencias físicas con él y menos las sensaciones que me habían provocado. Sin duda me gustaba su conversación, me divertía en su compañía, pero no me parecían motivos suficientes para ponerme de novia. Sus visitas regulares significarían la imposibilidad de salir con otros jóvenes y él sería mi único acompañante al teatro o a fiestas. Más aún, me vería en la obligación de entrar en su mundo, a diferencia de cómo había sido hasta el momento, en que él se había asomado al mío.

—Gracias por su cortesía al preguntarme. Julia ya es toda una mujer, ella le dará su respuesta —dijo mi madre, como si hubiera ensayado su parlamento.

Ambos giraron sus cabezas hacia mí. Tomábamos té en el comedor. Alberto era una verdadera marabunta. Mermelada de damasco y manjar, preparados por mi madre, eran perfectos acompañamientos para las hallullas que desaparecían una tras otra por esa boca fina, cuyo aspecto parecía refutar tal voracidad.

Puedes venir cuando quieras —dije, incrédula de mis palabras. De inmediato, un golpe de arrepentimiento me hizo agregar—: pero no venga a instalarse todas las tardes aquí, porque tengo que estudiar y cosas que hacer.

La bárbara sonrisa de Alberto, salpicada de migas, me hizo caer en cuenta que lo había tratado de usted. Mi piel oscura debió velar el bochorno. Deseaba enmendar cada parte de lo que había dicho, quería decirle que continuáramos viéndonos una vez por semana, que no había necesidad de más, y todo en la más rotunda segunda persona informal.

Joaquín y mi padre no se dieron por enterados. Mi sentido común me decía que la simpatía de Alberto no bastaba para conquistarlos. No era una virtud que fructificara alrededor de mi padre. Y la ironía tampoco hallaría una buena tierra de cultivo en su severo laconismo. La forma en que él juzgaba a las personas era un misterio para mí. ¿Qué cualidades asumiría como positivas, qué defectos se le harían evidentes? Nada sabía yo de su mundo íntimo y menos respecto de cómo calificaría un posible novio para su hija. Con mi madre era diferente. Nuestras maneras de mirar el mundo eran de una misma naturaleza, un acto intuitivo, que nos salía del alma, donde no pesaban la mayoría de los asuntos mundanos: dinero, apariencia, clase. Respondíamos a un juicio interior que tomaba cuerpo por sí solo, sin mostrar la ruta de análisis. De este modo, las personas se nos revelaban como buenas o malas, como confiables o hipócritas, como sanas o enfermas, como inteligentes o estúpidas, como valiosas o prescindibles, y todas estas categorías mezcladas en un promedio que entregaba finalmente un sí o un no. Era sin embargo un juicio implacable: cuando la balanza se cargaba hacia una negativa, se imponía un rechazo sin grietas, un cierre de puertas definitivo, la convicción de que la persona debía quedar fuera de nuestras vidas. Este modo de ser ha sido un don protector y una forma de invalidez. Me ha mantenido a salvo de un sinfín de problemas, de riesgos innecesarios, de posibles desagradados.

Sin embargo, me ha significado grandes enemistades y luchas furibundas con mis hijos y Alberto, por rechazos que a ellos les han parecido arbitrarios. También me ha obligado a arrepentirme de graves equivocaciones, la más grave de todas, creo, con el marido de María Teresa.

En diversas ocasiones he conversado con Andrés de este tema. Él también se siente dueño de un sentido clarividente al juzgar a una persona. Ni él, ni yo, ni mi madre, necesitamos largos períodos de observación y reflexión para llegar a un veredicto, basta oír un comentario, o ser testigos de un par de actitudes. Con tan escaso material trabaja este monstruoso órgano que lee a otro ser humano en cosa de minutos. Con mi madre manteníamos largos diálogos afinando nuestras impresiones acerca de tal o de cual, y nos divertíamos creando metáforas que dieran con el carácter de la persona: "Es una Gorgona con las víboras muertas de tanto morderse entre sí"; "Un pájaro carpintero, que se le ha removido el cerebro con el golpeteo"; "Un príncipe hindú, malévolo, pero con una vitalidad que hace pensar en selvas y fuentes de agua"; "Una flor sencilla, confiable"; "No tiene aristas ni cumbreres ni margen". Oriana nunca fue clasificada. Escuché a Andrés durante la semana en la clínica hacer comentarios en público con respecto a las enfermeras y a los doctores, con metáforas más modernas, usando algunos elementos de computación y de Internet. Aun cuando me da gusto oírlo —es verdaderamente cómico—, no me puedo imaginar publicando las impresiones que me hago de las personas. Con mi madre no nos permitíamos expresar nuestro parecer ante nadie, habría sido un acto cruel y una violación a nuestra intimidad. Nuestro fin no era chismear, juzgábamos para protegernos, para saber en quién confiar, a quién admitir en nuestro núcleo. Nunca hubiésemos hecho un espectáculo de eso. El deslenguado Andrés, en cambio, usa sus apreciaciones



como flechas, como una demostración de destreza con el arco. Creo que lo hace también para protegerse, pero es una protección anticipada, como si les dijese a los demás: "Teman, adviertan que poseo una conciencia viva, y si se acercan a mí tendrán que pasar por su escrutinio, ninguna de sus formalidades me va a engañar, voy a escudriñar hasta el fondo de sus almas aunque no lo deseen". Paradójicamente, por lo que me cuenta, tiene un numeroso grupo de amistades que confía en él y que celebra sus ocurrencias. He llegado a pensar que mi madre y yo vivíamos encerradas en nuestros temores. El más mínimo olor a podrido nos ahuyentaba. Quizá el tiempo que ha pasado sobre mi madre, sobre mí y sobre él, o quién sabe si la época en que le ha tocado vivir, ha permitido que Andrés desactive sus temores. Es como si la desconfianza no estuviera incrustada en él sino que formase parte de su espacio, más diluida, menos grave, sin inhibir la posibilidad de la experiencia.

Alberto protestaba por mi estricta manera de juzgar a las personas: "Si sólo la has visto una vez", "Pero, Julia, la Martita es una buena persona, qué importa que sea vanidosa, tiene más historias que contar que una emperatriz". Pero cuando llegaba el minuto de hacerse de un nuevo asociado, no se comprometía a nada sin antes traerlo por lo menos una vez a cenar a la casa. En medio de mi ajeteo como anfitriona, y sin participar activamente en la conversación, que giraba en torno a aspectos del negocio que yo no entendía o a temas de orden económico que no me interesaban, mi sexto sentido, si es permisible que lo llame así, funcionaba sin descanso. Al final de la noche, apenas se iba el último invitado, junto a la puerta de entrada Alberto me preguntaba: "Bueno, ¿y?". Yo me sentía importante y poderosa. El destino de su vida pasaba por mí. Una vez en la cama, comenzaban a fluir las imágenes que tenía en la cabeza acerca del su-

jeto. A veces usaba una metáfora, pero otras me lo imaginaba en su casa, con su mujer —la mujer era un dato significativo—, en la relación con sus hijos. Me acostumbré a refrenar juicios categóricos como: "No, Alberto, yo no confiaría en él". Sabía que no se contentaría con eso. Para darle una idea más amplia, movía al personaje y las características que había observado de escenario en escenario. Alberto hacía la analogía con sus tratos de trabajo. Debo aclarar que no siempre podía precisar las virtudes y defectos de las personas. Cuando no tenía una imagen clara, me limitaba a sumar observaciones, una sobre la otra, y Alberto tenía una gran habilidad para extraer y componer la información que le era útil.

Volviendo a mi padre, nada de esto parecía habitar en él. Mi intuición me decía que había aprendido, tal vez por su experiencia, a no formarse ninguna idea de las personas ni de las cosas. En su interior alojaban en continua paradoja y dulce compañía el pasmo y la indiferencia: el pasmo de un joven y la indiferencia de un anciano. Guardaba dentro de sí el convencimiento de que las cosas cambiaban y que la vida estaba llena de sorpresas, y que por lo mismo ya nada era sorprendente. No se avenía a juzgar a una persona porque era una entidad sujeta a cambio. Con esto en consideración, creo que en mi casa se dio un constante choque entre la moral normativa de mi madre y la conciencia empírica de mi padre. Ese roce no afloraba en largas discusiones o empecinamientos de uno o de otro. No, nada de eso, en mi casa se hacía lo que mi padre determinaba y no había apelación posible. Pero muchas de sus decisiones tenían un fuerte aroma a la postura de mi madre. La mesa tampoco era el campo de batalla para el encuentro de los ejércitos. Durante las comidas se hablaba de circunstancias cotidianas, algún enfermo en la familia, un hecho noticioso. Por lo general mi

madre hablaba en un tono monocorde, ausente de la vivacidad de nuestras conversaciones privadas. Mi padre, como ya les he contado, no abría la boca si no era necesario. Joaquín, por su parte, había heredado su mutismo, aunque de otra índole —su imaginación lo llevaba a otros espacios— y sólo hablaba de cosas específicas. Al ser yo la menor, tenía tribuna para uno o dos comentarios. Más, hubiera sido juzgado como un indecoroso brote de palabrería. En sólo una ocasión hablé de corrido durante más de un minuto. Mi padre levantó la mirada del plato y bastó para hacerme callar.

¿En qué momento conversaban mis padres? ¿En qué momentos se enfrentaban? No guardo recuerdos de alguna discusión que fuera más allá de las cuatro paredes del cuarto matrimonial que había dejado de serlo. No encuentro en mi memoria a mi madre haciendo una escena. O a mi padre contrariado. Está claro que mantenía una actitud hosca, pero era tan estable como la línea del horizonte. Una y otra vez me he preguntado: al alojar dentro de mí una mirada similar a la de mi madre, ¿por qué me violentaba la manera de ser de mi padre y a ella no? La misma pregunta se hace Andrés. Piensa que somos de la misma naturaleza, pero él guarda un mal recuerdo de su padre, mientras yo no dejo de pensar en él en los mejores términos. Mi madre tenía suficientes razones para no estar encandilada, como podría ser mi caso. ¿Se rindió a las circunstancias? Claramente se rindió a la existencia de Oriana.

Andrés, en la primera carta que me escribió desde Estados Unidos, tres años después de irse, decía: “Usted nunca luchó por su lugar en el matrimonio. Sacrificó su independencia, sus valores, su genio. Se convirtió en la madre ejemplar de cuatro hijos y en la concubina de un hombre inteligente, sin duda, pero absolutamente grueso en su sensibilidad”. Más adelante, continuaba: “Inclu-

so en los momentos importantes, en las decisiones que valen, en las que uno se juega por una manera de entender el mundo, dio su brazo a torcer, a sabiendas del mal que entrañaban; creo que para mantener su papel, el lugar que había elegido y que por tanto tiempo le había sido cómodo. Se dejó avasallar por un hombre mediocre, que respondía a prejuicios adquiridos en algún emporio de inmigrantes”.

Mi respuesta fue, y continúa siendo, “es lo que me nació hacer”. Así quise que fueran las cosas y quien piense que fui vapuleada por Alberto está equivocado. En mí no existió la duda. Me entregué a ese destino con absoluta libertad y sólo en dos momentos de mi vida me vi forzada a recorrer caminos que me violentaron. Desde que me casé con él, supe que las cosas iban a ser del modo que fueron y lo acepté con alegría. Ser la mujer de Alberto y madre de mis hijos es un rótulo que me enorgullece, a diferencia de lo que piensa Andrés. Para él es algo decepcionante: “Si hubiera mandado usted en ese matrimonio, nosotros seríamos mejores personas, en especial mi hermanito Juan Alberto. Habríamos tenido una vida más cercana a un principio humano. Hubiésemos tenido una visión más amplia y sofisticada de las cosas. Seguramente aún viviríamos en paz. Dejó que el papá hiciese su parecer con respecto a la Tere y a mí; dejó que alentara a Juan Alberto y lo convirtiera en un egoísta. La única que se salvó por un pelo fue María del Pilar, por ser bonita; así de vulgar era su marido”.

Me vuelve a sorprender la dureza de la carta de Andrés. Aún conservo la primera que me envió después de tres años de haber partido —en realidad las conservo todas—. Comenzaba así:

“Han pasado tres años, mamá, desde que me fui de la casa. Han sido años duros. No le había escrito hasta ahora porque pensé que nunca lo haría. Mi intención era cortar todos los vínculos con ustedes. Debo reconocer que ha perseverado más de lo que imaginé y ya se ha vuelto una costumbre retirar una carta suya de la casilla cada jueves. He decidido responderle porque percibo su interés de ver las cosas de una manera distinta. Mi punto de vista será de seguro brutal para usted. En las últimas cartas me ha pedido que por favor le responda, aunque sea para insultarla. No deseo hacerlo, pero quisiera contarle ‘mi’ verdad. Si no está dispuesta a sufrir, no lea el resto de la carta. Pienso que será doloroso. Basta que me escriba y me diga que prefirió no leerla, y aquí no ha pasado nada. Si la lee, dígame entonces qué opina. Sobre esta base, y espero ser lo más honesto posible para que no existan más sobre o subentendidos entre nosotros, podremos continuar nuestra correspondencia. Quisiera además que no esquivara los temas: si me escribe es para hablar de lo que importa. No hay problema si desea contarme de mis hermanas, incluso de la enfermedad del papá, pero no quiero escribirme con usted como harían dos familiares distantes, comunicándose sus noticias. Yo estoy dispuesto a desnudarme, a mostrar sin idealizar cómo

pienso y cómo vivo. Hasta hace tres años sólo mostré lo que usted, y hasta cierto punto el papá, querían ver, o yo pensaba que querían ver. Ahora deseo que sea diferente. Y para que sea igualitario, quiero que se muestre ante mí sin estrategias. Quiero saber qué piensa, no lo que quiere que yo crea que piensa. No habrá de ser tan difícil: en cierto modo he dejado de ser su hijo, el hijo que debí ser, el hijo que intenté ser, el hijo que deseó. Me fui, estoy lejos de usted y del resto de la familia y creo que estos tres años me han ayudado a formar una conciencia propia, libre de su influencia. Le propongo que seamos dos adultos. Amigos, sí..., que se quieren, sí..., pero dos adultos que se comunican íntimamente. Otra cosa sería para mí un retroceso a la asfixia de una vida de mentira. ¿Quiere continuar?”

La emoción de ver el perfil de su caligrafía, imaginarlo sentado escribiéndome durante un largo rato, disolvió la aprensión que despertaron sus advertencias. Deseaba leer todo lo que viniera de él, deseaba ver sus cartas en la mesa de entrada con el sello postal norteamericano, deseaba saber que estaba bien, necesitaba sentirlo vivo. Nada de esto satisfacía la necesidad de verlo nuevamente, pero al menos era un avance.

Durante las primeras cartas me fue difícil cumplir con sus exigencias. Estaba acostumbrada a un trato madre-hijo. Lo principal era educar, no ser auténtica. Primero madre, después Julia. Cualquier conversación era una posibilidad para inculcarle valores, para transmitirle un enfoque apropiado de la vida. Debo admitir que Andrés tenía razón: en nuestra familia no estábamos acostumbrados a decir las cosas a la cara, ni a llamar al pan, pan, y al vino, vino. Entre nuestras habilidades se contaba una evidente soltura para hablar de problemas ajenos, pero cuando de nuestros conflictos se trataba, de uno contra el otro, ese verbo expresivo era acallado

por la subterránea violencia de las emociones, por lo vulnerables que nos hacía sentir el juicio de nuestro antagonista. El sustrato de violencia equivalía a un magma familiar. El volcán más activo era María Teresa. Los demás ejercíamos un mayor autocontrol. Ella encarnó el pecado de la familia. Y nosotros nos parapetamos como unos cobardes detrás de los muros para no quemarnos. Fue así como la estigmatizamos poco a poco hasta condenarla. Su sacrificio era la manera de salvarnos. Me duele haber sido tan ciega, sobre todo ahora que muero, cuando ya no hay esperanza, cuando ya tengo escasas posibilidades de retribuirle a mi hija toda la felicidad que le escamoteamos. Espero realizar antes de irme algún gesto significativo que la haga sentir redimida ante mí y los demás. Con ese magma contenido a presión como amenaza, mi deber era conservar calmos los ánimos y creo que nunca dije verdaderamente lo que pensaba. Incluso hoy, cuando escucho a María Teresa decir cosas terribles de sus hijos —“Este es mentiroso como él solo”—, se me encoge el corazón y me tengo que contener para no reprenderla. En su familia dicen lo que piensan, los niños le faltan el respeto al padre y a la madre —o lo que yo entiendo por faltar el respeto—, y los padres dicen lo que se les viene a la mente en presencia de los niños. Hasta de sexo hablan en la mesa.

Esto explica mi dificultad de ser auténtica con Andrés. Y no era sólo cosa de quebrar una costumbre: me daba rabia enfrentarme a sus interpelaciones, sentir que me obligaba a desnudar mis secretos frente a él. Había pensamientos en la retaguardia de mi mente que nunca habían visto la luz. Hasta entonces me había contentado con fingir que no existían. Pero ahí estaban; aunque yo me hubiera hecho la desentendida por toda una vida. Andrés los ponía negro sobre blanco y ya no

era posible eludirlos. Una tras otra sus cartas me preguntaron qué piensas de esto, y de esto, y de esto. Entramos así en este juego que sólo dejó de ser un tormento a medida que tomó ritmo. Comprendí que Andrés era ya un adulto, que vivía lejos de nosotros, y tal como él daba su opinión sobre nuestra convivencia familiar, yo también podía tener la mía. Sólo puse una condición: que Andrés me jurase, me prometiese, o cualquier otra forma de compromiso que él respetara, que nunca iba a usar el contenido de mis cartas ni a citarme en una conversación, ni menos decirle a Alberto o a uno de mis otros hijos: la mamá, realmente, piensa tal y tal. Si íbamos a establecer una relación de ese estilo, yo exigía el sacrificio a priori del poder que le concedía.

“Debido a que estoy lejos, me han venido a la cabeza sus viajes con el papá a Europa. Nos escribía cartas y postales cada vez que encontraba un tiempo. Fueron seis los más largos, entre tres y cuatro meses, en invierno, verano en el hemisferio norte: 1961, 1964, 1966, 1970, 1977, 1980. Fue durante los primeros tres viajes cuando más la eché de menos. Yo tenía respectivamente seis, nueve y once años. Cada vez que se iba me encerraba en mi pieza y lloraba durante horas. Asumo que esto no se lo contaban. Me contenía hasta que salían en el auto rumbo al aeropuerto. No nos permitían ir a dejarlos; a buscarlos, sí. Iba directo a hundirme en la cama y lloraba con una pena inmensa, como si la pena alimentara a la pena. No había nadie para quien existir. Desde niño daba por sentado anticipadamente que mis actos contarían con su contemplación y yo hacía todo para enorgullecerla o desconcertarla o para que sintiera mi amor. Yo me sentía rodeado del suyo. Comprenderá que cuando partía, el axioma esencial de mi existencia quedaba suspendido hasta su regreso. Perdía la motivación en el colegio, me ponía mañoso con la comida, en especial ante las preparaciones extrañas —guisos con huevo, papas fritas y arvejas— que nos obligaba a comer la señora De Vicente. No había más *gnocchi*, o *tagliatelle fatte a casa*, o *panzotti*. Ella se comía todas las sobras. ‘Me voy a servir otro poquito’, decía cuando Olimpia traía nuevamente la bandeja y luego se servía por tercera vez. Con María Teresa nos reíamos y la imitábamos: ‘¿Quieres ver un poco más de televisión, Tere?’, ‘bueno —me contestaba ella—, otro

poquito'. Me escondía para jugar, si no era usted la que estaba en la salita, no había razón para dejarme ver. Pasaba las tardes en algún rincón del jardín, imaginando una historia en la que yo participaba. Casi nunca asumía el rol protagónico. Me gustaba ser Robin; Batman me parecía agresivo, demasiado adulto, me recordaba al papá.

En mis sesiones de psicoanálisis aparecieron estos viajes. Según mi psiquiatra, los malos recuerdos de esos viajes, son las imágenes representativas de mi miedo irracional al abandono”.

Las palabras textuales eran “miedo irracional al abandono”, como el mío durante los veranos, como el que sufría mi madre y por el cual nunca se atrevió a dejar a mi padre plantado con su abusadora doble vida. Continuaba así:

“Los primeros tiempos en New York, pasé meses fuera de mí mismo, sin tener un sentido propio de la vida. Buscaba mi pertenencia en las cosas más nimias, en fiestas, en comidas con amigos, en amantes de una noche, intentando encontrar ahí un centro, una identidad. Yo era, en el fondo, lo que los demás querían de mí. Lo peor de todo es que esa forma de relacionarme me convertía en un egocéntrico. Lo que me interesaba era todo aquello que me devolviera una imagen de mí mismo. Nada verdaderamente ‘otro’ me llamaba la atención. El mal entonces era doble: por una parte no podía dedicarme a un trabajo serio y comprometido y me diluía en nimiedades, en una interminable sucesión de veladas inteligentes y vacías; y por otra, el esfuerzo de conquistar a los demás para llenar el vacío, se volvía contra mí al descubrir ellos fácilmente el egoísmo soterrado de mi comportamiento”.

En mi próxima carta a Andrés —guardo una copia de cada una de ellas—, en referencia a este tema, escribí:

“Hablas en términos tan elaborados de algo que es tan sencillo. Yo también he sufrido el terror al abandono, la inseguridad y la pérdida de la identidad; tu abuela también. No sé si todo el mundo pasa por abismos semejantes, pero nosotros, los Bartolini —está claro que los Sartori no padecen de esta debilidad— hemos sufrido del mismo mal. Es un rasgo genético y tú tienes mis genes, es cosa de mirarte. Juan Alberto, por ejemplo, se oculta detrás de una pantalla de seguridad, pero sufre al igual que tú. Cada uno ha tenido que enfrentarlo a su manera. Yo salí adelante con la ayuda de tu padre, tu tío Joaquín se fue a encerrar a Tucson, mi madre se dedicó a la caridad y permaneció casada con tu abuelo a pesar de la humillación. Todos sobrevivimos de algún modo y nuestras vidas, al fin y al cabo, no fueron tan sufridas”.

En la siguiente carta, Andrés reconoció que tal vez su miedo al abandono era de la misma índole que el de su abuela —a quien no alcanzó a conocer— y del mío, pero, dadas las circunstancias, a él le había tocado la peor parte. Así lo expresaba:

“Ahora está todo bien, porque me las arreglé para hacerme de una vida nueva. Pero el sufrimiento que experimenté en esa época, años de incertidumbre en que no sabía qué rumbo tomaría, no es la misma clase de experiencia. Su vida seguía un rumbo claro, estaba cierta del afecto de los suyos, esa seguridad le fue dada, sin preguntas, sin condiciones. La querían porque sí. Imagínese que no la hubiera tenido: el abuelo se va con Oriana y no sabe más de él, su madre muere, Joaquín se va y no hay ningún pariente ni príncipe azul a quien acudir. Intente imaginarse sola en el mundo. Cuando yo salí de la universidad, tenía la vida arreglada y de un día para otro me encontré en la calle, despojado de todo privilegio. Me quedé sin familia. Me deshonraron. Qué

sentiría si su padre le dijera: sal de aquí, no te quiero ver más la cara.

Tampoco me vio llegar a New York, solo, vivir en una pensión mugrienta, trabajar como mozo durante un año, echar maldiciones contra ustedes cada noche. Es estúpido pensar que mis sufrimientos han sido mayores a los suyos, pero de una cosa estoy seguro, mamá, en mi caso viví el abandono, acosado por ese miedo genético que compartimos. A usted le tocó enfrentar la amenaza del abandono. Creo que son experiencias distintas”.

Era imposible sacarle el cuerpo al reproche oculto en las palabras de Andrés. Afloró de manera recurrente en sus cartas. Puedo entender que él se haya sentido maltratado por nosotros, pero con la perspectiva que dan los años, creo que debería estar agradecido. Así se lo quise dar a entender en la próxima carta:

“Has labrado tu vida como has querido, sin hacer concesiones a nadie, eres libre y has logrado tener éxito en tu trabajo como arquitecto. La idea de que continúes atormentado por algo que pasó hace veinte años, que en vez de echar a perder tu vida la mejoró, me confunde. Lo que te quiero decir es que lograste crear un futuro propio y ahora estás en una posición inmejorable. Saliste adelante, eso es lo que importa, esos años de incertidumbre deberían ser un orgullo para ti, es el sólido fundamento de tu situación actual.

Para mantenerte en tu trinchera ética inexpugnable, afirmas que tú sí viviste el abandono y yo no. Pues bien, ¿sabías que mi padre me miró a la cara en contadas ocasiones y cuando lo hizo se trató de una forma de reproche? Si yo me empeñara en condenar su recuerdo estaría en la misma posición que tú, blandiendo las banderas de la reivindicación. Pero nadie más que uno mismo puede reconciliarse con el pasado. Sé que me quiso porque así lo he querido interpretar de algunas actitu-

des que tuvo hacia mí, de algunas virtudes que aprendí de él, pero si a ti te dijeron ‘sal de mi vista’, a mí no me prestaron mayor atención y menos aún recibí un amor activo como tu padre sí mostró por ti cuando eras niño.

Ahora bien, si tu deseo encubierto es que vuelva a perderte perdón por haber admitido que algo así sucediera, lo hago una vez más; es una manera de perdonarme a mí misma. Ya he pagado mi condena. Lloré una tras otra las mismas noches que tú, desesperada sin saber dónde estabas, en qué condiciones vivías. Perdóname, hijo, no me voy a cansar de repetirlo hasta el día que me muera. Te pido a cambio que tú también hagas un esfuerzo serio. Yo perdoné a mi padre muchos años atrás por haber sido infiel. Hoy pienso en él con nostalgia. Intenta hacerlo tú también, te vas a evitar tantas rabias y tanto trabajo. No voy a justificar lo que hizo tu padre, estuvo mal, pero eso no lo condena para siempre. Él está atravesando un calvario mil veces peor que el tuyo”.

La respuesta de Andrés fue sorprendente:

“Yo no tengo memoria del amor de mi padre. No recuerdo que me haya sacado a jugar a la esquina, o llevado al zoológico, o dado un abrazo afectuoso. En las únicas oportunidades que lo veía sonreír o darme un par de palmadas en la espalda, era cuando revisaba mis notas o asistía a mis graduaciones. Eso no era amor, mamá. Era alimento para su orgullo, para sacar el pecho un poco más, para demostrarle a la gente que él no fue profesional porque no se lo permitieron. Para afirmar su fama de hombre inteligente. Cuando era simpático conmigo era porque yo era un buen activo, no un hijo adorado.

Sin embargo, si el papá estuviera sano, sería más fácil ejercitar mi rencor. Últimamente cuando alguna circunstancia me abre la herida, se me aparece el papá enfermo. Como si mi encono y su enfermedad fueran la

misma cosa. Es una sensación horrible, como si sus microinfartos ocurrieran cada vez que pienso en él con rabia. Si me cruzo con un *homeless* en la calle, con su expresión vacía en el rostro, me provoca la sensación de estar viéndolo a él deambular como un demente. Cualquier noticia acerca del Alzheimer, incluso las alentadoras, me molestan y me vuelven irascible en la oficina. He debido aceptar que me entristece que el papá esté mal. Y además, me ha despertado el miedo a estar marcado por el destino. Es una especie de venganza atroz que a un hombre como él, lleno de resolución, se le escurra la vida por donde más le duele”.

Esta carta marcó un notorio cambio en la actitud de Andrés. Demostraba otros sentimientos hacia su padre, más allá del omnipresente rencor. Se compadecía de él. Ese rasgo de humanidad me conmovió. No es algo usual en la familia, menos en los que acarrear la determinación de los Sartori. Alberto, por ejemplo, murió convencido de que había actuado de manera correcta cuando se presentó el problema de Andrés. Sólo en una ocasión, cuando ya estaba ausente la mayor parte del tiempo y salía poco de la cama, me preguntó con la mirada indefensa: “¿Andrés va a venir a verme?”. Le contesté que sí. La verdad era innecesaria.

Me ha resultado difícil continuar con la escritura durante la última semana. He recibido demasiadas visitas, mis amigas pretenden organizar turnos para no dejarme sola ni un solo momento del día. Bruna está al mando del contingente y no ha sido fácil disuadirla. No quisiera tenerlas en la casa a toda hora. Es un acto de generosidad, lo sé, y les agradezco la intención, pero detesto que personas que no sean mis hijas se inmiscuyan en mi privacidad, más aún si estoy enferma. Soy tanto o más pudorosa que mi madre en este sentido. Imaginar que puedo sufrir un percance bochornoso a causa de una de mis indigestiones, en presencia de algunas de ellas —si están todo el día a mi lado no voy a poder evitarlo—, me pone de pésimo humor. Para suma de males, a la casa vecina se mudó una familia bulliciosa hace menos de dos semanas, y entre la mudanza, los gritos de los niños y una batería que suena a eso de las cuatro de la tarde, no he podido conseguir ni una gota de tranquilidad. Según María Teresa el vecino tiene el aspecto de un sapo alcoholizado. “Definitivamente alcohólico, con la nariz como higo pelado”. Le pedí a Juan Alberto que fuera a conversar con ellos y les explicara la situación. Ha sido para peor. Mi vecina, una mujer enjuta y sin gracia, se aparece todas las mañanas a eso de las nueve, cuando intento concentrarme en la escritura, como si se tratase de su buena obra del día. Me abruma con los detalles de la jornada que tiene por delante y me repite anécdotas de sus hijos. Le he dado instrucciones a la enfermera para que le diga que no me



siento bien y no le permita la entrada, aunque grite y patalee. Con el mismo objetivo he desconectado el teléfono aquí en el escritorio. Mis amigas son tempraneras —yo también— y sus llamadas comienzan a más tardar a las ocho de la mañana y, gracias a la Virgen, Gloria, la mayor de todas ellas, no está sufriendo uno de sus períodos de insomnio, a causa de los cuales se siente en el derecho de llamar a partir de las siete.

Es irónico pensar que los principales enemigos de la tranquilidad necesaria para escribir sean las personas más cercanas a uno, las amigas, incluso mis hijas que piensan que lo que estoy haciendo es una forma de evasión. Y lo es. La mejor. Se los he explicado en numerosas oportunidades, pero no quieren entender. No sé si por temor a verse retratadas, o por el prejuicio de que cualquier cosa que yo escriba, no va a tener el menor valor. Me he puesto firme para no dejarme avasallar. En especial con María Teresa. Ella saca gran provecho de la enfermedad y de la muerte. Si se trata de la muerte, se arroga el papel de deuda principal y libra sobre los ataúdes. Fui dura con ella para controlar su ímpetu cuando regresé de la clínica. Intentó hacerse cargo de mi vida y convertirme en una paciente inútil a la cual se le sirve y se le atiende, pero que no tiene opinión. Un par de gritos, un llanto resentido de su parte y un portazo fueron suficientes hasta ahora. Espero mantener las cosas de este modo mientras tenga uso de razón. Y si quiero pasarme encerrada escribiendo estos últimos meses, es asunto mío. Me resulta más estimulante dedicarme a esto que a recibir visitas. He impuesto un horario para recibir, de cinco a siete de la tarde. A esa hora, después del almuerzo y de una corta siesta, aún conservo un soplo de energía que me permite llevar adelante una conversación.

Hace pocos días recibí una visita que me emocionó: José, el jardinero, su señora y sus seis hijos. Yo estaba en

el living acompañada de María del Pilar. Al verlos no pude evitar que me saltaran las lágrimas. Quise pedirle perdón a José, pero la presencia de su mujer me impidió hacerlo. No sabía qué explicación había dado a su despido. Abrí los brazos al ver a esos niños ya crecidos y con la mirada llena de confianza en la vida. José se dobló para darme un beso en la mejilla. Su olor a humo me trajo gratos recuerdos. En algunos casos, compañías obligadas, como la que nos brindamos José y yo durante treinta y cinco años, se vuelven más valiosas que las elegidas de motu proprio. Conversamos un rato. Le pregunté a qué se dedicaba actualmente y para mi alegría me contó que era asistente técnico de un conocido paisajista. Al menos, pensé, nuestro trabajo juntos no había caído en saco roto.

Mi vecina ha resultado ser una mujer chismosa y entrometida. Desde que no le permito verme, se instala largo rato en la puerta de calle a preguntarle por mi estado de salud a la enfermera. Qué remedios tomo, qué ejercicios hago, cuánta gente recibo, como si fuese una encuesta. Su actitud me enfurece. Según Azucena —qué nombre más apropiado para una enfermera—, se ve sometida al mismo recitativo de las labores del día de esa insulsa mujer. El ocio la debe corroer y como paliativo se apropia del más mínimo asunto, como puede ser la agnía de una desconocida, para continuar hastiándose. Lo peor de todo, es que su interés es sólo un disfraz para abrumar a su víctima con las trivialidades de su vida. Que le dije, que no le dije, que fui, que no fui, que debería tal vez hacer esto. Desde niña he experimentado un visceral rechazo hacia la conversación fácil, aquella cuyo combustible es el anodino acontecer diario y sus circunstancias y las minucias de las vidas de los demás.

A medida que avanzo, se ha avivado dentro de mí la esperanza de llegar al final. Es como si estuviera transida de

suspenso. Deseo continuar la revisión de los recuerdos desde aquí, desde ahora; es una mirada diferente a como viví las cosas en su momento. Ya no puedo vivirlas de nuevo, ya no puedo cambiarlas o volverlas a gozar, pero encuentro paz al examinarlas. Cuando pensaba en dedicarme a escribir, a lo que más temía era al afloramiento de la desesperación, de la frustración de no poder enmendarme, de no poder alargar el brazo y cambiar las piezas sobre el tablero. Ese miedo me tuvo al borde de no comenzar. Mientras escribía las primeras páginas, debatía en mi interior acerca de si era o no un plan arriesgado. A posteriori puedo atestiguar que la mirada hacia el pasado me ha permitido ver que las cosas suceden por algo, que están inscritas en un curso que nos excede, en un río tumultuoso que avanza y del cual somos un pequeño afluente. Además, esta paz que intento cuidar, se ha visto fortalecida por la convicción de haber vivido. Una vida propia y única. Amplia y a la vez serpenteante, aluvial y mansa, plena y minuciosa. Comprobar que he vivido ha sido un descubrimiento. Ya la muerte se puede llevar este cuerpo sobre el cual están impresos los años. Al menos me presento ante ella dignamente.

Me fui acostumbrando a Alberto. Y esta no es una apreciación baladí. La costumbre ha sido una valiosa aliada, consejera comprensiva y cabal y, sobre todo, paciente. No contar con su anuencia terminó cada vez en un giro hacia otros horizontes. Para mí ha sido imprescindible acostumbrarme a las personas, a los lugares, a la temperatura, a la mirada celosa de un animal doméstico, al ruido del mar. Acostumbrarme ha constituido un ejercicio de supervivencia. Puedo afirmar que, en este punto, difiero de Joaquín. Durante su niñez y su juventud él se acostumbró a un cierto cuerpo de elementos que en algún punto de sus primeros años de adultez —creo que fue cuando mi madre murió y él se enteró de la verdad— se petrificó y de ahí en adelante permaneció inalterado. Debo admitir que también los cambios me son molestos, me duelen los huesos, sufro de dolorosas contracciones de espalda, un agobio absurdo se apodera de mí. Y no me refiero a cambios fundamentales como sería, por ejemplo, mudarse, o la muerte de mi marido. Recuerdo las miserias que mi cuerpo me hizo pasar cada vez que se presentaba en el horizonte un viaje, unas vacaciones, o cuando un cambio de estación se desencadenaba de golpe. Gracias a Dios, desde muy joven presentí que este apego al statu quo podía tornarse una forma de invalidez. Quizá presenciar cómo cambió el mundo de un minuto a otro al descubrir la relación de mi padre con Oriana, me obligó a aceptar que las cosas cambian a pesar de uno. Es así como elegí a la costumbre como la vara con la cual medir cada nueva situación.

que se presentaba. Por ejemplo, si debíamos viajar, le exigía a Alberto que me informara de los detalles con meses de anticipación. Primero, a la idea le tomaba tiempo hacerse un espacio entre mis pensamientos y recién entonces comenzaba a irrigar las zonas más activas de mi cerebro. Mi rutina, mis decisiones, los pensamientos más periféricos iniciaban una órbita alrededor del hecho de que próximamente me subiría a un avión y partiría lejos. De este modo invocaba la tranquilidad que acarrea la veleidosa costumbre y, poco a poco, dejándome llevar, impulsada por la conciencia que debía superar una tara, era en definitiva capaz de desembocar en las maletas, los abrazos y el adiós.

La costumbre fue también decisiva al aconsejarme con respecto a Alberto cuando se iniciaba nuestro noviazgo. Sus visitas cada vez más frecuentes podrían haber hecho saltar los fusibles de mi resistencia a lo ajeno que era él para mi entorno. Pero no ocurrió así, y me fui entregando a la agradable sensación de estar en su compañía, de oír sus risas —incluso lograba sacarle unas cuantas carcajadas a Joaquín con sus bromas ingeniosas—, de percibir el olor a limpieza en sus ropas, la frescura de su piel blanca; me acostumbré a su pelo fino y engominado, cortado idénticamente mes a mes, y también al delicado tacto de su mano sobre la mía. Me costó, eso sí, aceptar su necesidad de tenerme tomada de la mano, o bien del brazo cuando caminábamos por la calle. Me acostumbré, más que a todo, a la viva adoración con que me envolvía.

Cuando cumplimos un año de noviazgo, me había acostumbrado a él. Dentro de mi particular composición de prioridades, era lo mismo que haberlo aceptado como futuro marido, a pesar, creo, de no sentirme enamorada. Si me lo proponía, llegaría a amar a Alberto, de eso no tenía dudas. Sin embargo, aunque hubie-

se invocado una determinación divina no habría conseguido acostumbrarme a él a fuerza de pura voluntad.

Al correr de esta reflexión, me sorprende que no me haya sido difícil habituarme a la idea de que voy a morir pronto. Tal vez sea porque llevo muchos años haciéndole un espacio a la muerte. He vivido cada minuto con clara conciencia de su irrevocabilidad, al punto que al anunciarse ahora tan definitiva, no me amedrenta. Se despierta en mí la sospecha de que no viví del todo, y que a cada uno de mis actos le escamoteé un pedazo de existencia, algo así como un sacrificio anticipado en honor a la muerte. Y de pronto, con sólo pensarlo, morir se vuelve tan difícil como para cualquiera; me lleno de remordimientos, me recrimino por haberle robado esas muescas a los días y no me canso de repetirme que la mía fue menos vida de lo que pudo ser.

Me sorprende cómo mi trato con la muerte cambia con las horas. Ayer nada más pensaba que había vivido en plenitud.

Como católica podría expresar estos pensamientos en jerga religiosa: resignación ante la muerte, renuncia durante la vida, paz al entrar en el Reino del Señor. Pero mi conciencia humana no se rinde ante estas nociones. Si algo le reprocho a mi religiosidad fue haberse constituido en un refugio propicio cada vez que deseé apartarme del vigoroso flujo de la vida, haber sido cómplice en el robo de esos pedazos de existencia.

El 15 de agosto de 1943, mi acostumbramiento a Alberto se entrelazó con los hechos. Me pasó a buscar en su auto —un lujoso modelo para un joven de veintitrés años, del cual no recuerdo el nombre— para ir a misa a la Iglesia de San Francisco. Era una alteración a la costumbre de asistir a la Parroquia de la Grátitud Nacional, donde nos encontrábamos con familiares y amigos. Por

tratarse del día de la Ascensión de la Virgen, un feriado en mitad de la semana, no me molestó alterar el hábito. La ciudad, esa mañana, lucía un despertar primaveral. La luz había cambiado. Los magnolios estaban en su apogeo. Las calles y las fachadas, impecables luego de las lluvias invernales, parecían dispuestas para una celebración. Alberto manejaba con soltura y sólo quitaba su mano de la mía al pasar los cambios. Se veía alegre y en su mirada noté una ebullición de ideas que sólo era usual en él por las noches, o durante una animada plática. Me hablaba, creo, de pedirle permiso a mi madre para ir esa noche a la casa de unos nuevos amigos, casados hacía poco. Me contaba de ellos como si fueran los personajes más interesantes de la ciudad. Esta tendencia a encandilarse con personas que recién conocía era el absoluto opuesto a mi visceral desconfianza hacia los demás. En tantos años juntos sin embargo, esta discordancia no fue motivo de problemas sino de unión. Me atraía esa capacidad de Alberto de darse a la vida e instarme a incurrir en riesgos más allá de mi tolerancia. Cada vez que un tiempo de nuevas amistades se aproximaba, dentro de mí crecían a la par el temor y la expectación. Me dejaba llevar por su iniciativa y luego él se dejaba aconsejar por mí. Esta fue la fórmula que rigió los campos de nuestra acción en común y demostró ser válida al mantenernos activos y unidos por tantos años.

Nos estacionamos en la calle Londres, a espaldas de la iglesia, barrio de calles sinuosas, vacías de gente, flanqueadas por casonas de dos pisos, en apariencia deshabitadas, una junto a la otra. El artesonado de las cornisas y la atmósfera limpia y detenida le conferían la apariencia de una escenografía victoriana. Alberto se detuvo mientras caminábamos y me hizo girar hacia él. Me dio un beso elocuente y luego me miró con los ojos plenos de algarabía.

—Negra, casémonos.

—Alberto, son las diez de la mañana. No tengo cabeza para...

De pronto, caí en la cuenta de que era primera vez que me hablaba de matrimonio. Mi humor matutino no era propicio para recibir proposición alguna. Las sombras de mis pesadillas aún se deshilachaban a mis espaldas. Mi aura en ese instante era la de un hada negra que corre en el bosque. Habría olvidado los detalles del diálogo que siguió si Alberto no los hubiese rememorado en años venideros una y otra vez, tantas veces, no sé si para reírse de mí, o para recuperar la ternura que le despertó mi confusión de esa mañana.

—Hablemos a la salida de misa. Voy a estar más despierta.

—Negra linda, no hay nada que hablar. Dame un abrazo solamente, con eso me doy por satisfecho —dijo sin perder la sonrisa.

—No te pongas melodramático, Alberto. No te va.

—Si quisiera ser melodramático hubiese escogido otra ocasión para proponerte matrimonio.

—¿Me estás proponiendo matrimonio, en serio?

—Sí, en serio y en broma y en cualquier forma que sea posible hacerlo. Te adoro, Julia, y lo único que quiero es casarme contigo —esta vez su semblante transmitía la seriedad debida a una proposición.

—¿Te has vuelto loco? Tengo veinte años apenas, ¿y tú quieres que me case contigo? ¿A estas horas de la mañana?

—A estas horas: vamos adentro y le pedimos al cura que nos case.

—Me refiero, tonto, a que me pides matrimonio a esta hora, antes de misa. No sé qué te bajó.

—El apuro más grande, la urgencia más espantosa, quiero tenerte a mi lado siempre, no puedo vivir sin ti,

mi negrita adorada —dijo con una sonrisa socarrona dibujada en el rostro.

—No me tomes el pelo, Alberto. No tengo humor para estas cosas. Vamos a llegar tarde a misa. Déjate de tonterías.

Alberto me tomó de la cintura, y desde abajo, como si ascendiera hasta mis labios elevados, me besó con un temblor en el cuerpo. Me escurrí de su abrazo y caminé decidida hacia el frontispicio de San Francisco. Cuando entramos en la nave penumbrosa, dejé caer mi velo como una invocación de orden.

La misa había comenzado. Nos sentamos en las últimas filas. No lograba escuchar al sacerdote. Recuerdo las angulosas cabezas de los hombres y la caída de los velos traslúcidos de las mujeres, en una larga secuencia hasta los pies del altar. Todos iguales, como si formaran un regimiento. Deseaba seguir el rito, pero mis ojos vagaban entre los rostros de los santos y clérigos pintados en los grandes cuadros coloniales que flanqueaban la nave. Escrutaba sus expresiones cercañas al éxtasis y al martirio y sus lágrimas de sangre y la tortuosa expresión de sus manos alzadas al cielo. Me sentía mareada. En su vagar mis ojos se encontraron con el perfil de Alberto. Fue como despertar de una pesadilla. Ahí estaba, con toda su confianza en la vida brotando de sus ojos, enmarcados por una expresión profana, más allá del mundo de los sacrificios. Ahí estaba, habitado por la alegría de su proposición, con el día por delante, con la vida por delante. En ese momento supe que me casaría con él.

Al llegar el Agnus Dei sentí a Alberto moverse junto a mí. Yo rezaba de rodillas, con mi frente apoyada en la cúspide del triángulo formado por mis antebrazos. El velo me impidió indagar la causa. Una mano intrusa depositó una cajita de terciopelo azul justo en la caída vertical de mi mirada. En su interior, un anillo corona-

do por una piedra iridiscente ofendía con sus destellos la atmósfera recogida. Esperé hasta el alzamiento, tomé la caja y me la eché al bolsillo. La señora a mi lado vigilaba de reojo. Reprendí a Alberto con un golpe de vista. Me tomó de la mano y dijo en voz alta:

—¿Vamos a comulgar, mi negra?

Las personas en la fila delantera giraron sus cabezas, ofendidas por el vozarrón.

—Alberto, por favor cállate —dije en un susurro metálico.

Los fieles —me gusta esta palabra— iniciaron su marcha hacia el altar. Nos unimos a la fila. Posó una mano en mi cintura mientras avanzábamos y me murmuró al oído:

—Negra, te quiero más que a nada en el mundo. Cástate conmigo.

Me sentí diferente, dueña de mis miembros y de mi destino. Él y yo brillábamos como esa piedra lo hacía en medio de la oscuridad que emanaba de las paredes de adobe. La conciencia de las fronteras de mi piel me infundió una inesperada sensación de libertad. Ya no era una mujer más en esa fila. Hasta el día de hoy no me explico mi reacción, pero en el recuerdo permanece como una demostración de independencia. Me detuve, giré hacia Alberto, saqué el anillo de la cajita, me lo calcé en el dedo anular de la mano derecha y dije mirándolo a los ojos:

—Me voy a casar contigo y voy a estar a tu lado.

Luego me levanté el velo y nos besamos. Los feligreses pasaban en dirección al altar, remarcando su rechazo con una leve exageración de los movimientos. Contuvimos la risa. Ahora mi voluntad se unía a la suya. Me tomó de la mano y caminamos hacia las antiguas puertas de madera, arrastrando a nuestro paso un sinnúmero de miradas reprobatorias. Salimos a la luz. La salmodia se apagó a nuestras espaldas. Junto a ese hombre podría formar una familia feliz, de eso no había dudas.

La imagen del pórtico de una iglesia me trajo a la memoria las salidas de misa de doce en la parroquia de Vitacura. Mientras Alberto y yo saludábamos a vecinos y conocidos, Teresa se reunía con sus amigos y amigas del coro —su natural afinación y su bello timbre de *mezzo* la habían convertido en la primera voz— en el pequeño parque contiguo al desangelado edificio. La veía por lo general conversar con los hombres del grupo. María del Pilar en cambio se reunía con su pandilla de amigas y los hombres de su generación no osaban acercarse. La llegada de la juventud había surtido un efecto prodigioso en María Teresa, sus rasgos confusos habían dado paso a un conjunto de facciones llamativas, como si la distorsión anterior hubiese sido tan sólo el estado intermedio de una obra inconclusa. Su sensualidad ofendía mi pudor. Cada vez que estábamos en un lugar público, deseaba que nadie se fijara en ella. Su parecido con mi madre era evidente. Lucía la misma figura coqueta, aunque sus gestos le conferían un aire más provocativo. Colaboraban sus grandes ojos color miel y sus labios rebosantes. El resultado prolongaba en mí la sensación de lidiar con una naturaleza ajena. Ninguno de estos pensamientos permanecía en mi conciencia más de un segundo, pero claramente ejercían su influjo. Alberto me había expresado en dos o tres ocasiones su satisfacción porque nuestra hija se había transformado en un cisne, pero aún criticaba su falta de recato. Había una excepción. Cuando cantaba ejercía un admirable control sobre su voz. La voluptuosidad parecía caer presa

tras las líneas del pentagrama. Alcanzaba las notas con finura y sabía dar con la justa línea de la melodía. Nuestros vecinos nos felicitaban al terminar la misa y nos llenaban de halagos por tener una hija talentosa. Cada vez que enfrentábamos esta situación, escrutaba a Alberto para saber si su secreto rechazo disminuía gracias a la admiración de los demás. Pero no había esperanzas. Alberto interpretaba el canto de María Teresa como una manera más de llamar la atención. También en mi caso, el pudor ofendido prevalecía. Desde lo alto de las escaleras de la Iglesia, mientras recibía una felicitación tras otra, la veía hablar con un joven moreno, educado en la humilde escuela parroquial, contoneándose como si se ofreciera en la calle. Y observaba a ese joven ir tras ella como si lo llevara de una correa. Lo imaginaba acezando —me horroriza mi propia morbosidad— cuando mi hija lo miraba a los ojos y descargaba sobre él una de sus carcajadas. Cómo hubiera deseado velarla a la mirada de los demás.

Hace algunos años me contó, en una de sus rabietas, que ese joven fue su primer hombre. Quizá sea una invención, ideada con el solo afán de atormentarme. En dos ocasiones se entregó a él, me aseguró, entre los matorrales del jardín. Domingo en la tarde, después de misa, mientras nosotros dormíamos siesta y sus hermanos no estaban en la casa. Quisiera acallar esas palabras que aún escarban en mi cabeza.

No creó que un romance de su hermana, a María del Pilar le pasara inadvertido. Me he sentido tentada de preguntarle, pero me niego a dar la impresión de ser una vieja que se interesa en el pasado sexual de sus hijas. Si Pilar se enteró, seguramente no dijo nada por temor a la reacción de Teresa. Mi hija inspira miedo en los demás. La virulencia de su temperamento se presente, es casi palpable. Enfrentarse a ella no es un

asunto trivial; le gusta hacer su voluntad y al oponérsele hay que reunir fuerzas para resistir la constante amenaza de una venganza. De joven ella me temía y evitaba descargarse conmigo. Tampoco Alberto era un hombre pacífico; su violencia no era menos aterradora que la de Teresa. Ella se ha encargado de recordármelo a menudo, “el papá me pegaba antes de saber por qué lo hacía y usted se quedaba callada. La única diferencia entre él y usted es que él se atrevía a pegarme, a tomar la responsabilidad por los golpes, en cambio usted no”. Sus acusaciones de ser una niña golpeada me parecen excesivas. Alberto le pegó unos cuantos correazos, es cierto, pero no con la saña y la habitualidad que ella asegura. Cada uno de esos correazos ha vuelto al mundo transformado en un látigo de palabras hirientes. Las armas de Teresa han sido otras armas, armas de mujer. Hasta hoy sus invectivas restallan en mis oídos, como si nunca hubiera dejado de estar en guerra, y aunque no ha sido capaz de destruirme, me ha lacerado una y otra vez. Mi defensa ha sido permanecer callada durante sus arrebatos, en los cuales se entremezclan verdad y mentira, realidad y mito, una mitología familiar que ella ha creado en su cabeza y que la ha acompañado, e incluso ayudado, en sus años de adultez. Al callar, la desarmo, no halla el combustible necesario para continuar explotando en cadena hasta caer ella y yo exhaustas. Mi silencio concede y niega, acepta y rechaza, no protesta pero tampoco se somete. Para ella no existe otra visión que la suya e intentar un cambio en su punto de vista es impensable, se desmembraría la historia fundacional de su vida, se quedaría sin malquerencia y sin enemigo. Cuando deja de gritar, surge en ella una mezcla de alivio y de arrepentimiento; y me pide perdón y llora y pasamos juntas tardes enteras en la salita, diciéndonos cuánto nos queremos. Y yo la perdono, y ella me perdona, a

pesar de habernos inferido tanto daño. Tengo clara conciencia de mi delito y no me queda más que aceptar la pena. La condena de un hijo no tiene apelación.

En su último año de colegio, Teresa expresó su deseo de estudiar canto clásico. Este anuncio puede sonar como una excentricidad, pero dentro de la historia de la familia era un camino tan posible como cualquier otro. Mi padre era un amante de la ópera —de joven compraba asientos en la galería del Municipal para asistir a los estrenos y asomaba su cabeza desde las alturas, como si fuera una más de las estatuas barrocas bajo la cúpula— y mi hermano Joaquín había acumulado una de las colecciones de *long-plays* de canto clásico más grande del estado de Arizona, al punto de ser el anfitrión de un programa semanal de *Bel Canto* en una radio de la ciudad. Me alegró constatar el influjo de la sangre.

En nuestra casa la cultura operática era escasa. La Tere y yo cantábamos juntas ciertos fines de semana, pero no nos aventurábamos a ensayar una pieza del repertorio clásico. A lo más y sólo de vez en cuando, en mi escritorio, yo escuchaba un disco de arias a solas. No podía arrogarme por tanto el florecimiento de esa vocación en mi hija.

Aparte de su bella voz y de su sedosa pronunciación del italiano, aprendida durante los siete años de clases particulares con la puntillosa señora Moroni, su modo histriónico contribuía a la fantasía de verla convertida en una diva. Su figura era la más evidente carta de presentación. Recuerdo que me lo dijo una tarde de su último año de colegio, mientras esperábamos ser atendidas en la peluquería. Le propuse que fuéramos a conversar con la directora de la Escuela Contemporánea de Música, la señora Sara Fischer. Había sido mi profesora de piano durante unos años y yo la conside-

raba una mujer sabia y adelantada a su época. Sin duda nos daría un buen consejo.

La señora Fischer había nacido en Viena a principios de siglo, en una familia burguesa de origen judío, de alta cultura, donde fue educada desde niña para ser pianista. Después de la Primera Guerra, en la cual perdió a su padre y a su único hermano, se hizo conocida en los círculos musicales por su particular sensibilidad para interpretar a ciertos autores, en especial a Schubert. Tuvo una hija a los veinticinco años, a causa de un desliz con un director de orquesta. Su fama fue creciendo hasta que a los treinta era una de las intérpretes más reconocidas de Europa. En esa auspiciosa época de su vida se vio enfrentada a la creciente influencia nazi en Austria y al aumento de la presión segregacionista sobre el pueblo judío. Debido tal vez a la marca que dejó la guerra en su espíritu adolescente o a un visionario sentido de supervivencia, tomó a su madre y a su hija y se embarcó, en el mismo puerto genovés de mis antepasados, en un barco que la trajo a Chile, el lugar más alejado de los nazis. La Segunda Guerra y el Holocausto le dieron la razón. Su carrera se arruinó y no tuvo el menor interés en recuperarla. Nada la convencería de volver a Europa, aunque fuese a enseñar. A pesar de la pobreza cultural, este país le ofreció una sensación de seguridad que nunca más volvería a experimentar en suelo europeo.

Vivía sola en una casa junto a la escuela, enseñaba a sus alumnos con mano dura y su conversación demostraba una cultura inalcanzable para una mujer chilena. Su escritorio, salón, living, o como quiera que se llamara ese espacio medio piso bajo el nivel del suelo circundante, que contaba con ventanas altas en todo su perímetro para recibir luz natural, se hallaba rodeado por una biblioteca colmada de libros en inglés, en alemán,



en castellano. Centenares de ediciones de música ocupaban una porción importante. Nos recibió sumida en un bergère tapizado en gamuza. Era una mujer pequeña, enjuta, con la piel marcada por arrugas profundas. En su rostro se delineaba un perfil sémita venerable. Vestía con severidad: esa tarde llevaba un beatle negro y unos pantalones de franela gris. Su pelo encanecido lo usaba corto y peinado hacia atrás. Bajo sus ropajes se adivinaba un cuerpo fibroso, o tal vez esta impresión se debía al paso decidido con que entraba a la sala donde me había impartido clases. Recordar su manera de moverse me llevó a creer que la disciplina judeo-europea que la señora Fischer imponía a sus alumnos podía ser un aporte a la formación del carácter de mi hija. A medida que la idea se asentó en mi mente, se fue transformando en una solución brillante, una salida inesperada que nos concedía el destino. Agradecí en secreto a Dios.

Seis años de estudio, tres años de formación musical como su alumna —lo que Teresa sabía eran sólo rudimentos— y luego tres años con una maestra de canto, una mujer que de vez en cuando asumía roles protagónicos en el Teatro Municipal. “Después —dijo—, para llegar a ser una cantante a cabalidad, tendrá que salir a estudiar afuera con algún maestro de canto renombrado; conozco personalmente a varios, que aparte de enseñarle, la pondrían en contacto con el ambiente operático, que es del tamaño de una nuez. Estudiar en Chile, para luego cantar en el Municipal, no vale el esfuerzo. Si se va a casar y tener hijos, mejor que estudie otra carrera”.

Imaginar a mi hija viajando sola por el mundo me desalentó. Quise salir de ahí cuanto antes. Me volví hacia Teresa y sus ojos se hallaban posados en frau Sara como si fuese una aparición divina. Me obligué a imaginarla de veintitrés años, independiente, una mujer capaz de enfrentar el desafío de vivir lejos, en busca de su

realización. No confiaba en Teresa, ni de diecisiete ni de veintitrés; Europa... Milán, Viena o Zurich, daba lo mismo, sería su perdición. No conocía la disciplina personal. La señora Fischer era una gran maestra en este sentido, pero no lograría en tres años, seis horas al día, lo que yo no había conseguido en diecisiete a tiempo completo. ¿Y la idea de no casarse? Era demasiada carga para mí. No concebía la vida de mi hija como una mujer soltera.

—Hay cantantes casadas, ¿no es cierto?

—¿Entre las más prestigiosas? Casi todas solteras o separadas. Las que permanecen casadas se lo deben a un matrimonio tardío, cuando ya están dispuestas a hacer concesiones en su carrera y los maridos concesiones en el matrimonio. Un cantante de ópera es un nómada que habita en una tienda de partituras. No necesita mucho más que el amor del público.

—¿Y no le parece posible que Teresa estudie los seis años aquí y luego decida qué prefiere?

La señora Fischer me fulminó con la mirada, como lo hacía cuando equivocaba una nota. Permaneció callada un instante, se miró sus bellas manos, ennoblecidas por los relieves que trae la vejez, y dijo:

—Son demasiados sacrificios para que sea sólo una entretención. No sé si me interesa una alumna que venga a pasar el rato. Para cantar se necesita amar la música más que a nada y a nadie. Si el espíritu flaquea, la voz se apaga, es tan sencillo como eso. Debe considerarlo antes de inscribir a su hija en el programa. No creo que su intención sea hacernos perder el tiempo a ella y a mí. Si la idea es darle un pasatiempo, que venga en las tardes a las clases de música y luego de solfeo, dos horas a la semana, eso bastará.

—A mí me gustaría como una carrera, mamá —dijo Teresa.

—A ver, niña, toma esa guitarra y canta algo, algo que te guste, que creas que te sale bien.

La comunicación directa entre ellas me alarmó, las cosas iban más rápido de lo deseado. Teresa cantó una de sus canciones favoritas de Domenico Modugno, "*Che sarà della mia vita*".

—Tienes un bonito metal de voz, de eso no hay duda, pero cantas como una campesina. Seis años, seis horas al día y seguirás siendo una aprendiz, ¿estás dispuesta?

Teresa se quedó pasmada ante la falta de delicadeza de la señora Fischer y no contestó.

—Cuando tú y tus padres lo tengan claro, vuelve a hablar conmigo.

Convencer a Alberto de que sería un buen camino no fue tarea fácil. Cualquier alternativa a la universidad le parecía insuficiente. Las calificaciones de Teresa no alcanzaban para una buena carrera, a lo más podía aspirar a estudiar alguna pedagogía, carreras que Alberto igualmente miraría en menos. Desde mi sesgado punto de vista, más que estudiar, Teresa necesitaba adiestramiento. Mi apuesta era que recibiría una educación ejemplar y con el paso de los años un hombre hecho y derecho la encauzaría en una vida de familia. De esta forma, su amor por el canto pasaría a segundo plano y se quedaría con lo mejor de ambos mundos. La elección de ese hombre era el último y mayor desafío que debíamos enfrentar como padres.

Luego de continuas disputas, Alberto cedió ante mis argumentos, animado por el rigor y la alta exigencia del curso. Él deseaba tanto como yo que Teresa se empapara del disciplinado carácter de la señora Fischer.

En nuestra segunda visita, la señora Fischer le indicó a María Teresa una serie de lecturas previas. Exigió, además, que tomara de inmediato lecciones particulares de teoría musical con alguno de sus ayudantes aventajados. Sus futuros compañeros contaban con una preparación anterior.

Mantuvimos una larga plática. Su cultura me cautivó más a mí que a María Teresa, que a veces perdía el hilo de la charla de la señora Fischer en torno a la historia del canto clásico y sus diferentes expresiones. Pude intuir que mis preguntas la complacían, como si hubiera encontrado una interlocutora intuitiva, a pesar de mi ignorancia, que en cuanto al canto no llegaba a asquear a un conocedor.

—¿Quisiera usted venir los miércoles en la tarde, a las siete? Nos reunimos con unas amigas, para conversar de cosas que nos interesen.

—Sí, claro, me encantaría —respondí sin meditarlo. Esa respuesta me traería problemas con Alberto, a él le gustaba que lo esperase en la casa, pero la sensación de privilegio me colmó.

—Bien, venga el miércoles. En este momento estamos leyendo "*Residencia en la Tierra*", de Neruda.

Gracias a Dios, yo había leído ese libro y lo había comentado con una amiga, profesora de castellano. A tal punto llegaba su admiración que mantenía un ejemplar en la cartera y me leía pasajes cuando consideraba que el momento lo merecía.

—Será una buena excusa para releerlo. Para usted debe ser difícil leer poesía en castellano, ¿no?

—No crea. Mi castellano sufre un horrible problema de pronunciación, hay ciertos sonidos que no me fueron dados al nacer. Pero gozo tanto de los libros escritos en castellano como en alemán.

De esta forma comencé a participar en las reuniones de frau Sara, a quien, después de un par de miércoles, llamé simplemente Sara. Las demás participantes correspondían a un tipo de mujeres que no me tocaba frecuentar. Una de ellas era arquitecto y se dedicaba al paisajismo con tal rigurosidad que dejaba perpleja a cualquiera como yo, una humilde amante de su jardín. De ella aprendí ciertos conceptos de historia del paisaje y flora nativa. Me asombraba su capacidad de pensar por sí misma, más allá de lo que decían los libros o de lo que era “correcto” opinar. Otra mujer que llamó mi atención fue una joven intérprete de violín. Su belleza relucía en medio del ambiente sobrio del salón. De su rostro alargado surgía cierta calidad angélica. La recuerdo en su delgadez nada exagerada. Se sentaba en lo alto de una pequeña escalera de biblioteca que tenía Sara, y desde ahí hablaba de vez en cuando, sólo para anotar la pasión artística del autor o la calidad única de la obra.

Sara llevaba el ritmo. Su capacidad de dar cierto orden y sentido a la conversación era tan admirable como su conocimiento de los autores y sus obras. De ella emanaba una forma de autoridad que me hacía caer en un estado hipnótico del cual no salía hasta que regresaba a casa y la fachada me traía de golpe a mi realidad cotidiana y sus menesteres. No había lagunas en mi concentración durante las sesiones. Cuando me aventuraba a decir algo, me dirigía a ella, con el deseo de arrancarle un gesto de aprobación. Había renunciado a mi propósito de llevar un registro —en la primera tertulia

hice aspaviento de mis habilidades taquigráficas—, con tal de ver cómo se expresaba, cómo movía las manos, la intensidad de su mirada al dar acento a alguno de sus comentarios. La consideraba una mujer bella, llena de una luz que deseaba absorber para irradiarla a los míos. Durante el resto de la semana esperaba con ansias el miércoles venidero. La echaba de menos, dialogaba con ella mentalmente, su manera de ver las cosas teñía mi razonamiento hasta el punto de estar dispuesta a renunciar a mi perfeccionismo en los afanes cotidianos. Ya nada era más importante para mí que leer acerca de los temas que tratábamos, fuese pintura, música, literatura; incluso discutíamos trabajos filosóficos que nunca me hubiese atrevido a abordar de no haber sido por el impulso de este grupo, que semejava una mente interesada en todo lo que cae ante sus sentidos y prosigue su avance con una determinación que no creía posible hasta entonces. Me gustaba llegar preparada a las clases, deseaba ser de algún modo el tomo abierto al cual recurriría Sara en caso de necesitarlo.

El año pasó rápido, como si les hubieran sustraído peso a los días, y cada vez me sentí más cerca de ella. Me dio acceso libre a su biblioteca. Iba a su casa, por lo general los viernes en la tarde, cuando terminaba sus clases. Estar a solas con ella en esa habitación me hacía sentir privilegiada. Con un vaso de pisco sour en la mano —“este trago tuvo alguna influencia en que yo me quedara en Chile”—, me daba nombres, relaciones, posibles lecturas de interés y en este paseo por la biblioteca sentía que me ponía por sobre las demás. Esos encuentros tenían un carácter más suelto, el pisco sour la volvía locuaz, menos académica, y su pensamiento vagaba de manera libre entre las ideas que alimentaban su concepción del arte. Me enseñó a mirar la tradición centroeuropea con otros ojos. A partir de la

música me mostró el desarrollo de las demás artes e hizo desaparecer el prejuicio de que lo alemán es rígido e ingenuo. Pensaba en ella y en nuestras conversaciones en cada recreo del día. Alberto se dio cuenta del cambio. Preguntaba a menudo sobre las tertulias, creo que con el fin de descifrar qué me desviaba de mis actividades acostumbradas.

Sara era atea —lo declaraba ante quien la quisiera escuchar— y nuestras lecturas no seguían el canon católico. Sin mirar en menos mis creencias, su pensamiento humanista, en el cual el Dios semita, el Dios único, sólo entorpecía la historia, me causaba la fascinación que debe provocar la primera novela romántica en una joven adolescente. Mi fe, forjada desde mi niñez a través del ejemplo y la piedad de mi madre, no estaba en juego, y por eso me permitía estos escauceos con el ateísmo. Me sentía una mujer de su época, que a pesar de sus creencias, se enfrenta con pensamientos antagónicos a los suyos y reconoce su contribución intelectual.

Poco a poco, Sara me abrió las puertas de sus afectos. Un día cualquiera, en una de mis visitas, me habló de su hija. A los dieciocho años había retornado a Austria para vivir con su padre. La extrañaba y le preocupaba que su matrimonio no fuera bien. Iniciamos un intercambio telefónico para hablar de cualquier cosa, o porque nos echábamos de menos cuando no podía visitarla. Era notoria su alegría cuando me encontraba en el marco de la puerta y cómo se esforzaba por hacer gratos los minutos con ella. Que una mujer de un espíritu tan alto y una sensibilidad tan acabada me demostrara su afecto, me llenaba de orgullo, aún más, me hacía pensar en un futuro distinto al que había imaginado por tanto tiempo.

Al final de ese año, cuando Sara partió a Viena por el verano a visitar a su hija, me sentí vacía como nunca antes y me di a pensar que había pasado largos años

igualmente vacía, sólo ocupada de atender la casa y a los hijos. Me hice el propósito de darles mayor atención a las cosas que me interesaban. Olimpia ya controlaba la rutina diaria. Continuaría con las reuniones a como diese lugar y tomaría clases de piano con la misma Sara, para recuperar la soltura que alcancé a tener en los dos años que me había hecho clases. Tomaría también un curso con María Luisa, la paisajista, acerca de flora nativa, en el Club de Jardines.

En mi interior creció un velado reproche hacia Alberto por someterme a la planicie de la vida familiar. Por supuesto, el argumento era insostenible; yo era la principal responsable de mi sometimiento. Me había dejado llevar por la costumbre y evitado mi encuentro cara a cara con la vida, con mis deseos. Constatarlo fue doloroso. Había hecho de mí una mujer ignorante. Ese verano en nuestra casa del lago Villarrica me rondó la depresión, disfrazada de tranquilidad. Mis hijos y mi marido no se percataron, no les di razón para preocuparse, a no ser por una o dos tardes en que invoqué una jaqueca para librarme de ellos y no acompañarlos a sus paseos a las termas de Palguín, del Huife o de Liquiñe. No cabían más palabras en mi cabeza, no soportaba más ruidos de motor, piedras disparadas a lado y lado por los neumáticos, deseaba estar sola y alentarme a pensar que se aproximaba una vida nueva al leer los libros de la gran literatura o al escuchar con placer alguna obra de Mahler. Pero no me podía engañar: no lograba mantener la concentración por más de una página y me dolía la cabeza al subir el volumen del equipo de música para distinguir los instrumentos. Soñaba, pero el sueño estaba lejos, y me inquietaba pensar que sólo volvería a disponer de esos bienes cuando Sara regresara.

Sara llamó desde París horas antes de abordar su vuelo de regreso a Santiago. Le ofrecí recogerla en el aeropuerto. Sabía de su fobia a los taxis. Cuando la vi aparecer en la puerta de Policía Internacional, se apropió de mí un sentimiento cercano a la desilusión. Esa mujer que se aproximaba entre taxistas que ofrecían sus servicios y las cabezas asomadas sobre las barreras en busca de sus conocidos, no alcanzaba la brillantez de la imagen que guardaba de ella. Se veía más pequeña, incluso algo encorvada, como si los años se le hubieran venido encima. Abrazarla, de todos modos, fue reconfortante. Su compañía me hacía falta, el temple de su carácter me hacía falta. Me volvería a sentir completa a su lado, contagiarme de su aplomo sería la cosa más sencilla del mundo. Cuando dejé su abrazo, me tomó de los hombros para mirarme con detención. "Estás un poco triste, pero más bella que nunca", dijo. Sus palabras me incomodaron, como si hubiera dicho una obscenidad. Creo haberle contestado que ella también se veía bien, para diluir su mirada que seguía cada uno de mis movimientos. Una vez en el auto, las noticias de su hija y su separación borraron por completo mi inquietud y me vi una vez más deslumbrada por su perceptiva inteligencia.

Al día siguiente me invitó a tomar una taza de té a su casa. Se veía repuesta y su cuerpo irradiaba el vigor acostumbrado. Deseaba entregarme algunos regalos. Primero, un par de libros de música que usaríamos en nuestras clases. Para ella, eran las mejores recopilaciones para mi

nivel. Luego un disco con la grabación de *Così fan tutte*, realizada el año anterior por la Ópera de Viena. "Una versión insuperable", afirmó. Otro de los regalos fue un perfume francés que compró en Orly, First, de Van Cleef and Arpels, el mismo que uso hasta el día de hoy. El último regalo era una gruesa pulsera de oro. Un violento golpe de pudor me hizo negarme. "No, Sara, es demasiado, no corresponde, debes conservarla para ti". Dejé el estuche encima de una mesita de luz y me apresté a salir.

—Me voy. Alberto llegará temprano. Gracias, Sara, no debiste traerme ningún regalo. No los esperaba —dije mientras reunía mis cosas. Sara caminó hasta la mesita, tomó el estuche de terciopelo negro y se interpuso en mi camino.

—Yo no uso joyas y este brazalete es para ti. Quiero que lo aceptes. Has sido una gran compañía y deseo agradecértelo. Antes me hallaba muy sola.

—Sara, es más de lo que puedo aceptar.

—Julia, por favor, me sentiría defraudada si no lo hicieras. Es la manera de expresarte mi cariño —dijo encañonándose con el estuche.

No tuve más alternativa que tomarlo, darle un beso en la mejilla y partir. Hasta hoy conservo el brazalete, guardado en un compartimiento secreto de mi joyero. Lo usé en dos ocasiones, cuando fui sola a casa de Sara a un cóctel y a una cena formal. Me hubiese avergonzado que Alberto lo descubriera. Nadie más que él, mi madre y algunos invitados a mi matrimonio, me habían regalado joyas. En realidad, ese brazalete excedía con mucho la idea que yo le había dado a Alberto de mi amistad con Sara. Para él era una profesora de música y poco más, lejos de ser mi mejor amiga o la persona más cercana a mí en esos días.

Inicié mis clases de piano los lunes en la tarde, y continué con las reuniones de los miércoles y mis visitas a

su biblioteca cada viernes. Me fue volviendo el alma al cuerpo, como si junto a Sara pudiese mirar el futuro desde la única perspectiva que me complacía. Deseaba alcanzar lo mejor de mí misma. Mis manos corrían más rápido sobre el teclado y mi mente se llenó de conexiones entre los temas que nos deteníamos a tratar.

La navidad anterior, Alberto nos había regalado un bello piano vertical, enchapado en raíz de caoba. Ver a Teresa trabajar en las tardes, enfrentada a una partitura, era un cuadro esperanzador. En varias oportunidades me pidió ayuda con sus ejercicios. Continuó ensayando guitarra. La señora Fischer —así la llamaba— la había alentado a seguir con ese instrumento y le daba ejercicios especiales. Además, le había recomendado que comenzara a tocar una guitarra de doce cuerdas.

Sara no hablaba conmigo al respecto. Pensé que en cierto modo dejaba un camino abierto para que Teresa tuviera una salida distinta a convertirse en cantante de ópera. Y pensé que lo hacía por mí. En varias oportunidades le había hablado de mis aprensiones, aun cuando Sara había debutado en el Festival de Salzburgo a los veinte años y a los treinta se había venido a Chile, dejando atrás su consagrada carrera como concertista, a cargo de una hija y una madre de carácter débil. Me escuchaba y me daba en el gusto diciéndome que comprendía la diferencia entre el caso de Teresa y el suyo, y que tenía conciencia de sus problemas de personalidad.

A finales de ese año, Sara me citó a una reunión formal para hablar de Teresa.

—¿Tienes algún problema con ella? —pregunté de inmediato, alertada por el tono de su voz.

—Ven con Alberto, por favor.

—Sara, me estás asustando.

—Ven y no te asustes.

Que Alberto y Sara se encontraran no era de mi agrado. Eran los dos extremos de mi abanico. Llegamos ese jueves a las siete como Sara nos había pedido, y nos hizo pasar a un salón desprovisto de todo ornato. Los muebles flotaban en el brillo del parquet. Hacía calor. Fui hacia una de las ventanas y dejé entrar el aire de la tarde.

—Alberto, es un gusto conocerle —dijo Sara.

—Igual para mí. Se podrá imaginar cuánto me ha hablado Julia de usted.

—No, no me imagino —respondió ella con un gesto interrogante en el rostro.

—¿Quiere que le repita los halagos?

La impertinencia de Alberto me despertó de mis preocupaciones y me hizo percibir la tensión que existía entre ellos.

—¿Me halaga? Es bueno saberlo —dijo volviéndose hacia mí.

—Háblanos de Teresa —dije para cortar esa peligrosa línea del diálogo.

—Bien —dijo Sara y se acomodó en el asiento, un gesto inusual en ella—. Teresa ha mostrado avances en cuanto a los estudios de música. Es destacable su empeño, en esta etapa muchos alumnos desertan. Piensan que estudiar canto o tocar un instrumento es sólo tocar y cantar, poco trabajo y nada de teoría. Lamentablemente, ha demostrado ser una alumna conflictiva. Sus tres compañeros de curso, una mujer y dos hombres, me han asegurado que si ella sigue en el curso el año próximo, se retirarán. Vinieron los tres a comunicármelo hace unos días.

—No puede ser —dije sin pensarlo y me llevé una mano a la boca. Alberto permaneció en silencio y yo creí oír en mi cabeza un “te dije”.

—Su molestia —continuó Sara— es porque Teresa es intrigante. Ellos aseguran que habla a sus espaldas, que

ha tratado de enemistarlos a unos con otros. Incluso me contaron que alardea de la amistad que tenemos con Julia y que asegura escuchar de mí comentarios negativos acerca de ellos.

—Sara, perdona —me apresuré a decir—, yo debí suponer que Teresa te daría problemas. En el colegio sucedía lo mismo.

Ya no deseaba luchar; cuando pensábamos que habíamos encontrado el camino, se cerraba una vez más ante nosotros, como si la misma Teresa se empecinara en destruir todo futuro posible. Ese día me sentí envejecer de golpe.

—¿Usted qué sugiere? —preguntó Alberto, en un tono de voz neutro, que trasuntaba respeto, como si estuviera hablando con un igual.

—No puede seguir en el curso, desde luego. Ella también traicionó mi confianza al poner en mi boca palabras que no dije. Es difícil para mí educar a una persona en la cual no confío. Tampoco me es posible darle clases privadas, no tengo tiempo. Existen dos alternativas: que siga el curso con otro de los profesores de la escuela; hay uno disponible, Rodolfo Averill. La otra es que intente ingresar al conservatorio de una universidad. Con la instrucción que ha recibido creo que no tendrá problemas. Si quiere mi opinión, la segunda es la mejor alternativa. Ella debe aprender a convivir con otros. Si no, no va a llegar a ninguna parte.

—Así se hará —sentenció Alberto.

—Por Dios —dije en un quejido—, mi hija nunca nos va a dar tranquilidad.

—No es para tanto, Julia —intercedió Sara con expresión seria y optimista—, estas cosas suceden entre los adolescentes. No se ha acabado el mundo y ella sólo tiene dieciocho años. Ya verás cómo sale adelante.

Sus palabras de aliento me provocaron indignación.

Era fácil decirlo mientras se sacaba el problema de encima. Me dio un abrazo. "No te preocupes, Julia, las cosas suceden por algo". No respondí. Una vez afuera, Alberto comentó: "Qué bonita es la escuela, ¿verdad?", y salió a la calle silbando.

Me sentí traicionada por Sara. Expulsar a Teresa del curso de un día para otro sin habérmelo advertido, sin darme la posibilidad de intervenir, además de inesperado, iba más allá de mi manera de entender una amistad. Teresa estaba destrozada, no salía de su cuarto, no deseaba hablar conmigo. Si hacía el intento de preguntarle qué había sucedido, sufría un acceso de llanto y gritaba: "¡No sé!". Sentí un dolor inmenso por ella. Era víctima de sí misma, pero no podía dejar de pensar que Sara compartía parte de la culpa. No se jugaba así con los sentimientos de una alumna, menos cuando es hija de una amiga supuestamente tan querida. A pesar mío, como un gesto de solidaridad hacia Teresa, quizá como una forma de autodefensa, decidí no asistir más a las reuniones ni a mis clases de piano. Si expulsar a mi hija había sido un mero trámite, para mí era igualmente sencillo cortar mis vínculos con ella. Será estricta, tendrá otras costumbres, me decía, pero nada justifica su comportamiento. Ver a mi hija desesperada ante un sueño hecho añicos me infundió los ánimos para sacrificar los bienes con que Sara me rodeaba; primero mi familia, de eso no tenía dudas. El día menos pensado me sacaría también a mí de su vida con igual desenvoltura. Llamé a la secretaria de la escuela al día siguiente de nuestra conversación con Sara, le informé que suspendía mis clases y con un junior de la fábrica envié un cheque por lo que debía. Esa misma tarde, recibí una llamada de Sara:

—Debo conversar contigo.



—No creo que sea necesario, Sara. Dejémoslo así.

—¿Qué vas a dejar así? —replicó en un tono agresivo y a la vez desesperado—. Ven a las ocho, te espero —concluyó imperativa.

Medité sobre la conveniencia de ir. ¿Cómo contener las recriminaciones que se agolpaban en mi garganta? ¿Cómo hablar si lo único que deseaba era gritarle a la cara que era una vieja sin alma, cuyo único principio era el orden y su ridícula ética docente? Deseaba insultarla: vieja, judía, amargada, seca. Tuve el impulso morboso de ir a su casa. Oiría sus explicaciones y le enrostraría que hay bienes superiores, como la lealtad, el primero de todos cuando se trata de una amistad genuina. No me quedaría tranquila si no teníamos una última conversación. Seguir adelante sin haber cerrado este capítulo, me haría sentir débil y acobardada.

Una tenue luz subsistía en la mesita junto al bergère que cobijaba el descarnado cuerpo de Sara, y un par de focos periféricos insinuaban secciones apartadas de la biblioteca. Yo me senté en la plataforma superior de la escalerilla de tres peldaños, donde acostumbraba a sentarse la violinista. Ella habló primero:

—No sé por dónde empezar, Julia. Me perdonarás, estoy confundida. No sé si pedirte que me expliques la razón de tu comportamiento o justificar el mío. En todo caso, creo entender lo que te sucede.

—¿Lo entiendes ahora y no el día que decidiste expulsar a Teresa?

—No me ataques, espera a oír lo que tengo que decirte.

—A mí me gustaría escuchar lo que me interesa, nada más.

—Los problemas con tu hija se arrastran desde comienzos de año. No había pasado un mes y ya se había acercado cada uno de sus compañeros a conversar con-

migo —no me miraba a los ojos, movía sus dedos nudosos como si los ejercitara antes de acometer la ejecución de una pieza de piano—. No se avenían con el carácter de Teresa. Los tres son personas reposadas y metódicas, enamorados de la música. Hice un esfuerzo especial para estimularla, para que cambiara de actitud, tuve conversaciones con ella. Por ninguna alumna he realizado un esfuerzo igual. Si hubiese sido otra persona, la habría expulsado antes de finalizar el primer semestre.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? Teresa no me contó nada —mi voz era plana, el tono reprobatorio, la pronunciación cortante.

—Porque estoy convencida de que hubiese sido inútil, incluso creo que habría empeorado las cosas —afirmó mientras sacaba un Gitanes y lo encendía.

—¿Y quién te dio la atribución de juzgar qué es mejor para mí y para mi hija?

—Yo puedo juzgar lo que es bueno para una alumna —respondió con firmeza lanzando una nube de humo y arrellanándose en el sillón—. Si Teresa no es capaz de hacerse de una disciplina propia, nunca llegará a ser una buena intérprete.

—Estoy hablando de que te has atribuido una autoridad respecto a ella que no te corresponde. Es mi hija, en primer lugar, y al menos deberías haberme advertido para que yo no me enfrentara de golpe a su expulsión.

—Si te ponía en alerta, ibas a entrar nuevamente en el círculo vicioso en que estás metida. Ella hace las cosas para desafiarte, porque sabe que tú estás ahí para ponerle sus límites. Necesita crear sus propios límites, no los tuyos, no los de Alberto. La expulsión es su responsabilidad, de nadie más.

—¿Y quién te crees para venir a decirme cómo debe funcionar mi familia? En verdad, Sara —dije acaloradamente—, eres más arrogante de lo que nunca pensé. Y

menos sensible: no sabes lo que es la amistad, no tienes la menor idea de qué se trata.

—Sé perfectamente lo que es. No tienes por qué ofenderme. Mi cariño hacia ti es más fuerte de lo que imaginas.

—No deseo imaginarme nada. Me basta con ver cómo actúas —dijé terminante, echándome la cartera al hombro para irme.

—Julia, por favor, no hagas esto, no caigas en tu propia trampa.

—Deja de hablar estupideces, mujer. Cómo te atreves. No soy una marioneta que necesita una guía de comportamiento.

Sara se levantó, vino hasta mí, su rostro y el mío quedaron a la misma altura. Me tomó la cabeza con ambas manos y dijo como si rogara:

—Lo hice todo por ti, Julia, por tu bien. Si te hubiera advertido, habrías pasado el año completo encima de ella. Al final ya no había remedio, y preferí decírtelo de una vez, formalmente; era lo indicado.

—Suéltame —le pedí, conteniéndome para no empujarla. Me tenía tomada de las sienes.

—Cálmate, Julia...

—¡Suéltame! —grité, y la hice a un lado de un matazo.

—Julia... —susurró mientras se recomponía.

Como si me lamentara, dije:

—Sara, por Dios...

Intentó tomarme una mano:

—Julia, debes perdonarme y también perdonarte.

Caminé hacia la puerta.

—Julia —la oí decir por última vez.

No me volví. El patio se hallaba inundado de aire frío. Recuerdo que dejé arrastrar mi mano izquierda sobre la hiedra que cubría el muro mientras remontaba la

escalera que conducía al jardín de la escuela. Una vez arriba me interné en la noche.

Fue la última vez que vi a Sara con vida. Seis años más tarde me enteré de su muerte por una nota en el diario. El velatorio se realizó en la sala de conciertos de la escuela. Había más gente de la que esperaba encontrar. Tres alumnos suyos, piano, violín y cello, interpretaban un trío de Schubert. Reconocí algunas caras. Me acerqué a la secretaria de la escuela. Tenía el rostro demacrado y hablaba sin convicción. Me informó que había muerto de un cáncer a los pulmones. Las feas coronas de flores reposaban en el suelo alrededor del ataúd, rompiendo la atmósfera limpia del lugar. En una banca, acompañada de dos mujeres, estaba la que presumí era su hija. Contra mi costumbre, fui hasta el ataúd que permanecía con la ventanilla abierta. La contemplé por largo rato. Aún en la muerte irradiaba determinación. Dejé un ramo de flores cortadas de mi jardín a los pies de la urna y me marché.



Al entrar a la universidad, Andrés experimentó un cambio físico notorio. Bajó entre siete y nueve kilos en menos de un semestre de clases. Sus ojos destacaron en el rostro. También su cuerpo fue adquiriendo una cualidad masculina que hasta el momento había estado ausente. Ver cómo su belleza se despejaba a la vista de los demás, me invadió el alma de temores. Yo conocía esa belleza, la intuía bajo la morbidez adolescente y temía que provocara pasiones que su carácter tierno y humilde no fuera capaz de sobrellevar. Era todavía un niño que se hacía del cuerpo de un hombre. Mis amigas me colmaron de elogios: "Si de niño parecía que iba a ser enano", decían, mientras Bruna —que lo adoraba— repetía una y otra vez: "Quién iba a pensar que mi gordito mateo se iba a convertir en un Adonis". Ahora que recuerdo esta etapa de Andrés, me doy cuenta de que mi reacción fue idéntica a la que tuve con mis demás hijos. Cuando comenzaban a convertirse en hombres y mujeres, se desataban dentro de mí los miedos a que la vida los hiriera. Como si el destino estuviera al acecho, esperando a que se aventurasen fuera de mi protección, para tomarlos de los hilos de sus debilidades y remecerlos como marionetas.

Las malas influencias de orden filosófico y religioso me tenían sin cuidado. A mi entender, Andrés era poseedor de una fe apasionada; en misa, sus ojos brillaban después de la comunión. En una carta, años más tarde, me contó que lloraba por ser como era, lloraba para rogarle a Dios que terminara con el tormento de

sus impulsos. Tampoco me preocupaba la aparición de compañeros iluminados que le vinieran con promesas de sectas u otras formas de pensamiento. En ese sentido, en mis hijos habita un espíritu antiguo, escéptico, a ninguno le vienen con cuentos.

Las influencias políticas habían sido abolidas por el golpe. Andrés entró a la universidad en 1974, cuando arreciaba la represión. La Universidad Católica fue intervenida y el rector nombrado por la Junta de Gobierno se deshizo del decano y los profesores de tinte izquierdista. Mi hijo se oponía al golpe y afirmaba que la dictadura militar sería peor que la supuesta dictadura comunista. Yo no tenía miedo en todo caso a que entrara en alguna organización clandestina o nada parecido. Lo suyo no era más que un juicio ético por completo alejado de cualquier principio activo.

Mis temores encontraban su cauce principal en el ámbito de las costumbres. Nada aseguraba que los hábitos de sus compañeros fueran semejantes a los suyos. En buenas cuentas el sexo, acompañado posiblemente de alcohol y drogas, era el causante de mis insomnios. Andrés era un ser influenciable, de modo que un compañero de fuerte personalidad y costumbres desviadas podía borrar de un plumazo los esfuerzos para conservar la pureza de su alma y de su cuerpo.

El cambio físico de Andrés fue acompañado por una transformación de su personalidad. Se le veía menos grave, compenetrado con sus estudios de arquitectura. Pronto iniciadas las clases, un sinnúmero de nuevas amistades coparon la línea de teléfono y comenzaron a pulsar el timbre de la casa. Desde que María del Pilar se había recibido no teníamos tanta actividad intramuros. Me hacía feliz tener la casa llena de gente joven. Me esmeraba preparando las mejores recetas de tortas, kü-

chen y queques. Deseaba ganarme a sus compañeros de estudio y así mantener a Andrés lo más cerca posible. Incluso convencí a Alberto para que le construyera un taller. Necesitaba tableros de dibujo y el único lugar donde podía trabajar junto a sus amigos era en la misma universidad. Alberto levantó en un costado del jardín, con maestros de la fábrica, un taller con espacio para cuatro tableros —también fabricados por él—, baño, mesones laterales, lavatorios para limpiar los lapiceros de tinta china, estantes, planeras y todo lo necesario. Por supuesto, el plano fue obra de Andrés. No creo que mi hijo haya sido más feliz en otro lugar que en ese taller. Llevó hasta una cama para dormir a cualquier hora cuando trabajaba en las entregas finales. Rodrigo, Eduardo y Angélica conformaban su pandilla. Su mejor amigo, diría, era Eduardo, pero tengo la impresión de que Rodrigo era el líder. Andrés me hablaba seguido de las cosas que éste hacía o decía y de la seguridad que demostraba en su visión de las cosas. Los proyectos que presentaba no eran necesariamente buenos o correctos, pero se destacaban por ser arriesgados y por apuntar a la transformación de sus puntos de vista en arquitectura. De Eduardo hablaba poco. Que era como él, tranquilo y trabajador, de una familia católica que vivía no lejos de nosotros, en un barrio llamado Jardín del Este. A veces nos encontrábamos con sus padres a la salida de misa de doce. Por último, la presencia de Angélica significaba una gran tranquilidad para mí. Era hija de unos conocidos nuestros y sus modales me hacían pensar que podría haber sido hija mía. Se vestía con moderación y se veía alegre la mayor parte del tiempo. Ella pasó a ser la garantía de que en ese taller no se estaba forjando un arma de perdición para mi hijo.

A principios del segundo año, Andrés me contó que él y Angélica habían comenzado a salir. La noticia me

llenó de alegría. Con ella a su lado, no tendría que preocuparme por las malas influencias. Mi única condición fue que no estuvieran solos en el taller. Con la compañía de Rodrigo o Eduardo no había problema. Era sólo por las apariencias. Angélica era una mujer que dado el caso se haría respetar y Andrés no era un muchacho insensato. Si se hubiese tratado de Juan Alberto, les habría exigido que dejaran de estudiar juntos. En su época universitaria, lo único que deseaba mi hijo mayor con respecto a las mujeres era meterlas a la cama.

Y caigo en un tema que fue enormemente desagradable para mí. El matrimonio de Juan Alberto. Tenía veintún años cuando dejó embarazada a su polola, Loreto Arriagada, de sólo dieciocho, recién ingresada a periodismo, compañera de curso de María del Pilar. Supimos del embarazo una tarde del verano de 1966 en Villarrica. Regresamos a Santiago de inmediato para hablar con los padres de Loreto. Formaban una familia tradicional, de costumbres anticuadas, cercana al naciente movimiento del Opus Dei. La idea de ser enjuiciados por el comportamiento de nuestro hijo me llenaba de rebeldía. No me parecía justo haber trabajado una vida entera para ser reconocidos como gente respetable y que todo se fuera a buena parte por una calentura juvenil. Alberto lo tomaba con una calma indignante, parecía sentirse orgulloso de que su hijo mayor hubiese seducido a la bella y aristocrática Loreto. A nuestro favor teníamos la notoria coquetería de niña presumida de la cual Loreto hacía gala en público. La manera de agitar su pelo, el aleteo de sus pestañas al hablar y la falta de pudor para vestirse —minifaldas, hotpants—, la delataban. Su descaro, disfrazado de caprichos infantiles, me escandalizó desde el día que la conocí, al punto de enrostrárselo a Juan Alberto en más de una ocasión. “Esa niñita no te conviene. Tiene la cabeza en cualquier parte, es una coqueta y pertenece a

una clase de gente que no va a dudar en tomarte en menos por ser descendiente de italianos”. Me contestó que no era asunto mío, que le gustaban las mujeres coquetas, que le fascinaba que fuera un poco loca y que lo mío era resentimiento social.

En casa de los padres de Loreto, un caserón estilo francés en el barrio El Golf, la empleada nos hizo pasar a un salón oscuro del que recuerdo estanterías repletas de libros y unas cortinas de terciopelo. Tuve la impresión de que todo estaba saturado de polvo. Los Arriagada nos esperaban sentados en unos sillones de respaldo curvo enjuncado. Él se puso de pie, nos saludó y nos llevó hasta su señora, que permaneció sentada con sus manos en descanso sobre las rodillas. Se veía pálida y la rigidez de su postura hacía pensar que realizaba un esfuerzo extremo para permanecer en ese sillón. Le pregunté si le sucedía algo. Se limitó a decir que estaba cansada. Era una mujer enjuta, alta, veinte años mayor que yo —Loreto era la menor—, y él era un hombre de contextura gruesa, de rostro bonachón, con la piel invadida de manchas ocasionadas por la edad. Muy a pesar suyo —ésas fueron las palabras del padre de Loreto—, pensaban que un matrimonio rápido era la única solución. Alberto y yo no estábamos seguros si debíamos forzar un matrimonio sólo por una cuestión de decoro. Tenía la seguridad de que esa mujer haría infeliz a mi hijo y eso era muchísimo más importante que correr un tupido velo sobre el asunto. A mi modo de ver el mal ya estaba hecho.

—Sí, tal vez... —dijo Alberto.

—No estoy segura —intervine.

—¿A qué se refiere? —preguntó la mujer, cuya voz apagada no se condecía con el gesto imperativo.

—Creo que son muy jóvenes, llevan menos de un año de pololeo y ni siquiera han terminado la universidad.

—Obviamente no es el escenario perfecto —dijo ella—, pero no veo otro modo.

—Pueden continuar como pololos si lo desean, esperar a que nazca el niño y en dos o tres años más decidir con madurez si lo que quieren es casarse.

El silencio que sobrevino y la censura en su mirada es el alfiler que mantiene fijo el episodio en mi memoria. Sin mover un solo músculo de su rostro, como si no hubiese escuchado bien, dijo:

—No le entiendo.

—Pienso que deberíamos considerar la posibilidad de que no se casen todavía —dije, afirmando el tono de voz.

Ella continuó en su posición hierática por un momento, luego se puso de pie con dificultad y salió del salón con paso tembloroso, sin mirarnos. Su marido, estupefacto como nosotros, inspiró profundamente antes de decir:

—Creo que será mejor que continuemos esta conversación en otra oportunidad.

Juan Alberto nos esperaba en la casa. Defendí mi posición con elocuencia. Desplegué ante él los escenarios posibles que se presentaban de tomar una u otra opción. Dentro de mí palpitaba la certeza de que esa mujer de apariencia inocente, era su enemiga; ella lo desviaría del buen camino y, sobre todo, lo haría infeliz. Iba a ser la madre de nuestro primer nieto, no había cómo evitarlo, pero eso no la exoneraba de su falta de principios. Antes de un año estaría metida en la cama con otro hombre. En el fondo, yo la culpaba de todo. A mí no me venían con historias de jóvenes ingenuas que creyeron que se trataba de un juego. Pamplinas. Una mujer puede meter a un hombre a la cama con una sola mirada. No al revés. Y se lo he dicho a mis nietas hasta el cansancio: "No se permitan un mal pensamiento ni siquiera con la mirada. Su cuerpo es templo del Señor y con él no se juega".

Juan Alberto me desarmó con su resolución:

—Me quiero casar.

—Hijo, no tienes por qué hacerlo todavía —dije intentando razonar con él—. Termina tu carrera y después decides.

—Estoy enamorado, mamá, y para Loreto es importante que nos casemos. Ella no me ha dicho nada, pero yo sé que es así.

—¡Cómo no va a ser importante para ella! Si te metió un hijo y no te diste cuenta —dije, sin disimular mi enojo.

—Fui yo quien la... No tengo por qué dar explicaciones. Me voy a casar y punto.

—¿Y de qué vas a vivir, se puede saber? —dije al tiempo que me ponía de pie y me plantaba ante él.

Alberto me tomó de un brazo para calmarme.

—Si ustedes no me ayudan, voy a trabajar en el taller mecánico del papá de un amigo. La familia de Loreto no tiene plata, la perdieron toda.

Le crucé el rostro de una bofetada.

—¡No tienes idea de lo que estás hablando! —grité—. Por una vez en tu vida deberías escuchar a tus padres. Nosotros sí sabemos.

—¿Sabes qué es lo que sabes?

—No se te ocurra faltarle el respeto a tu madre... —intervino Alberto.

—Sabes cómo ganarte el odio de un hijo —exclamó Juan Alberto saboreando las palabras. Luego salió.

Él no me odiaba por ese golpe, me odiaba hacía largo tiempo: era la oportunidad de enrostrármelo y oírlo decir no fue más que una confirmación. Soy el antagonista y él el mío, como quizá Alberto es el antagonista de María Teresa y no hay nada que pueda romper la polaridad. A pesar del amor y de los cuidados, a pesar de haber dado todo de mí por hacer de él un

hombre feliz y orgulloso, nunca me amó como su madre protectora, ni tampoco me concederá un espacio en su recuerdo. Creo que para él no he sido otra cosa que un ave rapaz empecinada en robarle su independencia.

El matrimonio se realizó dos meses más tarde, con la asistencia de las familias directas y nadie más. Argüimos que la situación del país no se prestaba para fiestas. Los casó el cura Pérez, bailé el vals con Juan Alberto y, cuando nació Alfonso, dijimos que había sido sietemesino y no permitimos visitas hasta dos meses más tarde. El pelo y las uñas ya no lo delatarían.

Mi madre afirmaba que la principal cualidad de Alberto, aparte de ser emprendedor e inteligente, era su amor por mí. "No sé, es una mezcla de adoración y respeto". Y estaba en lo cierto. Él me hacía sentir que mis opiniones sobre una u otra cosa tenían tanto o más valor que las suyas. En todo el desagradable asunto de los preparativos del matrimonio, confió en mí y se mostró de acuerdo cada vez que lo consultaba. Mi vestido de novia lo confeccionaría mi madre, nos casaríamos en la Gratitude Nacional, y mi padre, en un acto de generosidad inesperado, decidió que la fiesta sería en los salones del Hotel Crillón.

A dos días de la postura de argollas, la madre de Bruna se presentó en la casa de Ñuñoa. Era esa hora imprecisa después del almuerzo. Yo misma abrí la puerta. Quiso ver a mi madre de inmediato. Desde la escalera observé el apuro con que se sacaba los guantes y extraía los alfileres que adherían el sombrero negro a su peinado. Usó el espejo del sombrerero para retocarse. Mi madre se hallaba tendida en la cama leyendo una revista *Zig-Zag*. El sol de la tarde la rodeaba en la forma de polvo visible.

—Es la tía Aurelia, mamá.

—¿Aurelia? ¿Pero, cómo? No me llamó por teléfono antes de venir. Debe haber ocurrido algo grave —dijo mientras me lanzaba una mirada interrogante por encima de la revista. Yo me encogí de hombros.

—A mí no me pareció, pero se veía apurada.

—A ver, hija, ayúdame a arreglarme. Pásame ese chaleco y traé del baño un cepillo de pelo.

Cuando llegamos a la salita, tía Aurelia no se mostró afable como de costumbre. Me pidió que las dejara a solas. Pasaron al living. La elección del lugar denotaba que mi madre intuía cierta gravedad en el asunto. Camino a mi cuarto me invadió una leve desazón. La madre de Bruna era una mujer tranquila, dada a las largas tertulias, ofrecía el rostro y la sonrisa sin timidez, nada en ella haría esperar una actitud huidiza como la del vestíbulo, huidiza y desconfiada. Decidí llamar a Bruna para salir de dudas. Bajé una vez más las escaleras, con sigilo para que no pensarán que las espiaba, tomé el teléfono y marqué el número de cinco cifras. Bruna contestó la llamada.

—Soy yo —dije en el tono de voz menos resonante que pude dar—, tu mamá vino a conversar con la mía.

—...

—¿Me escuchas?

—Sí.

—Bueno, dime, de qué están hablando.

—No puedo decirte.

—¿Cómo?

—La mamá me prohibió decirte.

—Decirme qué, Bruna, por favor.

—Lámame después —dijo, y colgó.

De la sala provenían los tonos altos y bajos de la voz de tía Aurelia. Mi madre, por lo que alcanzaba a oír, permanecía en silencio. Mi corazón latía con fuerza. Todo me parecía ligeramente fuera de lugar. De pronto me vi como el acusado que no sabe que ya todo el mundo lo ha condenado. Fui a la cocina en puntillas, me serví un vaso de agua y permanecí ahí sentada, frente a la mesa central, cuya pintura blanca había tomado un color cremoso. De la pieza de servicio provenían los ronquidos entrecortados de Claudia. Su abandono me sirvió para tranquilizarme. Tal vez se trataba de un asun-

to privado de la familia Orsini y preferían que yo no me enterara para no aguar mi postura de argollas. Una cosa estaba clara, llevaban más de quince minutos en el salón, por lo tanto el apuro de tía Aurelia no había sido otra cosa que una muestra de nerviosismo.

—Señorita Julia, ¿qué hace sola en la cocina?

Era Claudia oliendo a rosas.

—Estoy esperando que la mamá termine de hablar con una amiga.

—¿Está todo listo para el sábado?

—Sí. ¿Te probaste tu delantal nuevo?

—No sabe lo bien que me veo. Lo único fome es que la señora Victoria me mandó a quedarme en la cocina. Me gustaría servir y así ver a los invitados.

—No te preocupes, Claudia, yo misma vendré a buscarte para que saludes y conozcas a la familia de Alberto.

—Uuuuy, si son todos tan buenos mozos como él, me va a dar un síncope.

En ese instante vi salir a mi madre y a tía Aurelia del salón rumbo a la puerta. No se despidieron con un beso en la mejilla. Temí que hubieran tenido una disputa. Mi madre caminó hacia la cocina a paso lento. Estudiaba sus uñas, como si tuviese que decidir si hacerse o no la manicure para la ceremonia. Llegó hasta nosotras y dijo, como si se tratara de la cosa más natural del mundo:

—Tu tía Aurelia vino a decirme que Alberto es conocido en la colonia italiana por ser mujeriego.

—Por Dios, mamá, cómo dice una cosa semejante con esa tranquilidad —le reproché, alzando la voz—, y frente a Claudia.

—Claudia no va a oír nada que no haya oído antes.

—¿Y qué más le dijo?

—Que todo el mundo comentaba, y ella se había sentido en la obligación de decírmelo antes de la postura de argollas.



Me sentía al borde del llanto, no por la noticia, algo me había anunciado Bruna cuando comencé a salir con Alberto y algo más me habían dicho en tono de broma en otra ocasión, pero me violentaba la actitud displicente de mi madre. Esa tranquilidad podía corresponder a: que no le importaba, improbable tratándose de una mujer víctima de un esposo mujeriego, o bien que en su interior ya había tomado la decisión de obligarme a terminar con el compromiso.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que era problema suyo, hija, con quién se casaba, de nadie más.

Me abracé a ella y me acarició el pelo.

—No sabía que era para tanto —dije apenas.

—¿Tanto qué?

—Tan mujeriego.

—Eso es lo que dicen.

Claudia se había ido a su dormitorio y nosotras nos sentamos alrededor de la mesa. No deseaba llorar para no darle en el gusto a la señora Aurelia.

—¿Qué hago, mamá? Por qué tiene que venir esa señora a llenarme de dudas. Usted tiene una opinión, no se haga la lesa, cuando está tranquila es porque ya se hizo una idea.

—Sí, tengo una idea. Dígame, mi amor, ¿usted está segura de que él está enamorado de usted?

—Absolutamente.

—Bien. ¿Usted confía en él? Esta respuesta búsquela dentro de usted misma.

—...

—Podemos adivinar prácticamente todo, nos cegamos a veces porque la verdad nos incomoda.

—Yo confío en él, mamá, estoy segura. Y usted sabe que soy desconfiada. Lo puedo sentir y desde que está conmigo no ha estado con ninguna otra mujer. De eso no tengo dudas.

—Entonces, mi amor, no se preocupe más. El sábado se pone las argollas y en abril próximo se casa. A las habladurías, oídos sordos. Además no es necesariamente malo que un hombre haya sido mujeriego cuando joven. Al menos no va a andar por ahí a los cuarenta buscando la juventud perdida. Confíe en él y goce con él, no tenga miedo.

Nunca llegué a perdonar a tía Aurelia del todo, aun sabiendo que lo hizo por mi bien y no actuó, como la mayoría, de manera cobarde, comentando por aquí y por allá de la desgraciada ventura de esta niñita Bartolini que se iba a casar con un hombre sin escrúpulos. Fue valiente, vino a la casa, se enfrentó a mi madre y transmitió lo que había oído decir. Pero quien sopla el rumor a los injuriados, recibe parte de la venganza. Al enterarnos de un chisme que nos involucra, nos llenamos de malos sentimientos y al no tener en quién descargarlos, una parte de ellos recae en el mensajero. Chile está lleno de chismosos, valga la cacofonía, nada se dice a la cara y quien se atreve a decirlo es tildado de vulgar, violento, ofensivo y quien se arriesga a destapar las ollas de grillos, como lo hizo esa tarde doña Aurelia, paga el precio de ser el cuervo negro que se posó en el árbol de la casa. En esto reside el poder del chisme, y no ha habido manera de desactivarlo a lo largo de la historia. Es un círculo vicioso que sólo se puede combatir substrayéndose a él. Ese día mi madre me enseñó algo fundamental para sobrevivir en nuestro país, sin tener la sensación de llevar a cuestas una pesada carga de voces ominosas. "No debes conferirles a las habladurías poder sobre tus actos. Sólo así renacerá la agradable sensación de que tu vida es solamente tuya y que hay un núcleo de verdad al que sólo tú accedes". Así he sido yo con respecto a mi familia y la he defendido con

fiereza. No permití que nada me tocara y tampoco me permití atacar a nadie con mi lengua. En las ocasiones en que un mal sentimiento hacia alguien querido me ahogó, o bien lo aplaqué a fuerza de voluntad, o se lo hice saber. Esta manera de ser me trajo enemistades, pero también me permitió rodear a mi familia de un círculo de hierro. Nunca uno de mis hijos me oyó hablar mal de Alberto o de otro hijo, menos mis amigas, y cuando me enteraba que una de ellas descargaba su rabia contra mí en los oídos de otra persona, yo no lo tomaba en cuenta y la recibía en casa con los brazos abiertos. "Alejaos de mí, ángeles del mal, apartaos de mi camino, marchó rumbo a la esperanza, a pesar de vuestros funestos aleteos". No recuerdo el origen de esta invocación, si la leí en algún libro o simplemente la inventé, pero me apoyé en ella cada vez que sentí flaquear mi determinación.

A pesar de proponerme escribir al menos un par de horas cada mañana, han transcurrido tres días desde la última vez que abrí este archivo, y en mí han pesado como si fueran tres meses. Lógicamente, es corto el plazo para la tarea y cada día es un día menos. Una descompensación intestinal me tuvo postrada, sin las fuerzas para llegar hasta el escritorio y menos darles aliento a mis recuerdos. También sufrí una hemorragia. Fueron días oscuros, como si el verano se hubiera arrepentido de llegar, y oscuro estuvo mi ánimo frente a la perspectiva de comenzar a decaer antes de lo previsto, quitándome de paso la única esperanza que conservo: terminar estas memorias, o como quiera que se llame un ejercicio de esta índole. Fue como contagiarse con la muerte: la idea de enfermarse me enfermó más que las consecuencias del solo malestar, como si un virus pernicioso se hubiera colado en mi corriente mental y se hubiera embarcado en su proceso reproductivo. Sólo el alivio del cuerpo, la disipación del asco y un despertar a una luz distinta, a un aire más tibio y plácido, me sacó de mi estado de ánimo. Y de nuevo me siento entera esta mañana para renovar mis vínculos con el pasado, para recordar esta vida que en nada se asemejó a la que alguna vez pensé tener. Desde el episodio del tranvía en adelante, supe que nada estaría dado. Si deseaba que las cosas permanecieran como estaban o avanzaran en la dirección correcta, debía luchar por que así fuera. La meticulosidad de mi hermano Joaquín para llevar sus colecciones es semejante a la que

yo esgrimí para custodiar los caminos de mi vida y de los míos. Se trataba de un afán diario, disciplinado, acucioso; crear el estímulo y controlar el resultado. Claramente, mientras mis hijos eran pequeños, este estilo de "administración" familiar surtió efectos prodigiosos, pero los años se encargaron de demostrar que cualquier esfuerzo por manejar los hilos de la existencia es inútil.

En cuanto a Alberto, al menos en el espacio familiar, creí establecer un claro marco de conducta. Lo que Alberto hiciera en su fábrica no me importaba. La única vez que fui hasta allá para una celebración de navidad, fueron tantas las cosas que me disgustaron que le imploré que nunca más me llevara, prefería permanecer ignorante a saber qué ocurría en ese lugar tan ajeno a mí, donde yo no existía para Alberto más allá de la tradicional foto sobre el escritorio.

Acabo de comprender, al tiempo que escribo, que elegí la ceguera. Esas oficinas bien arregladas pero lóbregas, esa secretaria de mirada zalamera y a la vez desdenosa, esas tazas sucias de café sobre el estanque del escusado, hablaban de Alberto y de su manera de ser, pero con la soberbia de los ignorantes me dije que no estaba ahí, que Alberto era el de la casa, y las cosas que yo observé en su oficina, la distribución de sus útiles sobre el escritorio (todavía recuerdo un feo puño de peltre que usaba de pisapapeles), eran obra de una mano anónima, de personas sin importancia en su vida y menos en la mía. ¿Cómo era posible que esa oficina despersonalizada fuese tan distinta a lo que yo creía que era Alberto? ¿Cómo era posible el trato autoritario que tenía con sus subordinados, la perceptible intimidación con esa secretaria que sin hacer nada en particular me faltaba el respeto? Yo no pervivía en esa oficina y sólo me bastó observar a mi alrededor para comprobarlo. Baños su-

cios, plantas descuidadas, alfombras manchadas y despegadas en las esquinas, un perceptible aire de agresividad. La ceremonia se llevó a cabo alrededor de un abeto de plástico, sólo adornado con una línea de luces de colores, ubicado en el ardiente patio de concreto que separaba las oficinas de los galpones. Junto al árbol desfallecían bajo la canícula doscientos cincuenta cajas, envueltas en una multitud de diminutos viejos pascueros flotando en un cielo verde, una igual a la otra, apiladas de a tres en alto. Habló el encargado de Recursos Humanos. En un lenguaje pobre y relamido dijo, sucintamente, que el regalo era para agradecer el esfuerzo del año y para fomentar uno todavía mayor durante el próximo. Luego Alberto y yo nos sacamos una fotografía con el presidente del sindicato. El encargado dio el pase para que cada persona tomara su regalo. "Es para que lo disfruten con su familia", dijo Alberto en voz alta. Me violentó el tono de superficial magnanimidad en su voz y sus gestos. Los obreros se acercaron a las cajas murmurando, sin dirigirnos la mirada en ningún momento, como si no estuviéramos presentes. Las cajas contenían dos tarros de fruta en conserva, dos de atún, un pan de pascua, una bolsa de dulces, una botella de champaña y dos de vino tinto de regular calidad; Alberto insistió en que me echaran una a la maleta del auto: a él también le correspondía la suya.

Esta triste experiencia fue la verdadera razón de no volver jamás a poner un pie en ese lugar. Incluso Juan Alberto me ha pedido que vaya de visita para que vea los adelantos, pero siempre he encontrado una buena excusa para no hacerlo. Esa fábrica sólo me recuerda que Alberto me dejó fuera de una parte importante de su vida y yo no hice nada por remediarlo. Él no me llevaba en su corazón cada mañana y debió sentirse incómodo

cuando lo llamaba para comentar algún tema apremiante de nuestros hijos o de la marcha de la casa. Mi impresión era que deseaba colgar cuanto antes.

Siguiendo esta línea de pensamiento, es posible que Alberto tuviera otras mujeres. Desde antes de casarnos, cuando la señora Aurelia le advirtió a mi madre de su afición a las faldas, estaba convencida de que era imposible que estuviese con otra mujer sin yo percatarme. Fui estúpida y arrogante. Si Alberto podía tener dos vidas tan disímiles como la de nuestro hogar y la de la fábrica, también podían existir otros aspectos que cayeran más allá del radio de mi percepción. Si el mundo de su trabajo me tomó por sorpresa, también podía tener otros mundos de los cuales no tuve la menor noticia. Si contaba con la habilidad de transfigurarse al punto que esa visita a la fábrica me enrostró, también era capaz de dejar afuera cualquier indicio que lo pudiera delatar respecto a un engaño. Y quizá fui yo quien estimuló en él esa capacidad de mutación al cautelar cada uno de sus pasos. "Mis" valores, "mis" objetivos, "mis" aprensiones; cómo, me pregunto, pude ser tan ingenua al pensar que Alberto se había rendido al buen camino que yo había trazado ante nosotros. Viví en la certeza de que él había sido capaz de apreciar el valor de mi contribución y como un convertido me seguía lleno de fe. Pero ya no me engaño, Alberto me nombró reina de su familia y él siguió reinando sin contrapeso en su mundo fuera del hogar. "Negrita, usted manda", me dijo una y mil veces, y en las cosas que realmente le importaban y el resto de su vida hizo lo que le vino en gana.

Y me siento triste al pensar que no fue completamente mío y no porque él no lo deseara, sino porque yo se lo impuse. Tú eres el que yo mando que seas y cualquier otra cosa está fuera de libreto. Y lo más admirable es que me dio lo que yo exigía y además me hizo creer

que ésa era la única faz con la cual se enfrentaba al mundo, sin nunca faltarme, sin nunca inquietarme, sin nunca despertar mis sospechas de que eso que me daba era tan sólo una parte de él, la parte que cabía dentro de mi limitada visión de las cosas. Ese otro mundo, esa sensibilidad masculina desconocida, quedó para mí del lado oscuro de la verdad.

A veces mantuve con mi hijo Juan Alberto conversaciones, al borde de convertirse en disputas, acerca de la personalidad y el carácter de su padre, y cada vez nos enfrentamos a la misma encrucijada: Juan Alberto aseguraba que él no era como yo decía que era, un hombre cariñoso, justo, de principios morales intachables, cuyas acciones en la vida estuvieron marcadas por los mismos valores que guiaron las mías. Me decía: "Pero mamá, ¿en qué mundo vive? Usted tiene una visión idealizada del papá. A mí me tocó conocerlo en la fábrica y esa persona que usted describe no existió. Era un hombre ambicioso, inteligente, pero no diría que fuera una persona que se desviara de sus objetivos por escrúpulos morales, por ser buena persona o cosas por el estilo. El papá era un tipo valiente, lleno de entusiasmo y optimismo, pero hizo muchas cosas que estoy seguro la escandalizarían". Y yo en ese punto daba por terminada la conversación: "Mi amor, mi amor, no me diga nada, no quiero saber, no quiero que me meta cosas en la cabeza. Su padre, aunque a usted le haya parecido lo contrario, era una persona íntegra y lo que usted juzga como inmoral quizá fue porque no entendió los verdaderos propósitos de sus actos. Y usted no se quede con esa idea torcida". Y Juan Alberto se ponía de pie molesto para decirme, antes de abandonar la salita de estar, donde tengo la idea de que mantuvimos una y otra vez esta misma conversación: "Por Dios, mamá, trabajé veinticinco años con el papá, pasaba con él más tiempo

que usted, ¿y se empeña en asegurar que tengo una idea torcida? Piense lo que quiera y si alguna vez tiene interés en saber la verdad, me avisa". Desde que me enteré de mi enfermedad he pensado en cobrarle la palabra, pero ya es demasiado tarde. Ya no quiero saber los detalles, qué importan, de qué sirven a estas alturas. Me basta con aceptar que hubo parcelas en la vida de Alberto que existieron más allá de mí, las cuales no quise ver. Y aunque parezca una burla, le agradezco que haya llevado las cosas de esta manera. Si hubiera tenido que enfrentarme día a día a la suma de sus facetas, a sus posibles engaños, a su vitalidad que lo llevaba a hacer cosas que iban más allá de mi tolerancia, no creo que hubiera sido capaz de soportarlo. Me habría convertido en un ser rencoroso y lo habría maldecido por defraudarme. Ahora en cambio, lo recuerdo como mi hombre, quien permitió que mi vida fuera cercana a lo normal. Estaba hecha, como mi hermano o como mi madre, para ver la vida desde una ventana, y sólo Alberto, con esta recién descubierta habilidad para dar luces y sombras, consiguió incorporarme al flujo de los acontecimientos, ocultando aquellos aspectos crueles que me hubiesen paralizado. Quizás llegó a pensar: "Es preferible que mi negra tenga media vida a que no tenga ninguna". Y su amorosa cautela fue un regalo para mí. Dirán que acepté que alguien decidiera por mí, que alguien me dijera en esta esfera existes y en esta no, y tienen razón, pero ahora que lo reconozco, puedo decir con propiedad que fue lo mejor que pude hacer. Después de una vida convencida de que yo gobernaba sus actos, caigo en la cuenta de que fue él, desde una posición de mayor libertad, la libertad que sólo conocen las personas intrínsecamente vitales, quien guió los míos.

Después del bochornoso episodio de la Escuela Contemporánea de Música, María Teresa decidió abandonar el canto. Argumentó que no tenía la disciplina necesaria para una carrera tan larga y sacrificada. Estudiaría pedagogía en música. De ese modo aprovecharía los conocimientos adquiridos con la señora Fischer y podría trabajar con niños, algo que siempre le había atraído. "Además —dijo—, es una carrera flexible y nada esforzada. Si me llevo a casar y a tener niños no va a ser un obstáculo". Estas reflexiones nos resultaron asombrosas viniendo de María Teresa; de pronto actuaba como una mujer sensata. No me quedé tranquila con este alarde de madurez, se parecía más a un querer ser que a íntimas convicciones. Nada a tal grado juicioso podía nacer de María Teresa, según mi sesgada opinión; no estaba en ella. Cuando el péndulo dejaba de moverse y se fijaba inalterable en su línea de gravedad, sólo era posible interpretarlo como una señal de peligro.

Al regresar de un verano plácido en Villarrica, donde frecuentó a los amigos de María del Pilar y su novio, Luis, entre quienes parecía sentirse a sus anchas, entró a estudiar a la Universidad Católica. Las cosas marcharon sin sobresaltos en la dirección adecuada y mis aprensiones cedieron ante la evidente calma que velaba sus días.

Al tercer mes de clases trajo a casa a un joven de veinticuatro años, estudiante de primer año de filosofía, y sin el menor pudor lo presentó como su "pololo". Revoloteaba alrededor de él como lo haría una abeja en torno

a una preciada fuente de polen, y él mostraba la misma pasividad de una flor. Unas cuantas preguntas, dos carreras anteriores sin haber alcanzado cuarto año en ninguna de ellas, una familia de pocos medios que vivía en el sector de Recoleta y unos ojos llenos de indolencia bastaron para ponerme en pie de guerra. Su sonrisa invariable se transformó en la representación de mis miedos: era el tipo de hombre que no deseaba para una hija, a los cuales culpaba de la mediocridad ambiente, quienes van por el mundo como madera a la deriva. Con el paso de los días y sus visitas a la casa llegué a formarme una opinión fundada y a convencerme de que mi hija corría el peligro de echarse un bulto sobre los hombros de por vida. Hubiera sido lógico pensar que cualquier día María Teresa se desharía de él para encontrar su lugar junto a un hombre hecho y derecho, un hombre que estuviera a su altura, que emulara la fuerza de su padre, que le ofreciera un porvenir amplio y seguro. Sin embargo, presentía que me enfrentaba a un enemigo formidable. Algo en él, algo indescriptible, su presencia esponjosa tal vez, capaz de adecuarse a cualquier situación, de estrecharse en un rincón para que otro ocupase el resto del espacio, se complementaba peligrosamente bien con la personalidad avasalladora de María Teresa. Por fin mi hija había encontrado a alguien que no le imponía deberes, que no la restringía en ningún sentido, que secreta o abiertamente no criticaba cada uno de sus exabruptos. Más aún, la desmesura de su carácter parecía divertirlo. A medida que pasaba el año universitario, las visitas de Ramiro, Ramiro Gómez, se hicieron más seguidas y un día de agosto María Teresa me preguntó si podía quedarse a cenar. Dentro de nuestro protocolo familiar, que un pretendiente se quedara a cenar le confería a la relación un tinte de formalidad; significaba sentarse a la mesa con

Alberto. María del Pilar ya se había encauzado en la relación que desembocaría en su matrimonio y su novio cenaba con nosotros a menudo. Si de buenas a primeras le hubiera cerrado el paso, María Teresa se hubiese sentido discriminada frente a su hermana. Logré dilatar el encuentro de Alberto con Ramiro durante dos semanas, con distintas excusas que fui inventando en el camino: simulé una indigestión, le rogué a María del Pilar que por favor no invitara a Luis a cenar debido a un supuesto nerviosismo de Alberto por asuntos de la fábrica. Mi habilidad para esquivar la atenta guardia que me impuso María Teresa hubo de terminar cuando una nueva excusa me hubiera obligado a montar una operación compleja con claras posibilidades de ser descubierta. Alberto se sentaría a la mesa con Ramiro; lo conocía de salud y breves intercambios de palabras, pero nada más. En ocasiones me preguntaba por "ese tipo", pero con la suficiente indiferencia como para aceptar mis vagas respuestas. No era ningún incauto y mi vaguedad al momento de referirme a Ramiro —conociendo mi tendencia a formarme impresiones rápidas de la gente— conllevaba tanto o más significado que si le hubiera hecho un análisis de mis observaciones.

El día elegido fue un jueves de agosto de 1967, una noche que prometía heladas al amanecer. La respiración forzada de la caldera central recorría la casa. María Teresa, María del Pilar y sus acompañantes se habían atrincherado en la salita de estar. Juan Alberto no vendría a comer. Imaginé que la casa flotaba en la noche transparente con sus ventanas iluminadas. Siempre me agradó la atmósfera nocturna de nuestra casa. La luz de las ampollitas incandescentes se apaciguaba al atravesar las pantallas de pergamino y las bibliotecas del living y la salita dormían tras un imperceptible velo de luz. La preocupada iluminación, obra del propio Alberto, arrojaba

los objetos y abrazaba a las personas para integrarlas a una armoniosa composición. Dentro de ese equilibrio, la figura desgarrada de Ramiro era un punto gris, un borrón del pintor, alguien cuya personalidad sin relieve no se integraba al claroscuro familiar.

Mientras Alberto se cambiaba de ropa en el baño, le comenté desde nuestro dormitorio quiénes comerían con nosotros:

—Ya era hora que tuviéramos oportunidad de saber más de este Ramiro —dijo a través de la puerta entreabierta.

—No lo juzgues a primera vista. Puede que sea un buen muchacho.

—Julia, por favor, eres tú la que juzga a las personas, incluso antes de hablar con ellas. Al menos yo me guío por datos más concretos.

—Bueno, por eso lo digo. Está en primero de filosofía y ya tiene veinticuatro años. Es miembro del centro de alumnos de la universidad, en representación de un partido nuevo que se llama Izquierda Cristiana. Estos "datos" no deben ser una buena carta de presentación para ti.

—¿Para mí? ¿No será para ti? Hasta el momento yo no he expresado ningún malestar. Conozco a los fundadores del partido, me tocó trabajar con uno de ellos y no son malas personas; un poco ilusos pero buena gente.

—Alberto, no me vengas con cuentos, te conozco, no me vas a decir que ahora te gustan los idealistas.

—Bueno, al menos ya estamos hablando sin hipocresías. Estoy de acuerdo contigo, no me gustan para nada sus credenciales, pero habrá que ver primero de qué fibra está hecho y tomar en cuenta la reacción de María Teresa si lo rechazamos. Si llega a notar que este tipo no nos gusta, estamos perdidos. Y tengo que pedirte un favor, Julia: esta vez no te engañes. A la Tere lo único que le interesa es hacernos la vida imposible y le importa un

comino su futuro. No pienses que vas a conseguir despertar en ella una conciencia de lo que es bueno para sí misma.

—Alberto, Alberto —dije levantando las manos para que no siguiera. No tienes ninguna compasión, y aunque sea cierto lo que dices preferiría no escucharlo.

Lo observé peinarse frente al espejo con su habitual meticulosidad.

—No se trata de eso —dijo, mirándose con detalle—, pero te aseguro que a fin de cuentas sucederá lo que tenga que suceder y no sacamos nada con preocuparnos por ahora. Lo único que te pido es que no le des a priori el gusto de hacernos difícil la vida. Si de todos modos se empecina, entonces se va a topar con nosotros, pero de frente, sin ambigüedades. Además, tal vez sea un buen muchacho.

Fuimos hasta la salita y nos reunimos con los demás. Andrés era sujeto de un interrogatorio por parte de Luis, el novio de la Pili, en relación con las alturas de los principales montes de Chile. De tan sólo observar la escena se me encogió el corazón. Alberto detestaba esos juegos. María Teresa mantenía tomada la mano de Ramiro y no hizo el menor gesto de separarse de su lado cuando entramos. Simuló estar absorta en la televisión. La caja de madera y pies de bronce emitía su parpadeo en medio de la oscuridad de los ventanales.

—Niñitas, no han cerrado las persianas. Aquí hace frío. Por eso la calefacción está bufando, acuérdense que el termostato está en esta pieza —dije, mientras bajaba las persianas venecianas y evitaba así darle un carácter formal al encuentro con los pretendientes de mis hijas.

—Hola, cómo están —saludé con un gesto de cabeza a ambos jóvenes. Luis, que era formal en exceso, se acercó, me tendió la mano y exclamó con voz potente:

—¿Cómo está, señora Julia?

No me dejé estrechar la mano y me acerqué para que me besara en la mejilla. Ramiro no se levantó y respondió a mi gesto de saludo con otro equivalente y una sonrisa sonsa. Hubiera deseado gritar en ese instante que saliera de mi casa y no volviera. Permanecía sentado sobre la parte baja de su espalda con María Teresa desbordándose sobre él.

—Tere, vaya a ver si está lista la comida.

—Que vaya Andrés.

—María Teresa, le acabo de pedir a usted y a nadie más que vaya a ver cómo va la comida.

—Pero, mamá —protestó mientras salía de su complicada posición—, ¿por qué tengo que ir yo?

—A usted le interesa que Ramiro coma bien en esta casa, ¿o no?

Su rostro se iluminó con la respuesta. Me reproché la hipocresía. Nada me hubiera costado ser acogedora con Ramiro —que me miraba desde la inquieta pasividad de quienes no saben cómo actuar— si hubiese sido un simple compañero de curso, pero de sólo pensar que ponía las manos sobre mi hija, me resultaba insoportable. Seguramente Pilar y Luis no eran ningunos santos, pero nada en ellos despertaba en mí ese morboso rechazo y no llegaba a imaginarlos en campaña sexual. Y diría que hasta el día de hoy no se me ha pasado por la mente una imagen de ellos en la cama, ni siquiera si me lo propongo. Mientras que a María Teresa me la he imaginado llegando hasta lo más bajo, como si su rostro y su cuerpo incitaran mis malos pensamientos. María Teresa es lo que luché una vida entera por no ser. A veces pienso que mi cuerpo y mis genes podrían haber dado origen a una personalidad de fuerte índole sexual; sin embargo, no les di la menor posibilidad de imponerse.

Pasamos a la mesa a través de la semipenumbra del living. En el comedor una lámpara con pantalla de

opalina colgaba en el centro del espacio, dando suficiente luz sobre la superficie de la mesa, sin saturar el ambiente. A ella se agregaba una colección de cuadros chilenos débilmente iluminados, que para mí constituían buena compañía, como llamas de espíritus custodios. Pasé revista a cada uno y no me devolvieron el guiño cómplice de cada día, sino que siguieron con los ojos llenos de burla la figura de Ramiro, que se movía alrededor de la mesa con la cabeza baja, como si su interés estuviera puesto en la alfombra. Nuestro comedor tenía un aspecto monacal. La mesa de encina estaba privada de cualquier adorno innecesario y las sillas eran de cuero tachonado de clavos de fierro. El aire colonial lo realzaba una colección de antiguos matés de plata, desplegada sobre un mueble buffet. Esa habitación era tal vez, después de la salita, donde me sentía más cómoda.

Había dispuesto una cena sencilla pero sabrosa. *Panzotti* con mantequilla y salvia, una de las especialidades de Olimpia. Era un plato de preparación sofisticada como para dejar conforme a María Teresa, pero que Ramiro, seguramente lego en estos temas, juzgaría poco más o menos como algo corriente.

—Dime, Ramiro, ¿por qué te has cambiado tantas veces de carrera? —preguntó Alberto, imponiendo su voz zarrón. A pesar de creer en el criterio de mi marido, no confiaba en su tino al momento de poner su táctica en palabras. Tenía una clara incapacidad en cuanto a las formas. Decía las cosas como se le venían a la mente, a lo bruto, y muchas veces algo por completo libre de malos sentimientos salía de su boca como una inexcusable agresión. Una sonrisa y una mirada al plato y a María Teresa, fue en principio la respuesta de Ramiro. Al percibir que la atención aún recaía sobre él, se limpió la boca con la servilleta y dijo:



—Bueno, eh, son todas carreras relacionadas. Primero estudié dos años teología, porque en una época pensé ser sacerdote. Cuando decidí que no era para mí, me cambié a literatura. Me gusta leer y tengo un libro de cuentos escrito. —Tomó aire, lanzó otra risita y continuó—: Echaba de menos la filosofía que aprendí en teología, por eso me volví a cambiar.

—Julia me contó que habías cumplido veinticuatro años, lo que significa que llevas más de seis años en la universidad. Y recién comienzas filosofía. Te lo estás tomando con calma.

—Sí, señor —contestó Ramiro con una expresión satisfecha.

—De verdad eres sorprendente —dijo Alberto con una sonrisa burlona asomada en las comisuras.

—¿Cómo están los *panzotti*, Ramiro? —intervine.

—Ricos, en mi casa no se comen tallarines; están muy ricos, parecen empanaditas cocidas en agua.

Teresa seguía la conversación con una sonrisa tensa, como si estuviera atenta a un partido de tenis. Cuando notó que el abismo se volvía insondable, se hizo al ruedo:

—Ramiro es el primer secretario de la FEUC. Está encargado de escribir las declaraciones y de mandarlas a los diarios y a la tele. Trabaja en la federación casi todo el día, bueno, toda la tarde. A él le gusta la filosofía y la política.

—¿Y cómo están las cosas en la universidad? —pregunté.

—Muy difíciles, señora, estamos levantados contra el rector impuesto por el Arzobispado, queremos tener un rector elegido por los universitarios, no por los curas.

—Pero es una universidad católica, ¿no?

—Sí, pero los alumnos y los profesores tenemos derecho a elegir a quienes nos gobiernan. Exigimos además que el presidente del centro de alumnos forme parte del Consejo Superior.

—Todo esto se parece bastante a las protestas de la Universidad de Concepción —comentó Alberto, que ya había acabado con su plato y me lo pasaba para que le sirviera por segunda vez.

—Sí, pero aquí es más difícil. Esa universidad es estatal y la gente pide que se independice de la jerarquía del gobierno. Con la Iglesia es diferente, porque suena a pecado, como faltarle el respeto a Dios.

—¿Y tú crees que le están faltando el respeto? —inquirí, con el plato de Alberto todavía en la mano.

—No, señora, Dios actúa en todos nosotros, no sólo en monseñor Silva Santiago.

—Me cuesta entender qué tanto problema les causa un sacerdote piadoso e inteligente como él.

—Que hace lo que se le da la gana en nombre de Dios y eso es humillante. Nadie mejor que los propios alumnos y profesores sabemos lo que se debe hacer en la universidad.

—Suenas como un propagandista —bromeó Alberto.

—De eso se trata...

Esa noche dormí poco. La risita de Ramiro me espantaba el sueño. Durante las horas de insomnio me asaltaron los juicios contra él. Ciega por razones que aún no entiendo, me repetía que su peor rasgo era una absoluta carencia de sentido de realidad, del sentido de saber en qué punto se hallaba en el mundo y en la vida. Incluso sus posiciones políticas, que sonaban razonables y coherentes, no eran más que la repetición de un discurso aprendido. Llegué a la demoledora e infundada conclusión que de ese hombre no brotaba una sola idea original.

Andrés se graduó de arquitecto con todos los honores. Dio el discurso de despedida de la generación, exhibiendo un dominio de escena inesperado en un carácter temeroso como el suyo. Entre las cosas que recuerdo de la ceremonia, me emociona el gran cariño que le demostraban sus compañeros y profesores, a través de abrazos, apretones de mano y testimonios de admiración a nosotros sus orgullosos padres. Lo más sorprendente durante esa mañana brumosa, un tanto fría para el mes de mayo, fue la satisfacción de Alberto y Juan Alberto, su comportamiento suelto y expansivo, la extroversión con que celebraron los premios. Una luz pálida se colaba sin calentar entre los decaídos árboles frutales del patio colonial. Celebramos el triunfo de Andrés como si fuera propio y las críticas de los hombres a su necesidad de ser el centro de atención, a su naturaleza que les resultaba ajena, se desvanecieron. Era el centro de atención sin ninguna duda y Alberto y nuestro hijo mayor se habían convertido en su público más entusiasta. Tengo sobre mi escritorio una fotografía que nos tomamos terminada la graduación. Alberto en un extremo, Juan Alberto en el otro, cada uno enarbolando un diploma, mientras yo y María del Pilar estamos abrazadas a Andrés en el centro. Las sonrisas son abundantes y la composición de la foto es equilibrada. Me enternece observar la similitud de las sonrisas de mis hijos. Hubiese querido que María Teresa participara de la celebración, pero hacía años estaba desentendida del calendario familiar. Un encuentro con su padre hubiese sido impensable.

El recuerdo de una de las cartas de Andrés, esa en la cual afirmaba que Alberto lo consideró poco más que un buen activo, ha roto el encantamiento que iluminó por un instante mi recuerdo de aquel día. Creo que tenía razón. Alberto estaba feliz por sí mismo, más que por su hijo; sentía que era él quien se merecía esos premios, que era a él a quien finalmente se le hacía justicia. La actitud de Juan Alberto, en cambio, no es tan fácil de descifrar. Siempre envidió mi atención hacia Andrés, cualquier tipo de atención que su hermano pudiese obtener de los demás.

Andrés había dejado de salir con la compañera de curso que tanto me gustaba, Angélica, pero mantenía su gusto por las mujeres sencillas, dueñas de un recato natural. Cuando me tocaba conocerlas me sorprendía que a partir de relaciones nacidas de la casualidad, siempre se involucrara con mujeres que eran de mi agrado. Bueno, no exactamente todas. Hubo una que me causó la impresión de ser un poco suelta de cascos, si bien era alegre y directa al conversar.

El regalo de Alberto por los éxitos de Andrés fue un viaje a Europa. Mi intención fue que viajara en el tour patrocinado por la universidad, pero había planeado un recorrido con Rodrigo y Eduardo, sus amigos desde el primer año en arquitectura. Deseaba ver las obras de sus ídolos, Palladio, Le Corbusier, Mies Van der Rohe y otros arquitectos de los cuales no recuerdo sus nombres. Alberto juzgó provechoso que Andrés se valiera por sí solo en el viaje, como un ejercicio de maduración. Una noche soñé que lo apresaban en Alemania y no podía darse a entender. Mientras gritaba desde el interior de la celda, yo también gritaba hasta que el grito me sacó de la pesadilla y oí a Alberto decir "tranquila, Negra, tranquila". Los malos presagios también me asaltaron durante el día, de pronto, caminando por Provi-

dencia en busca de un regalo de matrimonio para la hija de una amiga, mientras me detenía ante una vitrina y seguía el reflejo de la gente que pasaba a mis espaldas; en ese momento trivial, vi a Andrés flotando en agua oscura, con la piel amoratada y el cuerpo hinchado, en un canal belga, en un canal como los de Brujas.

Volvió de Europa cambiado. Lo esperábamos en el aeropuerto como era nuestra costumbre. Alberto había conseguido con un agente de aduanas que nos permitieran la entrada al lugar donde los pasajeros recogían las maletas. Me bastó verlo bajar del bus que lo dejó a las puertas del recinto, para sentir que había dejado de ser mi niño. Del bus bajó un hombre. Se había hecho un corte militar en el pelo, que antagonizaba con sus rasgos suaves. Una polera abierta hasta los hombros dejaba a la vista sus marcadas clavículas y su largo cuello, confiriéndole un aire europeo y a la vez femenino. Se veía fuerte. Llevaba un cigarrillo encendido entre los labios, contra las reglas del aeropuerto. Eduardo caminaba a su lado.

Como siempre, las emociones se enredaron dentro de mí, feliz por ver una meta alcanzada, una obra terminada, por saber que ya se las podría batir solo; al mismo tiempo creció la incertidumbre acerca de cómo se había gestado la transformación. Una respuesta fácil era que viajar por Europa había contribuido a su madurez, pero yo no me contenté con explicaciones superficiales. Algo de carácter más íntimo debió ocurrir. A sus veinticuatro años ya había perdido mis fueros para preguntarle directamente sobre aquello que me acuciaba; tendría que contentarme con una idea difusa, leer entre líneas las anécdotas del viaje o buscar algún indicio en las fotografías. Presentía que había conocido a una mujer. Una mujer lo había tomado para sí y le había arrancado la inocencia. Algunas veces habíamos tocado el

tema y Andrés me aseguraba que su objetivo era llegar virgen al matrimonio. Ya no era virgen, eso fue lo que pensé. Incluso su abrazo fue diferente, su entrega al momento de darse a mí ya no era la misma. Enfrenté en esos segundos la inapelable verdad de que había perdido la influencia sobre mi último hijo, ya no era más responsable de la educación de nadie.

Los días que vinieron fueron difíciles. Llegaba a la meta, mi familia estaba "terminada" y sin embargo, ante mí se presentaba una pintura que ni siquiera tenía una buena composición. María Teresa vivía aparte de la familia, el marido de María del Pilar no se llevaba bien con Alberto, Juan Alberto hacía lo posible por no encontrarse conmigo a solas y Andrés era un misterio por resolver.

La situación de María Teresa constituía un dolor constante, con el cual me levantaba y me iba a la cama. Me preocupaba de llamarla seguido, no dispuesta a perder el vínculo. Si elegía mal las palabras me arriesgaba a que colgara mientras estaba hablando. Y yo persistía de todas formas, porque podía sentir que ella esperaba esas llamadas, percibía su necesidad de saber de nosotros, de mantener al menos un delgado hilo de comunicación.

Continuaba casada con Ramiro, tenían dos hijos, un hombre, el mayor, y una mujer. Su vida en esos diez años había sido como habíamos anticipado, con grandes problemas económicos, Ramiro perdiendo un trabajo tras otro, María Teresa sacando adelante a su familia. Trabajaba como vendedora ambulante de cosméticos y, según me contaba orgullosa, había llegado a ser la mejor vendedora de Chile. Aparte de las comisiones, recibía premios. Había conseguido transformar su fuerza destructiva en cierta agresividad al vender, sumada a su risa fácil, su encanto animal, su llaneza, la claridad de sus objetivos. Ramiro había resultado ser un

buen marido, amoroso, fiel, atento a las necesidades de ella. También era un buen padre. Sus hijos lo adoran y creen que lo mejor de ellos viene de él y lo peor de los Sartori. María Teresa permitía que yo los visitara de vez en cuando. Aprovechaba tales ocasiones para mostrarles que también nosotros habíamos aportado bienes a su personalidad, bienes que su madre les había transmitido y quizá había ocultado su procedencia. Una tarde, el mayor, tendría nueve años en ese entonces, se percató de mis intenciones y me dijo con dureza: "Nosotros no tenemos nada que ver con los Sartori, no nos interesa el dinero".

El único hecho llamativo de las historias que contaba Andrés del viaje fue que él y Eduardo se separaron de Rodrigo en España. Éste había sido el líder e impulsor del viaje y quien había definido dónde irían, a ver qué obras y por cuánto tiempo. Al preguntarle por las razones, Andrés me dijo: "Se puso mandón y pesado. Teníamos que hacer lo que a él se le ocurría o si no armaba un escándalo. Un día le dijimos que se fuera a la cresta y se fue, más que a la cresta. No lo volvimos a ver". Era una explicación plausible, pero a la vez rompía con un entendimiento que llevaba seis años funcionando sin problemas. Crecía el orgullo de verlo convertido en un hombre y al mismo tiempo se acumulaban las dudas. No encontré la manera de preguntarle lo único que deseaba preguntarle: si había tenido a una mujer.

Entró a trabajar a la fábrica en el área de diseño. La de fabricación era supervisada por Juan Alberto. No queríamos que se toparan en sus responsabilidades. Alberto lo recibió con bombos y platillos; sabía que podía ser una gran contribución. Tanto él como Juan Alberto tenían otras habilidades, muy alejadas del diseño y de las necesidades arquitectónicas que variaban de un año para otro sin darles tiempo para adecuar sus modelos.

Al año siguiente, 1980, hicimos con Alberto nuestro último viaje, el viaje donde sufrió su primer ataque. Alcanzamos a estar poco menos de un mes en Europa. La llegada imprevista tomó a nuestros hijos por sorpresa, sobre todo a Andrés, que se había quedado solo en la casa, acompañado de Olimpia. Ella me contó que casi todas las noches Eduardo había alojado con él. Andrés me explicó que no le gustaba quedarse solo en la casa y Eduardo se había ofrecido a acompañarlo.

—¿Y Olimpia?

—Es como si no hubiera nadie, duerme al otro lado de la casa. Usted sabe que soy miedoso.

Mi confusión se hizo mayor cuando oí por casualidad un diálogo entre ellos al levantar el teléfono de mi cuarto: se hablaban con ternura, como si se protegieran el uno al otro. Evidencias tan palmarias como parecen hoy, en ese tiempo no me aclararon el panorama. Tampoco tenía la tranquilidad para pensar detenidamente en estas cosas. El diagnóstico mortal que había recibido Alberto de los neurólogos me tenía fuera de mí y el órgano de mi sensibilidad estaba obstruido. Caminaba por la casa y sufría vahídos y en tres o cuatro oportunidades olvidé por completo ir de compras o pagar una cuenta.

Temía que Andrés estuviera bajo la influencia de Eduardo, como antes lo estuvo bajo la de Rodrigo. Eduardo era un joven excelente, de buenas costumbres, y su familia, al decir del cura Pérez, era gente de bien. Para justificar mis observaciones, recordaba que Andrés poseía esa rara cualidad de crear relaciones íntimas tanto con hombres como con mujeres. Sin embargo, con veinticinco años, trabajando en la fábrica, con bastante éxito según Alberto me contaba, no me parecía apropiado que creara una nueva relación de esa índole. Debía buscar una mujer para casarse. A mi modo de ver, esa relación era un escudo para protegerse del mundo, pa-

ra no tener que comprometerse. Sus salidas eran con Eduardo al cine, o a comer un sándwich, otras veces se quedaban los dos en la casa a ver una película en televisión. No había mujeres en el horizonte. Una explicación era que Andrés continuara prendado de la mujer del viaje y que Eduardo fuera el guardián de su secreto. Le escribía cartas a María Luisa Soler, a Madrid. Una vez encontré sobre el escritorio de su habitación un sobre dirigido a ella con una voluminosa carta en su interior, pero no me atreví a abrirlo. Ella era la única entidad concreta en la cual podía verter mis inquietudes, un embudo bastante estrecho, dirán, con la perspectiva de lo ocurrido más tarde. Era el último cabo del cual aferrarse para no ver lo que se había vuelto evidente.

Nuestros primeros años de matrimonio los pasamos en la casa que mi padre nos regaló como una especie de dote. Me agradaba estar cerca de mi madre, en Ñuñoa: Pedro Torres 342. Era de estilo moderno, un barco con ojos de buey y fachada curva. Parecía flotar en la explanada de pasto que la antecedió. En un comienzo me costó acostumbrarme. Era extraño vivir en una casa sin algunos ángulos rectos, con techos bajos y baños estrechos. El dormitorio principal en el segundo piso tenía una amplia pared curva, que gracias a Dios no era en la cual había de apoyarse la cama. De poner los muebles se encargó Alberto. Yo de esas cosas no entendía y no tenía interés en ellas, en cambio él gozaba comprando. No era un comprador compulsivo, pero cuando se cristalizaba una necesidad en su cabeza, no cejaba hasta satisfacerla. En los comienzos, me avergonzaba acompañarlo a comprar; pedía descuento de manera impertinente. Sus argumentos al transar con los dueños de las tiendas invocaban costos, impuestos, márgenes, futuras oportunidades, lo que se presentara en la discusión. Y no se daba por vencido con facilidad. Era capaz de gastar media hora o más en busca de algún flanco débil en las razones de su interlocutor, hasta salirse con la suya.

Nunca pedí una rebaja antes de su muerte. A la salida de mi luto sin embargo, me transformé en una regateadora excepcional, entrenada por más de cuarenta años en esta habilidad similar al baile, pues tenía una dosis de ritmo, y con las ventajas obvias de ser mujer, de saber sonreír con encanto y de tener más de setenta

años. Para un observador ignorante, la causa de mi actuar sería la inseguridad económica que despierta la ausencia del proveedor de la familia, pero yo tenía mis años futuros asegurados. Regatear es hasta hoy una forma de homenaje, una manera de recordarlo. Y si consigo la rebaja, salgo de la tienda contenta, como si levantara la vista por un momento al cielo y le dijera: "Mira, aprendí".

Los muebles fueron la causa de nuestra primera discusión. Dos meses antes de casarnos, Alberto había pedido mi anuencia para que él se encargara de alhajar la casa y me preguntó si había algo en especial que deseara tener o algo que me molestara. Después de pasar lista a las cosas que necesitábamos, le dije: "Lo único que no me gusta es el color verde".

Al mes de casados, luego de pasar la luna de miel en las termas de Cauquenes, una semana nada más, debido a los compromisos de trabajo de Alberto, un camión de la fábrica se detuvo frente a la casa y de él bajó un juego de living: un gran sofá y dos sillones confortables, tapizados en felpa verde espárrago.

Cuando se lo hice notar, me miró extrañado, como si no supiera de lo que estaba hablando. Uno de sus tíos le había recomendado ese color: "Combina bien con otros colores y crea un ambiente plácido y sin estridencias". Al notar mi molestia, se excusó: "Perdona, Negra, se me olvidó", pero no se ofreció a cambiar el tapiz. Y verdes permanecieron los muebles del living por muchos años. Mi alternativa hubiera sido insistir en el cambio, poner en claro que no me dejaría atropellar. ¿Por qué no lo hice? Creo que no me importaba gran cosa y verme descalificada en un asunto de esa índole era más bien una ventaja que una afrenta. Él se haría cargo de los detalles de la vida, necesarios pero no importantes, y yo no tenía la más mínima intención de disputarle su autoridad.

En esos años, Alberto era el administrador de la fábrica de sus tíos y ganaba más dinero que cualquiera de las personas de su edad, al menos entre nuestros conocidos. La mayoría de las mujeres recién casadas de mi medio vivían en el centro, donde las rentas eran más baratas y ninguna soñaba aún con tener una casa propia. Los departamentos que les tocaba arrendar eran estrechos, poco luminosos, pero su independencia las hacía felices. En ese entonces, el matrimonio era, para una mujer, una liberación. Por primera vez en su vida tenían cierta autonomía, aunque fuese para decidir qué comer, y nadie estaba midiendo cada paso que daban. Esas mujeres respiraban dentro de esos departamentos un aire más libre que en las casas de sus padres. A mí me sucedía lo contrario. Nunca me sentí controlada por mis padres. Él era una constante ausencia y ella una preciada compañía. Me gustaba estar con mi madre, hablar sin tiempo, reírnos, estar ambas silenciosas dedicadas a alguna labor. Irme de la casa para mí fue un paso hacia la soledad, que se presentó brutal el primer día que Alberto se levantó al alba y me dejó sola.

Juan Alberto pasó los primeros años de vida en Pedro Torres. Al salir de la clínica nos encontramos entre los brazos un niño de una belleza extraordinaria, rubio, ojos azules, un rostro ancho dulcificado por una nariz respingada, como si no hubiera nacido del vientre de una mujer de ascendencia mediterránea.

Al bautizo asistieron cincuenta personas. Fue Alberto quien más gente invitó, la mayoría miembros de su familia, algo así como un rito italiano para mostrarles a los demás el rostro inocente del continuador de la dinastía, una dinastía de pacotilla. Para ellos había llegado el momento del apogeo. A la siguiente generación le correspondía abandonar el trabajo arduo y pasar a un bienestar al nivel de las familias más acaudaladas del

país. Sacarle a Alberto esa idea estúpida de la cabeza fue una de las primeras tareas que me impuse luego del nacimiento. Juan Alberto no era heredero de nada ni de nadie, era tan sólo un niño y nuestro deber era educarlo como hombre de bien. Si alguna carga llevaría, sería la de ser ejemplar. Responsable, íntegro, de costumbres impecables. Si además lo cargábamos desde la cuna con el peso de las expectativas de la familia Sartori, podíamos terminar con un hijo convertido en el títere de un ventríluco tan dominante como sólo podían ser los dictámenes de un clan obsesionado por surgir. Las conversaciones con mis suegros fueron bastante ásperas en este sentido y Alberto se sentía abrumado por la agresividad con que yo reaccionaba ante cualquier arrebato dinástico. Mi suegra tampoco me entendía y menos que dejase callado a Alberto. Las mujeres en la familia Sartori, hasta la generación anterior, estaban para atender a los hombres, para idolatrarlos, para servirles de caja de resonancia. Sus opiniones eran simples réplicas de las expresadas por sus maridos. Alberto sabía desde nuestra primera conversación que yo no era una mujer sumisa, especialmente en los temas de las relaciones familiares. Tampoco me eran ajenos los temas políticos. Me importaba el país en que vivíamos, me importaba la familia que íbamos a crear juntos, y no estaba dispuesta a que una tradición de personas ignorantes y ambiciosas impusiera sus fantasías como lógica de vida.

Pero en esas mujeres, que consideraba inferiores a mí en casi todos los sentidos, había algo que yo envidiaba: su vitalidad, su capacidad de ir adelante y su satisfacción sexual. Lo podía notar en sus rostros, en sus movimientos, en el trato que tenían con sus maridos. Mi suegra era una mujer subyugada, pero era evidente que gozaba en brazos de mi suegro. Bastaba notar la

expresión de viva energía que dominaba su rostro en las mañanas.

Me he escudado hasta ahora en diversas circunstancias de los primeros tiempos de matrimonio para esquivar la narración de los problemas que Alberto y yo tuvimos que enfrentar. Para decirlo sin rodeos, no me gustaba recibir a Alberto dentro de mí. Nada en su anatomía me resultó molesto, por el contrario, su cuerpo me complació desde el primer día que lo vi desnudo. Me gustó su pecho amplio, su espalda bien formada. Me fascinaron su olor, tan distinto a todo, y su piel. Cosas que yo pensé que iban a herir mi pudor estaban lejos de incomodarme y por el contrario me gustaban. Tocar a Alberto, recorrerlo con las manos, tampoco era algo desagradable o que me viera forzada a hacer. No había nada en la forma de abordarme que me fuera molesto. Pero llegado el momento, experimentaba un profundo rechazo. No protestaba, permanecía en silencio, pero me dolía, y mi único deseo era que terminara lo antes posible. En mi mente se fijaba la idea de que Alberto era una especie de bestia sin sensibilidad y verlo gemir como un animal lo confirmaba. Me sentía sucia, utilizada, mortificada por haber tenido que soportar una profanación igual.

Naturalmente Alberto se percató de que yo no gozaba. Mis besos perdían intensidad, mis manos no hacían más que aferrarse a sus brazos, en ciertas ocasiones le clavaba las uñas debido al dolor. Para él, al parecer, era natural lo que me ocurría. "Ya te vas a acostumbrar, mi negrita", me decía acezando en el oído, "de a poco te vas a ir gustando, hasta que vas a gozar igual que yo; a todas las mujeres les pasa, ya verás".

Pasaron los meses, me quedé embarazada de Juan Alberto, fui estricta con las cuarentenas antes y después del parto. Alberto aseguraba que no podía contenerse,



que le bastaba entrar a la casa y sentir mi aroma para que le dieran ganas de meterme a la cama y hacerme el amor. Esos tres meses fueron de gran tranquilidad y el problema pareció desvanecerse.

El día final de la cuarentena, Alberto llegó a la casa alrededor de las seis, dos horas antes de lo acostumbrado, y traía consigo una botella de champaña. Su rostro estaba radiante y de él brotaba una fuerza que me conmovió. Quería estar con él, percibir su deseo me excitaba más que ninguna otra cosa. Pero llegaría el momento y temía que las cosas no iban a salir bien. Tal vez el parto natural, me decía, había cambiado las cosas. Nos servimos un trago en el living y brindamos. Junto con el choque de las copas me pasó la mano por la cintura y me apretó una nalga de modo vulgar. Se trataba de una trasgresión a nuestro código de decoro. No me permití protestar. Me quitó la copa de las manos, me cargó en sus brazos y me llevó hasta el segundo piso. Reíamos. Una vez en el dormitorio, como si se tratara de una película muda, Alberto se sacó la ropa a toda velocidad. No se desprendió del reloj de oro que le habían regalado sus tíos para el nacimiento del niño; la correa de trama sintética se incrustaba en su piel. Al desvestirme no tuvo especial cuidado y mientras lo hacía no sacaba sus labios de mi boca. Yo había perdido toda iniciativa. El batir acelerado de sus manos en torno a mis prendas y a mis miembros no me permitió entrar en el mismo ritmo. Me vi como una espectadora. No pude recurrir a ninguna triquiñuela para moderar su ansiedad. De pronto me sentí como una niña aferrada a su muñeca. Alberto se puso sobre mí y avanzó. En sus ojos una niebla le impedía leer el miedo en los míos. Al verlo buscar entre mis piernas, cerré los ojos, y cuando sentí el golpe eléctrico, una válvula se abrió dentro de mí y dejó correr el pánico

por mis venas hasta el punto de impulsarme a lanzar un grito.

—¡Sal de encima! —grité al tiempo que le daba una bofetada.

Alberto se hizo a un lado. Me puse de pie y rompí a llorar junto a la cama. Mi llanto era más bien un aullido.

—Por qué —me lamentaba—, por qué.

Desnuda, con las manos cubriéndome el rostro, comencé a tiritar.

—No me gusta, Alberto, no me gusta. No quiero que lo hagas nunca más.

—Negra —se deslizó sobre la cama—, tranquilízate. Esquivé sus manos.

—No, Alberto.

—Negra, cálmate y conversemos, ven, siéntate en la cama.

Fui hasta el muro curvo y me encogí a sus pies.

—No me toques, ya se me va a pasar. No me hables, si hablas es peor.

Tenía la sensación de que el tiempo no avanzaba. Tampoco podía moverme. Alberto me cubrió con una frazada y él se tapó con el cubrecama, mientras mantenía la vista fija en mí. Su expresión era neutra o mi debilidad así lo exigía. La enfermera que cuidaba a Juan Alberto tocó la puerta para saber si sucedía algo. En otras circunstancias, me hubiera avergonzado de que una persona extraña a la casa oyera mis gritos, pero en ese momento no me importó. Alberto prendió la lámpara al lado de su cama y así nos mantuvimos hasta que la empleada tocó la puerta para avisar que la cena estaba servida.

—¡No vamos a comer! —respondió Alberto.

La renuncia a la comida me hizo pensar en él por primera vez. En su caso, no comer era una renuncia mayor.

—Ya se me está pasando, Alberto. Anda a comer. Perdona por hacerte pasar un susto.

—Ven a acostarte, yo te voy a cuidar, no tengo hambre.

—Voy a ir al baño primero. Pero no me cuides, que eso me da más angustia. Basta que estés a mi lado.

Fui al baño, me acosté y permanecimos en silencio por otro largo rato. Alberto se quedó dormido bajo el cobertor. Yo me mantuve despierta, con el cuerpo crispado y la mente agitada por sucesivas disquisiciones que no guardaban mayor sentido. Me rendí a eso de las cinco.

A la mañana siguiente, con sólo abrir los ojos me di cuenta de que prácticamente no me podía mover. Tenía la sensación de haber sido golpeada en todo el cuerpo. El roce en las sábanas debe haberlo alertado. Se levantó del sillón que teníamos en el dormitorio y abrió las cortinas.

—Hola, Negra.

La intensa luz me dio en la cara. Era entrada la mañana.

—Casi no me puedo mover, Alberto, ven, ayúdame a sentarme en la cama.

Vino hasta mí y me levantó con fuerza. Yo no saqué los brazos de alrededor de sus hombros y me apegué a él. Me puse a llorar, aliviada. Lo peor había pasado.

—Perdona, mi amor.

—No me pidas perdón —dijo seriamente.

—Es como si me hubieran sacado todas las fuerzas.

—Sólo quiero saber una cosa. ¿Siempre te has sentido así cuando estás conmigo, desde el día que nos casamos?

—No puedo contestarte.

—¿Quieres comer algo? Cuando desperté tenía un hambre que me moría. ¿Le pido a la Amalia que te suba el desayuno?

—¿Qué hora es? Deben ser más de las diez.

—Son las once y media.

—¿Qué? Es hora de preparar el almuerzo, no de tomar desayuno, Amalia debe pensar que me estoy muriendo.

Las preocupaciones de la casa velaron el problema. Aún no podía enfrentar una conversación con Alberto. Era demasiado riesgoso. Sentía que cualquier cosa me podía sacar del precario balance en que me hallaba.

—¿Y tú no has ido a la oficina hasta ahora?

—No.

—Esta noche hablamos, ¿te parece?

—No me voy a mover de aquí.

—En la noche, Alberto.

—...

—Ya, debes irte, necesito preocuparme del aseo.

Al llegar, subió de inmediato al dormitorio. Lo esperaba sentada en el sofá, mientras leía una novela, creo que era una novela inglesa. Me sentía serena. El día había sido un extendido ejercicio de relajación, una especie de redescubrimiento de los pilares sobre los que se asentaba mi felicidad. Era un problema que había que superar, como otros que nos presentaría la vida y no me permitiría la más mínima flaqueza. Tenía absoluta claridad de que la satisfacción sexual era para Alberto el componente más importante de la avenencia conyugal y yo se la iba a dar, costase lo que costase.

—Llevas un año sintiéndote miserable conmigo, Negra, ¿cómo no hablaste antes?

—...

—Creía que no gozabas, pero no sabía que sufrías.

—Alberto, no es tan así.

—Pero, Negra, tú me debes odiar.

—Eso no es posible, no puedo odiarte.

—Estoy dispuesto a hacer lo que tú me digas.

—Quiero que esto cambie. La única manera que se me ocurre es que vaya a un ginecólogo. Donde el doctor Zambra. Él ya me conoce de memoria.

—¿Te avergüenza?

—Menos que ser incapaz de gozar contigo.

Zambra me dio a entender en su modo jovial que no había nada en mí que pudiera impedir el goce, ni tampoco algo que fuese causa directa del dolor. Aseguró que lo mío era común entre las mujeres y que tenía que ver con la mente.

—Debes ir a un psiquiatra, Julia, él te ayudará. El doctor Montaner es un excelente médico, amigo mío, y tiene experiencia en el tratamiento de este tipo de problemas —dijo mientras escribía en un papel los datos del doctor y me lo entregaba—. Es un hombre intachable y de absoluta confianza. No tengas ningún miedo en ir. Estarás en buenas manos.

—No creo que Alberto permita que yo vaya a la consulta de otro hombre, a contarle mis problemas íntimos —dije mirando el papel—, ya es una gran cosa que me haya permitido venir aquí. Es excesiva intimidad, ¿no le parece? Yo no me creo capaz de hablar con soltura de este tema con un extraño. Me ha costado un mundo venir aquí, aun cuando usted me ha visto en las posturas más humillantes, imagínese si voy donde un doctor que no conozco. Además, no sé de nadie que haya ido a un psiquiatra. ¿Sabe, doctor?, sinceramente, yo pensaba que los psiquiatras eran para los locos. Es mejor que me trate usted.

—No, Julia, sé de la existencia del problema, pero no sé cómo tratarlo. Los psiquiatras tienen una metodología, una manera de hacer las cosas. A medida que vaya a las sesiones se sentirá más cómoda y podrá hablar con soltura. Confíe en mí.

Cuando le relaté esta conversación a Alberto, sentada en el living junto al coche cuna de Juan Alberto, que dormía, me pidió que siguiera el consejo de Zambra, a pesar de los escrúpulos.

—Esto no lo vamos a remediar si nos dejamos llevar por la timidez o los miedos, Negra. Toma hora con ese siquiatra que dice Zambra y solucionamos el problema.

De manera inesperada, la enfermedad y los problemas con mi marido se entrelazan. El mismo cuerpo que rechazó a Alberto esa noche recibe hoy las embestidas del cáncer. Bruna me ha dado a entender, de manera sutil, su convencimiento de que es una enfermedad psicósomática. En buenas cuentas, ella piensa que yo originé los tumores, que los años sin Alberto y la distancia con mis hijos han sido los responsables; o dicho de otro modo, ha sido el resultado de mi deseo de echarme a morir.

Puede tener razón, pero de ser cierto lo que sugiere, la causa sería otra. Yo no he mantenido una buena relación con mi cuerpo. Si bien de niña me veo saltando la cuerda con mayor elasticidad que cualquiera de mis compañeras de curso, de cierta época en adelante el cuerpo comenzó a pesarme y se transformó en una fuente de padecimientos: la menstruación a los diez años, los senos desproporcionados para una niña de doce, una serie de descompensaciones inusitadas, que hoy podría reconocer como hormonales; las consecuencias del tranvía, la atracción que ejercía en los hombres, los aires en la espalda, las enfermedades bronquiales, y ya he relatado alguno de los malos ratos que me ha hecho pasar de adulta, entre ellos este final. Todavía quedan algunos por contar.

Los dolores han remarcado la mala compañía que se han ofrecido cuerpo y mente. Un episodio de dolor, como el que sufrí hace tres días y que hasta hoy me

mantuvo postrada y alucinando con la morfina, me obliga a tener presente que poseo un cuerpo, del mismo modo desagradable en que me lo recordaba la intimidad marital. Y caigo una vez más en un sentimiento que eubre como un líquen la superficie de mis pensamientos: la culpa. Tal como en mi cuerpo se alojaban las culpas de mis padres y me impedían ser feliz con Alberto, tal vez las mías han encontrado una manera de expresarse a través de esta enfermedad vengativa. Las mismas células, sanas en un tiempo, hoy se reproducen para matarme. Es la vida trocada en muerte. Es la culpa de no haberle dejado espacio a este atajo de carne y huesos para que impusiera su orden. Su autodestrucción es la manera de ajustar cuentas, se corrompe y padece, pero al mismo tiempo le quita el sustento a esta mente que lo subyugó durante más de setenta años. El miedo y la inseguridad son tanto o más punzantes que el dolor físico. Éste puede ser conjurado, la angustia no, a no ser que suspenda la emoción por medio de ansiolíticos. Ya me lo ha sugerido el doctor. ¿Pero cómo podría seguir con estas memorias si estoy bajo sus efectos? Prefiero mantenerme lo más alerta posible, no sólo por este trabajo sino también como un ejercicio de expiación. Si antes yo creía que Dios nos enviaba el dolor físico para limpiar nuestros pecados, ahora pienso que al menos debemos afrontar el sufrimiento psicológico. Este paulatino acercamiento hacia la muerte, mientras recibo las estocadas premonitorias del dolor y la humillación, tiene la finalidad de poner de rodillas el orgullo de mi inteligencia, por albergar durante una vida entera la pretensión de sojuzgar a su compañero. Es irónico pensarlo: la mente, que luchó por desprenderse del lastre que le significaba el cuerpo, sufre ahora porque éste le da satisfacción. ¿No querías mi ruina? —parece decirle—, pues bien, aquí la tienes.

Cada semana mi madre y yo intentábamos tomar desayuno juntas. Esta vez habíamos acordado reunirnos en su casa. Caminé las pocas cuadras que nos separaban en un aire frío, con un sol tendido de finales de invierno pasando a través de los árboles desnudos. La casa de mis padres reposaba unos metros sobre el nivel de la calle, a causa de una singularidad topográfica. Su elevada posición le concedía cierta imponencia, la cual no se correspondía con su envergadura de clase media. Tenía dos pisos con un techo a dos aguas que la recorría en toda su longitud. Se diferenciaba de las demás casas del barrio porque contaba con un porche, al estilo de las casas americanas, un corredor techado a lo largo del frontis. Mis padres acostumbraban a pasar largas horas sentados en él en las tardes de calor. Quizá el acto de vida social al que más lejos llegaron fue saludar desde lo alto a los vecinos que paseaban por la calle.

Mi madre me esperaba con un desayuno exquisito (mermeladas y manjar hechos por ella, pan amasado de la casa, mantequilla de campo), en la acogedora salita de estar junto al living. Al instante de sentarse en el gran sofá tomó los palillos y su bolsa de tejido para continuar con su más reciente afición: tejer ropa de hilo para Juan Alberto. Chalecos, tenidas, pantalones cortos para el verano. Los bergères de la casa anterior enfrentaban el sofá y teñían a tal punto la atmósfera que provocaban la ilusión de estar en la casa de la calle Viña del Mar. Los retratos de los abuelos Campos, rigiéndolo todo con un aire de otros tiempos, con una

seriedad que parecía haberse perdido en el mundo con el paso de los años, no hacían más que acentuarla. El carácter austero de la vieja casa de la calle Viña del Mar no se había dejado corromper por el nuevo traje, amplio y elegante.

En un momento dado, tal vez alentada por el amparo que me conferían el lugar y la voz de mi madre, decidí hablarle de mi problema. Fui cautelosa al elegir las palabras. No quería ofender su pudor. A medida que me fui internando en el relato de las circunstancias y detalles del asunto, noté que se entristecía. Por lo general, si hablaba con ella de algo complejo, su cuerpo robusto proyectaba una actitud positiva, como si no hubiera nada que no tuviera solución. En su rostro acostumbraba a reinar la confianza. La vi caer abatida, como si el peso de este problema quebrara sus defensas. Vi a mi madre como pocas veces la había visto.

—Mamá, la veo triste —dije, mientras ponía a un lado la taza de té.

—Sí, mi amor.

—No quise apenarla.

—No, no eres tú..., soy yo..., es mi problema, yo tengo la culpa.

—¿Culpa?

—Tu padre y yo somos responsables de lo que te sucede.

—Mamá, ¿de qué está hablando? —dije, un tanto alarmada.

—De que hemos sido el peor de los ejemplos.

—Pero, por Dios, el susto que me dio —dije al tiempo que me reía y ponía mis manos sobre su antebrazo. Deseaba que las facciones de mi madre se descomprimieran, percibir en ella la esperanza de siempre.

—Es verdad, hija, no hemos sido honestos contigo y ahora estás pagando las consecuencias.

—Lo entiendo, entiendo que ustedes no han sido la pareja más feliz de la Tierra y sé que usted preferiría que fuese su problema y no el mío, pero por favor no se eche la culpa de todo. Esto me está ocurriendo a mí —exclamé remeciéndola del brazo—, en “mi” matrimonio con Alberto, y seguramente existe más de una causa. No saca nada con lamentarse y no me sirve. Necesito que me aconseje, no que se eche la culpa.

Dejó de lado los palillos, se levantó del sofá con dificultad a causa de la gordura y fue hasta la ventana que daba a una pequeña terraza de piedra que ella había adornado con macetas de pelargonios italianos. La rodeó la luz del sol. Yo sólo distinguía el dibujo de su espalda.

—Todavía no florecen los pelargonios —dije por decir algo.

—Hija, nunca tuve relaciones satisfactorias con tu padre —declaró en un tono monocorde, sin volverse.

A pesar de intuirlo, a pesar de prácticamente saberlo, había algo inapelable en su manera de decirlo, algo absoluto. Nunca.

—¿A qué se refiere exactamente, mamá?

—Perdóname por no habértelo dicho antes del matrimonio —aún permanecía de espaldas a mí—. Así debió ser. Le pregunté en su momento al doctor Zambra y me aseguró que ibas a ser feliz, que no tendrías ningún problema con Alberto. Y me contenté con eso, tenía miedo, no creí que fuese necesario que te enteraras de nuestras miserias.

—Hable mamá de una vez. —Un brote de enojo tiñó mis palabras.

—Julia —vino hacia mí, se sentó a mi lado y me tomó por los hombros—, no seas dura conmigo. Esto es muy penoso.

—Dígame, mamá, no tenga miedo, dígame, yo voy a ser capaz de entenderlo —dije calmándola.

Le acaricié la cabeza e inhalé profundamente para aplacar la demanda de un ritmo interno que amenazaba con dispararse. Mi madre se apoyó un instante en mi hombro. Ni siquiera cuando vimos a mi padre en el tranvía con esa mujer la vi desmoronarse a este punto. Levantó la cabeza, tomó el pañuelo que llevaba en la correa del reloj para enjugar las lágrimas y dijo conmiscerándose de sí misma:

—Hija, tengo una malformación...

—Mamá... —dije, abrazándola en un acto instintivo.

—Cada vez que hicimos el amor —continuó con la voz apagada contra mi hombro—, tenía dolores fuertes que duraban días. Al principio se lo oculté, declaraba que el sexo era para procrear y sólo algunas veces me dejaba hacer. Nacieron tú y tu hermano y llegó el día en que no lo pude resistir más.

—Tranquilícese, mamá, explíqueme bien, yo no tengo ninguna malformación.

—Sí, lo sé, pero ver a tu padre con esa mujer debió ser horroroso. Y que durmamos en piezas separadas y que yo siga con él, aún sabiendo que tu padre tiene una relación con Oriana. ¿Ahora entiendes? ¿Ahora me puedes entender? Mi amor, no sabes lo que hubiera dado por evitarte todo esto. Hemos tratado de hacer las cosas lo mejor posible. Tanto tu padre como yo. No hemos tenido convivencia sexual desde tu concepción. Ésa fue la última vez. Decidimos permanecer juntos por ustedes y ya nos hemos acostumbrado. Incluso, es probable que continuemos juntos una vez casado tu hermano. Queremos recibir a Juan Alberto y a los demás nietos como se debe. El padre Orlando me ha orientado cuando la angustia me sobrepasa. Quizá por eso me he puesto tan gorda, para no pensar, o quizás darle otra justificación a tu padre. Si los ven juntos en la calle, pensarán que tiene una buena razón para mantener otra mujer.

—No le permito, mamá —dije saliendo catapultada del sofá hacia la puerta de la salita—, que absuelva al papá de su engaño. Es lo único que falta. Nunca voy a aceptar que nos imponga a esa mujer. Es de un egoísmo monstruoso.

—No lo juzgues tan duramente. ¿Le desearías a Alberto una vida privada de placer, si tú no puedes dárselo?

—Si están juntos es por amor y honrarlo es más que un deber para una persona enamorada, es una necesidad. Lo que él hace es asqueroso. Y no me trate de convencer. ¿No será el cura Orlando quien le mete esas ideas en la cabeza? Tamaña brutalidad, es un problema de ambos y si no estaba en el plan de Dios, no estaba y ya está.

—Julia, no sacas nada con rebelarte, la vida no sigue un camino recto y menos un camino santo. Hacemos lo mejor que podemos, pero quién sabe si yo misma alenté a tu padre a buscar a otra mujer. Creo que lo hice, que se lo di a entender, no me parece bueno para un hombre ir por ahí como un perro lacho. Es preferible que tenga una querida a que se enrede con prostitutas. Claro que hubiese preferido que fuese más discreto, que no me hubiera tenido que enterar de esa forma, obviamente hubiera sido preferible alguien extraño y no una prima que trabaja en la tienda. Hija, en cierto modo yo busqué esta manera de arreglarnos, y cuando descubrí en el tranvía la forma que había tomado la solución no tuve más alternativa que aceptarla. Así de simple, no siempre las cosas resultan como uno desearía.

Vino a mi mente la imagen de mi padre sentado en el bergère con el diario aún entre las manos: “No me juzgue, hija, no me juzgue”. ¿Y cómo pretende él que no lo juzgue, cómo pretende mi madre que no lo juzgue, o que mida la severidad de mi juicio? Me lo preguntaba al tiempo que los movimientos de mi madre

me resultaban extraños, como si nacieran del cuerpo de otra mujer, como si no fuera mi madre. Había algo miserable, propio de quien pide limosna, de quien hace espectáculo de su vergüenza, ese gimoteo, el encogimiento del cuerpo, la espalda curva, inflada bajo el chaleco. Me hallaba ante una composición ajena a su carácter vivo y orgulloso, nunca empequeñecido ante nadie, una mujer de gesto seguro en el rostro y el mentón alzado ante cualquiera.

¿Mi madre confesaba su vergüenza? Me decía que era tan culpable como mi padre, que a ella le satisfacía el arreglo, que incluso le brindaba cierta paz, quien sabe si también placer. ¿Mi madre obtenía una cuota de placer al imaginar a mi padre con otra mujer? Un tercero es el escudo que utiliza el miedo, el miedo a desear con verdadera pasión. Una parte de mí sospechaba que mi madre se había inventado su malformación, como yo también podría haberlo hecho, para mantener alejado el peligro de necesitar a mi padre, de llegar a sentirse dependiente de él.

—Mire, mamá —me dirigí a ella con una distancia que nunca creí pudiese haber entre nosotras—, no sé bien lo que estoy oyendo, pero pienso que usted se ha dado esta excusa, esta idea de que alentó al papá, para no enfrentar su problema con valentía. Es más fácil echarse la culpa y usted es experta en hacerlo, es más fácil jugar a ojos que no ven, corazón que no siente. Hay un solo pero en este arreglo... sus hijos. Yo, mamá, la respeto más que a nadie en el mundo ¿Cree que puedo seguir respetándola si me dice que es cómplice del papá? La prefiero sola, pero con la frente en alto. Si lo aceptó es por dignidad, por nosotros, pero no me diga que usted es parte de la banda, eso no...

De la dureza había pasado sin notarlo a mis pies hundiéndose en el piso. Lloraba con la expresión aún rígi-

da por el reproche. Vino hacia mí y al sentir su olor comprobé que todavía era mi madre.

Al abandonar la casa, llevaba la noticia atascada en la garganta. Durante una cuadra me dominaba la urgencia de contarle a Alberto, pero a la siguiente me convencía de que no era una buena idea. Cuando me pidió matrimonio, decidí que no le revelaría las andanzas de mi padre y, si llegaba a enterarse por otros medios, esperaba que no me lo comentara para protegerme. Pero ahora las cosas habían tomado un calibre que se escapaba de mi control.

Me dolía la pérdida del refugio de intimidad que había constituido mi madre y estar a la intemperie me volvía un ser inválido. Deseaba correr al refugio de Alberto. Él sería el único con quien compartiría los espacios de mi intimidad de ese día en adelante. Por primera vez comprendí que el matrimonio constituye un quiebre irremediable y una transferencia de lealtades irreversible. Ya no pertenecía a mi familia original, mis fidelidades eran otras, la frontera nos circundaba a mí, Alberto, Juan Alberto y los hijos por venir. Mi madre había quedado del otro lado, mi padre llevaba tiempo allí.

El desarraigo repentino me convirtió en una apasionada ciudadana de mi nueva patria. Esa noche me limité a confirmarle a Alberto que iría donde Montaner y que haría todo lo que estuviera en mi mano para resolver el problema. Lo que cambió, y me imagino que él percibió, fue la vehemencia de mis declaraciones. No había medias tintas ni estúpidos pudores, avanzaba en pos de ese futuro en común sin titubeos. Haría feliz a Alberto, junto a él estaba mi vida y no había posibilidad de volver atrás.

Mi terapia con Montaner duró dos años, tres veces por semana, tendida en un diván. Durante los primeros

meses brotó el rencor, la horrible sensación de que mis padres me habían engañado. Temía a los hombres y miraba en menos a las mujeres. Destapar ese cocimiento de bruja me significó una depresión que duró hasta el final del primer año. Fue una depresión leve, comparada con la que me sobrevino luego de la muerte de mi madre, recién nacido Andrés. Fueron meses difíciles, a pesar del optimismo reinante por el fin de la guerra. Alberto me dio muestras de su amor al acompañarme de cerca a través de ese tiempo estéril. No teníamos relaciones sexuales y yo me mostraba irascible. Aun así, él se mostró dócil y atento. "Ya voy a volver, Alberto, voy a estar contigo de nuevo". "No te preocupes, Negra, yo estoy aquí".

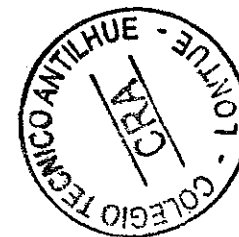
A principios del segundo año, le hablé a Montaner sobre el miedo que me impedía contarle a Alberto todo lo que había ocurrido entre mis padres. El mayor temor era que dudara de mí, por ocultarle algo tan importante y que pensara que la relajación moral de mi familia podía estar alojada en mi alma y que tarde o temprano afloraría. Desconfiaba de mi integridad. No sólo era el pecado de mis padres, sino un pecado que amenazaba con poseerme. Temía que Alberto me perdiera el respeto. Yo sentía que me adoraba. El pecado de mis padres era una mancha y no podía borrarla aunque me agitara en el diván de rabia.

Finalmente entramos al sexo, a mis miedos superficiales, pero gran parte de la tarea ya estaba realizada, sólo hacía falta atreverse.

Recuerdo el llanto involuntario antes de comenzar a hablar, la expresión atónita en el rostro de Alberto mientras escuchó mi descarnado relato, recuerdo un viento que presagiaba lluvia. Lo recuerdo abrazándome como nunca lo había hecho, con desesperación. Recuerdo un

animal. Moreno. Femenino. Recuerdo una segunda luna de miel en las termas de Cauquenes, dos semanas. Recuerdo la seducción, la búsqueda, el amor en los baños humeantes..., recuerdo no haber pensado. Recuerdo el hambre y el deseo.

María del Pilar nació nueve meses más tarde, y once meses después, María Teresa.





Alberto decidió abandonar la empresa de sus tíos en 1949, con el fin de establecer su propia fábrica de muebles. Se enfocaría a los de oficina y más adelante a los de cocina y closet. Un sistema modular de fácil instalación que había conocido en Italia sería su ventaja sobre otros fabricantes. No competiría con sus tíos. Ellos vendían muebles confortables y de estilo. Un día por la mañana, mientras se ponía los zapatos bajo un rayo de sol que lo blanqueaba, me anunció que hablaría con sus tíos. Tenía claro que la oposición sería furibunda. De todos modos, se veía contento y me dijo antes de partir: "Es como sacarse un peso enorme de encima".

En menos de dos horas la noticia se propagó hasta los confines de la familia. El repudio fue generalizado. El teléfono de la casa no dejó de sonar en todo el día. Alberto me contó que algo semejante ocurrió en la fábrica. Al parecer, sus tíos se turnaban para imprecarlo. Le habían dado todo, decían, la confianza, el dinero y las oportunidades para que llegara a ser el sucesor en la administración de los negocios familiares, pero nunca pensaron que sería para su propio beneficio. Según mi modo de ver las cosas, lo querían como un eslabón más de la dinastía, no como un hombre dueño de su propio futuro. Su padre le quitó el saludo; su madre calló y se mostró distante con él; y su hermana le preguntó si había enloquecido, si se creía un superhombre. Ciertamente dejaba atrás la seguridad de un buen salario y la confianza de estar en una empresa familiar donde sería

el mandamás, pero no tuvo dudas de que hacía lo correcto. Yo, tampoco. Desde mis suegros hasta las señoras de los tíos de Alberto se acercaron a mí para que lo disuadiera. Mi respuesta era siempre la misma: "No hay nada que hacer, ya tomó la decisión y estoy de acuerdo con él".

Sólo en una oportunidad Alberto vaciló. Para financiar la fábrica de muebles era necesario que vendiéramos la casa donde vivíamos, además de otra que habíamos comprado con nuestros ahorros como una forma de inversión. Nuestro estilo de vida debía cambiar. Nos iríamos a una calle de fachada continua, Guacolda, una calle triste, de apariencia pobre, ubicada hacia el sur de la ciudad. La casa nos había gustado por la amplitud de los cuartos y el patio trasero, donde nuestros tres hijos podrían jugar seguros. Un magnífico nogal, que protegía gran parte del jardín, fue quizás el atributo que más influyó en mi decisión. Por el dinero que estábamos dispuestos a gastar en el arriendo no conseguiríamos nada mejor, y no les dimos importancia a las malas credenciales del barrio.

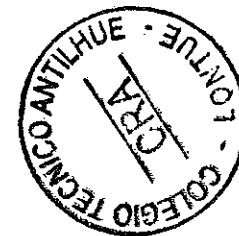
Cuando recibimos la confirmación de que había un interesado en la casa de Pedro Torres —una mujer descendiente de árabes—, Alberto estuvo al borde de echar pie atrás.

—Negra —me dijo con una mirada asustada luego de colgar el teléfono—, no tienes por qué sufrir privaciones por mis sueños de empresario. Vas a tener que llevar una vida apretada, no te lo mereces.

—Me crié en un hogar austero. Yo lo voy a resistir mejor que tú. Véndela... y no lo pienses más.

Guardo un recuerdo feliz de nuestros años en Guacolda: no teníamos automóvil y vivíamos al mes con un reducido presupuesto; nos teníamos unos a otros al alcance de

la vista y el oído; Juan Alberto era un hijo cercano y cariñoso. María Teresa ya daba muestras de su mal carácter, pero nada que nos quitara el sueño. Alberto y yo nos sentíamos trabajando hombro a hombro, él en su primer galpón, que llamaba fábrica, y yo en la casa, limpiando, cocinando, tejiendo y remendando ropa para mí y mis relaciones, con lo cual me hacía de unos pesos más. Fueron años de sencillez y esperanza, una pequeña Arcadia, en una calle sin árboles, donde nuestra casa no se diferenciaba de las otras y un color indeterminado las recorría todas por los años sin recibir una mano de pintura. Los problemas estaban de la puerta hacia afuera, mi familia era normal, sin las cargas de la familia de mis padres, que había dejado de ser la mía.



Si busco identificar un punto de quiebre en la curva de mi vida, creo que correspondería a los primeros días de marzo de 1953. Hasta esa fecha nuestra familia semejaba un organismo en continua expansión y confiábamos en que se abría ante nosotros un futuro cada vez mejor. La convivencia familiar se había robustecido por los años de austeridad y la decisión de Alberto de tomar su propio rumbo se había visto recompensada por un explosivo crecimiento de su empresa. Ya en 1953 el dinero abundaba y decidimos construir nuestra propia casa.

Marzo de 1953. En la memoria resuena ocre, sucio, árido. Retornábamos de Concón, donde habíamos pasado el verano, mi madre, mi familia —Alberto sólo dos semanas—, y Joaquín con su mujer. Llevaban casados poco más de tres meses y Laura ya portaba un hijo dentro de sí. Era una mujer alta, de rasgos caucásicos. Hija de padre norteamericano y madre chilena, nacida y criada en Chile. Vivió en Santiago hasta los quince años y luego se marchó. Nueve años más tarde, recibida del bachillerato y con un postítulo en periodismo, se aventuró de vuelta a Chile. Entró a trabajar a la embajada de Estados Unidos como encargada de prensa. Se conocieron y se casaron sin haber cumplido un año de noviazgo, nada bien visto en esos tiempos. Mi hermano ya tenía veintiocho años y no quiso esperar la venia social.

Alberto y yo nos dedicamos al proyecto de la nueva casa en este barrio de Vitacura, en esta calle Las Nieves, cuando el lugar era poco más que una gran extensión de matorrales. Desde aquí se podían observar apenas

cuatro casas construidas en la recién terminada urbanización, además de la iglesia. Podíamos caminar hasta ella a campo traviesa. La nueva casa tendría proporciones un tanto exageradas para mi gusto. Hubiese deseado algo más sencillo, pero Alberto insistió: "Es para toda la vida, Negra, si tenemos el dinero hagámosla a nuestro gusto. Es la primera y última vez que tendremos el entusiasmo para hacer algo así". El más animoso fue él, cómo no. Cada día visitaba la obra y no había detalle que escapara a su control. Todo ese ímpetu se transformó en este lugar donde hoy escribo. En honor a la verdad, Alberto levantó una casa prácticamente perfecta: su distribución es lógica y funcional, sus recintos ocupan un espacio que no es excesivo ni tampoco mezquino y no ha requerido mayores trabajos de mantención.

La bonanza material y el vigor que parecía alentar nuestros días se vieron interrumpidos de golpe por la enfermedad de mi madre. El ascenso llegaba a su cúspide y la sensación de levedad se vería contrariada en lo sucesivo. Desde el matrimonio hasta esos días, incluyendo la superación de nuestra crisis en la intimidad, había sido una suma de buenas nuevas, y no tuve el menor indicio que, mientras acompañaba a mi madre a la consulta del doctor Zambra, dábamos inicio a una larga época de malas noticias.

El diagnóstico fue devastador. Cáncer de mamas con ramificaciones en los ganglios. Debía operarse cuanto antes. Una semana después le extirparon el seno derecho. De pronto el árbol robusto que siempre fue su cuerpo se pudría por el tronco y semana a semana decaía en una pasión que la llevaría hasta las puertas de la muerte.

María Teresa siguió adelante con su pololeo y comenzó a llevar una vida independiente. Le imponíamos ciertos horarios, la obligación de cenar con nosotros de domingo a jueves y participar del almuerzo de los domingos. Nos manteníamos atentos a cómo se desenvolvía la relación. En los meses tardíos del 67 cayó Silva Santiago y fue elegido nuevo rector de la universidad Fernando Castillo Velasco, arquitecto, demócrata cristiano, hombre respetado entre sus pares. Ramiro me contaba los acontecimientos con aire triunfal, excesivo si se considera su modesto papel. María Teresa me hablaba sin descanso del movimiento estudiantil y de las actividades que organizaba la Pastoral Universitaria a la que había ingresado a instancias de Ramiro. Este aspecto del noviazgo era quizás el único positivo desde mi punto de vista: asistencia casi diaria a misa, confesión cada quince días y actividades donde surgían candidatos alternativos a Ramiro, imagino que con cierta frecuencia, todos universitarios y católicos.

A mediados del año 69, a dos de iniciado el pololeo, decidimos que ya era tiempo de intervenir. María Teresa alcanzaría la mayoría de edad en junio del año venidero. Ambos habíamos concluido que Ramiro sería un lastre como marido. No era más que un hombre blando, sin el menor sentido de lo que cuesta ganarse la vida. Nuestra hija se encaminaba a una existencia de privaciones, en la cual, sin darse cuenta, acabaría con los problemas de su familia sobre los hombros, debiendo ella solucionar lo que Ramiro no resolvería, quién sabe si

preocupado por la causa de turno o por simple flojera. Teníamos certeza, además, de que las actividades políticas eran una manera de no encarar su mal rendimiento académico. Habíamos rastreado sus calificaciones en las tres carreras y los cambios no eran más que una forma de evitar que lo expulsaran. En esos tiempos la universidad hacía lo posible por no echarse más problemas encima, como los que le podía traer la expulsión de un dirigente estudiantil. Él se justificaba ante María Teresa diciendo que las malas notas eran por la falta de tiempo, pero en rigor lo malgastaba en la federación porque no era capaz de seguir el ritmo de su curso. A Ramiro no le interesaba educarse, obtener un título y armar su propia vida. Si hubiese sido por él, habría envejecido en las aulas, dando luchas juveniles que por una sola vez en la historia, durante 1967 y 1968 adquirieron un estatus adulto, pero que en ningún modo lo robustecieron para llegar a ser un hombre cabal.

Nuestra decisión fue separarlos.

Alberto llegó el día elegido a eso de las seis y media. Mientras se quitaba el abrigo me dio un beso y me preguntó con la mirada si María Teresa estaba en la casa. Asentí. Fuimos hasta su cuarto. Estaba tendida de lado en la cama con un cuaderno ante sus ojos y un lápiz en su mano derecha. Sin avanzar más de un metro hacia el centro de la habitación, Alberto dijo sin saludarla: "Te prohíbo que vuelvas a ver a Ramiro", una frase dicha en un tono serio pero no particularmente autoritario o grave. Siguieron las explicaciones del caso, expuestas sin eufemismos. Yo estaba un paso detrás de Alberto. María Teresa me lanzaba miradas incrédulas. Mi misión era mostrarme imperturbable. Dejaba en claro que no era sólo él quien hablaba sino ambos. "Si llego a saber que lo has visto, te saco de la universidad y te dejo encerrada en la casa por un año". No era difícil enterarnos de los pa-

sos de María Teresa. Su hermana y varias de sus primas Sartori estudiaban en el mismo campus. El plan consideraba una segunda etapa. Una vez terminado el año la enviaríamos a Europa. Iría en el tour auspiciado por la universidad, acompañada de su hermana y una prima. "Si cumples lo que te pedimos, te vamos a regalar un viaje a Europa con tu hermana y Sonia".

Alberto se encargó de explicarle la situación a Ramiro. Esperamos en la salita su diaria llamada por teléfono a eso de las diez de la noche. Contesté yo, sus frases de entrada fueron las de costumbre:

—¿Está la Tere?

—Ramiro, soy yo, Julia.

—Señora Julia, no la reconocí, ¿Me da con la Tere?

—Espera, Alberto quiere hablar contigo.

Intenté darle un tono grave a mi voz en estas dos frases, para prepararlo, aunque fuera inadvertidamente, a recibir el golpe que ya venía derecho hacia él.

—Ramiro, hablas con Alberto, tengo algo desagradable que decirte... No quiero que vuelvas a ver a María Teresa... Julia y yo creemos que no eres el hombre indicado... Tómalo como quieras..., preferimos una persona responsable que cumpla con sus obligaciones... Soy un viejo de mierda, sí, por supuesto, no sé actuar de otro modo... Lo mismo digo... Me cortó.

—¿Te cortó?

—Y qué esperabas...

—Pensé que se amilanaría.

—No creo que tenga la virtud de reflexionar acerca de sus defectos.

—Ya está hecho, ahora tenemos que aguantar, pronto se le pasará —dije en un desborde de histeria—. María Teresa nunca estuvo enamorada de él, lo manipulaba.

—Julia, préstame atención —dijo al tiempo que me tomaba por los hombros y giraba mi cuerpo hacia él—, yo

voy a resistir, está en mi carácter, para ti va a ser más difícil con ella en la casa todo el día. Démosle de aquí al domingo, pero el lunes tendrá que volver a la universidad y sacar el semestre, si no, te vas a volver loca.

Durante los días que siguieron a la prohibición, el llanto de Teresa avanzaba por los pasillos y se colaba en las habitaciones como un gas incisivo. María del Pilar pasaba horas con ella, consolándola, intentando distraerla. Le traía revistas, chismes y en una ocasión la persuadió para que vieran juntas una película en televisión. Los lamentos se interrumpían de golpe cuando Alberto llegaba de la fábrica por la noche.

Andrés se veía expuesto a su llanto durante la tarde, cuando hacía sus tareas. Había cumplido catorce años. Se sentaba a la mesa del comedor y así conseguía alguna concentración. Una tarde se quedó en el cuarto como de costumbre. Cuando lo fui a ver una hora más tarde, lo encontré llorando, en silencio, sentado en su pequeño escritorio, cabizbajo, las manos apoyadas a lado y lado de un cuaderno de hojas cuadriculadas. Me hiqué junto a él y lo abracé. Las hojas del cuaderno exhibían círculos húmedos y encarrujados. No me retribuyó el abrazo, permaneció en la misma posición y sus lágrimas no se detuvieron. A Alberto le molestaba que todavía a esa edad fuera dado a llorar. A mí en cambio me parecía que en un niño sensible como él no tenía por qué ser un rasgo anormal. Andrés sufría además el retraso en el desarrollo de los hombres Bartolini y a pesar de sus catorce años, su cuerpo y sus facciones todavía eran las de un niño.

—No llores, Andrés, es por el bien de tu hermana, ya se va a sentir mejor.

—Tengo pena porque ella tiene pena, nada más.

En los primeros días, no conseguí hablar con María Teresa. No bien me acercaba, un rosario de insultos salía de su boca, conducta que en otra circunstancia le hubiera valido una bofetada, pero en este caso era mejor mantenerme tranquila. Así establecería desde el principio que no había diálogo posible. Me limité a mandarle la comida a su pieza y a cerciorarme de que se alimentara. Gracias a Dios los platos volvían vacíos.

El lunes siguiente, Alberto la sacó de la cama, tomó desayuno con ella y la dejó en la universidad.

No sé si logramos nuestro objetivo de mantenerlos separados; ni María del Pilar ni sus primas, quienes estaban de acuerdo con que Ramiro era una mala elección y no le tenían aprecio —lo consideraban poco atractivo, demasiado político y algo simplón—, los vieron encontrarse. Si hallaron una manera de hacerlo fuera de la universidad, no les debe haber sido fácil. Yo mantuve en todo momento un ajustado control de sus horarios.

Llegó el verano y las niñas partieron a Europa. La despedida a las puertas de Policía Internacional del recién inaugurado aeropuerto de Pudahuel fue más difícil de lo que imaginé. Niñas, mis hijas... De pronto tuve la sensación de que esa partida era un símbolo de lo que se nos venía encima, el momento en que dejaran la casa. Fue ahí, contemplando sus vibrantes espaldas juveniles entre una larga fila de viajeros, que me encontré de golpe con la certeza de que pronto nos dejarían para siempre. Sonreían mientras rebuscaban entre sus documentos y yo veía esas puntas de luz que eran sus sonrisas como la confirmación de que ya no nos necesitaban, de que ya podían ir solas por la vida. Era a la vez un cuadro alegre y burlón, una escena plácida y también de máxima gravedad, partían como niñas y ante mis ojos se transformaban en mujeres hechas y derechas. No tuve

dudas de que dentro de dos años sólo quedaríamos en la casa Alberto, Andrés y yo. Juan Alberto llevaba un tiempo casado, se había recibido de ingeniero y ya tenía dos hijos; María del Pilar mantenía su relación con Luis que ya duraba tres años y no era impensable que María Teresa hiciera cualquier cosa con tal de irse. De un chispazo comprendí que dejarnos era lo único que María Teresa deseaba. Y por esa razón había aceptado el viaje. Su objetivo era separarse de nosotros, borrarlos de su cabeza. La enviábamos a Europa para que olvidara a un pretendiente, en cambio ella emprendía viaje para olvidarse de nosotros. Desapareció tras los vidrios opacos de inmigración y estuve a punto de dar un grito para rogarle que volviera, abrazarla y pedirle que dedicáramos esos dos meses a remendar nuestra relación. En Europa avanzaría su progresivo desapego y el resultado del plan actuaría más en nuestra contra que de Ramiro. Al subirse a ese avión se profundizaría un poco más su rencor y cuando llegase el momento no habría quién la retuviera a nuestro lado. Esos fueron los sentimientos que experimenté mientras batía la mano en son de despedida. Para no perder el control de mis sentimientos, miré a Alberto de reojo. En el rostro se reflejaba su tranquilidad interior, como ese día en misa cuando me ofreció matrimonio; estaba seguro de que hacíamos lo que se debía hacer. Si me casé con él fue por esta habilidad para aplacar el revuelo de mis elucubraciones. Dejadas a su suerte eran capaces de enloquecerme. Y si lo amaba por transmitirme de manera tan clara su seguridad, también llegó un tiempo en nuestras vidas en que la revisión de este arreglo fue causa de resentimiento. Ahora, mientras tecleo en el computador, resiento haberme dejado llevar por Alberto en las oportunidades que nos dio la vida para reparar nuestra dañada relación con la Tere. Claro que culpar-

lo es el camino más fácil y me debería preguntar si no fue por la conveniencia de no tener el enfrentamiento que hubiera significado contraponer mis fugaces intuiciones a su monolítico pragmatismo. ¿Cómo iba a luchar con armas de aire contra la granítica razón? ¿Cómo una mente turbulenta como la mía, que finalmente no estaba segura de nada y no era capaz de sugerir un camino a seguir, iba a desafiar un carácter que no daba un paso sin saber de antemano cuál sería el siguiente? Y aun cuando podría elaborar más y más excusas, no se extingue la culpa. Me digo, al menos podría haberlo intentado.

Él estaba convencido de que la visión del ancho mundo ayudaría a nuestra hija a tomar perspectiva y a darse cuenta de que Ramiro era poco más que un pelafustán. Se asomaría a uno de los miradores de Florencia, respiraría hondo y sentiría que se había sacado un peso de los hombros. "Nos lo va a agradecer, ya verás", dijo más de una vez. Y yo cerraba con fuerza los ojos para borrar la imagen de María Teresa lanzando una risotada amarga. Cerraba los ojos e intentaba creer una vez más que Alberto tenía la razón.

Para contrarrestar el miedo de perder a María Teresa, decidí escribirle a diario una carta. Para no hacer diferencias tuve que hacer lo mismo con María del Pilar, pero a ella le escribía lo primero que se me venía a la cabeza y no muy largo. A la Tere le relataba las cosas que ocurrían en la casa, casi nada considerando que era verano y en Villarrica no ocurría gran cosa. Una segunda parte de la carta intentaba ser más cercana, le hablaba de mis sentimientos frente a una situación u otra y le contaba de los momentos del día en que me acordaba de ella. Quise que me sintiera más cerca de lo que nunca estuvimos bajo el mismo techo. Asombrosa cualidad de la escritura la de permitir mostrar sus sentimientos,

sin que la rabia se interponga, a dos que no pueden hablar sin pelearse.

La respuesta a este ejercicio no fue auspiciosa. Recibía una postal por semana, firmada por las dos, con letra de María del Pilar. Y yo me quedaba en ascuas, esperando una respuesta. Había tanto en esas cartas que María Teresa y yo podíamos compartir. Me envió una sola misiva de su puño y letra. Desde Roma. Se enorgullecía de ser descendiente de italianos. También hablaba de lo cómoda que se había sentido en las calles, la sensación de estar en un lugar "donde la gente se mueve, habla y se ríe parecido a uno". "Aquí me di cuenta —afir-maba no sin cierto cinismo— de que no soy tan rara como dicen". Añadía que se acordaba de mí porque veía a menudo mujeres con una estampa semejante a la mía. "En cambio, no sé de dónde salió el papá". Le escribí de inmediato, dichosa por la carta, le recordé que la familia de su padre provenía de la misma Roma y que él era italiano por lado y lado, así que sin duda unos cuantos parecidos a él circulaban por ahí. Pero tenía razón, era difícil encontrar en Italia un hombre de piel tan blanca y ojos grises. Podría haber sido descendiente de alemanes del sur, o austriacos. Después de esa carta, la Tere retomó el saludo distante de las postales y me invadió una sensación de soledad que no experimentaba desde los primeros tiempos de matrimonio.

Han pasado dos meses y medio desde que comencé a escribir. Avanzo más rápido de lo que pensé. El cáncer también. Me canso con facilidad y he adelgazado. Estoy en la etapa en que me estoy llenando de pequeños tumores. El doctor viene a verme una vez a la semana, me atiende en las crisis —las mayores han sido dos— y al irse habla con Juan Alberto. Salgo rara vez, dejo que María Teresa haga las compras y María del Pilar me ayude con ciertos encargos y el banco. Mi cuerpo ha cambiado, veo las cumbres de mis huesos. Lo demás cuelga. Evito verme desnuda en el espejo. Ya ni siquiera puedo ducharme sola, mis hijas se turnan en la guardia. Y lo peor de todo es que la semana pasada me vi en la necesidad de usar pañales. Cualquier cosa antes de ensuciar mi ropa o la cama. El panorama no es alentador, pero todavía hay cosas que me alegran. He releído algunas páginas. Al hacerlo me ha asaltado un brote de vanidad, me he dicho en un tono audible "este párrafo está bien escrito", y cuando eso ocurre me dan ganas de enseñárselo a alguien. En especial, quisiera que después de muerta, apagado el pudor, mis hijos leyeran estas memorias. Por supuesto que de ellos no espero un reconocimiento literario, más bien creo que es la manera de quedarme un tiempo más a su lado, una artimaña desesperada para que no me olviden.

Ayer me vino a visitar Andrés sin anunciarme que lo haría. Ya me había metido a la cama, estaba cansada; de saber de su visita lo hubiera esperado en pie. No me gusta



que me vean abatida, no antes de que sea inevitable. Después de darme un beso largo y cariñoso, se sentó en el sofá frente a mi cama.

—Ese cuadro me gusta más que ningún otro de la casa —dije contemplando la virgen quiteña a espaldas de Andrés—. Me gusta su colorido lúgubre, la expresión humilde de la virgen. Tiene los ojos bajos. ¿Te has fijado que no es blanca? Lleva un ramo de flores silvestres en las manos. Si no fuera por los cortinajes de terciopelo que le pintaron al fondo, sería una obra maestra.

—A mí también me gusta —dijo pensativo, vuelto hacia él—. Es como un tótem, como si estuviera tallada en madera. Cuando era niño me impresionaban sus manos, como si las tuviera empuñadas. Es evidente que la pintó un indio. Seguro que le puso los cortinajes para que el cura no mandara a quemar el cuadro. Es casi una protesta contra el imperio.

Andrés se ve más contento en Chile. Lo han llamado de varias oficinas para que participe en proyectos, con la profundidad que él desee, desde dar una opinión hasta ser el arquitecto a cargo. Sus obras son conocidas aquí a través de revistas de arquitectura. De todos modos ha tenido que realizar cuatro viajes a Nueva York en estos meses, se queda tres o cuatro días y regresa. Le he insistido en todas las formas que no necesita volver, que yo misma me preocuparé de que le avisen cuando me agrave, pero no hay modo de convencerlo.

Me estuvo contando de su vida en Nueva York. Por sus cartas ya sabía que tiene una pareja desde hace diez años, Bill, no recuerdo su apellido. Viven en el Soho, en uno de esos lofts que estuvieron de moda, en un edificio reacondicionado por Andrés. Bill es psiquiatra y se ha especializado en adicciones. Tiene su consulta privada y trabaja ad honorem en el hospital Bellevue, junto al East River. Es originario de Nueva Inglaterra, de Mai-

ne específicamente, y proviene de una familia WASP. Es un hombre veinte centímetros más bajo que Andrés, con el pelo dorado y crespo. He visto su fotografía y es bien parecido, ojos azules y risueños, la piel mate. En la imagen se ve todo un aristócrata, con un sombrero panamá, pantalones blancos arremangados, las manos en los bolsillos y los pies desnudos sobre la arena gris con el mar de fondo. Al decir de Andrés, es dueño de modales impecables y una natural bonhomía.

Ambos están realizados y comprometidos con sus trabajos y casi no se ven durante los días de semana, a no ser al momento de apagar la luz y darse el beso de buenas noches. Tontamente, cuando me contó este detalle me sentí incómoda. Es obvio que duermen en la misma cama, pero no esperaba oírlo de manera tan simbólica. Para darse tiempo para ellos dos, compraron hace unos cinco años una casa de playa, en Fire Island, un lugar donde se llega en ferry y no pueden circular automóviles. “Es una isla, un banco de arena, una gran playa, con las casas en el medio. Las calles están hechas de tablores de madera y las casas se levantan sobre pilotes, como palafitos que flotan sobre la arena”. Van ahí cada fin de semana y tienen muchos amigos. Es una isla donde la mayoría de los propietarios son personas gay de Nueva York con un buen pasar.

Le pregunté por su relación con Bill, cómo era él, cómo se llevaban. Reconoció que tenían problemas para comunicarse. Bill no era dado a hablar cuando tenían un desencuentro. Prefería pasarlo por alto y continuar con la rutina. Si se habían peleado la noche anterior, la señal con que Bill daba por superado el impasse consistía en levantarse y preparar el desayuno, con huevos. Pensaba que hablar era una pérdida de tiempo y se asustaba con la vehemencia de Andrés cuando discutían. Al parecer, ambos han cedido con el paso de los

años, tanto Andrés, que ha tenido que controlar su tendencia a armar una tormenta en un vaso de agua, como Bill, que se ha mostrado llano a dialogar cuando el conflicto alcanza el mérito suficiente.

Debo reconocer que estas apreciaciones me despertan cierto rechazo, pero me siento en la obligación de escucharlas. Ya me había preparado Andrés con sus cartas, al ser franco y directo en cada tema que tocamos. Como había prometido, no esquivaba la realidad. Esta libertad que nos damos me reconforta; yo he sido fiel a la promesa y no he tenido problemas en contarle secretos o sentimientos que ni siquiera Alberto conoció. No me siento amenazada cuando estoy con él, como si sus juicios acerca de mí fueran inermes, en el sentido de que no disminuyen su cariño; también yo hago un esfuerzo equivalente para que mis juicios no sumen o resten al amor que nos une.

Sin haberlo planeado, animada por la intimidad que entibiaba el aire, le pedí:

—Andrés, llamemos a Bill, quisiera hablar con él, conocer su voz.

—¿Está segura? —preguntó asombrado.

—Sí, quiero decirle algo.

Andrés vino hasta la cama, observando a cada paso la expresión de mi rostro, como si esperara un cambio de parecer. Se sentó a mi lado, tomó el teléfono y marcó una treintena de números a toda velocidad, destreza propia de un norteamericano.

—Bill, ¿estás ocupado?... Mi madre desea hablar contigo... Sí... te la paso.

—Aló, Bill..., sí, hablas con Julia... Para mí también es un gusto, Andrés me ha hablado muy bien de ti... gracias —dije y sonreí—, yo sé que me quiere y al parecer me hace buena propaganda —miraba a Andrés con ternura mientras decía esto; saber que le hablaba a Bill de mí

con cariño me alegró—, gracias... Bueno, cómo no, si es mi hijo... —Andrés mantenía aferrada mi mano libre con sus dos manos—. Bill, deseaba agradecerte que quieras a mi hijo y que cuides de él, ya debes saber que es un hombre frágil, lo ha heredado de mí y me alegro que estés a su lado para que se sienta protegido... Sí, sí..., cómo lo conoces... Bill, quiero pedirte otra cosa, quiero que lo mimes mucho cuando yo no esté.

—Mamá —suspiró Andrés con los ojos enrojecidos.

—Sí, Bill, no te preocupes... Yo estoy muy tranquila..., sí, me están cuidando como a una reina. Bill, es mejor que cortemos porque estas llamadas cuestan muy caras; un beso... También, fue un gusto hablar contigo..., un beso.

—Las llamadas no son caras —dijo Andrés con una sonrisa bondadosa.

—Bueno, en mi época lo eran.

—Gracias.

—Lo hice por mí, ahora estoy más tranquila. Su voz me dio confianza. Tiene un bonito timbre, muy masculino, aunque con un acento endemoniado.

—Éste es el mejor regalo que me ha hecho en toda la vida.

—Bueno, nunca es tarde. ¿Tiene acento puertorriqueño?

—Claro, se pasa hablando puertorriqueño en el hospital. Entre nosotros hablamos en inglés.

—Tienes suerte, Andrés.

—Lo sé.

—Tuviste una vida dura en tu juventud, debe haber sido horrible sentirse solo y culpable, tus cartas me partieron el alma. Pero el Señor ha sido generoso contigo. Te ha llenado de compensaciones.

—Sí... No sé si el Señor, creo que he contribuido bastante con mis propios esfuerzos.

—Como quieras, pero creo que como yo te debía este regalo desde los días en que te fuiste, tú también le debes un regalo a la existencia, un regalo para ti mismo.

—No me pida nada, mamá, por favor, usted pide cosas difíciles, ya es suficiente pasar por todo esto.

—Debes retribuirle al mundo de alguna manera la fortuna que has tenido. Perdona a tu padre y a tu hermano, sácate ese rencor del corazón. Te sentirás aliviado.

Se puso de pie y comenzó a pasearse delante de la cama. De pronto, Alberto se hizo presente en el cuerpo de Andrés. El mismo paso, la misma inclinación de la cabeza, la manera de apoyar las manos en las caderas, un gesto común irradiado a distintas extremidades.

—No puedo, quisiera, pero no puedo. La fortuna a la cual usted se refiere me la gané yo solito, contra los deseos de Juan Alberto y el papá. Porque cuando hicieron lo que hicieron no estaban pensando en mi futuro. He sido afortunado, es verdad, pero también he sido valiente para conseguir lo que tengo: tranquilidad, una vida útil y pacífica. Y quizás el rencor hacia ellos no sea un peso. Para mí ha funcionado como una fuerza.

—Andrés, no digas eso.

—Es cierto, mamá. Ver a Juan Alberto sin amistades, alejado de todos, ha sido para mí la mejor recompensa. El destino se ha encargado de dejar en claro que fui víctima de unos matones. En Estados Unidos los llamamos *bigots*. Gente que odia, que persigue, que teme. Esos hombres, mamá, tan hombres, fueron unos cobardes, porque no se atrevieron a enfrentar a los demás y prefirieron deshacerse de mí. Pusieron la conveniencia sobre la lealtad, la razón, que de razonable tenía poco, por sobre el amor de padre y de hermano. Mire lo que ha hecho Juan Alberto con Loreto a propósito de la separación.

—¿Quién te contó?

—María Teresa.

—No es la fuente más confiable. No conoces el otro lado de la historia, te quedarías sentado en ese mismo lugar dos días seguidos para digerirlo.

—No lo defienda más, yo sé que lo quiere a pesar de cómo ha sido con usted. ¡Es capaz de hablar con el doctor, pero ni siquiera entra a saludarla!

—Andrés, actúas justo al contrario de lo que te pedí. Te estoy pidiendo que hagas un esfuerzo, como el que yo hice para llamar a Bill.

—Y se lo agradezco, pero haga usted el esfuerzo de aceptar las cosas como son. El papá no sólo se ensañó conmigo, sino también con María Teresa.

—Ése es otro tema, Andrés, no sacas nada con levantar la tierra sobre el cadáver de tu padre, aunque lo hagas no te va a pedir perdón.

—Ahora que está muerto, ahora que usted está pasando este trance, por lo menos tómese la libertad de mirar las cosas desde otra perspectiva, "su" perspectiva. A veces pienso que el papá le lavó el cerebro y se lo volvió a llenar con sus reglas.

—Andrés, tu padre cometió muchos errores, pero sus intenciones siempre fueron buenas. Es muy fácil culparlo ahora, pero cuando había algún problema era él quien lo enfrentaba y yo me quedaba atrás. Él sacó esta familia adelante. Por él llegamos donde estamos. Y para qué sigo, en el fondo, Andrés, yo estuve de acuerdo, protesté y todo eso, pero me rendí a su autoridad. Ya, ¿estás contento? Te pedí perdón. No me pidas que me enemiste con la memoria de Alberto, porque eso es imposible.

—Sólo quiero que me diga la verdad.

—La única verdad es que quiero ir a reunirme con tu padre lo antes posible.

—Ay, mamá, cómo es de testaruda.

—Y tú eres como las termitas, no descansas hasta echar el edificio abajo.

—Soy arquitecto, no se olvide.

—Y yo me estoy muriendo, tampoco te olvides. Es sólo un favor. Un día de estos acércate a tu hermano y dale un abrazo, te lo agradecerá.

—¿Y por qué no se acerca él?

—¡Porque sabes que es incapaz! Aunque esté desesperado por hacerlo.

—Mal por él, yo no voy a seguir subsidiando sus incapacidades.

—Orgullosa.

—Pero usted igual me quiere —dijo, volviendo a sentarse a mi lado.

—No cuando te pones vengativo, te pones feo y gruñón.

—Bueno, ya, no discutamos más, en una de esas me compadezco.

—Y no te olvides de tu padre. Él hizo todo por ti.

—Hasta que supo que era maricón.

—No se puede hablar contigo; anda, dile a Azucena que te traiga el té y una agüita de cedrón para mí.

A la llegada de su viaje a Europa, María Teresa se veía contenta, con un aire de inocencia en el rostro. Ella y su hermana aseguraron que se habían llevado de maravillas y que volverían a viajar juntas si era posible.

Entraron a clases pocos días después y nuestra vida retomó su compás habitual, devolviéndole a la casa una atmósfera de normalidad.

Una tarde María Teresa salió al jardín a hacerme compañía. Yo supervisaba la faena de trasplante de una inmensa photinia que había pasado a llevar a otras plantas a su alrededor. Ese día frío de mediados de otoño era especialmente propicio para la operación. Imperaba una luz gris y un manto de hojas crujientes cubría el pasto, caídas de un enorme tulipero que crece en una esquina del jardín. Ahí estaba José haciendo exhibición de su fuerza descomunal, acompañado de un hijo que era igualmente poderoso. Entre ambos movían la mole de ramas, raíces y tierra, arrastrándola sobre una tela de saco. María Teresa se paseaba a mi alrededor en silencio, sin hacer ningún comentario. Se detenía de vez en cuando en alguna planta y la contemplaba por un rato.

—¿Cómo va la escuela, hija?

—Va.

—¿Pero va bien o va mal?

—Va. Recién está comenzando el semestre.

—¿Has visto a Ramiro? —pregunté impulsivamente. Eran tantos los meses ahogando esa pregunta en la garganta que salió sin posibilidad de controlarla. María Teresa se volvió hacia mí.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo con calma.

—Es una pregunta bastante directa, que busca una respuesta directa.

—No sé si es necesario recordarle que tengo prohibido ver a Ramiro.

—Pero lo has visto, ¿no es cierto?

—Mire, mamá —su voz reverberó por primera vez—, ustedes han definido las reglas del juego y ahora tienen que respetarlas. Esa pregunta está fuera de bases.

—Hija, no te hagas la lista conmigo. Basta de argumentaciones y contéstame.

—¿Me han visto con Ramiro? —preguntó con sorna—. ¿Usted o sus espías me han visto con él?

—Tere, no te atrevas a faltarme el respeto.

—Usted me falta el respeto, mamá, haciéndome una pregunta como ésa. ¿No les basta con lo que han hecho? —ambas estábamos a punto de explotar. José y su hijo habían llegado a destino con el arbusto y presenciaban la discusión cabizbajos.

—Sólo quiero saber si piensas en él —intenté recuperar la calma y no hice ningún énfasis al hablar—, nada más, no importa si lo has visto o no, ¿piensas en él? ¿Te has dado cuenta de que no es un hombre para tí?

—No tengo por qué responderle. A ustedes nunca les ha importado lo que yo siento, sólo les preocupa lo que ustedes sienten. Y eso en el mejor de los casos, porque generalmente lo único importante es lo que ustedes piensan. Mire, mamá, le voy a decir una sola cosa, cumpla veintiún años en dos meses más y ustedes van a tener que enfrentar las consecuencias de lo que han hecho.

—¿Qué hicimos, a ver? —gritaba—. ¿Separarte de ese zángano? Hija —ahora rogaba—, por favor, cómo no te das cuenta, al menos piensa que lo hicimos por tu bien.

—¿Por mi bien o por su bien? A mí no me queda claro —su calma me agredía—. Y no estoy hablando sola-

mente de Ramiro, hablo de todo lo que me han hecho. ¡Nunca! —este grito fue como una detonación—, nunca han confiado en mí, me han tratado como si fuera una retrasada mental... —su voz se quebró, corrió hasta la casa y desapareció por la puerta que da al jardín.

Me di cuenta en ese momento de que José y su hijo estaban avergonzados.

—Perdonen, cosas de familia —dije, limpiándome las manos en el delantal de cintura—. Sigán adelante, tengo que entrar.

La habitación de María Teresa estaba con llave. Golpeé la puerta, le rogué que me abriera, pero no conseguí persuadirla. Fui a mi cuarto y lloré, como lo hacía ella, tirada sobre la cama. Visto desde el aire, formábamos un doloroso paralelo.

El día de su cumpleaños, María Teresa se presentó en nuestro dormitorio a eso de las siete y media. Alberto y yo estábamos aún en cama tomando desayuno y leyendo el diario. María Teresa estaba vestida con unos pantalones de cotelé con pata de elefante que le quedaban estrechos en los muslos, unos muslos que hubiera sido mejor no destacar. Se había peinado con esmero. Su pelo, del color de la miel de palma, flotaba sobre sus hombros. Un suéter rojo italiano de lana tosca resaltaba sus senos de por sí prominentes. Estuve a punto de decirle que fuera a cambiarse, pero me contuve. Era su cumpleaños.

—Mi amor, venga para darle un abrazo que ya es toda una mujer, venga... Y pensar que hace veintiún años todavía la tenía aquí adentro de mi guatita. Venga.

—Felicidades, María Teresa —dijo Alberto bajando el diario y sacándose los anteojos de lectura.

—Sólo les quiero contar que hoy, a las nueve de la mañana, Ramiro y yo nos vamos a casar por el civil. No los estoy invitando, quería que lo supieran.

En la vida he experimentado otras muertes, una de ellas fue ésta, además del tranvía, la muerte de mi madre, la noticia de la enfermedad de Alberto, la huida de Andrés y la separación de Juan Alberto. Al recordar ese 14 de junio de 1970, creo que la muerte del cuerpo, la que se avecina a paso rápido, la que hace que mi alimentación esté reducida a unas papillas insípidas que ni siquiera me interesan por comer, es mucho menos dolorosa que las anteriores. Creo que mi muerte será dolorosa para mis hijos y eso es lo único que me pesa, pero no tengo pena por mí. Más aplastante fue descubrir con unas cuantas palabras que perdía a mi hija para siempre.

Alberto se levantó de la cama al mismo tiempo que yo, fue hasta ella, alzó el brazo para descargar un golpe y yo me fui encima de él con todo mi cuerpo.

—¡Nooooo!

—Déjame, mujer. ¡Aquí el único que manda soy yo, mocosa de mierda! Vamos a ver si te casas por el civil con la cara desfigurada.

—Me voy a casar como sea, aunque llegue arrastrándome ante el juez. Si me toca llamaré a los carabineros.

—¡No te atrevas a hablarme así! —gritó Alberto, inmovilizado por mi abrazo contra la pared de las figuras religiosas.

—¿Así cómo? No tengo por qué rendirle obediencia. Desde hoy me mando sola, por mucho que le pese.

Me separé de Alberto al percibir que ya estaba en sus cabales y no la golpearía. La miré con toda la ternura de que soy capaz, le tomé una mano y le imploré:

—Qué pasa, María Teresa, tú no eres así, tranquilízate, tú no has actuado nunca de esta manera.

Logré que botara la máscara desafiante. Comenzó a llorar con la cabeza colgando y se balanceaba con las convulsiones.

—Al menos cuéntanos en que estás pensando.

—No quiero hablar... —el llanto no la dejaba continuar con la frase— con ustedes. No... Son comprensivos ahora porque les conviene.

—No estamos siendo comprensivos sino razonables —dijo Alberto en un tono que denotaba que se había sumado a mi estrategia.

—María Teresa, cálmate —me acerqué hasta que me permitió abrazarla—, no sacamos nada con agredirnos, vamos a sentarnos y arreglaremos esto como adultos. Cumples veintiún años y ya eres una mujer. Puedes hacer lo que quieras, pero antes conversemos con tranquilidad, yo sé que prefieres eso antes que ir sola a esa oficina y no tenernos a tu lado. Cuéntanos cuáles son tus planes, quizás podamos ponernos de acuerdo.

—Cómo nos vamos a poner de acuerdo si ustedes detestan a Ramiro —dijo, separándose y mirándome a los ojos por primera vez. Era una mirada suplicante.

—Si aún lo quieres..., las cosas son distintas ahora —suspiré volviéndome hacia Alberto—. Podemos hablar, pero no te precipites, si te casas, cástate bien, como es debido, no a tontas y a locas.

—...

—Escucha a tu madre, María Teresa.

—...

—Vamos, hija, ven, siéntate en el sofá.

—No quisiera herirlos, pero me caso hoy a las nueve —dijo con desesperación, y salió corriendo hacia la puerta de entrada. Yo corrí tras ella, con el camisón pegado al cuerpo. Afuera la esperaba una citroneta, a la cual subió mientras yo salía a la calle. El automóvil dio unos corcoveos y se perdió de vista. De pronto me vi en medio de la calle, descalza. No había tomado conciencia del frío que me helaba los huesos.

Alberto llegó a mi lado y me llevó adentro. En el camino a nuestro cuarto nos cruzamos con la mirada atónita de María del Pilar. No preguntó nada, sabía lo que ocurría.

—Vamos, Alberto, vamos —decía yo, sin saber por qué iba de un lado a otro de la habitación, buscando algo que no recuerdo. Creo que era un par de aros.

—No vamos a participar de ese matrimonio, Julia. Cálmate, ya veremos la manera en que suceden las cosas, pero no podemos darle en el gusto. Va a creer que puede hacer lo que se le da la gana.

—¡Alberto —volví a gritar—, no seas imbécil!

Vi delinearse un asomo de pasmo en su rostro. Nunca había recibido un trato semejante de mi parte.

—Comprende de una buena vez que ya no sacamos nada —continué—. La hemos perdido y tenemos que hacer cualquier cosa para que no sea irremediable.

—No vamos a consentir ese matrimonio.

—Si tú no vas, iré yo. Yo voy a estar en este matrimonio y por la Iglesia también, no me lo perdonaría si no lo hiciera.

—Esa niña te manipula a niveles indecibles, Julia..., ¿no te das cuenta? Casarse a escondidas el día de su cumpleaños número veintiuno con el hombre del cual quisimos separarla. Es su venganza perfecta, y si nos prestamos a ella, estaremos haciéndole un pésimo favor. Necesita arruinarse la vida durante un tiempo para que aprenda. Debe entender que la única que se hace daño con sus arrebatos es ella misma. Recién ahí podremos tener una relación más o menos normal.

—Suenas como si estuvieras hablando de uno de tus proveedores —dije, sin embargo sus palabras me recordaron las de Sara Fischer, cuando decía que Teresa necesitaba sus propios límites.

—Julia, no dejes que te envenene el alma en mi contra.

—¡Eres tú el que tiene el alma envenenada contra ella! No la quieres, nunca la has querido y que se vaya con ese mequetrefe es un peso menos para ti. ¡Eso es, Alberto —grité—, no lo puedes negar, nunca la has querido!

—Claro que no la quiero —dijo burlón—. No hables estupideces.

—No sé si pueda perdonarte, no sé si pueda perdonarme por esto que hemos hecho, al menos yo tengo la seguridad de que quiero a mi hija igual que a los demás. En cambio tú no. Tengo que vestirme —zanjé.

—Si vas a ese matrimonio me estarás desafiando.

—Sólo porque tú quieres —dije volviéndome—. Si no, ven conmigo —entré al baño y cerré la puerta.

—Además no creo que se casen —dijo Alberto en voz alta—, hacen todo esto para obligarnos a entrar en su juego. ¿De qué van a vivir?

—No me interesa continuar hablando —dije mientras echaba a correr el agua de la ducha.

Cuando me terminé de vestir, me senté en un *boudoir* que Alberto había fabricado especialmente para mí. Me miré en el espejo y mi rostro era el de una mujer cansada, vi todas mis arrugas a la vez. Me empolvé con un cojineté, deseaba borrar todo vestigio de fatiga, de decadencia, deseaba tener veintiún años como María Teresa y no llevar culpas sobre mis hombros. Me pinté haciendo un esfuerzo para controlar el pulso. Primero la sombra de ojos y el rímel, luego los labios. Había dejado de prestarle atención a lo que hacía, quería terminar pronto, salir a la calle y partir al Registro Civil. ¿A cuál de ellos? Cuando terminé, el resultado final me hizo recordar a Madame Butterfly, sólo que empolvada en un color mate. Mis ojos no se distinguían al fondo de dos cuencas negras que el maquillaje no había contribuido a aligerar. El rouge no alcanzó las comisuras. Las lágrimas volvieron a escurrir, lentas lágrimas sucias, como las

gotas de Neruda, rímel derramado sin pudor ante mí misma. Por primera vez de forma más o menos consciente, me atrevía a liberar mi patetismo de su encierro. También por primera vez, sentí que la muerte podía ser un alivio. Ahora lloraba, sin convulsiones, y no sólo el rímel escurría sino también el exceso de polvos. La mel-cocha goteaba en la impecable falda azul que había elegido para la ocasión, gotas de sangre y carne artificial.

Nunca llegué al Registro Civil.

Cáncer. Cómo ha cambiado para mí el significado de esta palabra. Primero fue un tabú, un estigma. Después se convirtió en una especie de parásito alojado en el cuerpo de mi madre, que la fue consumiendo día a día. Ahora que está dentro de mí ya no es ni lo uno ni lo otro. El tono amenazante de la palabra ha quedado neutralizado. Es más bien algo concreto, casi cotidiano. Es sólo la forma en que me voy a morir.

A partir de la operación de mi madre, en marzo del 53, me propuse ir a misa de ocho cada día. Alberto me acompañó la mayoría de las veces. Por supuesto ella le restaba gravedad al asunto y decía que tener una "pechuga" menos no le ponía ni le quitaba y hacía prodigios para disimular la oquedad bajo el ropaje. El tratamiento consideraba sesiones de radiación y una serie de medicamentos, que la hicieron enfermar del estómago en un principio. Las radiaciones eran bastante intensas según deducía de su abatimiento al salir de la sala del hospital. Mi madre no quiso que nadie más allá de la familia se enterara, por lo menos hasta que no se hiciera evidente. Era en esos años un mal del que se hablaba en voz baja.

Por el doctor Álvarez —quien nos ayudó a soportar con entereza los pasos que daba la enfermedad—, sabíamos que las radiaciones tenían el fin de detener el avance hacia otros órganos. Nos dijo que existía un veinte por ciento de posibilidades de que la mamá sanara, pero de todos modos, si eso no ocurría, la terapia le ayudaría a mantenerse en buenas condiciones por más tiempo. "Buenas condiciones" usado exactamente



con la misma intención que mis doctores usaron "razonables". Sólo que en ese entonces me dio esperanza y hoy me causa rebeldía.

Me instalé en la casa de mi madre cuando se agravó y ya no podía cuidar de sí misma, como un mes antes de morir. Yo estaba embarazada de seis meses. Era un embarazo del todo inesperado que venía a complicar las cosas. Alberto me alentó a que cuidara de mi madre, me aseguró que él estaría bien.

La convivencia con mi padre no fue grata. Se había vuelto todavía más taciturno y tampoco yo me esforzaba por compartir momentos con él. No disponía sus comidas y le dejaba las tareas de la casa a la empleada, que ya no era Claudia. Estábamos juntos sólo cuando él entraba a ver a mi madre y ella dormía. Se quedaba un rato de pie contemplándola en silencio, a veces por más de una hora. Me contenía para no preguntarle qué pensaba durante esas meditaciones, cuánto sufría, qué misterio buscaba resolver contemplando el rostro de la mamá, cuáles eran sus remordimientos, si los tenía, si cuando mi madre muriera le revelaría a Joaquín la verdad.

Mi hermano la visitaba cada día a la hora de almuerzo, le ayudaba con la comida y se quedaba un rato solo con ella. Luego Joaquín se reunía conmigo en la sala de estar del segundo piso donde yo tejía o leía y adquirió la costumbre de relatarme alguna anécdota de mi madre. Hay un relato que ha sobrevivido en mi memoria: una mañana cualquiera, ella caminaba distraída por la acera que corre junto al Palacio de la Moneda en la calle Morandé, a la altura de la puerta por donde salió el cuerpo de Allende el día del golpe de estado. Alguien la llamó. Eran las hermanas Echazarreta Aninat, clientas suyas, gente de alcurnia. Tenían hasta un presidente en la familia y de chicas habían jugado en los patios del palacio. Cruzaron la calle y le preguntaron: "¿Por qué

no nos has llamado en todos estos años? Tú sabes que te apreciamos muchísimo". Ésta fue la respuesta de mi madre: "Amigas mías, ustedes son muy amables conmigo, pero yo no pertenezco a su clase. Estoy casada con un hombre de trabajo, un inmigrante italiano. Creo que nuestra amistad está mejor así". Esta anécdota no la conocía y Joaquín la había escuchado de su boca cuando hablaron del afán aristocrático de la familia chilena de su mujer, Laura.

En sus últimos días ya no salía de la cama y tenía unas pocas horas de lucidez. Recuerdo que dos semanas antes de morir mantuvimos una larga plática, ya entrada la noche. Una lluvia temprana resonaba en el techo y golpeaba los vidrios cuando se levantaba viento. La luz en el cuarto era escasa. Permanecía encendida una chimenea que hacía esquina con dos muros. Doña Victoria Campos de Bartolini, la mujer de cuerpo robusto que acaparaba piropos a su paso, estaba en los huesos. En el recuerdo veo su rostro brillar con una dulce expresión que la hacía verse más linda que nunca. En realidad tenía la piel macilenta de los moribundos, la mandíbula un tanto desencajada y baba reseca en la comisura de los labios. Su pelo blanco —había encanecido de un año para otro, a los cuarenta y cinco— se lo había peinado yo misma esa mañana y estaba vestida con una camisa de dormir hecha por ella, con pequeños bordados bajo el cuello y delicadas aplicaciones de encaje en los puños y en el pecho. Una mañanita hecha a croché, regalo de la tía Susana, le cubría los hombros. El tono de la escena era el de una cálida penumbra, donde los colores claros se apropiaban de la luz ocre y de las ondas del fuego. El rostro de mi madre de pronto parecía pleno de colores vitales, como si hubiera experimentado una milagrosa recuperación. Estábamos tomadas de la mano, como

era nuestra costumbre cada vez que yo no estaba haciendo algo o ella dormía. Hablamos de Joaquín, de la confianza que ella tenía en Laura, su mujer, "callada pero responsable". También recordó la muerte de su suegra, mi abuela paterna, Assunta, que murió en la casa, ahogada por un enfisema pulmonar cuando yo tenía diez años. Lo que más le asombraba fue que al final, en su lecho de muerte, la mujer silenciosa que había conocido se volvió locuaz, casi sin aire en sus pulmones, y le agradeció insistentemente su amor, su compañía y sus cuidados, y se puso a recordar los momentos felices que había pasado en esa casa, momentos que para mi madre habían pasado inadvertidos. "Callar una vida entera para hablar cuando se tiene los días contados... Así es la vida". Me relató también la muerte de su abuelo Serafín. Ella y su madre se preparaban cada una en su baño, muy temprano por la mañana, para ir a visitarlo al hospital. Vivían en Concepción, en una casa de madera que crujía durante los temporales y bailaba en los terremotos, pero a la que no le entraba una gota de agua, y que permanecía intacta luego de los remezones. Me contó que mientras ella se peinaba, oyó subir desde el vestíbulo del primer piso la voz de su abuelo Serafín llamando a su madre: "Carmen, Carmen". El corazón le dio un vuelco y abrió la puerta del baño. Se encontró en el otro extremo del pasillo a su madre que abría la puerta de su baño al mismo tiempo. Estaba desnuda y estirando. "Mamá, llegó el abuelo Serafín, vamos abajo". Su madre parecía petrificada. "¿Oíste al abuelo, verdad?", preguntó, con la voz dividida entre la alegría y la impresión de verla completamente desnuda sin demostrar pudor alguno. Enmarcada en el vano de la puerta, su madre dijo con solemnidad: "Sí, lo he escuchado, Victoria, tu abuelo acaba de morir". Diez minutos más tarde recibieron un llamado del hospital para anunciar su muerte.

Cada una de estas historias excitaba su respiración y yo le pedía que se calmara. Pero ella insistió en contármelas con todo detalle. Cuando los relatos cesaron, me dijo:

—No te cuento estas cosas por casualidad, lo hago para que comprendas que en torno a la muerte hay muchos misterios, y el mayor de todos es el cambio que opera en los corazones del que muere y los que están cerca. Tu padre se ha acercado a mí en este tiempo y me ha asegurado más de una vez que nunca dejó de amarme, y que la idea de perderme lo llena de angustia. Nunca hubiera esperado de tu padre una declaración así.

—Seguramente es cierto, mamá, yo he visto cómo sufre.

—¿Y qué sientes tú, hija, respecto de lo que me dijo?

—No importa lo que yo sienta, seguro que para usted es una tranquilidad.

—Julia, escúchame bien, mírame a los ojos, sabes lo que te voy a pedir, hazlo por mí, por mi recuerdo, para que cuando me recuerdes tengas la mente limpia. Julia, debes perdonar a tu padre.

—Imposible —dije sin pensarlo.

—Si no lo perdonas a él quiere decir que no me perdonas a mí.

—No, mamá —refuté sin darle la cara—. Usted es la víctima, no tengo de qué perdonarla.

—Ya lo conversamos ¿Recuerdas? ¿Recién nacido Juan Alberto?

—Nunca entendí la teoría esa de que usted lo había incitado a tomar una amante. Usted no haría algo tan abominable, a mí no me engaña.

—Julia, mírame..., me estoy muriendo, ¿No te das cuenta? ¿Por qué habría de mentirte ahora?

—Mamá, me está pidiendo demasiado. Miente para dejar las cosas arregladas, como siempre ha hecho con todo.

—Cuando yo me vaya, el único nexo que tu padre tendrá con esto que hemos vivido juntos —dijo contemplando con amor la habitación— van a ser Joaquín y tú, pero tan pronto tu hermano se entere de la verdad no le volverá a dirigir la palabra. Y tu padre se verá obligado a decírselo tarde o temprano. Te imploro que no lo alejes de tu lado, porque será como si yo no hubiera existido para él y la idea me resulta demasiado dolorosa —soltó una tos que prácticamente la ahogó.

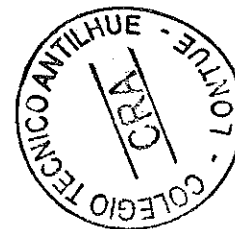
—Mamá, por Dios, se acabó. Mire lo agitada que está.

—Déjame —me ordenó, aún tosiendo—, qué importa que me muera mañana o en cuatro días más. Prométeme que mantendrás el vínculo con tu padre hasta el día que se muera —dijo con una mirada imperativa.

—Mamá —dije en un lamento—. Lo haré si usted me lo pide, pero sería el mayor sacrificio que me podría imponer.

—Te lo pido —dijo de inmediato, usando el último aire que le restaba. Ya más tranquila, concluyó—: Verás que no será tan difícil, al contrario, te hará una persona más libre y podrás enterrar a tu padre con el alma en paz, como lo vas a hacer conmigo.

La conversación que tuve con Andrés acerca de perdonar a su padre y a su hermano estuvo inspirada en ésta. Y la razón de mi insistencia fue que con el andar de la vida pude comprobar que mi madre tenía razón.



Teresa y yo nos volvimos a ver a menudo cuando la mente de Alberto dejó de estar con nosotros. Venía cada día a ayudarme con él, a cambiarle los pañales, a sacarlo un rato al jardín; cuando yo estaba cansada, ella se hacía cargo de la casa. A veces cambiaba unas frases con Alberto, que a cada momento inquiría: “¿Y usted, mijita, quién es?”, como lo hizo alguna vez mi padre conmigo. Y ella contestaba con soltura: “Una amiga de su mujer”. María Teresa tenía mal temperamento, pero siempre fue generosa. Quizá la resolución que tuvo para casarse con Ramiro contribuyó a que no nos guardara un rencor desmedido, no obstante no le habló a su padre hasta que perdió la cordura. En cuanto a Ramiro, había logrado montar una exportadora de artesanía fina: chales de alpaca y vicuña, cerámicas de Quinchamalí, piezas de lapislázuli, joyas de plata mapuche. Las ganancias permitieron que mi hija dejara su trabajo de vendedora. A los cuarenta años continuaba siendo una mujer atractiva y había adquirido una luminosidad en la mirada que opacó los destellos confusos de la adolescencia. Ramiro también venía seguido a la casa. La demostración de su buena voluntad, y su temple para formar una familia estable con una persona de carácter impredecible como mi hija, me habían conquistado desde hacía tiempo. Ahora bien, cuando lo tenía cerca, volvía a sentir el mismo impulso de darle una buena patada en cierta parte para despabilarlo. El suyo era el opuesto al tipo de personalidad que despertaba mi admiración.

Tenerlos a mi lado en esos momentos de incertidumbre fue un regalo de Dios que creí no merecer.

Después del matrimonio civil se fueron a vivir con los padres de Ramiro al barrio de Recoleta, cerca del Cementerio General. Allí pasaron alrededor de un año hasta que ambos consiguieron un trabajo y fueron capaces de costear un pequeño departamento en el centro de Santiago, en la calle Mosquito, a una cuadra del Parque Forestal. En ese tiempo María Teresa quedó embarazada. Había llegado el momento de casarse por la Iglesia. El sacerdote a cargo de la pastoral lo haría con gusto. Los padrinos de Teresa serían una pareja de amigos. Me enteré del matrimonio por una llamada suya el día anterior a la ceremonia. Le rogué que me dejara asistir. Sabía de su embarazo por María del Pilar. Me desafió con el asunto de los padrinos. "No importa, Tere, sólo quiero estar ahí. Por favor, déjame acompañarte". Después supe que esa llamada había sido a instancias de María del Pilar.

Me arreglé con esmero, como lo hacía para las grandes ocasiones. Deseaba verme espléndida. Si alguna virtud tenía mi hija era ser observadora y le daría el gusto en todo, vestiría mis mejores galas y joyas. Tuve que inventar una excusa para Alberto. Los sábados en la tarde eran de exclusiva dedicación familiar. "Es un concierto de una pianista española que ha organizado Margarita Donoso en su casa. Ha convidado solamente a mujeres". Margarita era quizá mi única conocida a la cual Alberto no tenía cómo rastrear en la trama social a la cual pertenecíamos.

Me presenté en la capilla de la Pastoral Universitaria. El paso de la luz a la penumbra me cegó por un instante. Un techo abovedado construido en madera, como el casco invertido de una embarcación, se fue perfilando a medida que caminaba por el pasillo central. Con la espalda recta y el paso firme, intenté una seguridad que

mis guantes de seda y la estola de zorro gris me escamoteaban al verme rodeada de personas vestidas con sencillez. El altar era una simple mesa y el Cristo en la cruz, tallado en madera, formaba una infeliz composición de amaneramiento y mala artesanía. Saludé con toda parsimonia a los padres de Ramiro, que esperaban sentados en una banca separada del resto. Ambos se pusieron de pie al momento de besarme y me acogieron con una sonrisa. Luego me dirigí hacia los padrinos de mi hija. A ella la reconocí de inmediato. Era compañera de curso de Teresa en la universidad. Llevaba una minifalda. Hice un esfuerzo para ocultar mi desagrado. Ambos me saludaron de mano, sin mostrarse avergonzados por estar en mi lugar. Me uní a Luis y María del Pilar. Se habían sentado en la primera banca. Ella se había vestido con igual lujo, descargándome un tanto de la responsabilidad de ser la mejor vestida. Éstas son nuestras costumbres, me dije, deberán respetarlas. María del Pilar me obligó a ocupar el asiento en el cabezal de la banca. Yo no quería herir susceptibilidades. "La Tere va a estar feliz de que esté sentada ahí. Ayer me dijo que se sentía orgullosa de que usted viniera al matrimonio". Luis se limitaba a mirarme y a sonreír, como si aprobara mi decisión de estar presente en la ceremonia. No había respaldo ni lugar donde hincarse. No más de cuarenta invitados, la mayoría jóvenes, esperaban la llegada de los novios. María Teresa entró del brazo de Ramiro. Había perdido peso en ese año sin verla. Sus ojos se habían vuelto todavía más expresivos. No había signos del embarazo. Contuve la respiración para no llorar. ¡No había visto a mi hija en un año!, y se acercaba y podría tocarla. Sobre el sencillo vestido blanco flotaba una capa de tul con un tinte rosado. "Nosotros le regalamos el vestido", me dijo Pilar al oído. Primero llegó hasta mí el perfume de María Teresa, dulce y exagerado. Al pasar frente a

nuestra posición, me brindó una mirada significativa. Ese solo acto me calmó y me permitió atender a la ceremonia con devoción. A la salida de la capilla, permanecemos abrazadas largo rato. María del Pilar protestaba: "Ya, pues, es mi turno de abrazar a la novia, parece que llevarán un siglo sin verse", y soltaba una risa deliciosa. De regalo de bodas le di un cheque considerable, que tuve que justificar más tarde ante Alberto con otra mentira. Desde ese día retomamos el contacto. El cariño y la confianza volvieron con los años, y han dado más frutos de lo que yo nunca llegué a imaginar. En las cercanías de la muerte, María Teresa está tan presente como sus hermanos y su briosa asistencia, molesta en un principio, se ha hecho imprescindible para mi precario bienestar.

Esta violenta relación me enseñó la verdadera humildad, no la falsa que pregona la Iglesia. No la de quien habla desde el trono del bien y cuya corona destila superioridad compasiva. Ella me enseñó que para ser bueno hay muchos caminos, incluso algunos que aparentan ir derecho a la perdición. Eso es lo que aprendí y me tomó una vida comprenderlo. Y a mi hija le significó una infancia y una juventud de sufrimientos. Cuando la observo moverse a mi alrededor, ordenando esto o aquello, no puedo dejar de maravillarme que sea toda una mujer, una mujer que se ganó mi admiración. María Teresa es feliz, su marido y sus hijos la adoran, incorrecta como es, explosiva como es, y está sentada en su propio trono, el único que de verdad importa.

Recuerdo una visita en particular que me hizo con Ramiro y sus hijos hace un par de meses. Conversamos un buen rato en el living. Esa tarde me sentía bien. Fue después de los feriados del dieciocho de septiembre. El sol entibiaba la piel y la camelia roja había alcanzado su esplendor, dándole vida al jardín. El mayor de sus hijos

ya tiene veintinueve años y se recibió de abogado. Trabaja en un estudio prestigioso y según Ramiro pronto lo harán socio. Es un hombre rubio, macizo, con los ojos de Teresa. Aún no se ha casado y ni ganas tiene...; sólo Dios sabrá. Mi nieta en cambio no heredó el físico de su madre. Es una mujer huesuda, con la nariz de gancho de Ramiro; cumplió veinticuatro años y se recibió de periodista en julio pasado. Por sobre todas las cosas, es generosa, alegre, cercana a sus amigas y a su familia. Mientras hablábamos, sus comentarios me resultaron pertinentes y agudos. Ésos son mis genes, me dije.

Los niños se fueron pronto, ambos tenían cosas que hacer. Ya solos los tres, ellos en un sofá y yo al frente, rodeados de un espacio amplio y una suntuosidad que no correspondía a la exigua congregación y a la intimidad de los participantes, me entristecí; las vidas que recién comenzaban salían por la puerta y la muerte volvía a imperar en el salón.

—La Teresita me ha hecho pensar mucho en usted, mamá. Tiene un carácter endemoniado, como debo haber sido yo. Tan alegre como la ve, es capaz de explotar si algo le molesta.

—El tuyo era un carácter difícil, no había cómo darte en el gusto. Esta niñita al menos tiene cierto control de sí misma.

—Por Dios, mamá —dijo alterada, cargando su peso hacia un lado de sus cómodas asentaderas al tiempo que cruzaba las piernas. Llevaba puestos unos estrechos pantalones de plush morado. El buen gusto estaba fuera de su alcance—. Siempre con el mismo cuento, como si yo hubiera sido una poseída.

—Una loca de bequeló, como decía mi madre —dijo entre risas.

—No siga, ¿quiere? La venimos a ver y usted dale con la cueca.

—Han pasado tantos años, hija. No sigas estrujando esos dolores, preocúpate de tus alegrías, de tus hijos. Me han hecho olvidar que estoy enferma.

—No soy yo la que sigue, es usted.

Mientras hablábamos, Ramiro asentía con la cabeza y a veces repetía alguna palabra dicha por María Teresa.

—Bueno, tienes razón. Me intento justificar hasta el final. Quisiera creer que a pesar de estar equivocada actué de buena fe, y que si logramos salir adelante después de todo lo que ocurrió, en algo contribuí.

—Señora Julia —dijo Ramiro con voz fuerte, como si el tono fuera parte del envión al ponerse de pie de un modo casi solemne—, la Tere y yo queremos agradecerle todo lo que hizo por nosotros. No debe haber sido fácil. Le mentía a don Alberto cada vez que iba a ver a los niños y cuando nos ayudaba por un apuro de dinero. Es más, señora Julia, queremos pedirle perdón por haberla juzgado mal.

María Teresa vino a sentarse a mi lado, me abrazó por la cintura, puso la cabeza sobre mi hombro como acostumbraba a hacer cuando niña, mientras yo tejía o veía televisión.

—Yo tenía mucha rabia, mamá, y no me di cuenta de tu esfuerzo hasta que esa rabia desapareció.

—No me pidan perdón, por el amor de Dios, Soy yo quien les debe pedir perdón hasta que me duela.

—Si de algo le sirve —comenzó a decir mientras levantaba la cabeza y me dirigía la mirada—, yo la perdoné hace muchos años y me voy a sentir muy sola cuando no esté.

—Hija mía, has sido tan bondadosa, claro que me sirve.

Ramiro vino hasta mí, se inclinó y me besó en la frente. Luego se puso detrás de la Tere y le acarició el pelo. Nos quedamos por un momento en esa extraña composición. Luego les pedí que me acompañaran a mi cuarto; necesitaba descansar.

La enfermedad de Alberto agrietó la sólida estructura que mantenía en pie nuestro mundo. Pasé a ser yo la estructura principal, nunca sometida a carga alguna, que tomaría progresivamente el peso de la familia, al mismo ritmo al cual la enfermedad progresara. Mi seguridad siempre había llegado a través de las palabras certeras y la expresión confiada de Alberto. Desde el episodio de Amsterdam, dejó de ser él mismo. Conocer la naturaleza de su mal lo había terminado de intimidar. Ya no había certezas en él, y en su rostro se leía la incertidumbre, el miedo a que en cualquier instante sufriera un nuevo ataque y redujera un paso más sus capacidades cognitivas. Era la enfermedad más cruel para alguien que siempre descansó en su claridad mental para existir. Su capacidad de raciocinio cayó bajo sospecha y comenzó a preguntarme más de una vez cuál era mi opinión sobre un mismo asunto; en ocasiones me decía con angustia, en nuestro dormitorio o en el baño, que no tenía claro si lo que pensaba era correcto o respondía a una serie de planos de juicio superpuestos, donde se mezclaba realidad, imaginación, pasado y delirio. Una noche me confesó, después de haber apagado la luz, con su aliento en mi rostro, que la sensación era la misma que si le hubieran desmantelado el motor del pensamiento. Como si las piezas estuvieran disgregadas sobre una mesa y él tuviera conciencia de cómo trabaja cada una, pero ya sin posibilidad de montar el motor de vuelta y hacerlo funcionar con el don del automatismo.

Ironías de la vida. Me había enamorado de Alberto por las virtudes que ahora perdería progresivamente hasta volverse un ser inútil. Hubo períodos en que caí en la desesperación. Cuando surgían problemas que él acostumbraba a resolver sin siquiera yo notarlo, mi natural recelo hacía las cosas más difíciles. El mayor problema lo tuve con el dinero. No había manejado dinero, aparte del necesario para los gastos de la casa y los míos. A medida que Alberto se fue deteriorando, debí quitarle la posibilidad de hacer cheques, y llegado un punto, a instancias de Juan Alberto, debí quitarle los poderes legales. Sucedió una tarde para desterrar de la memoria. Al volver de la oficina del abogado, lo vi en la mecedora de la salita, con la vista perdida en el jardín. Le pedí que firmara una serie de escrituras. Me miró con rostro confiado y con su mano temblorosa fue rubricando las páginas de rayado legal. Se me saltaron las lágrimas. Él levantó su rostro hacia mí y me preguntó:

—¿Por qué llora, Negra?

—Por nada, mi amor, tonteras.

—No llore por tonteras, no vale la pena —me dijo sin alterarse, y su mirada flotó hacia el jardín.

Lo más complejo era la intrincada red societaria que sostenía nuestras posesiones comunes: sociedades de inversión, de responsabilidad limitada, anónimas, las cuales daban origen a una carpeta semanal de papeles tributarios y contables, que de sólo verla me agobiaba. Mi única preocupación en esos años era que Alberto viviera su último tiempo en las mejores condiciones posibles, sintiéndose amado y en posesión de su dignidad. Nombré a Juan Alberto regente de nuestra pequeña fortuna con poderes absolutos, lo cual me trajo otro tipo de problemas más adelante, como sentir que mi hijo se inmiscuía en cómo yo gastaba el dinero. En tales oportunidades se encontró con una feroz reacción de mi parte,

pero nunca dejó de recordarme hasta el día que supo de mi enfermedad, cuáles eran mis límites. Sí, él me imponía límites aun cuando yo era la dueña del dinero.

A comienzos de 1980, el mismo año que Alberto sufrió el ataque y Andrés se fue de la casa, vivíamos una especie de esquizofrenia. Había un florecimiento económico, del cual nosotros éramos beneficiarios, pero también se había comenzado a conocer la violencia de la represión. Alberto y nuestro hijo mayor apoyaban el gobierno militar a ojos cerrados. Alababan el orden y el espíritu de trabajo reinantes. La incertidumbre vivida en la fábrica durante la Unidad Popular los había marcado. En el bando contrario nos encontrábamos María del Pilar y su marido, Andrés y yo. María Teresa y Ramiro, aunque no participaban de la vida en común, también se oponían a la dictadura. María del Pilar y María Teresa tenían amigos desaparecidos, sus maridos sabían de centros de tortura. Andrés y yo, aun cuando vivíamos en una burbuja de bienestar, nos inclinamos naturalmente hacia los que sufrían la brutalidad militar. Sólo Alberto y nuestro hijo mayor votaron a favor de la Constitución de Pinochet.

Juan Alberto y Andrés se guardaron mutua animosidad desde la infancia, ya lo he dicho, uno se sentía el heraldo del padre y el otro de la madre. Estaban en desacuerdo en casi todo y el conflicto político acentuó sus diferencias. Las discusiones a propósito de la Constitución eran interminables, tanto en la mesa de los domingos como en la fábrica. Durante los almuerzos yo intentaba rescatar las ideas valiosas de cada argumento. Pero no me dejaban hablar, ni siquiera se escuchaban entre sí. Y de pronto callaban, la expresión más palpable del desprecio mutuo. Cuando cruzaban gritos, al menos sabíamos hasta dónde podían llegar, en cambio

en el silencio se acumulaba la ira que no conseguían sacar fuera. Juan Alberto era habilidoso con las palabras y más frío que Andrés. La emotividad de mi hijo menor le jugaba malas pasadas y el otro sabía aprovecharlas.

Alberto me contaba que en la fábrica tampoco se llevaban bien. Las discusiones se trasladaron a los asuntos de trabajo y hacían arduo el avance cuando debían tomar decisiones en que ambos estaban involucrados. Las aprensiones de Alberto se intensificaron después de Amsterdam. ¿Quién llevaría las riendas de la fábrica cuando él ya no pudiera hacerlo? La respuesta natural era Juan Alberto, por experiencia y sus dotes como administrador. Pero dudaba que su hijo mayor tuviera una visión empresarial semejante a la suya. Juan Alberto era timorato y tendía a ser conservador en sus posturas, mal de males entre los empresarios. Andrés, a pesar de no saber de negocios y finanzas, había demostrado en un año que contaba con una mente abierta, y las innovaciones no lo amedrentaban. Me decía con tristeza en la voz que el escenario ideal sería que ambos congeniaran y llevaran juntos el negocio adelante, pero lo sabía imposible. "No creo que vayan a durar mucho, uno de los dos va a explotar y me temo que va a ser Andrés; tiene un fusible más débil que su hermano. Por ahora no hay problema, Juan Alberto tiene más autoridad y más años en la fábrica, pero en cinco años, cuando Andrés se sienta seguro de sí mismo, no va a continuar agachando la cabeza".

Cuando Juan Alberto quería hablar algo conmigo, salía de la fábrica más temprano, de tal modo de encontrarme sola y con tiempo. En este caso vino a verme una tarde de noviembre de 1980, a eso de las seis. Me había llamado antes para asegurarse que estaría. Por lo general, venía en busca de una opinión acerca de un pro-

blema de Loreto o uno de sus hijos. Respetaba mi intuición y mi experiencia. No era una visita de placer, en que pudiéramos hablar de cualquier cosa, reírnos y gozar juntos. Hablar acerca de lo mío era impensable. Creí que podía sospechar algo de la enfermedad de Alberto; suspicacia no le faltaba. Nos sentamos en la salita, como siempre. Se acomodó en la mecedora tan apreciada por su padre, en la esquina opuesta a mi lugar de costumbre, en el sofá, junto al teléfono.

—Oiga, ¿Andrés no tiene intenciones de casarse? —fue su primera pregunta.

Había un dejo de altanería en el tono que empleaba para hablar conmigo. Oiga esto, oiga lo otro. Recurría a él cuando deseaba lanzar al ruedo un tema difícil.

—No sé —dije sorprendida, mientras posaba la vista en un pañuelo que tenía entre las manos. Mi mente corría a toda velocidad con el fin de adivinar cuáles serían sus intenciones. Su pregunta despertó en mí una repentina desazón—. ¿Por qué me lo preguntas?

—No, por nada —respondió levantando los hombros, como si el tema en realidad no le importase gran cosa.

—Que yo sepa, no tiene planes de hacerlo por ahora —dije para darme calma.

Los rayos de sol poniente penetraron en la salita y amenazaron con golpearme el rostro.

—¿No le parece raro? —no me miró a los ojos. Nunca lo hacía. Recorría los lomos de los libros de la biblioteca que se alzaba a mis espaldas.

—¿Que no quiera casarse?

—Sí.

—Hijo, baja las persianas, por favor, apenas te veo la cara.

Juan Alberto se puso de pie, bajó las persianas de aluminio y las entornó.

—¿No le parece raro? —insistió.



—No... ¿Por qué lo iba a ser?

—No sé, tiene veinticinco años, tiene buena pinta, es inteligente, deben haber cientos de mujeres deseosas de casarse con él.

—Bueno, tu hermano no sale al mercado a comprar. Es más emotivo, las personas lo conquistan por el espíritu, no porque sean bonitas o simpáticas.

—Como quiera, igual debe haber muchas con un espíritu noble dispuestas a casarse con él.

—Ya la encontrará.

—Pero, mamá, usted no tiene un pelo de tonta. ¿No le parece raro que no la esté buscando? Que yo sepa, a la fábrica no lo llama ninguna mujer. A mí me parece muy raro —insistió, haciendo vibrar exageradamente las erres al tiempo que realizaba un gesto típico en él cuando sentía que llevaba ventaja en algún asunto. Torcía el cuello, sacaba el mentón, de por sí saliente, y sus ojos se elevaban siguiendo una línea oblicua.

—Veo que te dedicas a husmear en la vida de tu hermano más que a trabajar.

—No tiene por qué faltarme el respeto. Y no hay que ser intruso para notar esas cosas.

—¿A qué quieres llegar, Juan Alberto?, dílo de una vez y ahórrame el preámbulo —dijo, molesta de albergar las mismas dudas, molesta de pensar mal de mi hijo menor.

—No sé —replicó, levantando el labio superior con un asomo de cinismo.

—Mira, Juan Alberto, si intentas poner en duda a tu hermano —mi ira se había encendido—, te has buscado el cómplice menos adecuado. No te permito que dudes de él, ¿Me entendiste? Ni una sola vez —exclamé.

—Pero, mamá, ¿por qué se altera? —dijo, acentuando su expresión de cinismo.

—A veces eres cruel, Juan Alberto.

—Pero mire como está, tranquilícese, si era un comentario, nada más.

—Tú y tus comentarios, como si no supieras las fibras que tocas. ¿Me puedes explicar por qué le tienes tanta antipatía a tu hermano?

—Yo no le tengo antipatía, cómo se le ocurre. Al contrario, me preocupo por él —una mueca que no llegó a ser una sonrisa se alargó sobre la línea de la quijada.

—Mira, o dejas ese tonito cínico o te vas.

—Con usted no se puede conversar. Anda viendo fantasmas donde no los hay. Sólo quería saber su opinión y mire cómo se puso. Bueno, me voy.

—No te dije que te fueras.

—Tengo que irme, la Loreto me está esperando. Chao —dijo sin acercarse a darme un beso. Salió de la salita con tranquilidad, se despidió de Olimpia y cerró suavemente la puerta de calle. Así eran sus trabajos: limpios.

Aun cuando me propuse no dejarme abrumar por el recelo, en el momento menos esperado se presentaban las elucubraciones, las sumas y restas que recorrían la vida de Andrés en busca de un resultado conclusivo. A veces sumaba de tal manera que mis dudas no eran más que simple paranoia. En otras oportunidades, creía confirmarlas a medida que recorría la vida del hijo que había sido mi realización. Andrés reunía las virtudes que yo consideraba primordiales: bondad, inteligencia, sensibilidad, una conciencia humilde y despierta que no pasaba por arriba de la gente y de las cosas. De cualquier forma, no podía negar que ciertas actitudes no correspondían al patrón de comportamiento de un hombre adulto. Su emotividad, su ternura en los momentos íntimos, eran cualidades que yo valoraba, pero al enjuiciarlo resultaban incriminatorias. A su favor estaban sus ademanes intachables. No demostraba el más mínimo amaneramiento. Era todo un hombre, espaldas anchas, voz ronca y caminar seguro. Su cuerpo varonil, en tantos aspectos semejante al de mi hermano, no podía alojar a un invertido.

A medida que los días pasaban, el tormento se tornó más doloroso y recurrente; cada vez que estaba con Andrés no podía concentrarme en lo que hablábamos, absorbida por el escrutinio de cada uno de sus gestos y sus palabras. Debía terminar con ese calvario a como diera lugar. ¿Pero cómo? Si me daba a pensar que era la confabulación de dos mentes pervertidas como la de Juan

Alberto y la mía, que perciben un doble sentido en cada situación, que ven el mal en las buenas acciones, era cosa de sentarse con Andrés, preguntárselo a la cara y arrancar la duda de raíz. En numerosas ocasiones habíamos hablado de por qué no tenía polola o no buscaba una. La respuesta era siempre la misma: no la he encontrado y no tengo ningún apuro en casarme. Por lo tanto, no era cosa de irle una vez más con la misma cantinela. Me vería obligada a confesarle mis sospechas. Si estaba equivocada podía herirlo sin remedio. Decidí esperar la oportunidad propicia. No sabía de antemano qué características tendría, pero apenas presintiera que el momento había llegado lo aprovecharía sin vacilación.

No tuvo que pasar mucho tiempo. Un viernes por la noche atendí el teléfono y una voz afeminada preguntó por mi hijo. Andrés no estaba y así se lo dije. La voz respondió: "Le podría decir que lo llamó Aníbal". No era un amigo habitual; llevaba buena cuenta de sus amistades.

A la mañana siguiente, me encontré con él recién duchado en el pasillo de los dormitorios. Iba vestido con ténida deportiva. Me dio un beso en la frente y mientras yo simulaba estar ordenando el closet, le espeté:

—Ayer te llamó un homosexual.

Me di vuelta con un juego de sábanas en los brazos para ver su reacción, y el pasmó se había apropiado de su rostro. Ahí estaba la hinchazón del arco de las cejas, los pómulos y el mentón. Frunció el ceño y preguntó:

—Mamá, ¿qué está diciendo?

Pensé que se venía abajo el edificio de mis sospechas. Su reacción respondía a la molestia de ser interpelado de manera tan violenta.

—Que ayer te llamó un homosexual, un tal Aníbal.

—Yo no conozco a ningún Aníbal.

Mis aprensiones se inflamaron otra vez y sentí un fuerte dolor en la boca del estómago.

—Qué extraño. Se oía seguro de conocerte.

—A ver, mamá, ¿de qué estamos hablando? ¿Cómo puede saber usted que el tal Aníbal es homosexual?

—Bastaba oírle la voz. Doy la impresión de estar en Babia, pero yo sé lo que es vida.

—Usted es increíble —su actitud ya no era de desconcierto, se había recuperado del impacto y ahora manejaba la situación—. Tanto sabe de la vida que no le da vergüenza ser ignorante. Hay hombres que son unas verdaderas señoritas y no son homosexuales, y la misma cosa rige en el sentido contrario.

—¿Y tú que sabes?

—Más que usted, por lo que parece. Fíjese en don Ricardo, ese amigo suyo casado con la señora Lala. Tan fino que es —dijo burlón.

—No hables así de la gente.

—Es usted quien habla —dijo con bronca repentina—. ¿Y por qué no defiende del mismo modo la dignidad de Aníbal?

—Andrés, la voz de ese hombre era desagradable, y su pronunciación era la de una persona de otra clase.

—Y más encima se ha vuelto clasista. No sé qué le pasa hoy, mamá, pero mejor no sigamos hablando. Chao. Me voy a jugar tenis —me dio un beso en la mejilla y salió de mi campo de visión.

Me quedé revisando la conversación con el juego de sábanas apoyado en los antebrazos: no sabía qué pensar. La brecha se angostaba. ¿Y ese beso final? El mayor castigo que me imponía cuando se molestaba era privarme de cualquier muestra de cariño. ¿Y en ese instante desagradable, me besó?

A la mañana siguiente, un domingo como otro cualquiera, fui hasta el cuarto de Andrés, al fondo del pasillo,

y entré con sigilo. El día anterior había llegado al filo del toque de queda y los domingos acostumbraba a levantarse tarde. Elegí una hora en que Alberto no estuviera —había salido a jugar golf—, y que nos diera tiempo para conversar. Once de la mañana. En el cuarto imperaba el olor de Andrés, corrompido por el encierro, pero no había forma de que me resultara ofensivo. Fui hasta la cama y le acaricié la cabeza con la punta de los dedos. Lo sentí moverse. Continué acariciándolo con toda calma.

—Mamá —ronroneó.

—Hola, mi Andresito.

—Hola —continuaba el ronroneo.

—¿Quieres que suba la persiana?

—Bueno.

Subí la persiana y el sol matutino dio forma y color a la habitación. Tenía el pelo hecho un embróllo. Lo ayudé a incorporarse un tanto, lo peiné y le compuse la chaqueta del pijama, que dejaba ver sus pelos en el pecho. Alisé el reborde de las sábanas y me senté a su lado.

—Así. Como la preciosura que es —dije, mientras tomaba su mano izquierda.

—Mmmm...

—Eres un regalón.

—Y tú una regaloneadora profesional —en estas situaciones me trataba de tú.

—Te he echado de menos, ya no conversas conmigo como antes... Me he sentido sola sin saber de ti. Has estado callado, ya no te quedas a cenar ni un solo día... ¿Qué pasa?

No me dio una respuesta. En su rostro se reflejó un sentimiento de tristeza, como si hubiera tocado un punto sensible.

—Qué tienes, dime... Tienes cara de pena... No hay nada que no tenga solución.

Permaneció callado. No dejé de hacerle cariño. Su tristeza afloró a través de sus ojos, me miró por un instante y luego bajó la vista. Me dio la impresión de que estaba a punto de llorar.

—Mi madre tenía un dicho muy sabio, “los peores problemas son los que nos inventamos”... Dime qué pasa... Ya verás, cuando me cuentes te vas a sentir aliviado. Con sólo hablar se solucionará la mitad del problema... Confía en mí, yo te quiero más que a nada en el mundo, hijo.

Se abrazó a mí y lloró en mi hombro quedamente por un largo rato. La compasión y la angustia luchaban por adueñarse de mí. Si la razón era la que no quería oír, me iba a rajarse por dentro. Continuó llorando. Yo le pasaba la mano por la espalda y la cabeza y le decía con ternura:

—Llore, llore tranquilo, le hace bien...

De cuando en cuando, levantaba la cabeza sin mirarme e intentaba decir algo, pero no lo conseguía.

—Dígame qué le pasa. Confíe en mí...

Y luego continuaba llorando sin poder contenerse. De pronto, sacó la cabeza de mi hombro y en una especie de estertor, dijo:

—Soy homosexual.

Por un momento me quedé petrificada, como si hubiera albergado hasta el último instante la esperanza de que se trataba de otra cosa; como si la ceguera hubiese aumentado al acercarme.

Andrés volvió a refugiarse en mis brazos y su dolor me hizo recibirlo de manera instintiva. Era mi hijo y su demanda de consuelo era más fuerte que el rechazo que se apoderaba de mí. Me mantuve a su lado a pesar de tener el impulso de salir huyendo, de revolcarme en el suelo de indignación contra el cielo y contra él. Quería ser yo la consolada, retorcerme de dolor como si me

hubieran arrancado un brazo, pero Andrés estaba despedazado, pedía mi cobijo y yo no podía negárselo. Después de un minuto, aclaró:

—Yo no quise ser así —lloraba sin control—, no quería, luché toda mi vida. Ya no doy más, mamá, no es mi culpa.

Mi turno de llorar había llegado, a la par de Andrés. Ya un poco más calmados, me hice del ánimo para preguntarle:

—¿Fue en Europa?

—¿Qué?

—¿Tuviste una mala experiencia?

—No, a Europa fui el año pasado. Me siento así desde niño.

—Fue en Europa. Te metieron ideas en la cabeza —dije, conteniendo la furia.

—Mamá, escúcheme —una máscara de seriedad cayó de golpe sobre sus facciones—, oiga lo que le estoy diciendo. Desde niño me he sentido atraído hacia los hombres. A los siete años, en el colegio, en la televisión. Me pasé la adolescencia luchando contra estos instintos. Iba a misa, participaba en el movimiento apostólico del colegio, hacía cualquier cosa para que se me pasara, pero igual me enamoraba de mis compañeros. Me confesé cada quince días de malos pensamientos, le decía al padre Vega que tenía fantasías con hombres y él me decía que era natural, que ya se me pasarían, que cumpliera la penitencia y que Dios me ayudaría. Y no me ayudó, mamá, al revés, hizo que todo se volviera cada vez más difícil.

—No le echas la culpa a Dios.

Con cada nuevo argumento la conversación perdía el ambiente de ternura y entendimiento que la había rodeado en un principio. Me golpeaban olas de rabia y de desmayo y en ciertos instantes debí contenerme para no golpearlo. Me ofendían sus palabras. Me enfure-

cía que esas palabras salieran de su boca. Esa historia no era la de mi hijo. No era verdad lo que oía, no podía serlo, mi hijo no podía ser un marica. Andrés hablaba sin pausa, no había manera de detenerlo, como si la opresión de años hiciera aflorar su relato a borbotones.

—Pensaba que se me iba a pasar, que iba a conocer a una mujer y desaparecería. Pero conocí a Angélica, la quería de verdad, incluso me acosté con ella, perdone que le cuente estas cosas; pero no se me pasó. ¿Me entiende?, hice lo imposible por no ser así, pero no me ha quedado otra alternativa que aceptarlo.

Deseaba preguntar si tenía una relación con Eduardo, pero la sola idea me resultaba repugnante.

—Mamá, míreme —sin darme cuenta había dejado de mirarlo a los ojos—, yo sé que esto es tremendo para usted. Hubiera dado cualquier cosa por no causarle una pena igual. Entiéndame, ya no hay nada más que hacer, veinte años llevo luchando con todas mis fuerzas. Ahora quiero vivir como lo que soy, porque si no, me voy a morir de amargura.

—¿Y Eduardo?

—Sí, también.

—¿Y... estás con él?

—No —dijo esbozando una sonrisa triste—, somos amigos, nada más.

—Ah.

—Pero estoy saliendo con otra persona que usted no conoce.

—¿Aníbal?

—No sé quién es Aníbal, algún copuchento quizá; éste se llama Martín Correa, es ingeniero industrial, es mayor que yo.

—Paremos aquí, Andrés, es mucha información para mí en una sola mañana. No sé qué pensar, o si es necesario hacer algo.

—Mamá —comenzó a decir Andrés, sombrío—, no hay nada que hacer, sólo tiene que aceptarlo, tan simple como eso. No va a ser fácil, a mí me tomó una vida hacerlo, pero la puedo ayudar. Míreme bien, soy el mismo Andrés que ha estado con usted desde siempre. El Andrés que usted quiere es y ha sido homosexual, aunque no sea agradable saberlo. Nunca existió otro Andrés. Y si hubiera existido sería distinto al que usted quiere.

—Bueno, bueno, no sigamos.

—Mamá, por favor, lo peor que puede hacer es encerrarse. Es imposible aceptarlo si no pregunta. Sáquese las dudas de la cabeza, yo sé que está llena de prejuicios. Pregúnteme lo que sea, aunque se muera de vergüenza.

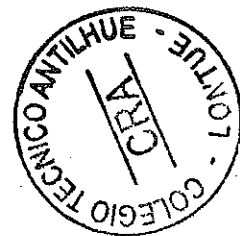
—Andrés, para que entiendas, mi hermano Joaquín apedreó a un hombre que lo esperaba afuera de la casa para mirarlo. Y no sabes las barbaridades que le dijo. Sólo quiero que comprendas que yo nací en un mundo en que este tipo de cosas no se hablaban. Déjame tragar primero y después continuamos. Eso sí, ni una sola palabra a tu padre. No lo entendería.

—No pensaba contarle.

Me levanté de la cama con sensación de mareo.

—Deme un abrazo —imploró Andrés.

Y sin que ninguno de mis oscuros sentimientos se interpusiera, me recliné, le di un abrazo y lo besé en la mejilla. En este sentido tenía razón, para mí continuaba siendo el mismo Andrés de siempre, y yo no había dejado de ser su madre.



Cuando mi madre entró en agonía, Joaquín, mi padre y yo no nos movíamos de su lado. El doctor Álvarez nos había instruido sobre cómo sería el final. Se irá extinguiendo poco a poco, dijo. Me desconcertaba verla sumida en un sueño apacible cuando su cuerpo evidenciaba el extremo sufrimiento por el que había pasado. Ya no quedaba nada de ella, ni siquiera su rostro. A través de la piel se apreciaban las protuberancias y oquedades de su cráneo. Sin embargo, más allá de la constatación de que era poco más que un esqueleto, todo el resto era una afirmación de su presencia. Por ejemplo su olor, en cada pieza de ropa, en cada sábana, en los cajones, en los papeles y sobres, con los que mandaba notas y agradecimientos. Hay quienes afirman que pueden sentir el olor de la proximidad de la muerte. En cambio, yo podría atestiguar que durante su agonía, el olor de mi madre se intensificó. La alquimia de su piel y su perfume, un delicado aroma a violetas, alcanzó un punto máximo. Al interior de esa habitación flotaba una nube aromática, como si ella misma se hubiera volatilizado. Esas largas horas de espera, contemplando el rostro inmutable que ignora el drama que se desarrolla a su alrededor, me permitieron detenerme en cada uno de sus objetos, que no eran muchos. Al igual que yo, mi madre no tenía apego a las cosas materiales. Había acumulado objetos asociados a alguna persona o alguna ocasión en particular. Cada uno de esos recuerdos encerraba una emoción. El más emblemático de todos era una botellita de perfume con un líquido oleoso en su

interior, con un globo pulverizador forrado en mostacilla morada y cabezal de oro. Ella nunca la usó. Una vez me atreví a lanzar una pequeña nube en el aire y su olor dulzón me fue desconocido. La botella era transparente, con aplicaciones de hilos de oro en estilo art nouveau. En ocasiones hablábamos de esa botella de perfume. Era el único objeto que reposaba en la cubierta de su velador izquierdo, aparte de la lámpara y algún libro. "Me lo regaló mi madre —me contó alguna vez—, cuando supo que Maurizio deseaba casarse conmigo. Era también para ella, por alguna razón que no me reveló, su objeto máspreciado". "Este perfumero representa el amor de mi madre. Cuando yo muera, quiero que te quedes con él y lo conserves".

Me pasé tardes enteras contemplando los elementos de la habitación y cada uno me sugería una historia con mi madre en el papel principal. Lámparas amarillentas, a veces encendidas en la memoria y otras apagadas, como las luces de un set de cine, que funcionan según la escena por filmar. El piso de *petit point*, el sofacito de respaldo curvo junto a la ventana y las herramientas de la chimenea, poseedores de la densidad de significado necesaria para ser elementos primordiales de una escenografía teatral. Y la tan mentada alfombra, quizá la única pieza valiosa que decoraba esa habitación, la alfombra persa que mi padre le compró a un anticuario de Valparaíso a un costo que según ella no podían solventar.

Cuatro días después de caer en coma, el pulso se redujo notoriamente a tempranas horas de la mañana. La espera se alargó hasta las ocho de la noche. Yo me había sentado en el borde de la cama con mis siete meses de embarazo y tenía tomada su mano derecha. Joaquín permanecía hincado y mantenía su mano izquierda entre las suyas. Mi padre estaba erguido, los pies separados, las manos tomadas por la espalda y contemplaba la escena

desde la chimenea. No encendimos el fuego. Mediados de abril. Día inusualmente caluroso. La única fuente de luz provenía de una lámpara de pie junto al sofá. Alberto y mi hijo mayor esperaron en el primer piso en compañía de Laura, la mujer de Joaquín. Dejamos a las niñas en la casa de Vitacura. No me pareció que a sus seis y siete años debieran verse enfrentadas a la muerte. Adoraban a su abuela y no la habían visto desde hacía un mes. Mi madre no quería que la recordaran como una mujer deteriorada. Cuando dejó de respirar, comencé un avemaría y Joaquín se me unió. Teníamos lágrimas en los ojos. Mi padre se mantuvo en silencio. En su rostro imperaba el color de la muerte. Pasaron los minutos. Aún rezábamos. Desafiando la rigidez de su cuerpo, mi padre dijo: "Voy a llamar a la funeraria". Sin embargo permaneció en el mismo sitio. Segundos más tarde se levantó Joaquín y marcó el número. Llegaron a preparar el cuerpo. Nos pidieron que saliéramos de la habitación. No sería un espectáculo agradable. Mi padre no se movió, como si no me escuchara mientras lo intentaba persuadir de que esperáramos afuera. "Déjeme aquí, hija", dijo; "ustedes hagan su trabajo, quiero estar presente". Pasó algún tiempo, no sé cuanto, yo me abrazaba a Alberto y a mi hijo. Los empleados salieron. Era mi turno. Tenía su ropa preparada. La vestí con un traje de dos piezas azul y una blusa de seda crema. El cadáver nadaba en el interior de las prendas. Le puse su camafeo de la Virgen y el Niño sobre el primer botón de la blusa y sus aros de perlas. Luego la maquillé, ella me había indicado los polvos y las sombras. "Píntame los labios de rosado, con ese rouge que usas". La peiné por última vez. Mientras trabajaba con afán, mi padre se mantenía de pie ante la chimenea, sin quitar la vista del cuerpo. Quedé satisfecha de mi trabajo. Le pregunté a Joaquín su parecer y se mostró complacido. Una profunda turbación

se apoderó de mí entonces, al notar que las mejillas cobraban color gracias a mis artes y su rostro retomaba su expresión con los polvos y las joyas. El esqueleto, el cráneo, el cadáver, de pronto eran mi madre nuevamente. Tomé entre mis manos el rostro frío y comencé a llorar con desesperación. Alberto me llevó a la casa. Esa noche sufrí contracciones. El doctor Zambra pasó a controlarme temprano por la mañana. "No se puede levantar", dijo, "si lo hace, nacerá prematuro". Y le dijo a Alberto: "No es conveniente que pase por las emociones del funeral". Me recetó un calmante. No quise tomarlo. Los recién nacidos no toman calmantes. Lloré intermitentemente durante la primera semana. Luego permanecí en cama durante un mes. Las contracciones no cesaban. Me echaba la comida a la boca a pesar del asco. Ese niño debía nacer sano. Cumplido el octavo mes se inició el trabajo de parto y Andrés nació en la Clínica Central, sin necesidad de recurrir a una cesárea.

Los recuerdos se interrumpen en el momento que ingreso a la sala de parto y distingo la figura del doctor Zambra. Luego guardo una serie de imágenes incoherentes.

La próxima imagen definida corresponde a Andrés dando sus primeros pasos, once meses después. El relato repetido una y otra vez por Alberto para satisfacer mis preguntas, era más o menos el siguiente: durante esos once meses sufrí una depresión que podría haberme matado. Día y noche en cama, con las persianas cerradas, con episodios de delirio y total pérdida del juicio de realidad. Los fuertes remedios no ayudaban a que recuperara la conciencia. Su objetivo principal era mantenerme en calma y disminuir los sentimientos de angustia que podían impulsarme al suicidio. Alberto se

fue a dormir a la habitación de Juan Alberto. Contrató una nodriza para que alimentara y se hiciera cargo de Andrés y dos enfermeras, una de día y una de noche, para que cuidaran de mí. Once meses de oscuridad, en los cuales vi a Andrés sólo una vez al día, alrededor de la hora de almuerzo, según dicen, cuando yo experimentaba un leve despertar de conciencia. Me lo ponían en los brazos durante diez o quince minutos, mientras mantuviera la fuerza. Aseguran que Andrés jugueteaba y se reía cuando estaba conmigo. Hasta hoy me rebelo contra esa depresión por arrebatármelo de mi lado en el tramo más decisivo de su vida. La leche que lo alimentó no fue mi leche y el pelo que olía mientras mataba no era mi pelo. La primera conciencia real de que yo era su madre la tuvo al año de vida. Hubo una suplente, Lola, una buena nodriza según todos atestiguan, cariñosa, alegre, de grandes pechugas. Pero no era yo, su madre, a quien escuchó cantar cuando estaba en mi vientre. Del calor de mi cuerpo, conocido de la forma más íntima en que se puede conocer otro cuerpo, salió a la intemperie para encontrarse con manos extrañas que lo recibían. Cuando hablábamos de Andrés después de su partida, lo que no ocurría a menudo, Alberto me enrostraba haberlo sobreprotegido y ponía sus manos al fuego de que lo había hecho porque me sentía culpable de abandonarlo recién nacido. Por supuesto que estuve más pendiente de él que de los demás durante su infancia; las circunstancias en que nació, la depresión y su propia vulnerabilidad me impulsaban a darle continua atención. No deseaba que la vida lo dañara. Quería compensarlo por el sufrimiento durante el embarazo, por los meses sin poder acurrucarse en mis brazos, por la marca que lo unía a la muerte de mi madre. Tanto Alberto como Juan Alberto me culparon por la homosexualidad de Andrés. "Cómo



no iba a resultar maricón si de chico era un apollera-  
do”, me recriminó Alberto en una ocasión, y se ganó mi  
desprecio por semanas. Traté estos temas con mi analis-  
ta de entonces —de la depresión en adelante me vi obli-  
gada a mantener algún tipo de ayuda psicológica y  
farmacológica; según los doctores nunca me libraría de  
su amenaza— y él me calmaba y me decía que formába-  
mos un sistema familiar complejo, donde cada uno te-  
nía una motivación personal para actuar y pensar cómo  
hacía frente al problema. “No piense que lo de Andrés  
es su culpa. Usted es más sensata que su marido en  
cuanto a estas cosas y lógicamente se pregunta si su ma-  
nera de educarlo tuvo o no influencia en su homose-  
xualidad. ¿Su marido se ha preguntado alguna vez cuán  
responsable es él en este asunto? Eso es una cosa. La  
otra: la homosexualidad de Andrés es resultado de mu-  
chísimos factores y ninguno de ellos es lo suficiente-  
mente importante como para asignarle toda la carga.  
Según usted me ha dicho, en la familia Sartori se da con  
relativa frecuencia. Alberto tiene dos primos hermanos  
homosexuales, ¿no es cierto? ¿Y por qué no le echamos  
la culpa a eso mejor?”

Cuando pienso en esto, me doy cuenta de que el in-  
tento de manejar los hilos de la vida es un esfuerzo inú-  
til. ¿Cómo afectará mi muerte la vida de mis nietos?  
¿Igual como influyó la muerte de mi madre en la vida  
de Andrés? ¿Pueden mis hijos evitar que su efecto im-  
pregne sus almas? Inevitablemente, sus vidas estarán  
marcadas por mi vida y por mi muerte y también por  
las de Alberto y por las de mi madre y de mi padre, y  
por las de sus hermanos y de sus hijos, en una red de  
interacciones que no tiene límite ni pulso o alguna cla-  
ve que nos permita descifrar su próximo paso.

Cuando ya me sentía mejor y había vuelto a las tareas  
habituales, mi padre anunció que vendría a conversar  
conmigo. Por lo común nos reuníamos en su casa. Pa-  
ra explicarme el cambio de lugar pensé que deseaba  
tratar algún tema de la herencia. Alberto y Joaquín ha-  
bían ordenado las piezas del puzzle de manera que las  
casas de Santiago y de Concón quedaran a nombre mío  
y de Joaquín. Mi padre viviría en la de Nuñoa hasta que  
encontrara un lugar para él.

La otra posibilidad era que quisiera hablar acerca de  
Oriana. Si ésa era su intención, sería la primera vez que  
mencionaríamos su nombre uno frente al otro.

Llegó a eso de las tres de la tarde. Afuera imperaba  
la neblina. Nos encerramos en el living para que los ni-  
ños no nos molestaran.

—¿Cómo te has sentido, hija? —dijo mirándome a los  
ojos mientras se sentaba en un sillón de respaldo recto.

—Gracias a Dios ya estoy mejor.

—Tengo que hablar algo importante contigo. ¿No  
hay problema, verdad?

—Dígame, papá.

Me había sentado en el sofá de felpa azul con el  
biombo japonés a mis espaldas; si en la casa hubiera  
existido un trono, habría estado en ese lugar. La actitud  
deferente de mi padre me incomodó.

—Ya sabes de mi relación con Oriana, ¿no es así?

—Sí, papá —respondí con una leve inclinación de cabeza.

—Ha pasado más de un año desde la muerte de tu ma-  
dre y Oriana me ha ofrecido vivir con ella. Me siento

solo en la casa de Ñuñoa y el dinero de la venta le vendrá bien a Joaquín.

—¿Tiene ella una casa apropiada para recibirlo?

—Sí, le compré una hace años, en la calle Sazié.

—Es decir, usted tenía otro hogar.

—No, Julia, el único hogar que he tenido es el nuestro.

—¿Tuvo otros hijos? —una pregunta guardada durante años.

—No, en eso ella fue comprensiva. Un hijo habría sido una presión demasiado grande para mí.

—Papá, no es comprensivo desintegrar una familia.

—Julia —dijo molesto—, no es el momento para sermones. Te vengo a hablar como tu padre y como un hombre que sabe lo que hace. No me digas lo que es o no correcto, ése es mi problema.

—Muy bien.

No sentía nada. Mis manos estaban frías. Quería que terminara y se fuera.

—Bueno, el punto es que tengo que contarle a Joaquín y no sé cómo hacerlo. Podría decirle que nos enamoramos después de la muerte de tu madre.

—¿Y usted cree que Joaquín se va a tragar esa patraña? Oriana lleva más de quince años trabajando en la tienda.

—Pero, hija, es posible, ¿no crees?

—Si me está pidiendo que apoye esa versión, mi respuesta es no. Usted tendrá que hacerse responsable de sus actos.

—Joaquín se irá de la tienda.

—Entonces no se vaya a vivir con Oriana, santa solución, todo sigue igual. Podré callar lo que sé, pero no mentir abiertamente.

—No seas dura conmigo, no puedo negarme, ya lo sabes; tu madre me contó que había hablado contigo de este tema.

—No sé qué ideas le metió usted a la mamá en la cabeza. Yo no lo entiendo y me niego a pensar que ella tuvo algo que ver en este asunto. Si usted le cuenta a Joaquín, yo le voy a contar lo que sé.

—No me tengas rencor —dijo, mirándose las manos.

—Pídame mi atención, mi ayuda, pídamme vivir conmigo si quiere, pero no voy a ser su cómplice.

—No me dejas alternativa. Le voy a contar todo a Joaquín esta tarde. Sabrás lo que haces.

—Usted sabe lo que hace. No me endose sus problemas. Haga lo que estime conveniente.

—¿Y por celo a la verdad estás dispuesta a que todo se arruine?

—No fui yo quien lo arruinó.

—Bien —dijo al tiempo que se levantaba del sillón—, así será. Quizá tu hermano tenga una idea de la vida menos estricta que la tuya.

—No creo —dije alzándome y componiendo mi falda—, somos educados por los mismos padres. Si su deseo era que tuviéramos una manera de pensar diferente, debió habernos enseñado otros valores.

—Tienes razón. Los eduqué para que no tuvieran que pasar por lo que yo he pasado. ¿No me vas a perdonar nunca?

—El tiempo dirá.

Nos despedimos con un reticente beso en la mejilla y salió al frío invernal protegido por su abrigo y su sombrero; luego se perdió a paso rápido en la neblina que descendía sobre las calles.

El día lunes, a menos de veinticuatro horas de la confesión de Andrés, llamé a Juan Alberto y lo invité a almorzar al Villa Real. Me esmeré por verme elegante y segura de mí misma: chaqueta negra cruzada, pantalones beige de caída recta, mi collar de perlas de dos vueltas y los aros en juego. Cartera negra de cocodrilo. Me pasó a buscar en su auto, una station Peugeot con tres filas de asientos.

—Qué auto tan largo —exclamé con jovialidad al cerrar la puerta.

—Es para llevar a los niños, las nanas y las excentricidades de mi mujer —él me inspeccionaba de reojo.

—Ya era excéntrica a los dieciocho años —comenté con la vista dirigida hacia adelante.

—Si supiera la cantidad de juguetes que les compra a los niños. Cuando nos vamos de vacaciones, llevamos hasta bote inflable —hablaba para darse tiempo de descifrar mi estado de ánimo y, tal vez, adivinar mis intenciones.

—Qué asfixia.

Llegamos poco después de la una y media al restaurante. Nos sentamos al fondo, en la semipenumbra, rodeados de los frescos infantiles de Cuca Burchard. Niños y sus juguetes nos hacían compañía en un fondo verde pálido. Más allá, en el jardín de invierno, el sol de diciembre filtrado por los árboles le confería al ambiente un aire festivo, una escena de la vieja Viena imperial traída al presente, con la cooperación de hombres y mujeres elegantes, hablando en un tono bajo, respetuoso

de los demás. El exceso de civilización me molestó. No era real lo que mis ojos veían. La vida no era tan ordenada. Juan Alberto estaba más serio que de costumbre. Vestía un traje gris. Se veía joven, como si aún estuviera en los veintitantos. Me pregunté por qué estaba a punto de tratar el tema con él y la respuesta fue clara: mi hijo mayor me ayudaría a solucionar el problema. Su determinación y sus capacidades argumentativas me serían útiles. Andrés debía darse cuenta de que lo suyo era una enfermedad y someterse a un tratamiento psiquiátrico. Debía además cortar todo vínculo con su amigo y mantenerse apartado de ese mundo. Había otra razón para que Juan Alberto fuera quien me secundara. La noticia no lo tomaría por sorpresa, y la imagen de Andrés quedaría intacta ante los demás. Era imprescindible que nadie aparte de nosotros se enterara, sobre todo debíamos evitar que el asunto llegara a oídos de Alberto. No deseaba abrumarlo aún más mientras lidiaba con la pesadumbre de saberse enfermo. Y no puedo negar que, de estar sano, lo hubiera pensado dos veces antes de confiarme a él; temía una reacción impulsiva de su parte.

Se acercó a la mesa uno de los viejos mozos del lugar:

—Señora Julia, qué gusto de verla. Nos tenía olvidados.

—Cómo está, Álvaro; ya no salgo de la casa, me he puesto muy cómoda. Pero vine, ¿ve? Le presento a mi hijo mayor, Juan Alberto.

—Cómo le va —dijo Álvaro, extendiendo su mano, sonriente.

—Bien, bien —respondió Juan Alberto algo incómodo.

—Álvaro nos ha atendido por más de veinte años. —Y luego me dirigí al mozo—: Ha sido usted siempre tan gentil, se lo agradezco, con Alberto nos acordamos de usted a menudo.

—Gracias, señora, ha sido un placer. ¿Cómo ha estado don Alberto?

—Bien... gracias —dudé. La pregunta me tomó desprevenida. La enfermedad de Alberto todavía era una sorpresa—. A mí tráigame una ensalada, por favor —dije para salir del tema—, la mixta, y un vaso de agua con hielo y limón. ¿Y tú, hijo?

—Un ave palta y una coca-cola.

—Igual a tu padre. ¿Lo quieres en pan frito?

—Sí, frito.

Hablar se me hizo más difícil de lo que había imaginado.

—Andrés me confesó que es homosexual —dije mirando el plato delante de mí, en el tono más neutral que logré dar, mientras extendía la servilleta sobre mis pantalones.

—¿No se lo dije? Yo tenía la sospecha desde que él era chico.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? —replicó como si preguntara una obviedad—, llorón, con mamitis, sensible. Además es pretencioso y centro de mesa. ¿Le parece poca evidencia?

—¿Alguna vez notaste algo raro?

—¿Y qué más raro? —dijo haciendo vibrar las erres.

—Sexualmente, quiero decir.

—¿Si me miraba a mí o a mis amigos, algo así?

—Eso.

—No, no me acuerdo. Se pasaba leyendo, o jugando solo. No fuimos muy hermanables, eso usted ya lo sabe.

—Me ha pedido que lo aceptemos como es.

—¿Aceptarlo? —se rió entre dientes—. A ver, una cosa es que él viva como quiera, pero nosotros no tenemos por qué aceptarlo.

—Quisiera que hablaras con él para persuadirlo de que vaya a un psiquiatra. Es una enfermedad que se

puede curar. Lo he leído en varias revistas. Tiene que renunciar a esa idea de vivir como lo que es.

—Mi hermanito, siempre tan idealista —dijo moviendo la cabeza en un plano vertical—. Si quiere hablo con él, pero no creo que lo vaya a convencer. Que yo sepa esta cuestión no se quita.

—Me contó además que tenía un amigo.

—¿Un amigo? No se priva de nada el perla.

—No hables así de tu hermano.

—Y cómo quiere que hable. Qué tratamiento psiquiátrico ni que ocho cuartos. Si ya está metido hasta el tuétano.

—Bueno, no sé qué más hacer. No tengo intención de darme por vencida.

—Estos tipos son todos de la misma calaña. Una vez que lo prueban se les olvida el resto del mundo.

—No seas vulgar; no se habla de un hermano como si estuvieras hablando de un extraño.

—Yo hablo como se me antoja. ¿Y quiere que le diga?, no tengo la menor duda de que el papá piensa igual que yo. Una vez pillaron a uno en la fábrica, que se pasaba en el baño tratando de mirarle el asunto a los demás, y el papá lo echó cascando. Y gritó bien fuerte en medio del galpón: “¡No quiero ningún maricón en mi fábrica! ¿Oyeron?”.

Llegó nuestra comida. Álvaro, el mozo, sonreía con cada movimiento. Se demoraba más de lo necesario. Juan Alberto se veía aliviado de la seriedad que lo rodeaba en un comienzo. Se volcó sobre su ave palta como un lobo. Masticaba todavía cuando le exigí:

—Juan Alberto, escúchame, ni una palabra de esto a tu padre. Te lo prohíbo.

—¿Y por qué se arroga usted el derecho de ocultárselo al papá? —dijo sin haber terminado de tragar. Luego me quedó mirando mientras masticaba el resto. La con-

tracción de su nuez marcó el final de la tarea—. Que yo sepa, Andrés es tan hijo de él como suyo. Es justo que lo sepa. Además, mamá, en la fábrica no podemos tener a un ejecutivo así. Imagínese si nuestros clientes importantes se enteran. Va a correr como la pólvora. No se olvide que el papá es vicepresidente de la sociedad de exportadores. El cuento de un hijo mariquita es sabroso...

—Cállate.

—¿Que me calle?

—Ni una palabra de esto a tu padre o tendrás que vértelas conmigo. ¿Me entendiste? —lo amenacé por sobre el murmullo general.

No tenía ganas de llorar, al contrario, me habitaba un sentimiento de arrojo. La gente de otras mesas se volvió, unos por curiosidad y otros para exteriorizar su desagrado. No faltaría quien pensara que era una escena entre un joven amante y su benefactora. Alberto se limpió las comisuras de los labios, con el rostro a punto de estallar en sangre. Me dijo en voz baja, en tono vindicativo:

—Lo que pasa es que usted no puede soportar que su hijito adorado le haya salido maricón, y quiere ocultarlo a como dé lugar.

Se levantó de la mesa y recuperando el aplomo, me sonrió:

—Mándele mis saludos a Andresito.

—¡Siéntate!

—Mamá, por favor, no haga el ridículo —dijo con desdén, al tiempo que se perdía a mis espaldas.

No sé cuánto tiempo pasó. Me quedé sola en el salón. Contemplaba el plano formado por las mesas numerosas. La ensalada aún intacta había languidecido. Saqué un billete, lo dejé sobre el mantel, fui al baño a retocarme, me despedí de Álvaro y salí.

“¿Por qué no me habías contado?”, me espetó Joaquín por el teléfono. “Yo como un imbécil, en la misma tienda con ella. Esta tarde no estaba, gracias a Dios, porque la hubiera matado”.

Una vez descargada su ira por la línea, vino hasta mi casa. Caía una llovizna desalentadora. No daban ganas de hacer otra cosa que no fuera estar sentada en un lugar con buena calefacción. Le ayudé a quitarse el impermeable. Tiró su sombrero sobre la mesa de la entrada. Pasamos al living; se repetía la escena de la tarde con mi padre, las mismas posiciones, yo sentada en el sofá de felpa azul y él en el sillón de respaldo recto. No duró más que cinco segundos en su lugar y dio inicio a un paseo agitado.

—Yo no me merezco algo así.

—La mamá menos que tú.

—No me refiero a eso —me dijo despreciativo—, me refiero a haber vivido en la ignorancia por tantos años. Buenos días, Oriana, le decía yo gentil todas las mañanas, como un imbécil.

—O un buen hombre, que no piensa mal de la gente.

—Por Dios, Julia, cuando tomas esta actitud de como si nada te afectara eres insoportable. No necesito la voz de la conciencia en este minuto, o alguien que me ayude a mirar las cosas con ponderación, necesito a mi hermana. Si no, es cosa que me digas y me voy.

—¿Y qué quieres que te diga? —pregunté en un tono más agresivo—. ¿Quieres que te acune, como hacía la mamá? ¿Quieres que te diga “ya va a pasar, mi amor”?

Cómo no eres capaz de entender que esto me duele igual o más que a ti.

—Pero has tenido muchos años para tragarte el veneno. A mí me taparon las narices hoy en la tarde y me lo echaron dentro de la boca todo de una vez. Tengo ganas de vomitar.

Fue hasta el sillón, se sentó y se tomó la cabeza por las sienes. La belleza se había esfumado de su rostro y nunca volvería a recuperarla. Sus pupilas se transformaron en dos círculos ausentes de toda expresión, ni siquiera el instinto de venganza brotaba de sus ojos inmóviles.

—Debes pedirle al papá que saque a esa mujer de la tienda. No la volverás a ver.

—Comprende que yo no voy a poner un pie en esa tienda nunca más, la echaría abajo. ¿Eres capaz de imaginarte lo que siento? Quince años, o no sé cuántos, contemplando el rostro blando de esa mujer por la ventanilla de la caja, con esa expresión que sólo tenía conmigo, ese gesto de... conmiseración. Esa mujer, durante todos estos años, sintió pena por mí. Es horroroso.

—Esa tienda será tuya y tienes una familia que mantener —dijo intentando sonar convencida—. En pocos meses no tendrás siquiera el recuerdo de esa mujer en tu cabeza y seguirás trabajando con el papá como siempre. Es por el bien de ambos.

Ya no hablaba como una mujer distante, ahora iba en pos de mi objetivo: las cosas debían continuar como estaban, con la vida del papá junto a Oriana limitada a su covacha, fuera de nuestra órbita para siempre. Ella sería la amante de mi padre, pero de ahí no pasaría. Y si él se veía obligado a elegir, no dudaba que se inclinaría por su hijo.

—Déjame entender, ¿tú quieres que yo siga trabajando con el papá como si nada hubiera pasado? No entiendes nada, está claro.

—¿Te habló acerca de la responsabilidad que tuvo la mamá en todo esto?

—Qué responsabilidad pudo tener, aparte de ser engañada y verse obligada a soportarlo.

—¿No te dijo nada de ella?

—No, Julia. ¿Hay algo más que deba saber? ¿Voy a enterarme de a gotas que viví una ficción durante todos estos años? ¡Dime de una vez lo que me tengas que decir, por Dios! —dijo, pasándose las manos por el rostro con desesperación.

—Eh... —si mi padre no le había hablado acerca de los problemas de la mamá, juzgué que tampoco yo debía hacerlo, y siempre pensé que a ella no le hubiera gustado que Joaquín lo supiera—, no tengo nada nuevo que decirte, sólo que la mamá se resignó y lo perdonó. Ella quería que nosotros continuáramos siendo una familia, como si esa mujer no existiera. Ella me lo pidió antes de morir. Perdona a tu padre, me dijo, y quiero que estés cerca de él hasta su muerte, hazlo por mí.

—Sí, me dijo algo semejante, sin explicarme por qué me pedía cosas tan obvias. No abandones nunca a tu padre, necesita a su hijo para que lo acompañe y lo proteja en su vejez. Y yo como huevón creyendo que la enfermedad la había vuelto paranoica.

En ese instante entró Alberto al living y, al ver el abatimiento en el rostro de Joaquín y los subidos colores en el mío, preguntó:

—¿Pasa algo grave?

—Mi padre se va a vivir con Oriana —Alberto balanceó la cabeza acusando recibo de la noticia—. Joaquín se acaba de enterar de todo.

Fue hasta donde estaba mi hermano y le dio unos suaves palmazos en la espalda.

—No sabes lo mal que me siento —dijo Joaquín—, como si no pudiera respirar.

Alberto se sentó junto a mí, me besó en la boca y mientras se acomodaba, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—No sé, por eso vine a hablar con Julia, ni siquiera he hablado con Laura.

—¿Quieres mi consejo?

—Por favor. Julia no me ha dado ni un solo consejo, me está dando órdenes.

—¿Y cuál es tu idea, Julia?

—Creo que Joaquín debe pedirle al papá que saque a Oriana de la tienda y continuar trabajando con él. En un par de meses se le va a pasar el enojo.

—Podría ser.

—Mi padre es un ser despreciable. Mantener a esa empleaducha de amante por todos estos años... a vista y paciencia de mi madre —gritó—. A vista y paciencia mías. No sé qué les pasa a ustedes. Mi padre se va a vivir con esa mujer, ¿no se dan cuenta? ¿Ustedes saben realmente cómo es Oriana? Ah, es abominable, una mujer pretenciosa, llena de remilgos y cadenas y masticables, llena de pequeñas ambiciones, en ella todo es pequeño, deja los recados en unos papelitos con el mensaje escrito en la letra más diminuta que he visto. Están locos, es más de lo que yo puedo resistir —se puso de pie en señal de irse.

—No te vayas todavía —lo detuvo Alberto tomándolo de un brazo—. No te vayas con la sangre caliente, no es buena idea, conversa un rato más con nosotros, te ayudará a descargarte. Te prepararé un whisky, te sentirás mejor. —Con un trago en la mano, Alberto prosiguió:

—Creo que Joaquín tiene razón, Negra, es más de lo que puede aguantar.

—Ya es un hombre adulto para aguantar esto y mucho más —dije para evitar que la presa se me escapara.

—Deja de comportarte como una madre juiciosa... Voy a hacer lo que yo decida, no lo que tú quieres que haga.

—¿Y si sales de la tienda, tienes idea en qué puedes trabajar? —preguntó Alberto.

—Bueno, imagínate, no lo he pensado, quizás en otra tienda o para algún cliente.

—¿Te gustaría trabajar en la fábrica?

—Pero, Alberto, Joaquín tendrá que hacerse cargo de la tienda cuando el papá jubile, no puede dejarla.

—Claro que puede. Yo creo que lo mejor es que se busque su propio destino y no le deba nada a su padre. Si lo perdona o no en el futuro, esa es otra cuestión. Me parece lógico que no quiera depender de una persona que lo ha engañado de esa manera.

—¿Puedo ir mañana a la fábrica? —preguntó Joaquín como si lo considerara.

—El papá va a pensar que estamos conspirando en su contra. No podemos.

—Mañana nos vemos a las ocho y media en la fábrica. Si sabes de balanzas y dispensadores, vas a saber de máquinas más rápido de lo que te imaginas.

Durante un año Joaquín trabajó con Alberto. Mi padre no hizo comentarios al respecto en las tres o cuatro ocasiones que lo llamé para saber de él. A veces sentía el impulso de pedirle perdón por darle una oportunidad a Joaquín para que abandonara la tienda, pero luego me refrenaba para no traicionar a Alberto. También había llegado a comprender a Joaquín. Y mi comprensión aumentó todavía más cuando mi padre se mudó donde Oriana y me entregó las llaves de la casa de Nuñoa. Fui hasta ahí por la tarde y me encontré con la mayoría de los muebles en su interior. Ahí estaban los bergères y la vieja mesa de comedor, los cuadros de los abuelos, la cama de mi madre, el sofacito, prácticamente todo. Tuve la sensación de que había dejado atrás esa casa, su existencia en ella, el recuerdo de mi



madre enferma y también a nosotros. Imaginarlo en tierna convivencia con Oriana me hizo sentir el mismo rechazo de Joaquín. Desde ese día mi padre pasó a ser otra persona para mí, un espíritu diferente que habitaba el mismo cuerpo. Ya no se reflejaba en él la luz de mi madre.

Después de un año, nos informó que se casaría por la Iglesia con Oriana. Mientras me lo decía por teléfono con toda frialdad, juré nunca más volverlo a ver.

Joaquín anunció al poco tiempo que se iba a Estados Unidos, a Tucson, donde el padre de Laura le había conseguido un trabajo como representante técnico de una empresa de instrumentos de precisión. Zarparon desde Valparaíso a bordo del *Santa María*, un barco mercante de la Grace con camarotes de pasajeros. Nos despedimos a los pies de la rampa que ascendía desde el muelle hasta la cubierta. Cuando Laura y los niños subieron, Joaquín se volvió para darme un último abrazo y me dijo con emoción en la voz: "Perdóname, Julia, ya no puedo vivir aquí". Giró sobre sus talones y dando grandes zancadas se unió a su familia. Alberto me tenía tomada por la cintura. Nos despedimos con nuestras manos en alto. Una ráfaga de brisa agitó nuestras ropas. Alberto afirmó su sombrero con una mano para que no fuera a dar a las aguas oleosas.

Nos fuimos alejando del bullicio del puerto, hasta que el resonar de nuestras pisadas sobre los adoquines fue el único sonido que permaneció junto a nosotros.

No deseo morir, no antes de terminar esto. Tengo miedo y la angustia ya no me abandona. Me obligo a no pensar en la muerte, a mantenerme concentrada en los asuntos de la vida. Pero no lo consigo. Me arrebatarán todo lo que quiero de una sola vez. Como si tuviera la certeza de que pronto vendrá un pelotón a quemar la casa y a fusilar a los míos. Por eso me niego a que me administren la morfina por vía intravenosa. Sería el fin. Me alimento por suero y recibo antibióticos para combatir las infecciones en el abdomen. Una hemorragia severa es el mayor peligro. A mi lado tengo una de esas perchas donde cuelgan las bolsas deformes y al teclear, la mariposa entubada se balancea sobre el dorso de mi mano izquierda. Mis brazos ya no son mucho más que huesos y piel.

Mi vecina no se ha contentado con sus visitas diarias a la puerta y su espionaje para ver quién entra y sale de la casa. Me dice Azucena que está construyendo una ampliación. Cada golpe de martillo me retumba en la cabeza como el timbal enfurecido de alguna ópera wagneriana. Nunca me gustó Wagner. Los italianos son más melódicos y melodramáticos. Puccini era mi debilidad y la de todos en mi familia original. Mi padre cantaba arias completas de *Tosca* y lo hacía con una bella voz de tenor que no se ocupó de cultivar.

Creo haber escuchado o leído que las personas que se acercan a la muerte reviven con nitidez momentos de su infancia largo tiempo olvidados. Pensé en esto por el canto de mi padre. Le gustaba hacerlo en el patio interior de la casa de la calle Viña del Mar, el encierro creaba la

ilusión de que su voz tenía más volumen. Cantaba los domingos antes de almorzar. Un pisco sour, único brebaje alcohólico distinto de la copa de vino diaria que se permitía durante la cena, lo envalentonaba. Mi madre le rogaba: "Canta, *babbo*, canta", y Joaquín y yo nos sentábamos a escucharlo en una banqueta bajo el colorido ventanal del comedor. Lo recuerdo imponente, tan alto como un hombre podía llegar a ser, vestido con un pantalón gris o azul oscuro y una camisa descolorida. El primer indicio de que se animaría a cantar lo daban sus piernas al abrirse, para tener un buen apoyo cuando el esfuerzo de sus pulmones lo requiriera. Mi madre era su más entusiasta admiradora y lo alentaba aplaudiendo antes de que hubiera emitido la primera nota. Dejaba el pisco sour sobre una mesa de madera y comenzaba a cantar. Si estaba de buen humor iniciaba el recital con *Recòndita armonía*. Si su traza era más bien melancólica, prefería *E lucevan le stelle*. Cuando llegaba el final, así lo recuerdo, traicionaba su amor por Puccini y cantaba la triste aria de *I Pagliacci* de Leoncavallo. La pasión con que acometía sus notas le hacía saltar lágrimas que nunca asomaron en otras circunstancias. Mi madre se abrazaba a él cuando terminaba. Y nosotros aplaudíamos e intentábamos imitarlo. Ambos heredamos su bella voz y el amor por la música.

En la casa de Vitacura me acostumbé a cantar con María Teresa durante los fines de semana, a comienzos de los años sesenta. Ella tomaba la guitarra, desmedida aún para sus brazos, y por lo general cantábamos tonadas populares italianas o las canciones más famosas del Festival de San Remo. También cantábamos tonadas chilenas. La Tere había adquirido el metal de una mezzo y yo hacía de soprano. Llegamos a desarrollar la segunda voz de muchas canciones, a veces yo acompañaba la melodía

central con algún juego de registros altos y en otras María Teresa le daba profundidad a la melodía liderada por mí. Andrés permanecía quieto, sentado en el suelo en posición hindú, los codos en las rodillas y parecía estudiarnos mientras cantábamos. Al terminar una canción salía corriendo del living y en la cocina le entonaba a Olimpia a grito pelado la parte de la letra que había conseguido retener. Volvía luego a su puesto y se concentraba en la siguiente melodía. Juan Alberto siempre concebía alguna excusa para evitarse el "canturreo". Alberto y María del Pilar nos escuchaban con gusto y él felicitaba a María Teresa con genuina admiración: "Cantas muy bien, hija, me has alegrado el día". Ella se sonrojaba de orgullo.

Una década más tarde, meses después del matrimonio de María Teresa, durante el gobierno de la Unidad Popular, recibí una llamada de Oriana. Mi padre sufría de arterosclerosis y su lucidez se esfumaba a paso rápido. Decidí visitarlo ese mismo día. No tuve la menor duda en hacerlo. Por fin me enfrentaría a los fantasmas de la calle Sazié. Me interné en ese barrio antiguo como si viniera de otra ciudad. Treinta años o más que no iba por ahí. La cuadra de mi padre estaba flanqueada a lado y lado por una fachada continua de ladrillo, ennegrecida por el polvo, de seis o más metros de altura. Eran casas de dos pisos, el primero a un metro sobre el nivel de la calle. Las entradas ascendían en cuatro o cinco peldaños hasta la semioculta puerta principal. Al caminar por la vereda, el aire frío que brotaba de los sótanos me atezó los tobillos. La filigrana de ramillas grises de los olmos desnudos velaba una franja de cielo nublado. Tuve la impresión de que tras el frontis continuo las familias vivían reclusas en una o dos habitaciones, arrinconadas por la vejez y la pobreza, como si compartieran con

las decrepitas fachadas el mismo carácter de fin de época. Oriana me abrió la puerta. Nos dimos la mano. Ella sonrió al tiempo que bajaba los ojos. Fuimos hasta el salón principal. El punzante aroma de su perfume colmaba el aire. Mi padre se hallaba inmóvil en un sofá, con la vista perdida. Una luz mortecina se colaba desde la calle a través de los visillos y le perfilaba el rostro. Las paredes mostraban cierta irregularidad y un color indiscernible, fruto de las sucesivas capas de pintura que había recibido. Al acercarme, me inspeccionó como si fuera una desconocida:

—¿Y usted quién es? —no tenía puesta su placa dental.

—Se saca la placa a cada rato y ya me cansé de andar tras él para que se la vuelva a poner —explicó Oriana, aún bajo el umbral.

—Soy su hija, papá... Julia.

Me volvió a inspeccionar y dijo enseguida:

—Páseme esa taza.

Tomé la taza humeante de la mesa de centro y se la entregué. En casi todas las superficies horizontales había miniaturas de porcelana. Dos gatos subieron al sofá después de olisquearme y se echaron enroscados el uno en el otro. Mi padre nunca aceptó animales en nuestra casa. No había una alfombra que cubriera el desgastado piso de tablas.

—Papá, soy yo, Julia.

—Julia —dijo como si intentara recordar algo.

—¿Cómo se siente, papá?

—Bien, me siento bien —respondió a medida que recuperaba el aplomo. En sus ojos noté que me había reconocido, como si cincuenta años de su historia se hubieran sentado frente a él. Vacío el contenido de la taza de un trago y la apoyó en sus piernas cubiertas con una manta de lana escocesa.

—Qué bueno, papá.

—¿Dónde está mi placa? —preguntó a Oriana malhumorado.

—En la mesita, Maurizio, ahí, en la mesita que tienes a tu lado.

—¿Conoces a Oriana? —preguntó luego de encajársela.

—Sí, ya nos saludamos —dijo ella.

—Ah, qué bueno.

En las paredes colgaban reproducciones de cuadros célebres en diversos formatos. Me ofendieron los girasoles de Van Gogh. Sobre una mesita se hallaba un marco plateado con una fotografía tomada durante su matrimonio por la Iglesia con Oriana. Mi padre peinado a la gomina como siempre y vestido de frac. Quise salir de ahí. Desvié la vista de la fotografía y concentré mi atención en él para no cometer una tontería.

—Lo vendré a ver todas las semanas, ¿le parece? —me miró un tanto desconcertado—. ¿Le gustaría que viniera los miércoles como a esta hora? —pregunté en voz más alta, mirando a Oriana. Ella asintió con la cabeza y me devolvió una mirada comprensiva.

—Sí, hija, me gustaría mucho.

—Está bien, papá, nos vemos el próximo miércoles.

—Trae a tu hijo menor, no lo veo desde que nació.

Dos meses más tarde convidé a mi padre y a Oriana a almorzar con nosotros un domingo. Me sentía en paz. Habían pasado más de quince años desde su última visita, aquella durante la cual me preguntó si podía mentirle a Joaquín. Una tormenta de lluvia nos había dejado como compensación un día soleado y diáfano. Las plantas brillaban. Cuando llegó a la entrada de la casa le hice notar la cordillera nevada hasta los faldeos, se apreciaba con tal nitidez que parecía estar a unos cientos de metros de distancia. Mi padre le dio una mirada y volvió de inmediato a concentrarse en los escalones que tenía

que salvar. Una vez dentro de la casa se quitó su bien conservado sombrero negro. Era el mismo que usó durante el año que siguió a la muerte de mi madre. Llevaba puesto un traje de tres piezas color marengo, con rayas blancas casi imperceptibles. A pesar de la limpieza y el perfecto planchado, su atuendo no ocultaba los años de uso. Cuando estuvo listo para seguir, Oriana se tomó de su brazo izquierdo. Entre ella y yo lo guiamos hasta la terraza de piedra frente al comedor. A cada tanto se detenía y se volvía a mirar atrás. Luego continuaba convenciendo a sus pies de que avanzaran. Los demás esperaban al sol. Alberto se levantó de una silla de fierro blanco y vino hasta nosotros. Tomó a mi padre por los hombros con energía y dijo:

—Don Maurizio, es una alegría tenerlo en casa.

—¿Conoces a Oriana? —dije para que Alberto no incurriera en la falta de no saludarla.

—No nos conocíamos —dijo Alberto sin detenerse en ella—, cómo está.

No le estrechó la mano y tampoco la besó en la mejilla. A Andrés no le había mencionado el hecho de que su abuelo era casado con otra mujer. Si bien había cumplido diecisiete años, prefería que tomara a Oriana por una especie de cuidadora. Cuando le anuncié que venía su abuelo se puso bastante nervioso. Lo conocía sólo por las fotografías y había dejado de hacer preguntas respecto a él en su infancia, al notar quizá que nos resultaban incómodas. Saludó a ambos con soltura y simpatía. Juan Alberto desplegó una semisonrisa desde su silla y luego se puso de pie, haciendo ostentación de su esfuerzo con un bufido. Extendió la mano para saludarlo, pero su abuelo no se percató y lo pasó por alto. Les ofrecí un pisco sour. Mi padre parecía no entender dónde estaba ni qué ocurría. “Creo que está nervioso, por eso está más ido que otros días”, me dijo Oriana cuando me acompa-

ñó a la cocina. María del Pilar le preguntó a su retorno cómo veía que avanzaba la salud del abuelo. “No muy bien, no muy bien”, dijo con su acostumbrada sonrisa tierna y algo relamida. Le pasamos el vaso de pisco sour a mi padre y luego de unos cuantos tragos se puso a decir algo incomprensible y con uno de sus pies, calzados con enormes zapatos, golpeaba el suelo. Me angustiaron las expresiones de tensión en los rostros de los demás. De pronto se levantó de su silla, dejó la copa en una mesa y abrió sus piernas como para darse un mejor apoyo. Acudieron lágrimas a mis ojos.

—Canta, *babbo*, canta.

—Sí, canta, Maurizio —me apoyó Oriana.

Nos dedicó una mirada como si fuéramos dos desconocidas.

—Canta, *babbo*, para que los niños te oigan.

De su boca arrugada surgió su bello timbre de voz, desgastado por los años: “*Recòndita armonía di bellezze diverse...*”. De las miradas desapareció la incomodidad. No alcanzó a terminar el aria. Lo alenté a seguir: “canta, *babbo*”. Entonces lanzó un potente “*Ridi, pagliaccio*” y calló. Se quedó de pie, mirándome a los ojos como si hubiese algo que no comprendiera. Fui hasta él y lo abracé. Sus ojos brillaron en medio de la incertidumbre.

Pasamos a almorzar y Oriana tuvo dificultades para darle de comer. Masculló tres o cuatro frases con voz apagada en todo el almuerzo. Se fueron después del café, en el Fiat 1100 celeste que manejaba Oriana. Mis hijos me esperaban en el living y me llenaron de preguntas acerca de su abuelo. Fui relatándoles poco a poco su historia, desde su nacimiento. Me escucharon en medio de un silencio reverente, poco usual entre esas paredes llenas de voces y conversaciones entrecruzadas.

Mi padre murió un año más tarde, pocos meses antes del golpe. Oriana había adquirido una tumba para los

dos en el Cementerio General. Una lápida tendida unas decenas de centímetros sobre el nivel del suelo, en un sector al que se accedía por la entrada de Recoleta. El mausoleo de la familia Bartolini, ubicado en la calle Valdivieso, donde mi madre había sido enterrada casi veinte años antes, no sería su última morada.

La tienda quedó a nombre de Oriana y se hizo cargo de ella el marido de su única sobrina.

En diciembre de 1978, cuando Chile y Argentina estaban al borde de la guerra, la sobrina me llamó para informarme que Oriana agonizaba. Fui hasta la casa de Sazié después del almuerzo. El calor había espantado a la gente de las calles. El reflejo del sol encendía el pavimento como si fuera una placa metálica. Las ruedas chirriaban en los virajes. Las fachadas de las casas se desdibujaban tras un aire vibrante. Esa noche anunciaron en las noticias que había sido el día más caluroso de los últimos veinte años, más de treinta y seis grados de calor. La cuadra donde se hallaba la casa era un oasis bajo la sombra de los olmos frondosos. Dentro de la casa, el olor a encierro, aumentado por la falta de ventilación y el calor, volvía el aire irrespirable. No bien entré, abrí las ventanas del living que daban a la calle; una bocanada de aire caliente no ayudó a mejorar las cosas. El brillo de las figuras de porcelana daba la impresión del sudor. El cuarto de Oriana se conservaba algo más fresco gracias a la sombra de un damasco que crecía en el patio. Su sobrina nos dejó solas. Abrí la ventana en busca de una brisa refrescante. Me asaltó el olor a damascos podridos. El aire inflamado permanecía inmóvil, como si toda la ciudad estuviera encerrada en un gigantesco cuarto de calderas. Me arrodillé junto a ella y me saludó con su sonrisa habitual, pero esta vez no me pareció falsa.

—Qué bueno que hayas venido —dijo con una voz privada de volumen.

No daba muestras de sufrir por el calor. La mayor evidencia de los años que habían pasado a través de su cuerpo era la piel marchita del cuello. Rezamos juntas el Rosario. Día de misterios gloriosos. Creo que fue reconfortante para ella. Cuando me disponía a partir, me llamó a su lado. “Quiero que me entierres junto a tu padre, eres la única hija que tengo”. Hizo un esfuerzo para volverse hacia el velador y tomar un sobre donde apenas se leía la palabra “tumba”, escrita en una letra diminuta; me tomó por la muñeca y lo depositó temblando en mi mano. Una mezcla de satisfacción y tranquilidad brotó de sus ojos. Me acarició el antebrazo hasta que el sueño la venció. Acaté su deseo como si mi padre me pidiera un último favor.

Murió de noche, mientras dormía. En el funeral estábamos Alberto y yo, la sobrina con su marido y sus hijos y nadie más.

Días después mandé a grabar la lápida con su nombre y las fechas. En la tumba se leía:

*Maurizio Bartolini Onetto 1893-1973*

*Oriana Mesina de Bartolini 1890-1978*

Ese “de” concentra parte importante de mi vida.



Ya no me quedan fuerzas, me cuesta dar con las palabras. Sólo me resta describir las circunstancias en que Andrés se fue a Estados Unidos. Me he demorado tanto en llegar aquí, como si lo hubiese postergado mi inconsciente para no revivir esos días aciagos. No había tenido sino hasta ahora la certeza de haber recuperado a Andrés. Por años pensé que nunca más lo volvería a ver.

María Teresa insiste en que permanezca en la cama: recostada también podría escribir. No quiero echarme a la cama todavía, cuando lo haga ya no la abandonaré.

Es primordial terminar el episodio de Andrés. Seré breve, para no arriesgarme a quedar en el camino.

Al día siguiente de mi desastroso encuentro con Juan Alberto, le pedí a Andrés que volviera temprano de la fábrica para continuar nuestra conversación. Venía acalorado. No aceptó nada de comer. La salita estaba fresca. Se sentó en el sofá no muy lejos de mí. Era posible apreciar en sus ojos la intensidad de sus emociones.

—¿Cómo has pasado el día? —pregunté para tantear su estado de ánimo.

—Asustado.

—¿Asustado, por qué?

—Mientras no sepa qué es lo que está pensando y no la tenga cerca para recordarle quién soy, voy a continuar asustado.

—No tienes por qué tener miedo de mí, no soy una histérica que va a salir corriendo a la calle a contarle al primero que se me cruce por delante.

—Me da lo mismo a quién le cuente, me importa más saber cómo lo está tomando. No creo que pueda sacarse los prejuicios de encima sin mi ayuda.

—Lo mío no es un prejuicio, es una convicción. Lo tuyo es una enfermedad y pienso que necesitas ayuda psiquiátrica.

—¿No será usted quien la necesita?

—No seas insolente.

—Desde que acepté la realidad tal cual es se me ha pasado la angustia y puedo decir que me siento feliz por primera vez en la vida. Mi única aflicción es cómo lo van a tomar mi familia y mis amigos. Me costó mucho llegar hasta aquí y no pegarme un tiro. No voy a dejar de ser como soy para sacarle a usted un peso de encima.

—¿Y por qué tienes tanto miedo de ir a un psiquiatra, entonces? Si es tan incontrarrestable como dices, él lo confirmará. Y sería una ayuda para enfrentar lo que viene.

—Mire, en Europa y en Estados Unidos no se va al psiquiatra por ser homosexual, se va porque se siente angustia, ansiedad, o uno está loquito o deprimido. A mí, por ahora, no me pasa ninguna de esas cosas. Estoy pisando sobre mis pies y me siento mejor que nunca. Sería como el mundo al revés. Debiera haber ido al psiquiatra a los quince años, pero no ahora.

—No me vengas con tus cuentos europeos, vivimos en Chile y vas a tener que enfrentarte al rechazo —dije displicente—. No te engañes, Andrés, nadie en esta familia te va a aceptar así como así, y tampoco tus amigos.

—A Eduardo lo han aceptado en su familia, y eso que son pechoños. Y varios de nuestros amigos y amigas le han dicho que les da lo mismo, que lo quieren igual que siempre.

—Eso dice la gente para no herirlo. Te aseguro que no les da lo mismo —dije, enojada.

—Está claro que a usted no le da lo mismo.

—¿Cómo quieres que me dé lo mismo, Andrés? —exclamé en un tono más cariñoso, reclinando mi cuerpo en dirección a él—, eres mi hijo, ¿cómo pretendes que me resigne a que vas a tener una vida solitaria? He soñado decenas de veces con tus hijos, con lo lindos e inteligentes que van a ser. ¿Y me pides que de un día para otro considere que da lo mismo que seas homosexual?

—No se lo pido de un día para otro, pero me gustaría que hiciera el esfuerzo de mirar desde otro punto de vista.

—Estás siendo egoísta, Andrés, sólo piensas en tu bienestar y que los demás se lo traguen sin protestas. No es fácil, déjame decirte.

—¿Yo estoy siendo egoísta? Si es así, no tenemos nada más que hablar.

—No seas infantil.

—¡No quiero seguir hablando —concluyó mientras se ponía de pie— con una persona que piensa que soy testarudo, egoísta, infantil y, lo peor de todo, que estoy enfermo! Me siento sano por primera vez y usted no me quiere escuchar. Tome —dijo mientras dejaba un libro sobre el televisor—, le traje un libro, está en inglés, pero es un inglés sencillo; si quiere léalo y si en algo cambia su manera de pensar hablamos. Si continuamos en este tono, lo único que vamos a lograr es herirnos.

—Un libro no va a solucionar este problema. No quiero ni imaginar lo que va a decir tu padre.

—¿No será ése el problema? ¿No será que usted le tiene miedo al papá? ¿Miedo a enfrentarse con él por mi causa?

—No le tengo miedo a tu padre. Y no me voy a enfrentar a él ni por tí ni por nadie.

—Claro, ni por usted misma lo ha hecho —murmuró.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada. No voy a alojar aquí esta noche.  
Salió de la salita antes de que yo pudiera reaccionar.

Alberto me preguntó por Andrés a la hora de la cena y le dije que se había ido a alojar donde un amigo. Empleé todas las artes del disimulo para no ponerlo en alerta. Una jaqueca era la justificación de mis ojeras y mi desánimo. Si Alberto olía el rastro de un conflicto no pararía hasta dar con él.

Al despunte de la mañana me fui a la peluquería de Marisol, donde me peino desde hace cuarenta años. Esa noche cenaríamos en casa de unos amigos. Al salir de ahí, di un paseo hasta la verdulería y elegí las primeras uvas de la temporada. Me habitaba un incipiente optimismo, como si el problema hubiera decantado. Al llegar a la casa, llamaría a Andrés.

Mi última parada fue en la iglesia. La frescura de la nave me hizo sentir acogida. Dejé mis cosas en la banca y le recé al Señor. Sentí que estaba conmigo y que me guiaría a través de ese trance. A medida que me fui acercando a la casa me vino a la memoria una canción de Nicola di Bari y comencé a tararear: *"Come le viole anche tu ritornerai..."*.

Olimpia abrió la puerta con lágrimas en los ojos:

—Andresito está en su pieza haciendo las maletas, dice que se va para siempre, señora... se despidió de mí...

Dejé caer la cartera y las verduras y corrí hasta la habitación de Andrés. Arrojava la ropa dentro de un par de maletas que no eran nuestras.

—Deja tu ropa donde está, Andrés —le ordené. Volvió su rostro hacia mí, desfigurado por las lágrimas; no podía hablar.

—Andrés, hijo, cálmate —intenté tocarlo, pero me rechazó—. Dime qué pasó, no sigas tirando la ropa. Andrés, por favor.

—El papá me echó..., me echó de la fábrica y de la casa.  
—No puede ser, tu padre no... —en ese instante comprendí lo que había sucedido—. Andrés —rogué—, tranquilízate, tu padre debió reaccionar mal.

—Y usted peor. Le contó y además acepta que me eche.

—Yo no le conté a tu padre, Andrés.

—¿Entonces, quién? —gritó volviéndose hacia mí.  
Bajé la cabeza.

—¿Quién?

—Fue tu hermano.

—¿Y él cómo lo supo?

—Yo se lo conté. Ya lo sospechaba. Le prohibí que hablara con tu padre.

—Por Dios, mamá, como si no... ¿En qué mundo vive? Le dio el arma perfecta para sacarme del medio. No me diga que no sabía lo que estaba haciendo, usted es más inteligente que eso.

—No sabía.

—Bueno, ya no hay nada que hacer. No quiero verlos más, ni al papá ni a Juan Alberto ni a usted.

—No seas injusto —dije implorando.

—El injusto soy yo, por supuesto.

Para cerrar la primera maleta tuvo que sentarse arriba. Yo sentí que el calor se fugaba de mi cuerpo.

—Tu padre está enfermo, Andrés, no puedes dejarme sola en este momento.

—¡Y a mí qué me importa que ese viejo de mierda esté enfermo! —me desafió.

—Tiene Alzheimer. Perderá la razón.

Me miró a los ojos por un largo segundo. Tenía un par de zapatos en la mano. Enseguida, dijo:

—¿No es a usted a quien le gusta pensar que Dios está detrás de todo? Él destrozó esta familia. Ahora le toca su turno. Ya me cansé de tenerle miedo, ya me cansé que ande por la casa sin que nadie le importe un rábano.



Para su información, mamá, ese hombre, su marido, no tiene escrúpulos, y la única que ha vivido convencida de que es un hombre bueno y santo es usted. Quizá entienda de una vez por todas que el papá es un egoísta. No le importan ni María Teresa, ni María del Pilar ni yo, y si algún interés muestra por usted y Juan Alberto es porque le son útiles.

—Estás dolido, hijo, lo sé, es como si me echaran a mí, yo no voy a poder vivir..., no voy a resistir la enfermedad de tu...

De pronto me asaltó un frío repentino y me faltó fuerza en las piernas.

Reaccioné un rato después y grité al tiempo que me incorporaba violentamente: "¡Andrés!". A mi lado se hallaba Alberto, sentado en la cama. Comencé a golpearlo con los puños. Él cruzó sus brazos en el pecho para defenderse. "Eres un imbécil", dije con una voz que me salió del estómago. "¿Cómo te atreves? ¿Cómo te atreves?". Permaneció en silencio, mirándome con el rostro tenso. Cuando recuperé el aliento, le pregunté:

—¿Dónde está?

—Se fue.

—Si no lo encuentras y lo traes de vuelta, yo también me iré.

—No sé dónde encontrarlo y no quiero que vuelva a pisar esta casa.

—Soy su madre, Alberto, no entiendes que no puedes echarlo así como así. ¡Esta también es mi familia!

—No podemos aceptar a un hijo maricón. Así aprenderá.

—Eres un estúpido —dije profiriendo lágrimas y desprecio—. Aprender... Tiene veinticinco años, ¿Crees que aún es tiempo para enseñarle algo?! No entiendes nada. ¿Sabes lo que has conseguido? Perder a tu hijo, como

perdiste a tu hija. Y cuando te agraves y te vuelvas torpe e indefenso vas a rogarle al cielo que te lo traiga de vuelta; y querrás despedirte de María Teresa antes de que te falle el juicio; y no vendrán. Estos hijos, Alberto, son nuestros, los que educamos con amor y esmero. A un hijo no se le echa, no se le borra, ¡es como arrancarse un brazo!

—Estás demasiado emotiva, descansa. Después hablamos —dijo mientras se ponía de pie.

—Si me das la espalda, no volverás a verme —mi amenaza lo inmovilizó.

—No pierdas la cabeza, Negra, no vamos a pelearnos porque nos salió un hijo marica —dijo con un gesto de su mano que me pedía tranquilizarme—. ¿Crees que yo podría dormir con un maricón en la casa? —su voz había perdido su neutralidad—. ¿Tan poco me conoces? Si se queda lo reviento a patadas o lo meto en un manicomio. ¿Qué prefieres?

—¿No será tuyo el problema?

—Yo no soy deschavetado ni maricón.

Sus palabras se incrustaron en mi mente. María Teresa no era para él más que una desequilibrada y, desde hacía unas horas, Andrés había pasado a ser un afeminado como cualquier otro. Comprendí que no tenía caso continuar con la discusión.

—No sé si pueda seguir amándote.

—Por Dios, Negra, no seas melodramática. Has escuchado demasiada ópera —dijo, mientras que su rostro se liberaba de la tensión—. ¿Me puedo ir a comer algo ahora? Tengo hambre.

—Anda donde quieras.

—Gracias, mi amor —dijo sardónico, me hizo una venia y salió.

Al mes de este episodio, Andrés llamó para informarme que se iba a vivir a Estados Unidos, con el solo fin de

evitar que me preocupara si hacía el intento de buscarlo. "No sabrán más de mí", dijo sin dejarme hablar, y cortó.

Se lo conté a Alberto esa noche. Me pareció notar emoción en sus ojos.

Días después de recibir la noticia, comenzó a mostrar signos de fatiga, algo insólito en él. No tenía ánimo de ir a la fábrica. Con la excusa de un resfrío se echó a la cama y no salió de ella durante dos semanas. Logré arrastrarlo hasta el neurólogo y el diagnóstico fue depresión. Alberto se rió en su cara, él nunca había sufrido de algo semejante. El médico le aseguró que era común que sus pacientes al recibir el diagnóstico de Alzheimer presentaran síntomas depresivos. Una tableta en la mañana de un antidepresivo que recién salía al mercado, junto con sus remedios paliativos del Alzheimer y la epilepsia, le devolvieron el ánimo hasta cierto punto, pero no volvió a ser el mismo. Su andar y su conversación se tornaron erráticos, y cualquier escena emotiva en la televisión lo hacía lagrimear. Sufrió el segundo ataque. La familia se enteró de la enfermedad, dejó de trabajar y su deterioro tomó un ritmo acelerado. Un año y medio más tarde ya no me reconocía y le costaba valerse por sí mismo. Hacia el final fue sorprendente constatar que las tres únicas personas a quienes escuchaba eran María del Pilar, María Teresa y yo. No sabíamos si identificaba nuestras voces, o si la enfermedad no pudo acabar con un pequeño transmisor genético que sobrevivió hasta los últimos días. Una tarde de 1990, a la hora del tráfico, mientras yo leía a su lado en la salita, sufrió un ataque al corazón. No gritaba ni decía nada, sólo hacía esfuerzos por respirar con los ojos abiertos y se tomaba el pecho con ambas manos. La Unidad Coronaria llegó media hora más tarde, cuando el cuerpo ya había comenzado a enfriarse.

## Epílogo

Pocos días después de escribir la última frase de estas memorias, nuestra madre nos pidió a María Teresa y a mí —Andrés— que la acompañáramos al cementerio. Sólo nosotros, dijo, no quería que nadie más viniera. Visitaríamos la tumba de la abuela. Era el aniversario de su muerte. Nos pareció una idea tétrica. Ella insistió.

Después de haber leído estas páginas, creemos que le hubiese gustado desdoblarse y relatar sus últimos actos. Pero ya no le quedaban fuerzas. Pensamos además que las cosas que nos reveló ese día forman parte fundamental de esta historia. Con la ayuda de María Teresa y de un editor más adelante, intentaré relatar lo que ocurrió.

La mañana se presentó soleada y fresca. Fuimos en el auto de María Teresa. Manejé yo. Echamos en la maleta la silla de ruedas. Mi madre se sentó adelante; iba de negro, su cuerpo se había encogido. María Teresa se subió atrás, con un vestido de color lila y un chal fucsia (me dice que eligió colores alegres a propósito). Compramos flores en el puesto frente a la iglesia de Vitacura. El mismo casero de los últimos treinta años, dijo la mamá. Rosas blancas. Dos ramos. Tomamos la Costanera hacia el centro. Avanzábamos hacia la nube de smog que ascendía desde el poniente. Entramos en la nube. El cielo se tornó brumoso. Nos estacionamos en la plazoleta de Avenida La Paz. Yo empujaba la silla de ruedas. La mamá con las flores y la cartera en su regazo. Los tacos de María Teresa resonaban en el pavimento. Avanzamos hacia el pórtico del cementerio. Un

color ceniza imperaba en arcos y domos. El frío era el único habitante del oscuro y al parecer inútil edificio. Salimos al patio principal, humilde en comparación con el pórtico. La tumba del Presidente Aguirre Cerda a la derecha, nos indicó la mamá. Tomamos una calle transversal con sepulcros de la década 1860-1870, para llegar a Valdivieso. Un par de ginkgos lanzaban fuego amarillo. Llegamos al mausoleo. Una columnata de cipreses a lado y lado de la calle. Noble lugar. Un modesto edificio en mampostería gris con techumbre ojival. En la coronación del frontis se leía: *Familia Bartolini*. Al centro del piso cuarteado, una plancha metálica cubría la entrada a la tumba. El lugar estaba limpio. La mamá me pasó las llaves para que abriera la reja. En el centro del pequeño altar había una hermosa escultura en mármol blanco. Un ángel en oración. María Teresa fue a llenar un florero a una fuente cercana. En la pared derecha estaban grabados los nombres de nuestra abuela Victoria y el de la bisabuela Assunta. A mano izquierda se leía en primer lugar *Giancarlo Bartolini Barbaglia, 1869-1938*. Bajo él había dos hombres y una mujer de apellido Bartolini y una mujer "de Bartolini". "No sabía que teníamos familiares Bartolini en Chile", dijo desde el interior, "¿Giancarlo era tío del abuelo?" María Teresa puso las flores junto al ángel. Preguntó para quién era el otro ramo. La mamá no contestó. Rezaba cabizbaja. Pregunté por qué no estaba grabado el nombre del abuelo Maurizio. Me respondió entre murmullos que no estaba enterrado ahí. María Teresa se sorprendió mucho. "Esta es la tumba de los Bartolini, no de los Campos", dijo. "Está enterrado con Oriana", aclaró la mamá. Ya conocíamos la historia. Nos quedamos intrigados. Inaudito que el abuelo estuviese enterrado con su amante y no con la abuela. La mamá nos tomó de las manos y rezamos un padre nuestro, un ave-

maría y un "Dios te salve, reina y madre". Luego nos pidió que nos sentáramos en la tumba de al lado. Una extensa superficie plana. Hierbas de abandono en las grietas y alrededor. Frente a nosotros, una enredadera cubría un corpulento mausoleo abandonado. La mamá sacó de su cartera dos disquetes. "Es una copia para cada uno. Este disquete constituye mi legado. Ahí están las páginas que escribí este último tiempo. Es mi manera de pedirles perdón. Ustedes fueron a quienes más dañé". Nos apresuramos a decirle que ya nos había pedido perdón y que nosotros la habíamos perdonado hacía tiempo. "Sí, es cierto", dijo, "pero a través de ese disquete quizá puedan comprender los motivos que había detrás de mi manera de actuar con ustedes. Pueden hacer con ese archivo lo que deseen, es suyo, de ambos; si quieren enseñárselo a otras personas, publicarlo o hacerlo desaparecer es cosa de ustedes. Lo dejé estipulado en el testamento. Son las únicas copias, borré el archivo del computador". María Teresa y yo nos miramos desconcertados. La mamá se veía derrotada, como nunca la habíamos visto.

"Hay algo más que deseo contarles", dijo a continuación, sin levantar la vista de sus manos, aferradas al envoltorio de papel del ramo de rosas que aún llevaba consigo, "algo que en un principio no pensé revelar y que no está en ese archivo". La brisa de la mañana se coló dentro de mi camisa. María Teresa me tomó del brazo y se apegó a mí. "Pensaba que sería suficiente con lo que escribí, pero hay algo más que influyó en nuestras vidas y, si he realizado un esfuerzo de sinceridad como esas memorias, no podría morir tranquila llevándome este secreto a la tumba". "Ustedes dos, ambos, me han recriminado que yo no sé qué se siente ser un paria, una persona rechazada por los demás. Pero yo sé cómo se siente, lo he vivido en carne propia..."

Hizo una larga pausa, como si dudara, y luego continuó sin levantar la vista: "A los catorce años supe que mi padre tenía a Oriana por amante, pero tuve que enterarme de algo peor. Yo no soy hija de un matrimonio legítimo". Se detuvo y lanzó un suspiro pesaroso: "A la mañana siguiente de la matanza del Seguro Obrero, tres días después de encontrarnos con mi padre y Oriana en un tranvía, mi madre me reveló que ella era la segunda mujer de mi padre y que no estaban casados por la Iglesia. La primera mujer, de quien no recuerdo el nombre, lo engañó con respecto a un niño que vivía con ella antes de que se casaran, diciéndole que se trataba de un sobrino que tenía la obligación de cuidar, pues la madre había muerto y el padre desaparecido. A los dos meses de casados salió a la luz que el niño de cuatro años era de la mujer y mi padre la repudió. Luego vinieron los años con mi madre. El tío Giancarlo, el que trajo a mi abuela Assunta a Chile, le prohibió a los miembros de su familia relacionarse con la nuestra. Ese ángel fue tallado por él, era un buen escultor. Muchas de sus obras están en este cementerio. La abuela no vio nunca más a su cuñado ni a sus sobrinos por causa de mi padre".

Calló. El silencio parecía brotar de ella. La calle estaba vacía. Los cipreses, inmóviles.

"Dos años después de la muerte de mi madre, la primera mujer del papá también murió. Legítimamente viudo, se casó con Oriana por la Iglesia. Ha sido el dolor más grande de mi vida, fue lo mismo que me enrostraran que nuestra familia no había existido, que sólo era un artificio de mi imaginación. Mi familia pasó a ser, ante ojos extraños, poco más que una anécdota. Desde el minuto en que mi madre me reveló su concubinato, y por todo el resto de la vida, viví atemorizada de que alguien me apuntara con el dedo y me gritara '¡Bastarda!', o alguna

brutalidad por el estilo. En las esquinas creía que una de las mujeres que esperaba para cruzar la calle sería la mujer legítima de mi padre, y que se pondría a vociferar que yo era una negra guacha. Temía que las monjas en el colegio se dieran cuenta. Al parecer mi padre falsificó la libreta religiosa de familia. Cuando me casé con Alberto viví meses asustada con la posibilidad de que él y los Sartori se enteraran si la falsificación era descubierta. Una vez me crucé en la calle con el tío Giancarlo —continuó la mamá, alzando la vista hacia el ángel por un instante—, a quien conocía por fotos. Yo tendría doce años en ese tiempo y no sabía del conflicto entre las familias. Pensaba que no nos visitábamos porque ellos vivían lejos, en Peñaflores. Me acerqué a saludarlo. Era un hombre alto y corpulento, de pelo rubio. Juan Alberto me lo recuerda. Sus ojos eran los de mi padre. Me examinó de hito en hito y luego me dijo: 'Es una pena que seas tan bonita'. Y siguió su camino. Cuando le relaté el hecho a mi madre, me dijo: 'Tu tío abuelo tiene la cabeza en cualquier parte, vive en su propio mundo, no le hagas caso'."

"Ésta es la explicación de por qué mantuve distancia con la mayoría de la gente, al igual que mis padres. Y por lo mismo puse tanto empeño en que nuestra familia fuera ejemplar. Hasta el día de hoy no consigo desprenderme de la sensación de estar manchada, de no ser digna de respeto, y sólo la muerte me librerá del juicio que siempre he temido de parte de los demás. Joaquín no lo supo. Alberto sí, se lo conté a los dos años de estar casados y nunca le dio la menor importancia. Fue mi protector".

"Yo me he sentido como una paria al igual que ustedes", dijo, levantando la mirada por fin, "pero nunca tuve la valentía de rebelarme y sobreponerme al miedo. Hubiera significado renunciar a mi fe. Por eso, con los años, he llegado a admirarlos tanto como los admiro".

Nos abrazamos los tres, María Teresa y yo en cuclillas. No pisábamos el mismo suelo de hacía un minuto. La mamá no lloraba, mantenía sus manos esqueléticas aferradas al papel que cubría los tallos de las rosas. Lo atribuimos a la morfina. Quizá también fuera la causante de su confesión.

Nos pidió que continuáramos calle abajo por Valdívieso. Más cuidadores que visitas deambulaban entre las tumbas. Ingresamos a un sector más pobre. No había árboles. Los sepulcros se extendían horizontales, levemente alzados sobre el nivel del suelo. Los sitios eran pequeños. El patio estaba rodeado de nichos decrepitos. Llegamos a una tumba donde estaba inscrito el nombre del abuelo y de Oriana. Lápida de mármol de Carrara. A simple vista, la única entre el extenso tablero de cubiertas de cemento. La mamá le entregó las flores a María Teresa. Ella las arregló con gracia. Nos ubicamos a lado y lado de la silla para rezar las mismas tres oraciones. Mi madre entonces dijo: "Los traje hasta aquí por dos razones. Para que supieran dónde está enterrado su abuelo y lo vengan a visitar. Tú, hija, te harás cargo de las tumbas. Toma las llaves del mausoleo —dijo estirando su brazo para entregárselas—. Debes venir por lo menos una vez al mes para revisar que estén limpias y a poner flores nuevas. La señora que mantiene el mausoleo se llama Julia, igual que yo. Dale una buena propina cuando vengas y que no se te apriete el puño, que bastante dinero vas a heredar". En ese momento levantó la vista como si buscara a alguien. "No veo a Jorge, él se ocupa de este sector, un mechón blanco le sale de la coronilla, lo vas a reconocer cuando lo veas".

"La segunda razón para venir hasta aquí es demostrarles que yo perdono a mi padre y a Oriana, y les juro que no les guardo ni un *attimo* de rencor. Desde que lo hice, cuando mi padre estaba pronto a morir y presen-

ció con qué amor Oriana cuidaba de él, mi vida pasó a ser una mejor vida. Por fin estuve en paz. Cuidé de su padre guiada por el ejemplo de Oriana, gracias a ella fui capaz de tenerlo en la casa hasta el final. Les quiero pedir que perdonen su memoria, él ya atravesó su calvario, el peor que se le podía imponer. Se sentirán aliviados".

Volvimos hasta el auto en silencio. Tuve que cargar a la mamá en brazos para ponerla en su asiento. María Teresa la abrazó desde atrás durante el camino y le decía al oído: "Vieja linda". Mi madre no daba señas de estar escuchando, parecía dormida.

Tres semanas más tarde murió en su cama, luego de seis días de inconsciencia. En la habitación, sus hijos; afuera, yernos y nietos. Ocurrió alrededor de las seis de la tarde. María Teresa dijo: "Dejó de respirar". Se acercó a ella para cerciorarse y la mamá dio un último respiro, dándole un susto. Mis hermanas la vistieron y la maquillaron. El rostro había recuperado su lozanía. Ya no era más un esqueleto con piel. Se entregó a los brazos del Dios al cual amaba. María del Pilar llamó al tío Joaquín a Tucson. Nos comentó de su parquedad al recibir la noticia. Juan Alberto y yo nos encargamos de los trámites. Juntos elegimos el ataúd en un local del Hogar de Cristo. Estuvimos de acuerdo en todos los detalles del funeral. Fue una verdadera sorpresa. Al regreso nos detuvimos en el Villa Real. No comíamos desde la mañana. Pasamos un buen rato juntos.

La misa fue en la iglesia de Vitacura, donde se celebraron la mayoría de los ritos católicos de nuestra familia. Había más gente de la que esperábamos. La concurrencia desbordaba por las puertas hacia la calle. Bill llegó desde Nueva York y estuvo en todo momento a mi lado. Fue una ceremonia emotiva y alegre (María

Teresa está de acuerdo conmigo). El padre oficiante dijo: "Estamos aquí para celebrar la vida de Julia". Habló María del Pilar para agradecer el cariño de todos. María Teresa cantó y arrancó lágrimas a los más endurecidos. Yo me subí al púlpito para decir: "Gracias, mamá, por querer a cada uno de tus hijos tal cual es, a pesar de ser tan diferentes unos de otros". Noté algunas caras incómodas entre la parentela Sartori. Mis hermanos, incluido Juan Alberto, asintieron.

La enterramos en el mausoleo que construyó para nuestro padre. Un cubo de hormigón con perforaciones e interior de mármol travertino sin pulir. Los nichos se encuentran sobre el nivel de la tierra. El papá está enterrado en el tercero de abajo hacia arriba, a mano derecha, la mamá inmediatamente bajo él. El impecable barniz del ataúd no parecía destinado al encierro. Antes de dejarla sola, cantamos una bella canción: "Ven, amada mía, ven a mi jardín".

